

La
MIRADA
de la
LOBA BLANCA



Claire Bouvier

UNA MONUMENTAL HISTORIA DE AMOR
EN LAS LEJANAS MONTAÑAS DE CANADÁ

Lectulandia

Canadá, 1882. Marie Blumfeld, una joven procedente de la ciudad alemana de Mecklengurb, ha decidido, después de la muerte de su hermano, emigrar a Canadá junto con otras mujeres como candidata a un matrimonio concertado. En el trayecto hacia el nuevo pueblo que debe acogerla, la caravana de mujeres en que viaja es atacada por unos ladrones que dejarán a Marie herida en medio de las salvajes montañas de Selkirk. Allí conocerá a Onawah, el curandero de una tribu de indios cree, quien cuidará desinteresadamente de ella y la acercará a su cultura. Pero Marie sabe que debe regresar junto al que ha de ser su futuro marido, el reverendo Jeremy Plummer, y para ello la ayudará Philip Carter, un comerciante en pieles del que se enamorará perdidamente.

Lectulandia

Claire Bouvier

La mirada de la loba blanca

ePub r1.0
nalass 29.08.14

Título original: *Das Lied der weissen Wölfin*

Claire Bouvier, 2012

Traducción: Isi Feuerhake

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Canadá 1882

DESDE el borde de carga del carro entoldado, Marie Blumfeld miraba ensimismada al cielo donde el círculo perfecto de la luna llena flotaba sobre los oscuros abetos. Unas aves nocturnas pasaban lentas, como deslizándose, mientras un misterioso crujido acompañaba el batir uniforme de los cascos de los caballos. Es casi como antes, cuando Peter y yo nos sentábamos en la pérgola cubierta de lilas y nos contábamos cuentos, pensaba Marie con tristeza, mientras se ciñó más estrechamente la manta en torno de sus hombros.

Pese a que ya tenía veinticuatro años, las antiguas historias seguían todavía vivas en ella. En el barco de vapor Marie se las había contado frecuentemente a los niños cuando se sentían atemorizados por el oleaje y el temporal. También ahora que la caravana de emigrantes se adentraba cada vez más en el interior canadiense, sus pensamientos regresaban a menudo a los héroes de su infancia. Solo así conseguía paliar la añoranza que ardía en su alma. Pese a que en su tierra natal del norte de Alemania no había nada por lo que hubiese valido la pena quedarse, Marie echaba de menos los amplios paisajes, las colinas suavemente redondeadas y los bosques que había atravesado a pie, siempre que le había sobrado tiempo para hacerlo...

Marie apartó decididamente este pensamiento y se volvió hacia sus compañeras de viaje. Las cuatro mujeres con que compartía este carro entoldado no podrían haber sido más diferentes. La temperamental Ela y la campechana Marthe habían venido también en el barco de emigrantes; la aún algo infantil Klara se les había unido en Boston. Mientras todas las demás roncaban placenteramente como si estuvieran tendidas entre acogedores edredones y no sobre rasposas mantas del ejército, Marie, como tantas veces, no encontraba la calma. El balanceo del carro la arrancaba una y otra vez de su duermevela, de modo que solo se acostaba cuando se sentía verdaderamente cansada.

Habían transcurrido ya tres semanas, unas semanas que habían convertido a unas mujeres decentemente vestidas en una banda de vagabundas en ropas provisionalmente remendadas y con el cabello desgredado. Pese a que hacían regularmente paradas para lavarse, frecuentemente el tiempo no bastaba para que pudieran arreglarse debidamente.

Marie echó mano a su larga trenza rubia cuyas puntas rotas sobresalían como la paja en un fardo. «Tendré que cortármela cuando esté en Selkirk», pensó con algo de tristeza. Al mismo tiempo la ilusionaba el final del viaje, pues cuando llegase a la meta allí la esperaba una nueva vida.

Cuidadosamente acercó su bolsa de tela, en la que había metido todas sus escasas pertenencias. No les habían permitido mucho equipaje. Algunas de las mujeres traían consigo además utensilios de cocina que producían un tintineo metálico durante el viaje. Como necesitaban las ollas y sartenes, el jefe de la caravana no puso objeciones, aunque se prescindía de cualquier carga innecesaria para poder avanzar lo más rápidamente posible.

Marie solo había llevado vestidos, enaguas y un abrigo, pues le habían dicho que los inviernos canadienses podían resultar muy duros. Además había en su bolsa algunos artículos de tocador y recado de escribir. No poseía joyas ni otros objetos de valor, pues en la guerra de 1870 su padre había donado las joyas de su madre para fines benéficos y no pensaba que ella tuviese que poseer joyas de ninguna clase.

Certeramente, su mano encontró entre sus papeles de inmigración la hoja que, de tanto sacarla y contemplarla, ya estaba completamente arrugada y desgastada. Con ella en la mano se sentó en el borde de carga del carro.

«Se buscan esposas para hombres de holgada situación económica en Canadá» anunciaban las gruesas letras del título. El texto que figuraba a continuación ofrecía a solteras o a viudas la posibilidad de empezar en el lejano Canadá una nueva vida al lado de un buscador de oro, un peletero o de un granjero.

Cuando vio por primera vez el cartel en la puerta de la alcaldía, se le ocurrió al principio la pregunta irónica de por qué unos hombres canadienses debían casarse precisamente con mujeres alemanas. ¿Acaso en aquel gran país no había mujeres que los quisieran? Pero cuando su vida cambió de la noche a la mañana, el anuncio ya no se le antojó tan ridículo. Al contrario, se había convertido para Marie en una cuerda de salvamento, la última de la que esperaba que la pudiese arrancar de las tinieblas del sufrimiento.

Ahora, sin embargo, se preguntaba si lo que hacía era lo correcto. «¿Qué dirías tú, Peter?», pensó, y como respuesta sintió una dolorosa tirantez en su pecho. Ni siquiera un año después de la gran desgracia era capaz de pensar en él sin dolor en el cuerpo y en el alma.

Cuando volvió a guardar el recorte del periódico, sus dedos rozaron el cuadernillo que había comprado en Boston. Una mujer en el barco de emigrantes le había aconsejado que anotara sus vivencias en un diario. Contagiada por el entusiasmo de sus compañeros de viaje, había ido a una pequeña tienda junto al puerto y había adquirido, con su primer dinero cambiado en moneda del país, un pequeño diario envuelto en papel jaspeado, aunque solo fuera para dejar constancia de observaciones sobre la naturaleza o para dibujar plantas en él. «Para el caso de que pueda volver a dar clases como maestra», se le pasó por la cabeza, cuando guardó el cuadernillo en su bolsa.

Pero ahora se le ocurrió otra idea. Hasta la fecha no había sido aficionada a

escribir un diario. Los diarios eran para muchachas muy sensibles, desbordadas por las emociones. Como le había sucedido con muchas otras cosas, también en este sentido Marie había cambiado de opinión.

«Debería librarme de las sombras del pasado», pensó. Si las conjuro sobre el papel, tal vez ya no puedan hacerme daño. Con cuidado abrió el cuaderno y pasó el dedo sobre las páginas vacías de color crema.

Al hacerlo, Marie casi creía oír nuevamente la voz de su hermano. Ánimo, Mariechen, no te va a pasar nada. Cuando se dio cuenta de que solo era el viento nocturno el que susurraba a través de los árboles del bosque, sacó un lápiz de su bolsa y empezó a escribir.

Peter decía siempre que en el momento en que me vio por primera vez, se enamoró perdidamente de mí. En realidad, él, que tenía entonces tres años, había deseado tener un hermano con quien poder jugar. En consecuencia se sintió decepcionado cuando nuestro padre le comunicó que la madre le había dado una hermana. A punto estuvo Peter de negarse a mirarme, tumbada allí en mi cuna. Pero se vio incapaz de rehuir la suave llamada de mi madre. Asomó su rostro sobre aquel fardo rojo, envuelto en pañales y telas, y a partir de aquel momento supo que, finalmente, no llevaría a cabo su plan secreto. Pues, oscuramente, se le había ocurrido la idea de intercambiarme por el hijo recién nacido de la vecina.

Nos criamos en el corazón de Mecklemburgo, en una región campesina, marcada por la agricultura, los pastos y las fincas agrícolas. Tan pronto supe caminar por mí misma, él me llevaba consigo al jardín o a los prados. Debíamos de formar una extraña parejita: un chiquillo desgarbado, con la cabeza demasiado grande, al lado de una niña algo regordeta con los brazos y las piernas demasiado cortos.

Pese a que seguramente de niña yo no era ninguna belleza, solo raramente constituía el blanco de las bromas de los demás niños, pues mi hermano ponía todo su empeño en defenderme fervorosamente, incluso cuando era yo quien había iniciado la pelea, como sería a menudo el caso más adelante.

Como hijos de Martín Blumfeld, el párroco del pueblo, llevábamos una vida privilegiada en la que teníamos acceso al arte y a la literatura. Decir que nuestro padre era cariñoso sería una exageración, pero se cuidaba de nosotros y nos abría horizontes que permanecían cerrados para los hijos de los trabajadores agrícolas y de los campesinos.

Cuando nuestra madre estaba embarazada de su tercer hijo, un embarazo que le causaba grandes problemas físicos, toleraba incluso nuestra presencia en su biblioteca. Todavía recuerdo perfectamente las altas estanterías repletas de infolios encuadernados en piel y tomos de distintos colores. Muchos de estos escritos trataban de la Biblia y de su interpretación, otros estaban dedicados a las ciencias

naturales. Mi padre nunca apreció la prosa narrativa.

En aquella época, sin embargo, cuando permanecía sentada sobre los dibujos de la alfombra, el contenido de los libros me era aún indiferente. Después de haberlos contemplado con admiración, me volvía hacia mi hermano que traía siempre una peonza a la biblioteca. Cuando se hartaba de mis exclamaciones de alegría y mi batir de palmas, mi padre nos entregaba al cuidado de su ama de llaves. Luise, una mujer fuerte que se había marchitado demasiado joven, nos contaba gran variedad de cuentos y a veces lograba convencernos de que los seres nombrados existían realmente, lo que nos inducía a salir de noche a escondidas de la casa para comprobar si era cierto que en nuestro jardín moraban duendes que danzaban con las hadas sobre los charcos.

Una noche estábamos acurrucados bajo un saúco cerca de la casa. En mi afán por ver a un hada, yo no me había puesto la chaqueta, y Peter se encontraba en tal estado de excitación que solo se había puesto sus pantalones sobre el camión. Tiritando de frío, me arrimaba a él mientras permanecemos hora tras hora en nuestro escondite. El frío de la noche primavera me traspasó completamente y no tardé en tener la sensación de estarme convirtiendo en un carámbano. Pero la esperanza de que, pese a todo, al fin iba a aparecer el hada, me hizo aguantar. Además no quise dar una imagen de debilidad ante mi hermano, a quien, de todas formas, sus compañeros de juegos tomaban el pelo porque llevaba siempre a su hermana pegada a sus calzones.

Cuanto más se aproximaba la madrugada, más decepcionados nos sentíamos, pues el hada no se había presentado y tampoco habían aparecido duendes o enanos. Cuando por la mañana nos metimos en nuestras camas, me sentía enferma. Y lo cierto es que ya al día siguiente se confirmó que había atrapado un terrible resfriado. Bajo el efecto de la fiebre soñaba realmente con elfos danzantes, y solo mucho más tarde supe que durante aquellas noches había estado muy próxima a la muerte. Peter se sentía tan compungido por mi enfermedad que no solo se negaba a apartarse de mi lecho de enferma, sino que, cuando estaba ya curada, me regaló su más hermoso soldado de plomo, uno de chaqueta azuldorada y con casco azul. Aunque más tarde cayó en el olvido, yo conservé para siempre en mi corazón el cariñoso gesto que revelaba este regalo.

Capítulo 2

MARIE se sobresaltó cuando el carro entoldado se detuvo. Para su sorpresa vio que ya no se hallaban en el bosque sino en una vasta llanura que, solo en los bordes, aparecía ribeteada por una franja boscosa de color verde oscuro. Una mañana radiante había ahuyentado la noche.

«¡Mi diario!». Asustada tanteó a su alrededor y respiró con alivio cuando sus dedos palparon la libreta. Debió de haberse quedado dormida poco después de terminar sus anotaciones. El lápiz había rodado un trozo por el carro hasta que el equipaje de Ela frenó su trayectoria.

Marie lo metió en su bolsa y guardó la libreta bajo su desgastado corsé que, durante las semanas pasadas, le había quedado algo más holgado. Aunque el cuadernillo oprimía con dureza sus costillas, de ninguna manera se le pasó por la cabeza dejarlo abandonado en el carro. De sobra conocía la curiosidad femenina. Pese a que Ela le caía bien, la veía muy capaz de mostrar interés por cosas que no le importaban.

Tras ajustarse el corsé, descendió del carro y se dirigió hacia la alberca que tenía casi el tamaño de un lago. Era pintoresco contemplar cómo el cielo matutino, ligeramente nublado y de color rosa, se reflejaba en las oscuras olas, cuando las primeras mujeres, con las faldas recogidas, se introdujeron en el agua con gran alborozo.

Marie se desperezó aspirando profundamente el aire matinal. Aparte del olor cenagoso del agua, percibió también un rastro de resina de abeto, de hierba y de flores. Un batir de alas atrajo su mirada y la dirigió al pequeño prado situado junto a la alberca. Las palomas, que habían alzado el vuelo desde allí, dieron unas breves vueltas sobre el lago y, después, desaparecieron en el bosque. Las flores que en la proximidad del agua se extendían por la mayor parte del suelo, se parecían a las albas lupinas que en su país abundaban a orillas de cualquier camino. De un color rojo resplandeciente, se mecían como pequeñas llamas agitadas por la brisa matutina.

Vacilante, Marie se recogió la falda y se introdujo también en el agua. Cuando sus piernas se hubieron acostumbrado al frío, notó la presencia de unos hombres tras el carro. Eran acompañantes de la caravana que se encargaban de su seguridad. El reverendo Willoghby, el clérigo que acompañaba la caravana, a duras penas logró evitar que el grupo variopinto dirigiera sus curiosas miradas a las mujeres.

—¡Señores! —tronó, mientras caminaba arriba y abajo delante de ellos, como un general—. ¡Si les atormentan pensamientos impuros, deberían pensar en la palabra del Señor!

—Perdóneselo, reverendo —intentó apaciguar Angus Johnston, que se unió ahora

al grupo. El jefe de la caravana, un fornido escocés de anchos hombros, gozaba de gran estima entre su equipo y era admirado por casi todas las mujeres. Su palabra iba a misa; sin embargo, no era ningún monstruo, y respetaba las necesidades de su gente.

—Hace mucho tiempo que los hombres no han visto a tantas mujeres juntas. Es casi un milagro que se mantengan tan valientemente en pie y que su asombro no les haga desmayarse.

Como confirmando las palabras de Angus, algunos de los hombres alargaban ya el cuello. Sus miradas se posaron también en Marie que, sin embargo, no tenía ninguna intención de seguir desnudándose. Se lavó rápidamente la cara, las manos y los pies e intentó acallar el cotorreo de las mujeres que se encontraban junto a ella.

A sus compañeras no parecía importarles que los hombres echaran un vistazo a sus piernas desnudas y su ropa interior. Sin pizca de vergüenza, se salpicaban con el agua, de modo que a Marie no le quedó más remedio que alejarse un poco de ellas.

—He oído decir que aquí los hombres andan medio muertos de hambre, pero que, en cambio, son tremendamente tímidos —le llegó del otro lado la voz de la robusta Elisabeth Meyerfeld, a la que todos llamaban simplemente Betty, y cuyo corpiño apenas lograba sujetar el considerable volumen de sus pechos—. Qué bien que haya ya hombres esperándonos. Pero si hemos de esperar a que estos tipos nos digan algo, seremos ya viejas.

—Sí, pero ¿quién sabe lo que nos habrán endilgado? —objetó Lisa para quien el matrimonio con un granjero canadiense sería el segundo—. Al final resultará que son unos viejos incapaces de calentar la cama matrimonial.

Marie resopló escandalizada e intentó mitigar un poco su bochorno echándose agua a la cara. Nuevamente se sintió desplazada entre aquellas mujeres que no tenían pelos en la lengua. Pronto se había dado cuenta de que, de ellas, solo una minoría sabía leer y escribir. La mayoría procedía de un ambiente modesto y de este viaje esperaban que les proporcionase un futuro mejor.

«Y ¿qué espero yo de mi vida futura? —se preguntó a sí misma mientras se secaba la cara con el ribete de sus enaguas—. ¿Solo un hombre que cuide de mí? ¿O espero algo más?».

Con motivo de los preparativos de su salida del país había oído decir que aquí las mujeres podrían también ejercer una profesión. Sintió una gran alegría cuando se enteró de que para ella habían elegido a un hombre culto, a uno a quien los libros le decían algo y que seguramente sería lo suficientemente refinado como para no lanzarse sobre ella como un lobo hambriento. Y que, tal vez, le permitiría que ejerciera su antigua profesión.

Alguien le dio una palmada en el hombro. Asustada, Marie se volvió. En el rostro de Ela Wagner, con quien había entablado amistad durante la travesía, percibió una

sonrisa maliciosa.

—¿Te he asustado?

—Un poco —admitió Marie, mientras se arreglaba las faldas.

—¿Cómo pasaste la noche? —preguntó Ela que, ahora, con las faldas arremangadas, se introdujo a su vez en el agua—. Te oí trasteando en el carro.

—Me quedé dormida hacia medianoche y luego ya no pude dormir más.

Marie no dijo que había aprovechado el tiempo para escribir en su diario.

Con gestos hábiles se soltó la trenza y pasó sus dedos por el cabello antes de volver a trenzarlo.

—Pues para no haber dormido apenas, tienes muy buen aspecto —replicó Ela con admiración. Después su mirada se desvió hacia el carro, donde los hombres seguían de pie, pero teniendo que escuchar ahora un sermón del reverendo Willoghby—. Dicen que algunos de los hombres hablan de ti.

Marie enarcó las cejas. Incluso sin querer, dirigió la mirada a los mozos a quienes el clérigo estaba sermoneando nuevamente.

—¿De mí? ¿Quién dice algo de mí?

—Sí, de ti —confirmó Ela, mientras soltaba sus oscuros bucles echándoselos sobre los hombros.

Con estos gestos es más probable que sea ella quien se convierta en tema de conversación de los hombres de la caravana, pensó Marie mientras la observaba. El propietario de unos almacenes, con quien estaba prometida, podía sentirse feliz de que una mujer como ella se convirtiera en su esposa.

—Lo ha contado Elisabeth.

—¡Seguro que lo habrá entendido mal! —intentó negar Marie, cohibida—. Sabes muy bien que su inglés no es muy bueno.

—Pero creo que para eso es más que suficiente.

Ela soltó una risita maliciosa al ver que Marie se ruborizaba.

Entre los hombres había algunos que podrían haberle gustado, pero el hecho de estar prometida le había impedido entregarse a fantasías románticas.

—No, hablaban de la «rubita alemana». Y como puedes ver, tú eres la única rubia aquí.

—¡No es cierto! —protestó Marie—. Katty y Elvira también son rubias.

—Katty es pelirroja, aquí dicen *ginger*. Al menos, si no me han engañado.

—*Ginger* significa pelirrojo, es cierto replicó Marie.

—Y el rubio oscuro de Elvira yo diría que es casi moreno. Cuando los chicos hablan de una rubia, seguro que se refieren a ti.

Con una sonrisa, Ela extendió la mano en dirección a la trenza de Marie, que caía un poco en desorden por sus hombros.

Desconcertada, Marie se volvió.

—Como muy bien sabes, estoy prometida.

—¡Con un clérigo! —replicó Ela bromeando—. Tal vez se parezca al reverendo Willoghby. En este caso no habrá fuego en la noche de bodas.

—¡Es joven todavía! —protestó Marie, que había estudiado detenidamente el currículum de su prometido—. ¡Y en mi tierra todos los curas tienen muchos hijos! Supongo que en la tuya, en Hamburgo, no será distinto, ¿verdad?

—No, no es distinto —respondió Ela—. En mi tierra los curas no se quedan cortos; algunos tienen diez hijos o más.

—¿Lo ves?

—Pero, aun así, no sé nada de sus habilidades amorosas. Seguramente cerrarán todas las cortinas y apagarán la luz antes de acercarse a una.

Marie notó cómo la sangre le subía a las mejillas. No era la primera vez que oía hablar de lo que un hombre y una mujer hacen en la noche de bodas y después, y a veces antes. Muchas de las chicas parecían en esto muy enteradas, por no hablar de las mujeres que habían estado ya antes casadas. Seguro que en su casa no habría podido hablar tan abiertamente de estas cosas como en el barco y ahora en la caravana.

—En definitiva, ¿qué más da el cómo? ¿No?

—¡Y tanto que importa! —Los ojos de Ela centelleaban, divertidos. La timidez de Marie le hacía muchísima gracia—. ¡Una ha de pasarlo bien! Al menos, eso es lo que opina Lisa. Pero si tu reverendo es aún joven, irá a tu cama todas las noches hasta que tengas el vientre abultado. Y, apenas el niño haya salido, ya volverá contigo.

Marie no sabía qué pensar de lo que le contaban. Alegría no le causaban semejantes perspectivas. El que las mujeres tuviesen hijos, era la cosa más natural del mundo. Aun así, se sentía desazonada.

«Quizá desaparezcan todas mis inquietudes cuando haya conocido a mi marido, y tal vez haya aprendido a amarle», pensó para sí.

—Mejor sería que tú te preocuparas de tu propietario de almacén —dijo en voz alta—. Esperemos que no tenga tanto trabajo que no le apetezca ir a tu cama.

Ela esbozó una sonrisa socarrona e hizo un gesto negativo con la mano.

—¡Y aunque así fuera! En el peor de los casos es un viejo. Y en el mejor tendrá en su tienda un empleado simpático y joven que pueda ocupar su lugar.

—¡Ela! —exclamó Marie indignada. Pero esta le pellizcó la mejilla, riendo, de modo que no pudo evitar reír ella también.

Una vez que las mujeres acabaron de lavarse, volvieron a dirigirse al carro. Sobre un fuego estaban preparando el desayuno. Antes de que también ella desapareciera en el carro para ir a buscar los cubiertos, Marie dejó vagar la mirada por el lugar de acampada. Le hubiese encantado poder dar un pequeño paseo por la exuberante vegetación para contemplar de cerca las plantas. Pero en la caravana no se permitían

caprichos particulares.

«Ya tendré más adelante ocasión de verlo todo», se consolaba mientras sacaba de su bolsa la escudilla de hojalata y una cuchara.

Capítulo 3

TRAS un desayuno compuesto por café, pan tostado y *porridge*, que había preparado una de las mujeres, la caravana volvió a ponerse en marcha. Durante el calor del mediodía los carros se mantenían a la sombra de los altos abetos. Marie aprovechaba el frescor para tomar unas notas en su diario sobre la vegetación. Para proseguir con sus recuerdos necesitaba calma, por lo que en estos momentos prescindía de hacerlo.

Cuando hubo terminado, dirigió su mirada a los demás. Mientras Ela estaba medio adormilada, Marthe estaba haciendo punto. Klara estaba absorta leyendo un libro muy manoseado.

Un grito agudo impulsó a Marie a mirar al exterior del carro. Sobre ellos, un águila describía círculos con las alas completamente extendidas. La nube de pájaros que volaba delante del águila pasó al lado del carro en vuelo rasante. Por lo visto, los caballos inspiraban menos miedo a las aves que el depredador con plumas.

La brisa fresca era una delicia. Marie cerró los ojos y prestó atención a los sonidos a su alrededor. Los chillidos del águila quedaron acallados por el suave tintineo de las ollas atadas al carro entoldado. Cuando el suelo se volvió más accidentado, alguien, que iba más adelante, lanzó un grito.

Poco después su carro pasó por la misma ondulación del terreno que, por lo visto, había hecho oscilar también al carro precedente. Marie gritó asustada cuando fue lanzada contra Ela, pero esta se limitó a reír.

—Deberías soñar menos y agarrarte mejor.

—No estaba soñando sino reflexionando —se defendió Marie, mientras volvía a sentarse correctamente. Pero, para no caer otra vez hacia delante, ahora sí se agarró a la cuerda colocada debajo del toldo.

Poco después sus pensamientos volvían a alejarse. Se acordaba de historias que había leído poco antes de su partida. Las descripciones de viajes y las novelas estaban plagadas de milagros de la naturaleza, de excursiones por torrentes y de aventuras con indios y traficantes de pieles. Pero de todo esto, hasta el momento ella no había visto nada. Lo único que coincidía con los relatos de los escritores eran los altos y profundos bosques que no parecían tener fin.

«¿Cuándo volveremos a ver una ciudad? —se preguntaba—. ¿Y existirán allí realmente tramperos como Escarpín de Piel?».

Al atardecer, la comitiva se detuvo finalmente en un claro de bosque. Por lo que Marie captó de la conversación de los hombres, estaban muy contentos con la evolución del viaje.

—Dentro de unos días llegaremos a Dryden. Allí podremos abastecernos de agua

fresca y de alimentos —explicó Mr. Johnston, indicando el lugar en su mapa bastante desgastado—. Después comienza la etapa más larga en dirección a Selkirk.

—¡Menos mal! —exclamó uno de los conductores—. Una de las chicas de mi carro se siente muy débil y convendría que la viera un médico, pues queremos que todas lleguen vivas a su destino.

Los resoplidos del jefe de la caravana no sonaban precisamente a entusiasmo, pero asintió con la cabeza.

—Las mujeres son muy valiosas. No podemos permitir que uno de esos muchachos del interior del país se quede sin esposa.

Estas palabras indujeron a Marie a fijarse por primera vez más detenidamente en el jefe de la caravana. Era alto y fuerte. Las largas horas pasadas al aire libre habían bronceado su piel en la que el tiempo había dejado su huella. Aun así, resultaba muy atractivo, sobre todo por sus ojos claros, que parecían todavía los de un joven, llenos aún de esperanza y de sueños. ¿Envidiaría a los hombres de Selkirk porque iban a tener esposa? Pero seguramente él también la tendría.

«No, seguro que no», se dijo Marie a sí misma, pues había oído decir que el trabajo de guía de una caravana podía resultar bastante peligroso. Aparte de indios y soldados que merodeaban por el país y que se dedicaban a robar y a asaltar, había también traficantes de muchachas para los que un carro lleno de mujeres sería un botín perfecto.

Marie se estremecía cada vez que veía los rifles y los revólveres y, en los rostros de los hombres, la determinación de hacer uso de ellos. En Alemania había sido diferente. Ni siquiera todos los soldados habían mostrado la determinación necesaria para disparar a otro ser humano.

—Vaya, ahora resulta que sí, que tú también te fijas en los chicos —susurró divertida una voz tras ella. Marie se sobresaltó. Sin que se hubiese dado cuenta, Ela se había acercado desde atrás.

—¿Pretendes que se me pare el corazón del susto? —balbuceó, oprimiéndose el pecho con la mano.

—No te preocupes, Marie Blumfeld. A ti no se te parará el corazón. Yo afirmaré incluso que tienes uno de los corazones más fuertes de los que viajan en esta caravana.

Ela era aquí una de las pocas personas que conocían su historia. Pero Marie no estaba dispuesta a pensar ahora en ella.

—He escuchado lo que los hombres cuentan sobre la caravana. Por lo visto, una de las muchachas no se encuentra bien.

—Sí, yo también lo he oído. Hay una en el segundo carro que se encuentra constantemente mal. Te lo digo yo: seguro que está embarazada.

—¿Cómo? —Marie reflexionó. La travesía había durado unos seis meses—. Le

habrá sentado mal la carne seca. O...

Que pudiese, tal vez, tener el cólera o la disentería, era algo en lo que Marie no quiso ni pensar. En el barco se habían dado algunos casos sospechosos, pero que luego resultaron infundados. De lo contrario, se hallarían todavía en cuarentena en el puerto de Boston.

—Te lo digo yo, en Boston estuvo coqueteando con uno de los hombres.

—Pero; ¿qué dices? ¡No olvides que está prometida!

—¿Y qué? Aún no sabe cómo va a ser el hombre que será el suyo. Tal vez sea un viejo enfermo. ¡Así al menos se habrá divertido antes un poco!

Como si fuese aconsejable que una mujer buscara su placer. De repente, a Marie le pareció estar oyendo de nuevo la severa voz de su padre, pero la alejó rápidamente de su pensamiento.

—No creo que haya sido tan imprudente...

—¡Chis! —susurró Ela, pues se había dado cuenta de que los hombres habían dejado de hablar.

Pero ya era tarde. Con largas zancadas, el jefe de la caravana se acercó a ellas mientras doblaba un mapa.

—¿Hay algún problema, señoras? —preguntó amablemente.

A Marie no se le pasó por alto que sus ojos se posaron mucho más tiempo en ella que en Ela.

«No seas tonta», se dijo, pero no pudo evitar sonrojarse como un niño cogido en una falta.

—Le oí hablar y quise escuchar lo que decía confesó, pues de las dos era ella quien mejor hablaba el inglés. Durante la travesía había enseñado a Ela algunas palabras y frases para entenderse con los habitantes del país. Ella misma, en cambio, consideraba sus conocimientos más que insuficientes y aprovechaba cualquier oportunidad para escuchar, pues, si había que dar crédito a los marineros del vapor, este era el mejor método para ampliar su vocabulario.

—Usted quiere saber cómo va el viaje. —El jefe de la caravana sonreía, comprensivo—. Puedo asegurarle que no hay motivo de preocupación.

—Ni yo entendí que lo hubiera, pero seguramente usted entenderá mi curiosidad. Al fin y al cabo, pasamos gran parte del tiempo con nuestras compañeras, y la mayoría de ellas aún no habla inglés.

—Ya lo aprenderán. Aún nos quedan por recorrer unas cuantas millas. Piensen con ilusión en la visita a la ciudad. Para alguien de una gran metrópoli, tal vez Dryden le parezca una ciudad de provincias, pero para los que vienen de viaje, es un paraíso.

Marie esbozó una amplia sonrisa.

—Pues menos mal que yo vengo de viaje y que no procedo de una gran ciudad.

Estoy segura de que me gustará. Y, en caso contrario, tampoco permaneceremos allí mucho tiempo.

Johnston soltó una carcajada.

—Usted ve las cosas como hay que verlas, señorita. Estoy seguro de que allí encontrará algo que le guste. La presentaré a la propietaria del comercio. Es una señora muy sensata, igual que usted.

Antes de que Marie pudiese replicarle, uno de sus hombres ya estaba llamando a Johnston.

—Perdonen, señoras. —Johnston tocó el ala de su sombrero y se dio la vuelta. Cuando se marchó, con largas zancadas, para dirigirse a sus hombres, Ela le dio un empujoncito en el costado.

—¿Qué pasa? —susurró Marie al ver la amplia sonrisa de su amiga.

—Le gustas.

—Son figuraciones tuyas. —Le dio rabia a Marie notar el calor en sus mejillas. El que se sonrojara no era más que una muestra de que, en el fondo, se alegraba por la afirmación de Ela—. Será mejor que volvamos con las demás. Si no, acabarán diciendo que intentamos ligar con los hombres.

Ela se encogió de hombros.

—¡Y qué más da! Las otras se pasan todo el día chismorreando. ¿Qué importa, pues, que nosotras seamos o no el tema de sus chismorreos? Lo más probable es que no volvamos a vernos nunca más. Pero, por mí, si quieres, vamos con las otras. Esta noche encenderán una hoguera y será la primera vez que no dormiremos estando de viaje. Así que hoy también tú vas a dormir como Dios manda.

—Eso espero.

—¡Claro que sí! —replicó Ela y la cogió del brazo. Durante unos instantes caminaron en silencio, una al lado de la otra.

De repente, su acompañante preguntó a Marie:

—¿Qué nos ocurriría si ante el altar cambiásemos de opinión?

—¿Cómo dices?

—Me has entendido perfectamente. Y seguro que tú también ya habrás pensado en esta posibilidad.

Marie negó con la cabeza. Hasta ahora había considerado el compromiso adquirido como una especie de relación comercial que no se debía romper. Era algo que tenía poco que ver con los sentimientos. Desde el principio había descartado la idea romántica de que aquel extraño, que pagaba su viaje, llegase a ser su gran amor.

—¡No lo dirás en serio! —susurró Ela, indignada—. No me digas que no has pensado jamás en cómo será el hombre con el que te cases algún día. Y no me refiero a tu prometido del anuncio.

—No, realmente no lo he hecho nunca —replicó Marie—. Hasta ahora solo he

vivido para mi trabajo. No está bien visto que una maestra se case. En la mayoría de los casos significa que tiene que dejar su trabajo.

—Entonces, en realidad ¿no querías casarte? ¿Por qué, pues, has contestado al anuncio?

—Quería casarme —contestó Marie, que no le había hablado a Ela de su hermano ni de lo que había sucedido en su casa paterna—. Y quería empezar una nueva vida.

—¿Y tu trabajo? ¿No quieres volver a dar clases?

—¡Claro que sí! Si mi marido me lo permite.

—¿Y realmente crees que te lo va a permitir? Tendrás que ocuparte de su hogar y criar a sus hijos. Y no podrás hacerlo si te ocupas de los hijos de otros.

De repente, Marie sintió como una piedra en el estómago. «Padre tampoco era partidario de que yo trabajara», pensó.

Pero este reverendo era más joven. Y no era su padre.

Capítulo 4

POCO antes de la caída de la noche, los hombres empezaron a preparar la hoguera. Como todas las mujeres, también Marie se puso a buscar leña en el bosque cercano. A veces observaba lagartos o ardillas que se distinguían claramente de sus congéneres europeos por el color gris de su pelo. No lejos de ella, algunas mujeres murmuraban algo sobre osos y lobos ante los que había que estar en guardia. Pero, por lo visto, los hombres y mujeres de la caravana hacían bastante ruido como para mantener alejadas a las peligrosas pieles pardas.

Tras recoger bastante leña, la apilaron y prendieron fuego. No tardó en percibirse el olor a café sobre el campamento, y cuando dos jóvenes aparecieron con una cierva, casi todos los de la caravana estallaron en júbilo. Al cabo de poco tiempo el animal, despellejado y condimentado con hierbas salvajes, se estaba asando al fuego.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Marie se sentía a gusto en todos los sentidos. El café y la carne le infundían ánimos y el cotorreo de las mujeres y los jirones de las conversaciones de los hombres alejaron sus pensamientos durante un rato. Disfrutaba del crepitar de la madera, de las figuras que las llamas formaban y de las chispas que saltaban de vez en cuando y que flotaban durante un breve instante sobre el fuego.

Cuando se hizo de noche y la mayoría de las mujeres se fueron a la cama, Marie permaneció aún un rato sentada junto a lo que quedaba del fuego del campamento, observando cómo la brisa de la noche levantaba unos copos de ceniza de la madera chamuscada. Entonces pensó en lo que Ela había dicho.

—Usted habla muy bien el inglés —sonó una voz a su lado.

Cuando Marie se dio la vuelta, reconoció a Mr. Johnston. Ahora que no llevaba sombrero, vio que su cabello castaño rojizo estaba ligeramente ondulado. Ya no estaba de moda que los hombres llevaran el pelo largo por encima de las orejas, pero seguro que Johnston resultaría irresistible con el pelo largo, como un caballero de antiguas leyendas, pensó Marie, y se alegraba de que la oscuridad atenuara un poco su rubor.

—Gracias, es usted muy amable —contestó en un tono algo envarado, sin que ella lo hubiese pretendido—. Tuve la suerte de aprenderlo durante mis estudios.

—Su profesor hizo un buen trabajo. En mi país solo los muy ricos aprenden idiomas extranjeros.

Marie dudó. ¿Debería contarle algo sobre su vida? Al fin y al cabo, la acompañaría solo durante unas semanas.

—Mi padre me envió al instituto. Es cierto que no era habitual, pero... —se interrumpió. No era necesario que él supiera el motivo por el que la había enviado a

un país extraño.

—Quería que su hija llegase a ser alguien en la vida —contestó Johnston como respondiéndolo él mismo a su pregunta. La bondad que se percibía en su mirada hizo que los ojos de Marie se humedecieran súbitamente. Si los móviles de su padre hubiesen tenido solo la mitad de la nobleza que Johnston sospechaba, seguramente ella ahora no estaría aquí.

—Siéntese un poco a mi lado —dijo, señalando con la mano un lugar a su lado en el tronco del árbol que le servía de asiento. Después se puso a remover la ceniza con una rama.

El hombre solo parecía haber esperado esta invitación, pues inmediatamente se sentó ante ella. Pese a la respetuosa distancia, el corazón de Marie empezó a latir más fuerte. Johnston debió de haberse bañado en el cercano lago del bosque, pues su cuerpo y sus ropas desprendían un suave olor a jabón de lavanda. Rápidamente desechó la idea de que lo hubiese utilizado expresamente para ella, ya que sentía que la inquietaba de una manera extraña.

Durante un rato permanecieron sentados uno frente al otro en silencio escuchando los sonidos de la noche. A lo lejos se oía un crujido, un pájaro emitió un chillido asustado.

—No me tenga por impertinente —empezó el hombre, algo perturbado.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó Marie amablemente.

—Usted... usted no es como las otras mujeres —contestó Johnston sonrojándose.

—¿De verdad? —preguntó Marie en un tono levemente irónico—. ¿Y en qué lo nota usted? Soy como todas las demás de esta caravana, y voy a casarme con un hombre a quien no conozco. Creo ser exactamente igual que todas las demás.

—No, créame. Usted no es así —replicó Angus moviendo la cabeza con un gesto negativo—. Usted es culta y habla inglés. Seguramente tampoco en su país estas son características habituales en una mujer. A veces la observo cuando permanece sentada junto al carro anotando algo en su cuaderno. Se lleva bien con las otras mujeres, pero no es muy sociable. A veces parece completamente absorta en sus pensamientos.

Ante las palabras del hombre, a Marie se le puso piel de gallina. ¿Tan bien la había observado? Se sintió algo molesta por no haberse dado cuenta.

—Dígame, ¿está usted realmente aquí para encontrar esposo, o tiene otras intenciones?

Marie, que se sintió descubierta, como si su cuerpo fuese de cristal, se ajustó más el pañuelo ante el pecho, como si de este modo se pudiese proteger ante más miradas al interior de su alma.

—Quiero comenzar una nueva vida —confesó, pues parecía no tener mucho sentido hacer creer a Mr. Johnston que estaba aquí únicamente por un hombre. A su modo de ver, el compromiso con el reverendo Plummer había sido la oportunidad

adecuada para empezar de nuevo. De todos modos, había desterrado sus románticas fantasías de muchacha al último rincón de su alma. Pero tal vez encontraría junto a él un hogar, respeto y comprensión por el deseo oculto que albergaba ya desde su infancia.

—¿Una nueva vida con un esposo e hijos?

—¿Por qué no?

Angus soltó una breve risita, pero luego pensó de nuevo en que, quizá, la gente que estaba en el carro quería dormir.

—Perdóneme, señorita, pero no acabo de creerla del todo. Veo algo conocido en sus ojos, algo con lo que ya me he encontrado alguna vez en mi vida.

Pese a lo incómoda que se sentía, se había despertado el interés de Marie.

—¿Y en qué consiste este algo?

—Hace unos años estuve en Nueva York. Fui a ver a un amigo. En realidad, soy un hijo de la selva y viajo constantemente por el país con las caravanas. Pero él se había establecido satisfactoriamente en el país vecino y quería compartir su alegría conmigo. Y de camino hacia la estación la vi.

—¿A una mujer? —«Quizá fuera mejor hacer ver que estoy cansada y volver al carro», se le pasó por la cabeza, pero la mirada penetrante de Johnston la hizo desistir.

—A varias. A toda una manada de mujeres, como nunca antes había visto.

—¿Y qué tienen estas mujeres que ver conmigo?

—En realidad, nada. Y, sin embargo, mucho. Se manifestaban en plena calle con las faldas que no les llegaban ni siquiera hasta los tobillos, exigiendo poder votar.

—¿Quiere decir que usted vio a unas sufragistas?

—¿Es así como se las llama? No lo sé. Solo eran mujeres que andaban en círculo con banderas gritando a voz en grito sus consignas. La mayoría de la gente movía negativamente la cabeza ante este comportamiento, y algunos pedían que se encerrara a estas mujeres en un manicomio. En algún momento después aparecieron policías.

—¿Y las detuvieron?

—Es lo que pretendían, pero algo les hizo desistir. Estas mujeres, pese a que no tenían muchas posibilidades enfrentándose a un hombre, se colocaron espalda contra espalda plantando cara a los policías, sin miedo. Casi daba la sensación de que quisieran conjurarles con sus miradas. Y usted también tiene una mirada así, señorita Blumfeld.

¿Pero qué tonterías estaba diciendo Johnston? Marie olfateó discretamente su aliento, pero no olía a alcohol.

—No creo que se me pueda comparar con una sufragista, y yo jamás...

—No se trata de lo que haría usted, señorita —la interrumpió Johnston, pero luego bajó la mirada, desconcertado—. De lo que se trata es de la voluntad de hacer

algo. Al final estas mujeres fueron alejadas a palos por los policías, pero por unos momentos su voluntad venció a la violencia. Con la voluntad que irradiaban sus ojos, lograron dominar a los hombres.

Marie estaba a punto de observar que la voluntad de aquellas mujeres no pudo haber sido muy grande si, finalmente y pese a todo, fueron atacadas. Pero Johnston añadió:

—Creo que usted también tiene esta voluntad, y tal vez una voluntad mayor que las sufragistas. Si lo quiere, puede mover montañas, créame. Y sea cual sea la meta que se proponga, usted la alcanzará.

El hombre juntó las manos ante el pecho, como si se dispusiese a rezar. Después negó con la cabeza, consternado por lo que acababa de decir.

—A veces la noche nos convierte en charlatanes, ¿verdad?

Marie no contestó. Sus palabras habían puesto en marcha sus pensamientos. Al cabo de un rato llegó nuevamente a preguntarse si lo que estaba a punto de hacer era lo correcto. ¿Quería ella realmente casarse? ¿O era algo muy distinto lo que, en realidad, quería?

Finalmente, una profunda respiración de Angus alejó sus pensamientos.

—Pero ¿quién sabe cómo acabará todo, señorita Blumfeld? —dijo, como si quisiera dar respuesta a uno de sus propios pensamientos—. Solo a muy pocas personas les es dado conocer el futuro.

—No creo que haya una sola persona que sepa qué futuro la espera.

El jefe de la caravana parecía hablar en serio cuando replicó:

—De mi abuela la gente decía que sabía prever el futuro. Y también se dice que las facultades de una vidente pasan a su primer nieto.

—¿Así que usted sabe predecirle el futuro a una persona?

La sonrisa de Johnston delataba que no hablaba en serio, pero en este momento a Marie le atrajo la idea de prestarse al juego, aunque fuese algo indecoroso. Pero al fin y al cabo ¿quién les observaba?

—Si la persona me da su mano, seguro que sí.

Johnston tendió su mano, una mano que, pese a parecer fuerte y delatar el uso de las armas, no tenía un aspecto áspero o desagradable. La idea de tocarla hizo que Marie sintiera un estremecimiento placentero.

—Venga, señorita, no muerdo. Y además ¿qué tiene de malo? Lo único que quiero es predecirle el futuro.

Tras una breve vacilación, Marie puso su mano derecha en la suya.

Johnston adoptó un aire de importancia mientras contemplaba las líneas en la palma de su mano.

—En el pasado usted ha sufrido mucho, al menos esto es lo que indican las líneas entrecruzadas en la zona superior de la línea de la vida.

—Eso usted se lo ha inventado, ¿verdad? —Marie soltó una risita dudosa—. Seguro que lo ha adivinado. Todo el que quiere empezar una nueva vida, ha pasado por momentos desagradables en su vida anterior.

—Y aún tendrá que pasar por muchas pruebas.

«Eso también me lo hubiera podido contar el vidente de una feria», se le pasó por la cabeza a Marie. Después, decidió tomar todo aquello como el juego que era.

—¿Se lee también en mi mano cuándo me casaré y cuántos hijos voy a tener?

—Esas son cosas que la línea de la vida no revela jamás. Pero lo que es seguro es que no va a llevar una vida tranquila. Las ramificaciones que aparecen más abajo indican que tendrá que luchar. Y que su vida será muy variada.

«Quizá la parroquia del reverendo esté formada por un montón de cabezotas incorregibles», pensó, pero no se atrevió a decirlo, pues no quería entablar una larga discusión con Johnston. De repente, se sintió incómoda y hubiera querido haberse quedado en el carro. El hombre seguía manteniendo aún la mano de ella entre las suyas, contemplándola atentamente.

—¿Ve usted algo más? —preguntó Marie con la esperanza de que ahora diera por terminada la lectura.

—Muchas cosas —contestó Angus ensimismado, mientras pasaba brevemente el dedo de su mano libre por la línea de la vida de la mano de ella—. Pero para saberlo interpretar correctamente, tendría que ser mi abuela.

Un escalofrío recorrió la espalda de Marie. Súbitamente retiró su mano.

El jefe de la caravana la miró casi asustado.

—Perdone, señorita, no quería asustarla.

—No me ha asustado. —No quería desvelarle que había despertado en ella sentimientos distintos a un susto—. Ya es tarde, tal vez deberíamos retirarnos a descansar.

Johnston suspiró casi un poco decepcionado.

—Tiene usted razón. Yo debería hacer mi ronda. Le deseo un feliz descanso, señorita.

Se esforzó por sonreír, luego se alejó.

—Que descanse bien, Mr. Johnston —replicó ella sin volverse. Solo al cabo de unos instantes se levantó también. Cuando al fin se volvió, Johnston había desaparecido.

¡Qué conversación tan extraña! ¿Sería verdad lo que afirmaba Ela? ¿Que algunos de los hombres se habían enamorado de ella?

Marie hizo un gesto negativo con la cabeza. No, seguramente solo pretendía ser cortés. Y también le alegrará haber encontrado entre las mujeres a una que habla su idioma. Como había observado, entre los que acompañaban a la caravana, nadie hablaba alemán. Solo el clérigo hacía de traductor, pero no podía estar en todas

partes.

Cuando estaba a punto de dirigir su mirada nuevamente a sus manos, oyó un crujido cercano. Marie levantó la vista. Como al principio no vio nada, pensó que el sonido había sido causado por un zorro o una liebre. Entonces algo blanco salió de entre la maleza. Asustada, Marie se levantó de un salto.

¡Un lobo! ¡Un lobo blanco!

A una distancia de tres brazos, el animal se detuvo y clavó en ella su mirada, con el hocico entreabierto, los ojos amarillos como el ámbar.

Marie se obligó a respirar lo más débilmente posible. De repente volvió a sentirse trasladada a su infancia, en la que se había encontrado repentinamente en la plaza del pueblo frente a un perro rabioso. El animal clavaba en ella su mirada medio atormentada, medio enloquecida, mientras la espuma resbalaba de sus belfos. Pese a que entonces no tenía más de ocho años, pensó firmemente que iba a morir. Fue su hermano quien mató al perro con un disparo de la escopeta de caza de su padre y quien le salvó la vida.

Sin embargo, nada indicaba que el lobo tuviese la rabia. Miraba fijamente a Marie, jadeaba y dejaba al descubierto una lengua húmeda de color rosa. Tras unos instantes casi interminables el animal bajó la cabeza. Marie contuvo la respiración. ¿Qué debía hacer si daba un salto? ¿Tendría tiempo de alcanzar la rama que veía desde donde se encontraba?

El lobo emitió unos suaves gemidos y de repente ¡se dio la vuelta! Marie observó sorprendida cómo le dio la espalda y volvió a desaparecer entre la maleza, con la cola caída.

Solo al cabo de unos instantes, después de que aquel resplandor blanco hubiese desaparecido, se atrevió a respirar de nuevo.

¿Qué había pasado? ¿Por qué no la había atacado?

Con el corazón estremecido, Marie volvió a sentarse sobre el tronco del árbol. Ella sabía que aquí había lobos, pero hasta entonces no había visto ninguno. ¡Y ahora se había encontrado frente a frente con un lobo blanco!

¿Representaba un peligro para el campamento? Marie se sobrepuso al impulso de informar a Johnston. Seguro que iría a la caza del animal y con su pelo blanco el lobo tendría muy pocas posibilidades de sobrevivir.

«No me ha atacado. Yo debería concederle la misma oportunidad».

Mientras seguía mirando un rato más hacia la maleza, los latidos de su corazón volvían a la calma.

Recuerdo perfectamente aquel extraño día en que mi hermano me levantó en brazos y me llevó al jardín. En casa reinaba una gran excitación, como si se esperase la visita de un invitado muy especial.

—¿Por qué todos están tan nerviosos? —pregunté volviéndome hacia las desconocidas que estaban entrando en casa por la puerta principal.

—¿Recuerdas que a los niños no los trae la cigüeña?

Asentí con la cabeza. Aquella historia se había grabado en mi memoria por lo chocante que me había resultado.

Después de que me hubiese dado cuenta de que el vientre de mi madre se había redondeado cada vez más durante los meses pasados, mi hermano me lo explicó.

—Los niños crecen en el vientre de la madre. No los dejan ante la puerta. Por lo menos, eso es lo que pasó contigo.

Al principio no quise creerle. Pero tras algunas vacilaciones, nuestra Martha me lo confirmó. Y eso aumentó aún más la admiración que sentía por mi hermano, pues ¡sabía cosas que solo los adultos sabían!

—¿Y qué es lo que pasa hoy? —quise saber.

—Hoy nacerá el niño.

—¿Del vientre de mamá?

Peter asintió con la cabeza. Después me arrastró debajo del saúco donde el año anterior atrapé aquel resfriado que casi me llevó a la muerte. Nos sentamos en un lugar en el que, por un capricho de la naturaleza, los brotes formaban un arco, y desde allí observamos la casa enfrente. De vez en cuando una de las mujeres pasaba ante las ventanas, pero hablaban demasiado bajo como para que pudiéramos entender lo que decían.

—¿Y no podemos ir y ver lo que está sucediendo?

Peter negó con la cabeza.

—No, Mariechen, padre lo ha prohibido.

—¿Pero por qué?

Furiosa, golpeé mi falda con las manos.

—Porque entonces mamá pensaría que tiene que estar pendiente de nosotros. Y, a lo mejor, eso la haría olvidarse de tener al niño.

Ya entonces no me convenció esta explicación, pese a que no sabía nada de lo que sucedía durante un parto. Para distraerme, Peter sacó unas canicas del bolsillo y se puso a jugar conmigo. Entretanto había una gran actividad en la casa que, no obstante, permanecía oculta a nuestras miradas. Cansados por el juego, nos acurrucamos finalmente uno contra el otro.

—¿Y cómo crees que será el nuevo niño? —pregunté, mientras el calor de Peter me envolvía, protector. Por encima de nuestras cabezas pasaban zumbando unas abejas, y de vez en cuando veíamos algún abejorro. En los cercanos tilos cantaba un mirlo.

—Ni idea —contestó Peter después de una breve reflexión—. Al fin y al cabo, yo tampoco sabía cómo serías tú. Hubieras podido resultar tonta.

—Pero no lo soy, ¿o sí?

Un grito acalló la respuesta de Peter. Procedía de la casa e hizo que los dos nos levantáramos de un salto. Apenas noté que las ramas del saúco arañaban mi brazo derecho.

—¿Qué ha sido? —pregunté, agarrándome a la chaqueta de Peter.

—Es normal —contestó, pese a que también él se había levantado de un salto, como si le hubiese picado un abejorro—. Las mujeres gritan cuando dan a luz un niño.

—Cuando me tuvo a mí, ¿mamá gritó también?

Peter asintió.

—Sí, sonaba exactamente igual.

Mientras mi madre volvía a lanzar un grito desgarrador, Peter me abrazó y me besó la frente.

—Todo está bien, Mariechen, enseguida terminará todo. —Pero solo acertó en parte, pues al poco de hacerse el silencio, volvieron los gritos. ¡Jamás había sentido tanto miedo!

En algún momento los gritos cesaron. Mientras que yo no me sentía preocupada, el semblante de Peter se volvió repentinamente tenso y clavaba la mirada en la casa, como si pudiera ver a través de las paredes lo que sucedía en el interior.

—No grita —murmuró.

—¿Quién ha de gritar? —pregunté, agarrándome fuertemente de su brazo.

—El niño. No grita. En realidad, debería gritar.

—Tal vez no tenga ganas. —Yo no conocía ninguna razón por la que un nuevo ser humano tuviese que gritar. El mundo alrededor era hermosísimo.

—No es normal —afirmó mi inteligente hermano, que pronto iría al colegio del pueblo—. Los niños al nacer gritan siempre. Tú chillabas como una condenada.

—¿Y cómo sabes que gritan siempre? —volví a preguntar—. Al fin y al cabo, solo me tienes a mí, que soy tu hermana. Tal vez los niños no griten al nacer. Tú tampoco lloras casi nunca.

Peter no contestó, lo que interpreté como que estaba de acuerdo conmigo. Tras unos instantes más en que permanecimos bajo el arbusto, unos pasos se aproximaron a nuestro escondite. ¿Habían enviado a Luise en nuestra busca?

Cuando la sotana luterana de nuestro padre apareció ante nosotros, se contrajo algo en mi interior.

—¿Qué le pasa a mamá? —pregunté cuando su mirada severa se posó en mí.

—Mamá está bien —dijo en tono seco—. Pero Dios se ha llevado al cielo a vuestro hermano.

Miré a Peter, que tenía los ojos clavados en nuestro padre, como petrificado. Él tampoco pudo decir nada.

—Lo he bautizado y esta misma noche lo enterraremos. Lo mejor es que volváis a casa.

Cuando nos levantamos y nos dirigíamos a casa, me preguntaba si debía o no llorar. Claro que tener otro hermanito me había hecho ilusión, pero no sentía nada. No sentía tristeza, como tal vez debiera haber sentido. Peter, en cambio, parecía muy triste. Al menos mucho más triste que nuestro padre, que, como siempre, dominaba sus emociones. A Peter, Dios le había quitado su esperado compañero de juegos.

A medio camino, Luise vino a nuestro encuentro, tapándose la boca con la mano para acallar sus sollozos. Blanca como la pared, intentó dominarse cuando nos vio.

—Id a vuestra habitación, todo se arreglará —dijo entre dientes, pero yo apenas prestaba atención a sus palabras. Como hipnotizada, contemplaba las huellas de sangre en su delantal. Solo cuando Peter me arrastró consigo hacia la escalera, conseguí apartar la mirada y entendí que un parto era algo peligroso que a veces le costaba la vida a la madre, y a veces también al hijo.

Capítulo 5

PESE a que ya habían transcurrido dos días desde su encuentro con el lobo blanco, Marie no conseguía quitárselo de la cabeza. ¿Constituía el animal un augurio? Y en caso afirmativo, ¿un augurio de qué? Mientras los carros seguían traqueteando hacia el oeste, ella se preguntaba por qué el animal no la había atacado. Seguro que el color de su pelo era un obstáculo para que el lobo pudiera abatir una presa. ¿Por qué no había aprovechado la oportunidad? ¿Porque Johnston se encontraba cerca?

Marie hubiese deseado preguntárselo al jefe de la caravana, pero no se atrevía a acercarse a él. Las miradas que le lanzaba, en cuanto tenía ocasión, la desconcertaban y despertaban sentimientos desconocidos en su corazón. «¡No será que te estás enamorando de él!», se reñía a sí misma, pero su corazón no le hacía caso. Por eso hacía lo posible para que los escasos encuentros inevitables fuesen breves y distanciados.

Durante los siguientes días avanzaron considerablemente. El ambiente entre las mujeres seguía siendo bueno, y también la muchacha del segundo carro se recuperó. Sin embargo, se mantuvieron los rumores sobre su embarazo.

—No podéis afirmar algo así por las buenas —objetó Marie cuando, casualmente, escuchó de nuevo los chismorreos de las mujeres.

—¡Seguro que eres hija de un cura y por eso no sabes lo que ocurre en el mundo! —la espetó una de las mujeres que, frecuentemente, ponía en apuros a las demás con sus comentarios malintencionados.

El que hubiese acertado al suponer que su padre era cura, hizo que Marie se ruborizara. Claro que su padre no habría tolerado que ella supiese nada de este tipo de cosas. Aun así, se enteró por las otras muchachas del pueblo. Pero el temor a la ira de su padre siempre le había impedido admitirlo. Y también ahora se limitó a contestar:

—De todas formas, no deberíais hacer comentarios antes de estar completamente seguras.

Lisa resopló como si no necesitara más certezas. Así concluyó la conversación, y todas regresaron a sus carros.

Pero, al cabo de unos días, también el presunto embarazo dejó de tener interés, pues la caravana se estaba acercando a Dryden, que se encontraba en medio de un territorio despoblado y constituía la meta para muchos cazafortunas.

Un gran nerviosismo se apoderó de las mujeres, pues, pese a disponer de escasos medios, no querían perderse la ocasión de dar una vuelta por la ciudad.

—Tengo curiosidad por ver qué habrá en las tiendas —dijo entusiasmada Ela a Marie, que se estaba recogiendo el cabello. Aunque su ropa resultaba ya bastante deslucida, quería causar buena impresión a los habitantes de la ciudad.

—Pero apenas tenemos dinero —replicó mientras comprobaba su peinado en el fragmento de un espejo opaco, propiedad de Ela.

—¡Qué más da! —Ela cruzó los brazos ante el pecho—. De momento, ya me basta con ver lo que hay. Hasta ahora solo estábamos nosotras, y tengo curiosidad por ver cómo visten las mujeres allí y qué vestidos están de moda. Cuando estemos casadas, también nosotras podremos permitirnos vestidos nuevos y otras cosas.

Marie no estaba tan segura. ¿Deberían abrumar inmediatamente a sus recién estrenados esposos con exigencias? Al fin y al cabo, aquellos hombres habían asumido el coste de su travesía y de la caravana. Seguro que no causaría buena impresión el que, nada más llegar, les pidiesen ya dinero para fruslerías.

Mientras se estaban arreglando como buenamente podían, apareció la ciudad en el horizonte. Contentos de que, tras semanas en la selva entraran nuevamente en contacto con la civilización, los jinetes de acompañamiento lanzaron al aire sus sombreros y estallaron en júbilo.

Cuando los carros ascendían, traqueteando, por la calle principal, muchos transeúntes se detuvieron y contemplaron la caravana llenos de curiosidad. De vez en cuando se les unieron algunos muchachos jóvenes a caballo, que pretendían echar una mirada bajo los toldos. Las mujeres menos tímidas los saludaban alegremente con la mano.

Como Marie se encontraba en el último carro, disfrutó con una manada de niños que corrían tras ellos, chillando. Algunas madres apartaban a sus hijos, pero el núcleo del ruidoso grupo les siguió hasta la plaza del mercado, donde se detuvieron.

Angus Johnston se acercó a caballo a cada uno de los carros para hablar brevemente con su conductor y las mujeres. Al fin, llegó también al último carro.

—Tienen tres horas para dar un paseo o para lo que les apetezca hacer. A más tardar, cuando el reloj dé las cinco, deberían estar de nuevo en su carro.

—¿Pasaremos esta noche en la ciudad? —quiso saber Marie.

—No, pasaremos la noche viajando para recuperar el tiempo que hemos perdido con nuestra estancia aquí.

Johnston le dedicó una amplia sonrisa. Después hizo dar la vuelta a su caballo y cabalgó de nuevo hacia la cabeza de la caravana.

—¿Qué ha sido esto? —inquirió Ela, siguiendo con la mirada al jefe de la caravana.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marie, un poco ausente.

—La sonrisa. Te ha sonreído como si fueses su novia.

—Son figuraciones tuyas.

Para evitar que se prolongara la conversación, Marie descendió del carro y se alisó el vestido y el cabello. Seguía sintiendo las miradas posadas en ella. En los caminos de madera para peatones, algunas mujeres juntaron las cabezas. Hombres

enfundados en polvorientos pantalones y bastas camisas estaban apoyados en las esquinas de las casas, masticando tallos de hierba mientras las observaban.

«Será mejor que me una a las otras», pensó Marie, desconcertada, pese a que su intención había sido descubrir la ciudad sola.

Junto con Ela y otras dos mujeres se encaminó a la calle principal, bordeada por numerosas tiendas. Entretanto, el gentío curioso se había dispersado.

—Bonita ciudad, ¿no os parece? —preguntó Ela, que disfrutaba visiblemente por encontrarse de nuevo en una ciudad—. Muy diferente de las ciudades de nuestro país.

Tenía razón. Realmente, Dryden era completamente distinta. Mientras que en Alemania predominaban edificios de piedra, aquí las calles estaban bordeadas principalmente por casas de madera. Algunas estaban adornadas con pomposas tallas; otras, en cambio, tenían un aspecto muy sencillo. En los jardines proliferaban flores multicolores. Alrededor de las vallas se veían perros y gatos merodeando.

También los escaparates eran completamente diferentes. En algunos se veían objetos extraños: medicamentos de los que Marie no había oído hablar jamás. Había también especias raras, pomadas de veneno de serpiente y aparatos de aspecto aventurero.

—¿Para qué se necesitará un apoyacabezas para viajes largos? —se sorprendió Ela, cuando se detuvieron ante un denominado *drugstore* en el que hacían publicidad de un extraño artilugio de cuerdas y tela como atracción más novedosa.

—Para que puedas dormir cómodamente durante el viaje sin caer sobre el regazo de tus compañeros —tradujo Marie lo que leía en el folleto al pie del dispositivo.

—¡También hay agua de rosas! —exclamó entusiasmada una de sus acompañantes y, junto con su compañera de carro, desaparecieron en el *drugstore*.

—Hay algo entre vosotros —observó Ela, cuando la campanilla de la tienda había dejado de sonar.

—¿Pero qué dices?

Para ocultar su sonrojo, Marie simuló estar interesada por los artículos en el escaparate.

—Tú y este Johnston, os entendéis muy bien, ¿verdad?

—Le he ofrecido hacer de intérprete para él. Y él se manifestó admirado por mis conocimientos del idioma. Nada más.

—¿En serio? Por lo visto, no te das cuenta de que parece comerte con los ojos.

—Estoy prometida y no tengo tiempo de fijarme en cosas así. Además no sería decente.

—Todavía estás a tiempo de pensártelo y de irte con él. Seguro que tu reverendo encontrará a otra esposa.

—¡No! —increpó Marie a Ela, en un tono más irritado de lo que había pretendido—. He adquirido un compromiso y lo voy a cumplir. Y seguro que Johnston tiene ya

una esposa que lo estará esperando. Nos limitamos a conversar con cortesía. Eso es todo.

—Está bien, como tú digas —replicó Ela, algo contrariada—. Si se me ofreciera esta posibilidad, yo no lo dudaría. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

Antes de que Marie pudiera contestar, sus dos acompañantes salían de la tienda, entre risas. Cuando continuaron su camino, Marie se quedó un poco atrás y aprovechó la oportunidad para separarse de ellas. No quería tener que escuchar otra vez que no sería mala idea fugarse con Johnston.

Después de pasear ella durante un rato por la ciudad sin rumbo fijo, apareció súbitamente Angus Johnston a su lado. Marie se asustó. De las otras mujeres no se veía ni rastro.

Su corazón empezó a latir fuertemente cuando Johnston le dirigió una amable sonrisa.

—¡Qué! ¿Ha encontrado ya algo que le guste?

Marie estaba a punto de dar una respuesta negativa, pero su boca se adelantó contestando:

—Sí, pero temo que no me lo puedo permitir. Necesito mis últimos ahorros para completar mi ajuar.

—¿Ajuar? —se sorprendió el jefe de la caravana—. Yo pensaba que en el anuncio no se pedía ajuar.

—Aun así quisiera aportar algunas cosas al matrimonio —respondió Marie en un tono más cortante de lo que fue su intención—. En mi país es una tradición, ¿comprende?

Johnston la miró con un aire un poco extraño. Después le ofreció su brazo.

—¿Le importa que la acompañe? Esa no es precisamente una región muy segura. Creo que no le iría mal un poco de protección.

Marie estuvo a punto de rechazar su ofrecimiento, pero entonces su buen juicio le aconsejó: estás aquí en una ciudad extraña. No te dejes influenciar por las habladurías de Ela. Angus Johnston es un hombre amable. «¿Por qué no ibas a permitir que te acompañe?».

—Muchas gracias —dijo tomando su brazo. Como si su proximidad ejerciese alguna fuerza mágica, enseguida el paseo le resultó más agradable. Pasaron nuevamente por delante del extraño *drugstore*, luego ante un hotel y una mercería.

—Si necesita algo para su ajuar, el lugar adecuado para encontrarlo es en esta parte de la calle principal —anunció él alegremente—. ¡Mire allí! —Angus señaló una tienda a su izquierda. Sorprendió un poco a Marie el que se hallaran ante el escaparate de un modisto, y al ver el vestido expuesto tras el cristal, no pudo evitar una exclamación llena de entusiasmo.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó Angus divertido—. Como todas las mujeres,

tampoco usted sabe resistirse a un hermoso vestido. Además este color encaja a la perfección con sus ojos.

Johnston tenía razón. La seda de color turquesa azulado resaltaría el de su cutis y también el de sus ojos. Pero ya antes de la travesía Marie había abandonado cualquier esperanza de poder acudir jamás a un baile para el que se precisase un vestido como este.

—Es realmente precioso.

Marie ocultó su tristeza tras una sonrisa. Ela tenía razón, el jefe de la caravana le caía muy bien. Si no estuviese ya comprometida, tal vez habría aprovechado la oportunidad, pero inmediatamente volvió a descartar esta idea.

—Pero no creo que sea adecuado para mí.

—¿De verdad que no? —Johnston le dirigió una mirada escéptica, como si estuviera tomando medidas como un modisto—. Bueno, si no quiere el vestido, ¿qué tal aquella cinta para el cabello?

Señaló la cinta que estaba hecha de la misma tela que el vestido. El bordado que la adornaba era del mismo color y le daba una nota muy elegante.

—¡Pero si yo no necesito nada de eso! —declinó Marie, asustada, pues se dio cuenta de la intención que había tras su pregunta.

Pero Angus no se dejó desconcertar.

—Venga, señorita, por su trabajo como intérprete en la caravana, e insisto en que es una intérprete extraordinaria, se merece una pequeña recompensa.

—Por favor, Mr. Johnston, de verdad que no es necesario.

—¡Y tanto que lo es!

Antes de que Marie pudiese retenerle, ya la arrastraba consigo por la puerta de la tienda.

—Mr. Johnston, en serio, no puedo aceptar...

El sonido de la campanilla de la puerta interrumpió sus protestas. La joven tras el mostrador les lanzó una mirada extraña. Marie se reportó en el acto, soltándose con la mayor dignidad posible del brazo de Angus.

—¿Qué puedo hacer por los señores?

Johnston, que a su vez volvió a recomponer la postura, miró sonriendo a Marie; después se volvió hacia la vendedora.

—Me gustaría comprar la cinta azul para el pelo que tienen en el escaparate.

—¡Con mucho gusto! —contestó la muchacha—. Estoy segura de que le sentará estupendamente a su esposa.

Johnston volvió a mirar a Marie.

—Yo también lo creo.

Marie se prohibió a sí misma volver a protestar. Ni siquiera una huida de la tienda podría impedir que el jefe de la caravana le hiciese este regalo. No le quedaría más

remedio que aceptarlo, pero solo como recompensa por su trabajo de intérprete.

Cuando, poco después, salieron de la tienda, Johnston puso en sus manos la cajita envuelta en papel de seda.

—No tenía por qué hacerlo.

—Ya lo sé —replicó Johnston con firmeza—. Pero quise hacerlo. Como usted sabe, he acompañado ya a muchas mujeres en caravanas, pero vi a pocas tan modestas como usted. Después de lo que ha dejado atrás, quiero que algo bonito la acompañe en el inicio de su nueva vida. Estoy seguro de que con esta cinta conquistará inmediatamente el corazón de su prometido.

Cuando Marie iba a protestar diciendo que no necesitaba nada de esto, él añadió:

—No nos engañemos: al final de su viaje a muchas de las muchachas les espera una decepción. Los hombres, entretanto, o se habrán empobrecido o habrán muerto o no corresponderán para nada a lo que ellas habían imaginado. Puede usted estar segura de que le deseo toda la felicidad de este mundo, pero si su esposo no resultase ser lo que usted ha imaginado, al menos tendrá algo bonito a lo que aferrarse. Algo de lo que podrá decir que fue un buen inicio de su nueva vida. Y tal vez... —hizo una breve pausa mirándola fijamente—, tal vez también se acuerde de mí.

Durante el camino de vuelta a la caravana, pasaron la mayor parte del tiempo callados. Los pensamientos de Marie giraban en torno al futuro que tenía por delante. Además intentaba con todas sus fuerzas no sentir nada cuando se encontraba junto a Johnston, cosa que resultaba imposible. Le gustaba, y mucho, y en otras circunstancias habría dado una oportunidad a estos sentimientos para que pudiesen crecer. Pero su destino era una vida distinta.

—Mr. Johnston.

Cuando los carros aparecieron ante su vista, se detuvieron.

—¿Sí, señorita Blumfeld?

—Tengo que hacerle una pregunta, una pregunta muy personal.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó a sí misma, pero en aquel momento ya oyó a Johnston decir:

—¡Pues venga ya con esta pregunta!

—¿Tiene usted esposa, Mr. Johnston?

Apenas hubo formulado la pregunta, la sangre se le agolpó en las mejillas. Hubiese querido darse de bofetadas, pero ya era tarde.

—No —contestó él, con una sonrisa enigmática—. Y tampoco creo que encuentre a una pronto. Mi trabajo es bastante peligroso y sería irresponsable exponer a una mujer al peligro de quedarse viuda al cabo de poco tiempo.

—Pero hasta ahora el viaje ha sido bastante tranquilo.

—Puede que tengamos suerte, pero no todas las caravanas se desarrollan de modo tan pacífico. Este es un país inhóspito y salvaje, señorita Blumfeld. Frecuentemente,

la gente que huye de la civilización y decide buscar fortuna fuera, acaba en el mal camino. Libres de todo tipo de ataduras, se convierten en bandidos, a causa del hambre o de la codicia. Por eso viajamos por el país tan fuertemente armados. Mientras estemos de viaje, corremos peligro de ser asaltados y puede creermelo con mucho gusto interceptaré cualquier bala que la pueda amenazar a usted o a otra de las mujeres.

Impresionada, Marie permaneció en silencio. Un hombre que se sacrifica por la suerte de otros que, en el peor de los casos, le desprecian por su trabajo.

Cuando Johnston soltó una carcajada, desapareció el embarazoso silencio entre ellos.

—No se preocupe, señorita, acabaré casándome cuando se presente la ocasión. Dentro de unos años seré ya demasiado mayor como para exponerme al peligro. Entonces buscaré esposa, a ser posible, engendraré un par de hijos y me compraré una granja. Pero ahora realmente deberíamos volver a los carros. Si no, mi gente podría pensar que ya estoy buscando esposa.

Tras llegar a los carros, se despidieron brevemente. Marie volvió a darle las gracias por la cinta, pero, cuando Angus le volvió la espalda, la metió en el dobladillo de su falda. No quería alimentar las sospechas de Ela.

Cuando vio que las demás todavía no habían vuelto, guardó la cinta en la bolsa, y no sabía qué le dolía más: la perspectiva de que algún día Johnston pudiese perder la vida en un asalto o el hecho de que no hubiera ni insinuado que albergaba sentimientos que pudiesen inducirle a abandonar su trabajo y a escapar con ella.

Cuando Peter tuvo ya la edad necesaria para ir a la escuela del pueblo, yo me quedaba en casa con mucha tristeza. Nuestra madre, que tras el difícil parto debía aún guardar cama, no era buena compañía, pues pasaba la mayor parte del tiempo entregada a sus pensamientos y a la tristeza por nuestro hermanito que había nacido muerto. Nuestro padre parecía ensimismado. Nadie sabía qué hacía cuando se encerraba en su gabinete de trabajo.

Yo permanecía la mayor parte del tiempo al cuidado de nuestra ama de llaves Luise que me sentaba en una silla en la cocina y se dedicaba a su trabajo. La observaba durante horas o miraba por la ventana hasta que, por fin, volvía Peter y los dos nos íbamos al jardín.

Cuando mi padre aparecía por la cocina, no se dignaba mirarme ni encontraba palabras para mí. Comentaba brevemente con Luise lo que debía hacer o comprar para mi madre y después se volvía a marchar. Yo me refugiaba en el reino de los cuentos. Como me sabía de memoria casi todas las historias que Luise me había contado, intentaba imaginarme como protagonista. Así, a veces, las historias originales quedaron extrañamente transformadas para convertirse, al final, en algo

completamente distinto.

Con esto yo distraía a veces a Peter de sus deberes. Era, por así decirlo, una pequeña venganza por el hecho de que el mundo de las letras permaneciese aún cerrado para mí. Cuando, luego, pese a todo, él insistía en tener que continuar, yo le observaba con admiración garabateando letras en su pizarra.

Por la noche, antes de acostarnos, me hablaba a veces de la maestra que le enseñaba a escribir y de su profesor de álgebra. Los describía como personas de infinita sabiduría, de modo que yo deseaba con impaciencia poder ir también pronto al colegio. Pero no estaba nada claro el que pudiera hacerlo.

Una tarde conseguí hacerme invisible. Al menos eso creí. Luise me había colocado en un rincón junto a la chimenea en el que hacía suficiente calor sin que yo corriese peligro de quemarme. Mi imaginación me había llevado lejos en mi reino de sueños en el que el rey de las hadas acababa de regalarme una capa que me ocultaba a las miradas de los seres humanos.

En aquel momento apareció mi padre. Aflojando su alzacuellos, se sentó a la mesa de la cocina. Por lo visto no se había dado cuenta de mi presencia en el rincón. Con sorpresa comprobé que la capa de la invisibilidad surtía efecto.

—¿Qué piensas, Luise, convendría que enviase a Marie al colegio? El año que viene tendrá edad suficiente, pero es una niña y ¿acaso no es obligación de las niñas casarse y tener hijos?

Luise mantuvo la cabeza baja mientras continuaba limpiando la verdura. ¿Le había sorprendido la pregunta o es que pensaba que no era nadie para dar una opinión al respecto?

Mi padre alargó la mano por encima de la mesa y la cogió de la muñeca.

—Luise —dijo en tono suave, casi suplicando—. Mi hija está bajo tu tutela, y yo sé muy poco sobre la educación de una niña. Como sabes, mi esposa no me es de ayuda en este tipo de cosas. ¿Qué he de hacer, pues?

—Debería enviarla —contestó Luise sin levantar la mirada de sus manos—. Una mujer tonta no es útil para nadie, y ¿verdad que usted quiere que haga una buena boda?

Mi padre volvió a soltarla, pero luego estuvo contemplándola largo rato. Luise prosiguió con su trabajo e hizo ver que no se daba cuenta, pero yo vi que en el rostro de mi padre, que parecía frecuentemente severo y reservado, algo estaba cambiando. Sus facciones se volvían más dulces, y su boca se entreabrió ligeramente, como si quisiera decir algo.

En aquel momento sentí un picor en la nariz. Mi estornudo desgarró la capa de la invisibilidad e hizo que mi padre se volviese hacia mí. Pero ahora la expresión tierna de su cara volvió a desaparecer, su semblante se endureció, como si la maldición de un hada lo hubiera petrificado.

—Marie, ¿qué se te ha perdido ahí? —tronó su voz, casi furiosa.

—La he sentado ahí para que jugase —me defendió Luise mientras guardaba el cuchillo de la verdura—. Es una niña muy buena, apenas se la oye en todo el día.

Pero mi padre parecía tener otra opinión. Se levantó resoplando y abandonó la cocina sin dignarse mirarme de nuevo.

Luise se volvió con una sonrisa y extendió los brazos hacia mí.

—¿Te ha hecho cosquillas la pluma de un ángel?

Tal vez fuese cierto que un ángel me había tocado, pues de repente me di cuenta de que Luise, que siempre me había parecido algo vieja, era en realidad todavía joven y, sobre todo, muy guapa. Por lo menos, más guapa que nuestra madre enferma, que tenía un aire consumido por el sufrimiento y cuyos ojos estaban rodeados por sombras de un color azul rojizo, que la afeaban.

Cuando me levantó en brazos y me estrechó contra su pecho, empecé a desear fervientemente que ella fuese mi madre. El comentario de mi padre y su extraño comportamiento ya habían caído en el olvido.

Capítulo 6

AL clima relativamente suave de los días pasados le siguió una temporada de calor que afectó bastante a las viajeras de la caravana. Incluso Marie, que se cuidaba siempre mucho de mantener el decoro, se vio obligada a desprenderse de su pesado vestido negro. Como no poseía ropa de verano, permanecía sentada en el carro, como la mayoría, en su combinación sobre las prendas de ropa interior, condenada a la inactividad por el ardor del sol.

Pese a que eran ya muy necesarias las pausas, se hacían cada vez menos paradas, pues conforme proseguía el viaje, los aguaderos resultaban más escasos, y Johnston justificaba la velocidad explicando que querían llegar cuanto antes a una región sombreada y con agua suficiente.

No les quedaba a las mujeres, y tampoco a los hombres, más remedio que abanicarse y pedir en sus rezos que lloviese.

De vez en cuando Angus Johnston se acercaba a Marie, pretextando que quería pedirle que tradujera a las mujeres de los otros carros lo que tenía que comunicarles.

Cuando, finalmente, volvió a verse un bosque en el horizonte, todos se sintieron aliviados. Ahora ya no estaban lejos de sus lugares de destino. Selkirk sería una de las primeras ciudades en que algunas mujeres abandonarían la caravana.

—Ahora se acerca el momento de la verdad para ti —observó Ela, cuando por fin volvieron a hacer una de las anheladas pausas de descanso—. No falta mucho para que te cases.

Marie se sintió de repente desconcertada. Claro que no tenía intención de romper el contrato firmado, pero ya no era tampoco capaz de negar lo que sentía por Johnston. Casi todas las noches en que no regresaba al pasado a través de su diario, la asaltaban extraños pensamientos y le producían sueños de los que despertaba bañada en sudor. Y no porque fuesen terribles, sino porque despertaban su deseo. Y con él un recuerdo que llevaba mucho tiempo reprimiendo.

Poco antes de su llegada al bosque, el cielo fue cubriéndose de oscuros nubarrones. También en su tierra las tormentas llegaban con gran celeridad, pero esta superó en rapidez a todas las que había vivido. Unos rayos como jamás había visto relampagueaban a través del bajo techo de nubes. Los truenos resonaban hasta muy lejos por encima de la llanura y retumbaban desde las montañas que se alzaban tras los bosques.

Una noche Marie creyó ver de nuevo al lobo blanco. Sobresaltada por un rayo, se incorporó en su lecho y percibió una figura pequeña, que en el primer momento se asemejaba al lobo. Parecía más clara que el entorno y era lo suficientemente pequeña para ser un lobo. Pero era un hombre que permanecía acurrucado, cerca de su carro.

Se había cubierto los hombros con una lona que resplandecía casi blanca a la luz de los rayos.

¿Era Johnston? Marie estuvo a punto de correr hacia él y preguntarle qué estaba haciendo allí. Pero recapacitó pensando que en cuestión de segundos la lluvia la dejaría empapada y le pegaría la ropa al cuerpo, con lo cual nada de ella sería ya un secreto.

Permaneció, pues, bajo el toldo protector, pero sin apartar los ojos del hombre. Una increíble fascinación se apoderó de ella. ¿Cómo podría un hombre, en una región en la que se suponía que no tenían que contar con enemigos, permanecer en plena tormenta a la intemperie, asumiendo grandes adversidades, solo para vigilar el campamento?

«¿Lo haría uno de los hombres con quienes vamos a casarnos?», pensó. Lo dudaba. Y por eso admiraba aún más a los hombres que se exponían a este tipo de fatigas y peligros para proporcionar una felicidad familiar a otros hombres. O al menos la posibilidad de encontrar la felicidad.

Pensativa, Marie volvió a recostarse.

Cuando sintió que, poco a poco, el sueño se iba apoderando de ella, creyó oír a lo lejos, entre los truenos, el aullido de un lobo, pero los párpados le pesaban ya demasiado como para volver a comprobarlo.

Una noche me sobresaltaron unos sonidos extraños. Antes Peter me había contado el cuento de Caperucita Roja, adornando bastante el pasaje en que el lobo se come a la niña. Firmemente convencida de que un lobo estaba merodeando alrededor de nuestra casa, me subí la manta hasta el mentón y pensé en la posibilidad de despertar a Peter, pero no quería que me tuviese por cobarde y luego me tomara el pelo si resultaba que no había sido ningún lobo.

Los sonidos aumentaban en intensidad y, al fin, me pareció distinguir entre ellos una voz aguda. ¡Luise! ¿Qué sucedía? ¿Estaba ella enferma? ¿O habría entrado el lobo en su cuarto?

Cuando ya no pude aguantar más aquellos sonidos, me levanté y salí de la cama lo más silenciosamente posible. Reprimí la idea, que volvió a brotar en mí, de despertar a mi hermano. Siempre estaría a tiempo de hacerlo cuando tuviera la seguridad de que una fiera había penetrado en nuestra casa.

Me deslicé de puntillas hasta el cuarto de Luise, atemorizada ante la posibilidad de que alguien pudiese hacerle daño. Los sonidos animales me acompañaban durante todo el trayecto, atizando aún más mi preocupación por nuestra criada. No se me ocurrió la idea de llamar a nuestro padre, pues jamás había osado entrar de noche en el dormitorio de mis padres. Solo de día, cuando mi madre estaba sola, iba a veces a verla para peinarla y hablar con ella.

Ante la puerta del cuarto los sonidos adquirirían mayor volumen. Estremecida y con las manos crispadas, agarradas al camisón, reflexioné si debía asir el picaporte. ¿Y si el lobo me atacaba también a mí?

Entonces me armé de todo mi valor. Cuando abrí la puerta bruscamente, vislumbré a la luz de la lámpara de petróleo dos cuerpos sobre el lecho. El que yacía sobre el cuerpo blanco y desnudo de Luise, estaba recubierto de vello oscuro y tenía el cabello negro, como un lobo convertido en hombre, y los sonidos que emitía al moverse, se asemejaban al gruñido de un perro.

Cuando Luise se dio cuenta de mi presencia, abrió mucho los ojos, llenos de espanto. Tomó al hombre lobo de los brazos, pero este no la soltó, sino que seguía hundiendo la cabeza entre sus hombros. Su boca se abrió para lanzar un grito, pero no fue capaz de articular sonido alguno, como si el lobo ya le hubiese cortado la garganta con sus dientes.

Retrocedí, asustada. En mi fuero interno había deseado que los cuentos no fuesen verdad, pero aquí estaba viendo lo contrario. Cuando el lobo se dio cuenta de mi presencia y volvió la cabeza hacia mí, me di la vuelta y eché a correr, lo más rápido que pude, por el pasillo hasta mi cuarto.

Esta vez no tuve en cuenta si iba o no a despertar a Peter. Mis pasos resonaban en los tablones del suelo. De golpe cerré la puerta detrás de mí y me eché en la cama, temblando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Peter, incorporándose adormilado.

No fui capaz de contestar. La imagen del hombre, que se movía impetuosamente entre los muslos de Luise, había quedado grabada en mis ojos. De nada servía que los cerrara. Aquella imagen se hacía aún más nítida.

Preocupado, Peter salió de la cama y se acercó a mí. Me apartaba tiernamente el cabello de la cara y se sentó a mi lado. Su abrazo me tranquilizó un poco, pero no era capaz de dejar de pensar en lo que había visto.

—¡Luise! —balbucí al fin.

—¿Qué le pasa a Luise? —Peter pasó la mano por mi cabello—. Dilo ya, Mariechen, ¿qué sucede con Luise?

—La han devorado —dije entre dientes, sin intuir qué acertada resultaba, en realidad, esta comparación.

—¿Devorada? —Sentí claramente la preocupación de Peter, pero ya era tarde para callar—. ¿Quién la ha devorado?

—Un lobo.

Al día siguiente las mujeres fueron despertadas por la luz del sol que centelleaba en las gotas de lluvia que resbalaban de los toldos. Cuando Marie asomó la cabeza al exterior del carro, el centelleo de las gotas en la hierba casi la cegó. ¡Un mar de

diamantes no hubiese podido resultar más espléndido!

Cuando iba a despertar a Ela, sacudiéndola, comprobó que esta ya la estaba observando con los ojos muy abiertos.

—Esta noche estuviste hablando en sueños —dijo en voz baja—. De un lobo.

¿Había soñado con el lobo? Marie no se acordaba.

—¿Hablo yo en sueños? —preguntó extrañada, evitando al mismo tiempo la mirada de su amiga.

—Sí, e incluso bastante a menudo.

Súbitamente, la sangre se agolpó en sus mejillas. ¿Y si ella revelaba cosas que quería confiar únicamente a su diario?

Mientras Ela se incorporaba sonriendo, Marie pensó ya que, como tantas veces, le estaba tomando el pelo.

—La otra noche estuviste hablando de un tal Peter —dijo su amiga de repente—. ¿Era novio tuyo en Alemania?

Marie le dirigió una mirada asustada. No le había contado a Ela la historia de su hermano, al menos no lo había hecho estando despierta. Y a ser posible, tampoco quería hacerlo en sueños.

—Era mi hermano —contestó secamente, pues seguro que Ela no la dejaría en paz si simulase no haber oído nada.

—¿Era? —insistió Ela.

—Sí, era. Murió hace dos años.

—¿Y de qué? Supongo que no habrá sido a consecuencia de la guerra, ¿o sí?

—No, durante la guerra éramos aún niños. —Marie se esforzó por apartar de sus pensamientos el desagradable recuerdo de lo que había sucedido entre ella y su padre. Tuvo algo que ver con la guerra, y con su madre. No le gustaba nada recordarlo.

—Mi padre decía siempre que algún día la humanidad se extinguiría a sí misma, porque siempre encuentra razones para iniciar una guerra —advirtió Ela, con una sonrisa amarga.

—Tu padre era un hombre inteligente.

Ela bajó la mirada.

—Cuando estaba lúcido sí, pero al final ya no logró escapar de las garras del alcohol. Murió el año pasado y nos dejó un montón de deudas. Como no quise seguir siendo una carga económica para mi familia, decidí venir aquí, al seguro puerto del matrimonio.

Cuando Ela bajó del carro para su aseo matinal, Marie la siguió con mirada pensativa. «Todos tenemos que cargar con algún peso —pensó—, aunque cada uno de nosotros tenga la impresión de ser el único a quien le ocurren desgracias».

Entre el aseo matinal y el desayuno Marie volvió a tener, después de mucho tiempo, ocasión de escuchar lo que hablaban el jefe de la caravana y sus hombres,

que se habían reunido tras un carro. Había tensión en el ambiente.

—A partir de ahora será una cabalgada infernal —dijo uno de los hombres, que estaba intentando barrer el agua del toldo de su carro sin empapar a las mujeres—. Seguro que el camino estará tan lleno de barro que nos hundiremos hasta las rodillas.

—Hay otra posibilidad —advirtió el hombre que se encontraba al lado de Johnston, pero el jefe de la caravana movió la cabeza negativamente.

—¡Ni hablar! Sabéis que esa ruta no es segura.

—Pero hace ya mucho tiempo que no se oye hablar de ellos.

«¿Peligro? ¿De qué están hablando?».

Marie volvió la cabeza un poco hacia la derecha para poder escuchar mejor. Desde un incidente en su juventud, oía mejor por el oído derecho que por el izquierdo, una circunstancia que, al principio, la había molestado bastante, pero a la que con el tiempo había ido acostumbrándose.

—¡Basta ya! —exclamó Johnston, molesto—. No nos vamos a exponer a peligros innecesarios. Si el camino resultase intransitable, volveré a considerar esta posibilidad, pero hasta entonces nos mantendremos en la ruta acordada.

Con esta determinación se separaron los hombres. Marie se mordió el labio inferior. ¿Qué era lo que alteraba de este modo a Johnston? ¿Por qué el atajo no iba a ser seguro?

A punto estuvo de acercarse a él para preguntárselo, pero entonces se le ocurrió un motivo: bandidos. En Boston abundaban las historias sobre ellos. Seguro que era sensato que Johnston se hubiese decidido por el camino dificultoso si de este modo se garantizaba su seguridad.

Pero ya hacia el mediodía se evidenció que el conductor del carro había tenido razón. Después de que, durante un buen rato, los caballos intentaran avanzar por el barro, Johnston dio la señal de parar. Los dos hombres, a los que envió a inspeccionar la ruta, regresaron con malas noticias.

—Tenemos ante nosotros un gigantesco barrizal. Hasta que vuelva a secarse perderemos una semana.

Johnston resopló. Después pasó a un silencio reflexivo.

—De acuerdo, pues —dijo al fin—. Tomaremos la otra ruta.

Marie, que había sido testigo de la conversación de los hombres, jadeó asustada. ¡Así que, pese a todo, ahora tenían que atravesar la tierra de los bandidos!

—¿Cuándo continuaremos? —preguntó Klara, que jugueteaba, inquieta, con sus trenzas—. ¿Te has enterado de algo, Marie?

—Van a elegir otra ruta. El camino ante nosotros es un cenagal.

—Vale, lo que importa es seguir adelante.

Ela echó una mirada escrutadora a Marie.

—¿Acaso los hombres han dicho alguna otra cosa? Pareces asustada.

—No, no pasa nada. Solo me encuentro un poco mal, nada más. —Marie sabía perfectamente que inquietar a las mujeres no conducía a nada.

—Entonces acuéstate un rato. De todos modos duermes demasiado poco.

Mientras Marie se echaba sobre su manta del ejército, escuchaba los sonidos producidos por sus compañeras de carro y las voces de los hombres. En un momento determinado la voz característica y fuerte de Johnston dio la orden de continuar viaje. Tras un breve giro, los carros se introdujeron en un terreno fragoso que, no obstante, volvió a convertirse, finalmente, en un camino firme.

Capítulo 7

DURANTE los siguientes dos días avanzaron sin problemas, pero el rumor de que estaban atravesando un territorio en el que había bandidos influía negativamente en el ambiente que reinaba en el carro. Una de las mujeres del segundo carro, que hablaba inglés algo mejor que las otras, decía haber oído una conversación entre dos de los jinetes que acompañaban la caravana en la que comentaron que ahora había que estar especialmente en guardia y que era imposible saber cuándo aparecería uno de estos salteadores de caminos. El rumor se había extendido como la pólvora. Desde entonces las mujeres observaban el exterior llenas de temor. Angus Johnston no tardó en hartarse de que algunas de ellas pensaran haber observado cosas insólitas.

Ela era de las pocas que no creían lo que contaban los hombres.

—Lo más probable es que pretendan que el aburrido viaje resulte un poco más interesante y que por esto cuenten estas historias. Igual que tú, cuando en el barco les contabas historias a los niños.

—No es lo mismo —replicó Marie, que estaba remendando el dobladillo de sus enaguas. Cuando por la mañana bajó del carro, se le habían enganchado en un clavo que sobresalía y se había rajado la tela ya ajada de por sí—. En el barco yo intenté tranquilizar a los niños con mis historias. En cambio las historias que están circulando ahora, más bien crean inquietud.

—¿Y tú qué crees? ¿Hay bandidos aquí o no?

—Al igual que todas nosotras, tampoco yo he estado aquí antes, de modo que no puedo opinar. —Nuevamente apareció ante sus ojos la expresión preocupada de Johnston—. Mr. Johnston y sus hombres se encargarán de que no nos pase nada.

Un estruendo las hizo callar.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó Klara temerosa—. ¿Una tormenta?

A Marie se le desbocó el corazón. Un recuerdo desagradable le contrajo el estómago. ¿Sería posible?

Cuando el estruendo se repitió, también las otras comprendieron que este sonido no tenía una causa natural.

Marie se volvió rápidamente y asomó la cabeza.

—¿Estás loca? —exclamó Ela, intentando arrastrarla nuevamente al interior del carro—. ¿Quieres que te alcance una bala de los bandidos?

—Los disparos aún están algo alejados —replicó Marie impertérrita, mientras buscaba entre los árboles alguna señal de los bandoleros—. Al menos, yo no veo a nadie. Y quizá solo sean unos cazadores.

Pero la agitación que se apoderó ahora de los jinetes y conductores de carros hablaba un lenguaje distinto. Gritos en voz alta se mezclaban con chasquidos de

látigos, y los caballos aceleraron el paso, sin tener en cuenta el suelo, con lo que los carros fueron sometidos a un fuerte traqueteo.

—¡Va a resultar un poco incómodo, señoras! —exclamó el conductor del carro, mientras su acompañante cargaba su rifle—. Lo mejor será que mantengan las cabezas bajas. Ya nos arreglaremos con esta gentuza.

Ahora también Marie volvió a retirarse.

—¿Y qué pasará si no lo logran? —preguntó Ela en la certeza de que los hombres no entendían el alemán.

—Tienen experiencia ante ataques de bandidos —la tranquilizó Marie—. Hace unos días escuché una conversación.

—¡Ah! Por eso tenías un aire tan preocupado.

Marie asintió.

—No quise inquietaros. Si el cenagal no nos hubiese bloqueado el camino, no nos habríamos topado con ellos.

—Entonces es el destino. —Marthe se santiguó y a continuación guardó su labor de punto—. Tal vez debiéramos rezar.

Apenas hubo juntado las manos, cuando sonaron de nuevo los disparos. El rápido batir de los cascos de los caballos se entremezclaba con el chirrido de las ruedas de los carros.

Cuando Marie miró con cuidado por encima del borde de carga del carro, vio a siete hombres enmascarados salir corriendo del bosque. Algunos disparaban mientras otros intentaban acercarse más a los carros. Cuando las primeras balas abrieron agujeros en el toldo, Klara lanzó un grito. Marthe se concentró en su plegaria, y Ela renunció a seguir intentando retener a Marie y se tumbó en el suelo del carro.

Marie, en cambio, siguió observando a los hombres, como hipnotizada. Aquellos individuos, que se acercaban a ellas corriendo, no tenían nada en común con los ladrones de las historias de su infancia. Era un grupo variopinto. Algunos llevaban chaquetas que parecían uniformes y se habían tapado la cara con pañuelos de colores.

—¿Estás loca, muchacha? —preguntó el conductor del carro tras haber echado una breve mirada por encima del hombro. En el mismo instante el hombre a su lado se levantó de un salto y disparó.

Ela se tapó los oídos con las manos, Klara se desmayó. Mientras Marthe continuaba con sus rezos, Marie exclamó:

—¿Tiene un arma para mí?

—¿Un arma? —preguntó el conductor del carro, mientras seguía arreando a los caballos—. ¿Para qué quieres un arma, muchacha?

—Sé manejarla, mi hermano me enseñó.

Al instante, Marie misma se asustó por su sangre fría. ¿Sería capaz de matar a un hombre? Ante sus ojos surgieron unas imágenes horribles, pero las reprimió. En

este momento no había que pensar en los muertos, solo contaban los vivos. Quizás ella pudiese ayudar a proteger a las otras mujeres de los bandidos.

—¡Aquí tienes, muchacha!

Marie se sobresaltó cuando dos objetos cayeron a su lado en el suelo del carro.

—Espero que no solo sepas disparar sino también cargar, porque esto nadie te lo puede...

La última palabra quedó acallada por nuevos disparos.

Con cuidado, Marie alargó la mano para coger el revólver. No le sorprendió el peso, pues por su hermano sabía que las armas pueden ser bastante pesadas. Como los barriletes estaban cargados, no tenía que ocuparse de la munición. Así que colocó el cañón del revólver en el borde de carga, tiró del gatillo con ambas manos y disparó. El estruendo retumbó en sus oídos. Un doloroso zumbido atravesó su brazo mientras el culatazo la lanzó un poco hacia atrás. Cuando se volvió, vio la cara horrorizada de Ela.

Al igual que Klara y Marthe, no dijo ni palabra, pese a que, seguramente, algunas preguntas se encadenaban tras su frente.

Como los bandidos seguían disparando, volvió a colocar el revólver en la posición adecuada. Le seguía doliendo aún la mano por el culatazo, pero de alguna manera logró amartillar de nuevo el gatillo.

En este momento, una fuerte sacudida hizo que el carro se tambaleara. Marie lanzó un grito y fue proyectada contra la trampilla de carga que se soltó y se abrió. Entre gritos, resbaló. El arma se le cayó de la mano y desapareció entre la hierba tras el carro. Antes de que pudiese encontrar algo a lo que agarrarse, el carro pasó por encima de otra ondulación del terreno. Cuando Marie fue lanzada del carro, oía tras sí los gritos de Ela. Después chocó duramente contra el suelo y perdió la consciencia.

Capítulo 8

LA oscuridad de su inconsciencia tardó en aclararse. Al principio el mundo estaba envuelto en una espesa niebla gris que solo de vez en cuando permitía un momento de claridad. Entretanto Marie creía oír palabras extrañas y notó el contacto de un cuenco en sus labios, un líquido amargo penetraba en su boca. Después se alternaban oscuridad y luz; a sonidos que no era capaz de identificar seguía un profundo silencio. En medio, Marie tenía la sensación de quemarse por dentro, después volvía a no sentir nada y caía en unos extraños sueños febriles. En ellos veía a su hermano, que nunca había sido soldado, de pie en el jardín de su casa, vestido con un uniforme polvoriento y con una gorra ladeada en la cabeza. Llena de alegría por su regreso, quiso correr hacia él, pero de repente su figura quedó envuelta en una espesa niebla hasta que desapareció por completo.

Cuando se retiraron los desconcertantes sueños y ella abrió los ojos, todo a su alrededor estaba sumergido en una luz de color rosa. ¿Es esto el paraíso?, se preguntó Marie, pero entonces un aire cálido recorrió su piel y un olor algo dulce a hierba y tierra penetró en su nariz.

Estoy viva. Realmente sigo viva. Tardó bastante en recuperar la memoria. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde el asalto? ¿Y qué habrá sido de los otros?

Marie intentó incorporarse, pero se sintió súbitamente mareada y tuvo que volver a echarse.

¿Dónde estoy?

La lona que distinguió sobre ella no formaba parte del toldo del carro, de eso estaba segura. Era una lona demasiado clara y excesivamente ligera, inservible para un viaje con tiempo cambiante. Cuando volvió la cabeza, notó que estaba completamente rodeada por la tela de color beige, y que en medio había un agujero a través del cual entraba el resplandor de la aurora.

Una tienda. Me encuentro en una tienda. ¿Es que los hombres de la caravana han levantado un hospital provisional?

Mientras intentaba nuevamente incorporarse, notó que se acercaban pasos. Marie pensaba que sería Johnston que vendría a verla. Una silueta humana pasó ante la lona lateral y, poco después, alguien apareció ante la entrada.

La estatura de aquella figura no era suficiente para ser la de un hombre y tampoco parecía pertenecer a ninguna de las otras mujeres.

El corazón de Marie empezó a desbocarse cuando vislumbró la brillante cabellera de un negro azulado, recogida en dos pesadas trenzas. El rostro entre ellas estaba tostado por el sol, los ojos oscuros parecían dos perlas negras.

Marie no entendió lo que la mujer le decía, pero obviamente esta se había dado

cuenta de que ella se había despertado.

—¿Quién eres tú? —preguntó en inglés cuando la desconocida se sentó a su lado.

En el rostro de la mujer se dibujó una sonrisa bondadosa cuando le apartó a Marie el cabello de la frente.

—Onawah es mi nombre. —Puso una mano sobre su pecho, que estaba adornado por un collar de cuentas de madera y plumas—. Yo ser mujer médico de nuestra tribu. Pese al inequívoco acento de sus palabras, Marie la entendió perfectamente.

—Marie Blumfeld.

En su garganta sentía estas dos sencillas palabras como cuchillas de afeitar.

—Yo llamarte Mari, ¿vale?

Con las cejas enarcadas, Onawah esperaba la conformidad de Marie.

—Sí, puedes llamarme así —susurró Marie, pues el haber pronunciado estas palabras en voz alta superaba ya sus fuerzas. También Onawah pareció notar lo.

—Tú descansar. Yo hacer medicina para tú hablar mejor.

Tras eso, la mujer volvió a retirarse.

«¿Adónde habré ido a parar?», se preguntó Marie con el corazón palpitante. En seguida volvió a desechar la idea de que se tratase de una misión cristiana.

¿Qué había dicho Onawah? Que era la mujer médico de su tribu. ¿Acaso era...?

Haciendo uso de todas sus fuerzas, Marie se apoyó sobre los codos y se incorporó un poco. Los músculos le dolían tremendamente, el sudor fluía por sus sienes.

Pero su esfuerzo se vio recompensado. De las lonas de la tienda colgaban pieles, una de un lobo y otra de un oso. Sobre su cabeza se tambaleaba un extraño aro envuelto en piel, en cuyo centro unas cintas formaban un dibujo en forma de estrella. En el extremo inferior del aro se balanceaban unas plumas sujetas con cordones adornados con cuentas.

Cuando Marie dejó vagar la mirada, descubrió un fogón del que se alzaban unas débiles llamas. En el estante, que se encontraba encima, había un pequeño recipiente que parecía una caldera. Detrás, en el suelo, yacía un gran cráneo que debía de ser el de un bison. En algunos puntos los huesos parecían haber sido raspados.

Suspirando, Marie se dejó caer nuevamente en el lecho. ¿Dónde estoy? ¿Y cómo he llegado hasta aquí?

Cuando Onawah apareció con un cuenco de té en la mano, Marie aún se sentía débil, pero un poco más despierta. En su interior la curiosidad luchaba con el miedo. ¿Qué sería de ella cuando recuperase la salud? ¿Tendría que quedarse con esta tribu? Se acordaba de historias de mujeres que se habían quedado voluntariamente con los indios y se habían casado con uno de ellos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Onawah, mientras se arrodillaba al lado de Marie. El amargo olor a hierbas del cuenco de té se mezclaba con el aroma de pieles, tierra y madera quemada.

—Mejor —dijo Marie en voz ronca.

—Bebe esto.

La curandera le acercó un cuenco. Un brebaje caliente de hierbas llenó su boca.

—¿Dónde estoy? —preguntó Marie después de haber tragado la mezcla de sabor amargo—. No estamos en una ciudad, ¿verdad?

La curandera la miró al principio como si no hubiese entendido. Cuando Marie iba a repetir su pregunta, dijo:

—Estás con mi tribu. Nos llamamos Cree.

Marie no había oído hablar de una tribu que se llamase así.

—¿Y dónde habéis establecido vuestro campamento?

—Los blancos llaman a este lago Quill Lake. Nosotros llevar ya un tiempo aquí, tierra muy buena y muchos animales para cazar.

¡Se encontraba en un campamento de indios, en medio de la selva! Una vez que el pánico inicial hubo remitido, una pregunta tras otra pasó por la cabeza de Marie. ¿Qué había sido de Ela y de las otras mujeres? ¿Y de Angus Johnston y de sus hombres?

Cuando se volvió a acordar del asalto, Marie se tapó la boca con la mano. Ahora también volvió a recordar que cayó del carro cuando huían de los bandidos.

—¿Hay más mujeres aquí? —profirió, mientras la boca se le secaba de repente, como si hubiese comido papel secante.

—¡Claro que hay más mujeres aquí! —respondió Onawah sorprendida—. Hay muchas mujeres viviendo con los Cree.

—¡Quiero decir mujeres como yo! —precisó Marie, al darse cuenta de que la curandera la había malinterpretado—. ¡Mujeres blancas!

Onawah depositó el cuenco en la estantería y se tocó la frente.

—El espíritu de la fiebre aún está en ti. Has de descansar mucho.

—¡No, no es la fiebre! —protestó Marie—. Conmigo había otras mujeres. Íbamos en una caravana en dirección al oeste cuando nos asaltaron.

La curandera se esforzó en componer una expresión bondadosa.

—Aquí no hay ninguna otra mujer blanca, solo tú.

—¿Y hombres? ¿Hombres blancos?

De repente, los latidos de su corazón le causaron fuertes dolores de cabeza. Las náuseas hicieron afluir saliva amarga en su boca y la luz empezó a centellear ante sus ojos. Suspirando volvió a dejarse caer sobre su lecho.

—No hay hombres blancos. Hombres blancos vivos. Nuestros guerreros han encontrado hombres muertos, a algunas millas de aquí. Los han incinerado para que no los comiesen los lobos.

Mientras le llegaban estas palabras como desde muy lejos, Marie se preguntaba si Johnston estaría entre los muertos. Después la oscuridad volvió a arrastrarla.

Cuando volvió a despertarse era de noche. La cálida luz del fuego le daba en la cara mientras el olor a madera quemada y hierbas la arrancaban de la oscuridad. Los cantos, que llenaban la tienda, resultaban atractivos de una manera extraña. Cuando logró levantar un poco la cabeza, vio a Onawah que la observaba, sentada ante una pequeña hoguera en la que la mujer golpeaba una y otra vez con unas ramas. Las chispas que se levantaban se las llevaba la corriente de aire hacia arriba y se extinguían antes de que pudiesen constituir un peligro para el toldo de la tienda.

De Marie se apoderó la inquietud y a la vez la curiosidad. ¿Estaba ella convirtiéndose en testigo de un rito pagano? ¿Qué sentido tendría? ¿Quería Onawah alejar espíritus malos? No había que olvidar que le habló de un espíritu de la fiebre.

Tonterías, los espíritus no existen, intentó tranquilizarse. Pero su corazón siguió palpitando con fuerza, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Solo es la fiebre. Quizás esté soñando todo esto.

Cuando comprendió que todo lo que estaba viendo correspondía a la realidad, la curandera ya estaba finalizando el ritual. Colocó la rama chamuscada en el fuego donde fue presa de las ávidas llamas. Luego se levantó, se quitó la piel de animal, que se había puesto en los hombros, y la colgó cuidadosamente en un soporte destinado a tal fin. Después apagó el pequeño fuego y se retiró también a descansar.

Durante los días siguientes la recuperación de Marie progresó rápidamente. Parecía casi como si el ritual hubiese tenido efecto. Desapareció la debilidad que había encadenado a Marie a su lecho durante días, y las náuseas no se repitieron. También los dolores de cabeza, que la habían molestado tanto, empezaron a disminuir lentamente. Y, una semana después de haber despertado en el campamento de los Cree, Marie obtuvo de Onawah permiso para levantarse.

Sin embargo, Marie no esperaba que después de los días en que permaneció acostada, se sintiese con tan pocas fuerzas. Notaba las rodillas blandas como la mantequilla y solo agarrándose fuertemente al toldo de la tienda pudo evitar caerse. Inmediatamente, Onawah acudió en su ayuda y la sostuvo con una fuerza que Marie no hubiese esperado en una mujer tan esbelta.

—Ten cuidado. Si tú caer, poder romper fácilmente pierna o brazo, porque tú aún muy débil.

Marie iba a objetar que tampoco se rompió nada a raíz de la caída del carro, pero, agradecida por la ayuda, se mantuvo callada y se apoyó en la curandera que la llevaba a la salida de la tienda.

Las nubes rosadas en el cielo anunciaban ya la noche. Una luz roja teñía las numerosas tiendas entre las que algunos hombres conversaban de pie. Ante las entradas a las tiendas, unas mujeres limpiaban sus utensilios de cocina. Unas severas llamadas mandaron regresar a sus tiendas a los niños que correteaban por las afueras

del campamento.

Marie quedó estupefacta por lo que apareció ante sus ojos. Los dibujos que hasta entonces había visto en libros, solían mostrar solo un par de tiendas, pero aquí se extendía ante ella todo un poblado en el que las tiendas estaban conectadas por unos caminos cuidadosamente apisonados. Marie contó treinta viviendas solo en el lado orientado hacia la entrada de la tienda de Onawah.

—Este es nuestro poblado —explicó la curandera—. En otro lado de campamento hay lago. Ahí permanecer dioses cuando sol acostarse.

Marie no fue capaz de replicar nada. Aquellas personas vestidas con el traje de la tribu la fascinaban y atizaban su ímpetu investigador. «¡Si pudiera contárselo a mis niños de la escuela!». ¡Quién hubiese pensado que algún día iba a ver a aquellos seres humanos que solo conocía de libros! Sus pensamientos se iban atropellando.

Por un momento hasta olvidó el asalto y la preocupación por sus compañeras de viaje.

—Cuando tú estar sana, yo llevarte al lago para tú ver sol hundirse en él —prometió Onawah cuando la llevó de vuelta a la tienda y la acostó en su lecho de enferma. Marie se encogió al ver el camastro por primera vez conscientemente.

Había estado durmiendo todo el tiempo sobre la piel de un lobo.

Capítulo 9

DURANTE los días siguientes su recuperación avanzó a buen paso. Los dolores de cabeza disminuían y la fuerza volvía a su cuerpo.

De vez en cuando unos miembros de la tribu venían a ver a Onawah para pedirle consejo en cuestiones de salud o religiosas. La curandera le había hablado un poco de sus creencias y, pese a que Marie había sido educada en la religión cristiana, se sintió fascinada por el hecho de que los Cree veneraran divinidades naturales y espíritus, y, ante todo, a la madre naturaleza como la gran creadora de toda vida. Las personas que se presentaban en la tienda de Onawah pedían que interpretara sus sueños, pues estos tenían especial importancia en su fe. Si resultaba que un dios estaba enfadado, los Cree preguntaban qué podían hacer para recuperar su gracia. Onawah solía aconsejarles que realizasen rituales solares, que cantaran determinadas canciones y que tocaran el tambor. A veces se requería también algún sacrificio, que solía consistir en un animal que habían matado o en frutos recogidos.

Marie escuchaba atónita y se preguntaba qué habría opinado Peter de todo aquello.

Mientras tanto, algunos niños lanzaban curiosas miradas al interior de la tienda para contemplar a «la mujer del pelo amarillo». Marie soportaba tranquilamente aquellas miradas. «Si yo estuviera en su lugar, también intentaría echar un vistazo a una persona que se saliese de lo habitual», pensaba apaciblemente.

A ratos volvía a apoderarse de ella el impulso de hacer anotaciones en su diario, pero cuando lo buscaba, volvió a acordarse de que debió de haberlo perdido durante la caída. Aquí no existía la posibilidad de sustituirlo por otro, pues los Cree no conocían los libros.

Con tristeza, se envolvió en la piel de lobo. El cuadernillo aún no contenía muchos recuerdos, pero le había cogido cariño. ¿En las manos de quién habría caído?

Tras un rato mirando fijamente la oscuridad, se le cerraron los ojos. Poco después un soplo de viento recorrió su cara. Su entorno se sumergió en una extraña media luz. ¿Estaría amaneciendo ya?

Marie se levantó despacio y miró por la entrada de la tienda, que se encontraba abierta. ¿Había Onawah vuelto a salir? ¿Quería saludar a sus dioses junto al lago?

Sin volverse hacia su lecho, Marie se levantó. Toda debilidad, todos los dolores en sus miembros habían desaparecido súbitamente. Al caminar se sentía casi ingrávida. En las tiendas de alrededor reinaba el silencio. De los rescoldos de un fuego ascendía algo de humo. La niebla estaba suspendida de los árboles que circundaban el campamento.

Un foco de luz entre los árboles atrajo la atención de Marie. ¿Encontraría ahí a

Onawah?

Mientras avanzaba, de repente Marie oyó los aullidos de un lobo. El miedo se apoderó de ella, pero no se detuvo. Iba adentrándose cada vez más en el bosque, con el propósito de encontrar el origen de la luz. A su alrededor se oían extraños sonidos, los aullidos del lobo se acercaban cada vez más. «Voy por buen camino», pensó, cuando súbitamente la luz apareció ante ella. Un gigantesco fuego llameaba, soltando chispas, entre los árboles e iluminaba la roca sobre la que estaba sentado el lobo blanco que ella había visto ya junto al fuego del campamento de la caravana. De Onawah no veía ni rastro. Pero ahora el lobo se apercibió de su presencia y saltó de la roca.

Suponiendo que iba a atacarla, Marie se giró rápidamente, pero tras ella se había cerrado una maleza impenetrable.

—¡Mari! —oyó una voz tras ella. Se volvió jadeante. El lobo venía directamente hacia ella. A mitad de su carrera, se transformó de repente en una mujer de larga melena blanca y con pieles de lobo sobre los hombros. Sus ojos amarillos se iluminaron cuando alargó la mano, una mano armada de largas garras.

Marie se sobresaltó. Por el dolor en sus brazos y en la espalda se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Le hubiese resultado imposible levantarse de su lecho. La entrada a la tienda estaba cerrada, todo a su alrededor permanecía en silencio. No descartaba la posibilidad de que un lobo hubiese aullado, pero fuera ni estaba amaneciendo ni Onawah había desaparecido. Descansaba sobre su lecho, roncando suavemente, mientras en el fuego se iban apagando los últimos rescoldos entre la madera quemada.

Suspirando, Marie volvió a recostarse sobre su lecho. Sin embargo, no quería cerrar los ojos, pues temía que el extraño sueño pudiese volver. Mantuvo la vista clavada en las lonas de la tienda. ¿Qué significaba aquel sueño?

Dos días después de que pudiese levantarse por sí sola de su lecho, Onawah consideró llegado el momento de presentar a Marie a la comunidad de la tribu.

—Guerreros que te encontraron, ya preguntar por ti —explicó la curandera con una sonrisa socarrona.

Marie empezó a sentirse insegura. ¿Cómo debía comportarse frente a sus salvadores? Pese a que hasta ahora solo había mirado hacia fuera desde el interior de la tienda y aún no se había atrevido a adentrarse en el pueblo, ya se había dado cuenta de que aquí la gente aplicaba otras reglas y que se trataban con mayor libertad. Los que se encontraban cerca de la tienda de la curandera habían clavado su mirada en ella sin disimulo, y a veces le habían sonreído. En una ocasión, se presentó una vieja en la tienda de Onawah y no dudó en tocar el cabello de Marie, haciendo un comentario que ella no entendió.

Tampoco Onawah conocía el miedo al contacto. Marie había reaccionado asustada, cuando Onawah quiso lavar todo su cuerpo. Su resistencia hizo reír a la curandera.

—Eres una mujer, igual que yo. No hay nada en ti que yo no tenga también.

Hasta este punto no se le iban a acercar los guerreros ni la gente del pueblo, pero, aun así, quería causar buena impresión y no equivocarse en todo en el primer encuentro.

—¿Qué debo hacer? —quiso saber Marie—. ¿Cómo he de dar las gracias a los guerreros?

Onawah hizo un ademán negativo.

—Cuando tú estar sana, les llevas una comida. Mejor que palabras.

—¿Y a los demás? ¿Cómo he de tratarlos? ¿Tenéis un determinado saludo?

—Basta con que inclines la cabeza y permitas que los demás te toquen. Si hacen eso, significa que te acogen.

La última palabra causó inquietud en Marie. ¿Acoger? ¿Querían que ella formara parte de la tribu?

Se volvió a acordar de las historias de mujeres blancas que se habían unido voluntariamente a una tribu de indios. En Boston los periódicos sensacionalistas habían informado de vez en cuando de casos semejantes.

De repente surgió en ella otra preocupación. ¿Cómo debía vestirse?

¿Con ropa de la tribu, tal vez? El vestido que había llevado durante el viaje, había desaparecido, y sobre su lecho yacía ella en ropa interior. Cuando miró a su alrededor en busca de ropa adecuada, Onawah le trajo un fardo de tela.

—Tu vestido estaba roto, pero lo he remendado como pude.

¡Efectivamente! ¡Era su vestido! Los rotos habían sido taponados con gruesas puntadas, pero el conjunto quedaba bien. En algunos puntos Onawah había cosido unos parches cuyos colores contrastaban con la tela original, pero todo se veía limpio y decente.

—Te lo agradezco —dijo Marie, emocionada, mientras pasaba la mano por la tela que le era tan familiar.

—Pensé que así te sentirías mejor, pero si quieres ponerte un traje de los nuestros, te doy uno.

—Muchas gracias, tal vez más adelante —replicó Marie evasiva, pues no quería ofender a la curandera. No había nada que objetar en la ropa que esta llevaba, parecía incluso muy práctica, pero Marie no se sentía como una india ni quería fingir ante los demás que se hubiese acostumbrado a su situación.

Una vez vestida, y después de que Onawah hubiese recogido su cabello en unas trenzas primorosas, las dos mujeres abandonaron la tienda. Pese a sentir sus piernas todavía algo inseguras, esta vez no precisó la ayuda de la curandera. Con toda la

compostura que le permitía su dolorida espalda, se encaminó, junto con Onawah, a las primeras tiendas, dándose cuenta de que la tienda de la curandera ocupaba una posición especial. Se encontraba casi en el centro del campamento, en inmediata vecindad con el tipi del jefe de la tribu y de su familia.

«¿Conoceré también al jefe?», se preguntó Marie, pero ya se encontraban con los primeros miembros de la tribu, que se le acercaban con actitud reservada, pero en absoluto tímida. Con un gesto, que Marie ya conocía, una mujer mayor alargó la mano para tocar su cabello, recogido ahora en trenzas, y luego dijo algo en su propio idioma a Onawah. Aunque hubiese querido saber qué había dicho, Marie se limitó a sonreír y a no mirar abiertamente a la mujer. También las otras mujeres se atrevieron ahora a tocarla. Tiraban de su vestido, que contrastaba tan extrañamente con la vestimenta de las demás, y luego volvían a rozar su cabello.

Al cabo de un rato Marie adivinó la razón por la que sentían tanto interés por sus trenzas. No había a la redonda ningún color de pelo que fuese más claro que el castaño. La mayoría de las mujeres que se agolpaban ahora en torno a ella, y también los hombres, tenían el pelo liso, de un negro azulado muy intenso, y algunos lo recogían en trenzas o lo adornaban con abalorios o plumas.

Tras cambiar unas palabras con su gente, Onawah cogió a Marie del brazo y continuaron su camino.

—¿Qué han dicho? —preguntó Marie, resistiéndose a su impulso de volverse otra vez hacia las mujeres.

—A las mujeres les sorprende tu cabello tan claro, dicen que tienes el pelo como la hierba de la pradera secada por el sol —explicó Onawah cuando se hubieron alejado un poco de las demás y se estaban dirigiendo a otro tipi, cuyas paredes exteriores estaban adornadas con magníficas pieles.

Sorprendida, Marie enarcó las cejas.

—¿Es que nunca han visto a nadie como yo?

—¿A alguien de cabello amarillo? Sí, ya lo han visto. De vez en cuando vienen hombres para negociar con nosotros. Algunos también tienen el pelo como la hierba seca de la pradera. Y ojos acuosos como los tuyos. Pero aún no han visto a ninguna mujer así.

—¿Es que no hay cerca ciudades de... blancos?

La expresión de Onawah se ensombreció un poco.

—Sí, las hay. A solo cien millas de aquí, pero gente no venir aquí. Solo tratantes. Los blancos que viven allí nos tienen miedo.

—¿Miedo?

Marie se volvió. También ella tenía una sensación extraña, pero solo por inseguridad y ya no por miedo.

—Miedo, porque rezamos a otros dioses. Miedo, porque nuestros hombres son

buenos guerreros. Antes intentábamos hablar con los blancos, pero nos echaban. Aquí encontramos un lugar en el que podemos vivir bien.

—¿Es que no vais de un lugar a otro?

Marie creía haber leído en algún lugar que los pueblos que renuncian a tener moradas sólidas se vuelven raramente sedentarios.

—Seguimos al bisonte —explicó Onawah. La sombra en su rostro aún no había desaparecido. El que los inmigrantes blancos no quisieran tener contacto con ellos, parecía preocuparla—. Pero ya no podemos ir adonde nos parezca. Por lo tanto, permanecemos más tiempo en un mismo lugar. Hasta que los bisontes se marchan de él.

Para Marie estas palabras no tenían realmente sentido, pero percibía que la aparición de los inmigrantes no había traído ventajas reales para los Cree. Y ella era una de ellos.

—Pero de eso hablaremos en otra ocasión —arrancó Onawah a Marie de sus pensamientos—. Ahí hay más mujeres que quieren conocerte.

Poco después, Marie se vio nuevamente rodeada de un grupo de mujeres que ante su presencia tuvieron una reacción similar a la de las primeras. Tiraban de ella, la acariciaban, sonreían y soltaban risitas. Las de más edad de cada grupo hablaban con Onawah, que les contaba lo mismo que había contado a las anteriores. Al menos, eso le pareció a Marie en vista de las palabras similares.

—¿De dónde tú venir? —preguntó de repente una de las jóvenes, que llevaba en su cadera a un niño de aproximadamente un año de edad.

Marie la miró sorprendida. Por lo visto, aquí había más Cree que hablaban inglés.

—De Alemania —respondió Marie, aunque no creía que este nombre le dijera algo a la mujer.

La mujer Cree murmuró brevemente el nombre, como si esto le ayudara a hallar conocimientos ocultos sobre el país. Después preguntó:

—¿Allí existir también bosques, lagos y búfalos?

—No tenemos búfalos, pero sí lagos y bosques. En realidad, mi país, se parece bastante al vuestro.

Ante la mirada un poco incrédula de la india, Onawah tradujo inmediatamente, a lo que la joven esbozó una expresión sorprendida.

—¿Cómo vosotros vivir sin búfalos?

—Tenemos terneros y otros animales.

—¿Y cómo vosotros cazar?

—No cazamos a estos animales, los tenemos en grandes granjas.

Por lo visto, tampoco estas palabras le resultaban familiares a la india.

Onawah volvió a dar una explicación, después arrastró a Marie consigo.

—Tú tener que disculpar nuestras preguntas. Mujeres tener gran curiosidad por ti.

«Yo también la siento por ellas», pensó Marie.

—El búfalo es muy importante para vosotros, ¿verdad?

—Búfalo ser vida. —La curandera extendió los brazos—. El búfalo nos da todo lo que necesitamos: ropa, alimento y morada. Cuando tribu separada de búfalo, él morir. Nosotros seguir a búfalos hasta donde poder.

La vida de tantas personas dependiendo de un solo animal, le pasó por la cabeza a Marie. ¿Podía esto funcionar? ¿Por qué los indios no habían empezado a cultivar la tierra? La de aquí parecía una tierra muy fértil.

—Ahora vas a ver a los guerreros —explicó Onawah, cuando se estaban aproximando a otras tiendas.

—¿Tengo que tener en cuenta algo especial?

—Tienes que mirarles a los ojos. Si no, creerán que tienes algo que ocultar.

—¿Y puedo hacerles preguntas?

—Puedes preguntar a Matahi. Él entiende tu idioma, porque en la guerra fue scout.

—¿Y los demás?

—Hablan muy mal. Pero tampoco tienen necesidad. A cambio, son buenos luchadores.

Mientras se acercaban a las tiendas, los hombres las contemplaban con mucho interés. Pero ante Onawah bajaban respetuosamente la mirada.

—Aquel es Matahi.

La curandera señaló a un joven que había recogido su larga melena negra en una trenza. Una cicatriz en la mitad derecha de su cara denotaba pasados combates.

—Me alegro de conocerle.

Matahi no se inmutó. También los otros hombres tenían un aire algo sombrío, lo que le hizo más difícil a Marie sostenerles la mirada.

—Fue Matahi quien te encontró tras el asalto y quien te trajo hasta nosotros.

Cuando la curandera hizo un gesto alentador al guerrero, su semblante se animó.

—Le estoy muy agradecida por haberme salvado —dijo Marie, insegura. En su fuero interno deseaba que Onawah se hubiese ahorrado esta parte de la excursión. No solo ella se sentía incómoda, también los hombres parecían inquietos frente a frente con ella.

—Dígame, Matahi, ¿ha encontrado a más mujeres blancas? ¿Sabe quiénes pueden haber sido los autores del asalto?

Marie se asustó al notar que el músculo pectoral derecho del hombre se contrajo, como si quisiese levantar el brazo para el ataque. Pero después bajó un poco la cabeza y dirigió la mirada más allá de donde ella se encontraba, como si fuese a encontrar la respuesta a sus espaldas.

—Nosotros no haber encontrado vivos. Solo muertos. Hombres blancos.

«Johnston», se le pasó a Marie por la cabeza.

—¿Había un hombre de pelo rojo entre los muertos? —soltó ella antes de poderse prohibir esta pregunta a sí misma.

Matahi miró a sus camaradas, después a Onawah.

—Sí, un hombre tenía pelo rojo como Fireweed. Bala darle en corazón, debió morir en el acto.

Marie se tapó la boca con la mano. En su fuero interno, ya lo había supuesto, pero tenía la esperanza de que el escocés se hubiese salvado. ¿Cómo se las arreglaría la caravana sin él?

Esto, si la caravana seguía existiendo, pensó abatida.

—¿Tiene usted alguna idea de quién puede habernos asaltado? —siguió preguntando Marie, mientras luchaba contra la súbita quemazón en su pecho. Pese a que no había conocido muy bien al jefe de la caravana, sentía tristeza y también rabia por su muerte. Cuando miró la palma de su mano, creía seguir sintiendo todavía sus dedos suaves repasando la línea de su vida.

—Blancos —contestó Matahi de improviso. Después escupió en el suelo con un gesto de repugnancia—. Muchos soldados venir del sur y asaltar jinetes. Mujeres no estar seguras de bandas.

¿Los hombres que los habían perseguido serían realmente soldados? Marie intentó recordar algo con más detalle, pero no lo consiguió. La caída del carro fue demasiado repentina.

Tras haber dejado atrás a los guerreros, atravesaron más hileras de tiendas. En todas partes se encontraron con mujeres curiosas y niños, y con hombres de mirada alerta.

La noticia de la muerte de Angus Johnston había impresionado hondamente a Marie. ¡Solo habían hablado unas pocas veces! Pero le caía bien y hubo además aquellos pensamientos e imaginaciones a las que a veces se había entregado en el silencio de la noche. Seguro que Ela le habría tomado el pelo, pero ahora ni siquiera podía contárselo. ¿Habrían los otros hombres de la caravana logrado poner a salvo a las mujeres? ¿O acaso los carros se encontraban no lejos del lugar del accidente sin un alma viva a bordo?

—Veo una gran preocupación en tus ojos —observó la curandera cuando se detuvo ante ella.

—Me pregunto qué habrá sido de las mujeres que hicieron el viaje conmigo. Si no habéis encontrado a nadie más, entonces...

—A esto solo podrán contestarte los espíritus. Cuando estés preparada, quizá los llamaremos y se lo preguntaremos.

—¿Cuando esté preparada?

—Para poder hablar con los espíritus, has de ser fuerte. Ahora estás aún débil.

Tenía razón. Marie se sentía aún bastante débil, cosa que notó especialmente tras el breve paseo. Pero aún no quería pedirle a la curandera que regresasen.

Onawah la llevó a un cercado con caballos en el que había unos animales muy hermosos y robustos que no llevaban ni herraduras en los cascos ni se veían en su piel huellas de sillas de montar. Entre ellos correteaban unos potros de color rojizo y negro que, de vez en cuando, recibían algún mordisco si se acercaban demasiado a los mayores.

—¿Os dedicáis a la cría de estos caballos? —preguntó, mientras se apoyaba en un poste clavado en la tierra. Sería uno de los motivos por los que esta tribu no quería marcharse rápidamente.

—Sí, nos dedicamos a la cría y negociamos con hombres que vienen a traernos mercancía. Al principio nos limitábamos al negocio de pieles de búfalo y de lobo, pero ahora también al de caballos. Los hombres blancos necesitan caballos fuertes, pues traen muchas mercancías.

Marie pensó por un instante cuándo aparecerían estos comerciantes. Si su prometido se enteraba del asalto, pensaría seguramente que estaba muerta y sentiría haber gastado inútilmente tanto dinero. Marie no quería que lo supiese, pero tampoco se atrevió a preguntar a la curandera por la llegada de los blancos. Había hecho tanto por su salud que tal vez debiera ella hacer algo en señal de gratitud antes de su partida. ¿Pero qué? No era una gran cocinera, de caballos no entendía nada y tampoco sabía hacer labores.

Pero había algo que sabía bastante bien: el inglés. ¿Tendrían estas mujeres, y quizá los hombres, que aún no dominaban este idioma, tal vez interés en aprenderlo? ¿Y qué pasaba con los niños? ¿Les daban clases de algo? Si la tribu apenas tenía contacto con los blancos, ¿algo podría enseñar a esta gente!

—Si quieres, te enseño cómo se monta un caballo sin silla de montar —dijo Onawah, que atribuía las miradas pensativas de Marie a los caballos.

—Sería muy bonito —replicó Marie cortésmente—. Jamás he montado a caballo.

—Tienes que aprenderlo si quieres vivir aquí. Estar sentada a lomos de un caballo es tan importante como saber adónde ir búfalo.

La idea de tener que permanecer para siempre con esta tribu volvió a asustar por un instante a Marie, pero después pensó de nuevo en los comerciantes. Tan pronto aparecieran, les preguntaría si podía irse con ellos. Y entretanto intentaría ser un poco útil.

Tras la visita al cercado de los caballos y una breve exposición sobre lo que había que tener en cuenta en la cría de caballos y sobre qué hierbas influían positivamente en la fuerza de los machos, Marie y Onawah regresaron al campamento, donde el jefe y otros guerreros de edad ya las estaban esperando.

Solo ahora Marie se dio cuenta de que la visita guiada por Onawah a través del

campamento pareció obedecer a una especie de plan cuyo punto culminante constituía el encuentro con el jefe de la tribu y los miembros de su consejo.

—Recuerda, tienes que mirar siempre a los ojos de los guerreros —susurró Onawah—. No con descaro, sino con respeto, pero tampoco cabizbaja como un perro.

Esforzándose por esbozar una expresión abierta y lo más neutra posible, Marie se adelantó al fin y se paró a una distancia respetuosa del jefe. Este la repasó con una mirada severa y sometió la suya a una dura prueba, cuando sus ojos se clavaron en su cara como puntas de flecha. Pese a que el hombre tenía ya cierta edad, su piel bronceada se tensaba resplandeciente sobre los fuertes músculos de sus brazos y de su pecho.

Su ancho rostro de mandíbula enérgica expresaba determinación y su postura era la de un rey, le pareció a Marie. Ni siquiera el emperador alemán adoptaba una actitud tan erguida cuando aparecía ante sus súbditos.

—Sernos bienvenida, mujer blanca. Onawah decir que te llamar Mari.

Para simplificar las cosas, Marie asintió.

—Tú venir de caravana, ¿verdad?

—Sí, nos dirigíamos al oeste.

El jefe profirió un sonido malhumorado.

—En el oeste muchas ciudades llenas de hombres, pero no haber mujeres.

—Por eso íbamos allí, para casarnos con aquellos hombres. Pero, desgraciadamente, en el camino fuimos asaltadas por unos bandidos.

—Solo hombres sin honor atacan a mujeres. No muchos guerreros os acompañar.

—Fueron unas dos docenas, incluyendo al conductor del carro. Los bandoleros fueron muchos más, pero lamentablemente no pude ver cuántos.

—Esos hombres también peligrosos para nuestras mujeres. Guerreros las acompañan cuando pasean por el bosque. —El jefe adelantó un poco la parte superior de su cuerpo—. Si tú querer, poder quedarte aquí y casar con hombre de los Wiyiniwak.

Marie se obligó a no dirigir una mirada interrogante a Onawah sino a seguir sosteniendo la del jefe de la tribu.

—Agradezco la hospitalidad.

¿Es que no la había entendido bien? El jefe la estaba contemplando ahora con expresión severa y también un poco interrogante. ¿Debería haber dado, tal vez, otra respuesta? Pero no era su intención casarse con ningún hombre de aquí. Además, estaba prometida y tenía que cumplir esta promesa, aunque no supiera todavía cómo hacerlo.

Cuando se volvieron de espaldas al jefe, Marie preguntó en un susurro:

—¿Quiénes son los Wiyiniwak?

—Es nuestro nombre. Los blancos nos llaman Cree, pero nosotros decimos

Wiyiniwak.

—¿Y qué quería decir el jefe cuando hablaba de casarme? Estoy prometida.

Onawah se echó a reír.

—No tienes que casarte si el hombre no te gusta. Pero si te gusta, puedes hacerlo.

Nos encanta que vengan mujeres de otras tribus, dan buenos niños.

Marie tragó saliva. En realidad, no tenía intención de quedarse por mucho tiempo. Pero ¿qué pasaría si tenía que quedarse? ¿Si no existía ninguna posibilidad de marcharse de allí?

Capítulo 10

POR la noche, todos los miembros de la tribu estaban sentados alrededor de una gran hoguera. Retazos de palabras, que no entendía, revoloteaban en torno a Marie como mosquitos. Se pasaban de mano en mano alimentos y bebidas en cestas de grueso trenzado. Una y otra vez, entre risitas, las mujeres juntaban las cabezas después de haber mirado a Marie. Pero no vio malas intenciones en sus miradas, más bien parecían sentir una gran curiosidad por ella. Al cabo de un rato se le acercó la mujer que, por la tarde, había llamado su atención por sus buenos conocimientos de inglés.

—Yo seré pronto mujer de Matahi —explicó, mientras se sentaba a su lado—. ¿Tú también pronto mujer de guerrero?

Marie negó con la cabeza.

—No, pero estoy prometida con un hombre.

—¿Y es guerrero?

—No, él...

Marie reflexionó. ¿Cómo iba a explicarle que era clérigo? Seguro que la iglesia cristiana no les diría gran cosa.

—Es algo parecido a un chamán.

La joven india frunció el ceño.

—¿Hombre médico?

Marie asintió, para simplificar las cosas. La india pareció impresionada.

—¡Entonces tú serás gran mujer!

—No sé, yo...

Fueron interrumpidas.

—Encontré eso cuando te quité tu vestido.

Primero Marie vio la libreta encuadernada en cartón, luego la mano de Onawah. Con una sonrisa, la curandera se sentó a su lado. Unas mujeres les lanzaban miradas curiosas, pero pronto perdieron el interés y volvieron a hablar entre ellas. La india que tenía talento para los idiomas la miraba con atención.

—¡Oh, gracias! —exclamó Marie entusiasmada. Tras haber girado el diario repetidamente entre sus manos, lo abrió. Ahí estaban las palabras que había escrito durante el viaje, recuerdos de su infancia, sombras del pasado.

—Cuando estabas poseída por el espíritu de la fiebre, hablabas en sueños en un idioma extranjero —dijo la curandera, que miraba las páginas con curiosidad—. ¿Son estos signos tu idioma?

—Sí, es nuestra manera de escribir.

—¿Y qué es lo que escribes?

—Recuerdos. Quiero retenerlos para no olvidarlos.

—¿Tú no tenerlos en tu corazón?

—Sí, pero... —Marie intentó buscar las palabras adecuadas—. Pero producen dolor en mi corazón. Por eso las escribo para desprenderme de ellas, pero, también, para llevarlas conmigo.

—Los recuerdos forman parte de ti. De todas las personas. Ninguna persona vive sin recuerdos.

—Los míos no siempre fueron buenos.

—También lo malo forma parte de los seres humanos. Los hace más fuertes.

Las lágrimas tejieron un velo ante los ojos de Marie cuando miraba las llamas.

—Tampoco quiero olvidar. Solo quiero que no me pesen siempre en el alma.

—El alma es el lugar para muchas cosas. Los dioses la han hecho grande para que quepa mucho. —Onawah le dirigió una mirada escrutadora—. Pero si crees que los recuerdos están mejor en el librito, entonces escríbelos.

Cuando, al cabo de un rato, Onawah se levantó y también se había marchado la curiosa mujer Cree, Marie contempló el diario. El agua había reblandecido un poco las hojas, en la cubierta se veía un largo rasguño, pero, aparte de eso, no había sufrido daño grave.

¿Era realmente como decía la curandera? ¿Era mejor que guardara sus recuerdos en sí misma que en el diario? Un libro podía ser leído o perderse...

«No, continuaré y luego decidiré qué hacer con él», decidió.

Después de que mi padre accediera a que también yo recibiera clases, iba todas las mañanas a la escuela, al lado de mi hermano. Junto con él me sentaba en el aula, que olía a tiza y a cera, y le envidiaba que supiera escribir mucho mejor las letras, que a mí se me resistían aún. También leía con mucha mayor fluidez, por no hablar de su dominio de la aritmética.

—No te preocupes, Mariechen, mejorarás, ya lo verás.

Por las tardes me sentaba a menudo en la cocina donde dibujaba las letras en mi pizarra mientras Luise preparaba la cena. En esta época, ella hablaba muy poco. Yo me preguntaba si era porque mi padre había estado en su dormitorio. En realidad quería reprimir lo que había visto, pero cuando veía a Luise, las imágenes volvían una y otra vez. Pese a que ella me vio en aquella ocasión, no ocurrió nada. Mi padre no me había castigado y Luise seguía tratándome con la misma amabilidad de siempre.

Pero algo había cambiado. Una sombra parecía extenderse por la casa, de modo que yo me alegraba de poder ir a la escuela. Peter no percibía esa sombra, pero tampoco se reía de mí cuando le confesaba mi miedo.

Un buen día se produjo un cambio en Luise. Sus mejillas, antes radiantes, se

volvieron pálidas y bajo sus ojos aparecieron unas sombras oscuras. Cada vez con mayor frecuencia sentía náuseas, y a veces, cuando yo entraba por la mañana en la cocina, percibía un olor ácido.

Luise intentaba hacer su trabajo lo mejor posible y que no se notara nada. Pero un día, cuando Peter y yo llegamos a casa, la encontramos caída junto a la mesa de la cocina. La fuente que debió de sostener en aquel momento había caído al suelo y su contenido se había desparramado en parte sobre ella.

El médico, a quien yo conocía ya por las visitas a mi madre, permaneció durante mucho tiempo en el cuarto de Luise. Cuando oímos que se abría la puerta, Peter me arrastró a la escalera y nos apresuramos a escondernos.

—¿Y si padre nos encuentra? —objeté, pues nos había prohibido estrictamente que abandonáramos nuestro cuarto. Pero Peter solo me advirtió que me mantuviera en silencio. Poco después oímos por encima de nosotros los sonoros pasos del médico. Al oírlo mi padre, salió de su gabinete de estudio.

—¿Qué le sucede? —preguntó en tono severo.

—Veamos, Señor Blumfeld, ¿cómo se lo diría yo?

Cuando miré por los huecos de la escalera, vi que se pasaba la mano por la barba.

—Su ama de llaves está en estado de buena esperanza.

—¿Espera un niño?

—Sí, y desde hace ya cuatro meses. Ha intentado ocultarlo, pero finalmente el que se ciñera tan fuertemente la ropa sobre el vientre ha causado el desmayo. —El médico miró fijamente a nuestro padre—. Debería usted preguntarle quién es el padre. Sería hora de que se casara con ella para preservarla de la vergüenza.

Después de acompañar al médico a la puerta, mi padre estuvo largo rato caminando arriba y abajo. Obviamente estaba pensando en qué debía hacer con Luise. Cuando subió al fin por la escalera y desapareció tras la puerta del cuarto de ella, aprovechamos la oportunidad para volver a nuestra habitación.

Al sentarme en la cama, sentí un doloroso peso en el estómago. De nuevo veía a mi padre echado sobre Luise, y algo me decía que él era el padre de su hijo. ¿Tenía que casarse ahora con ella? ¿Y qué pasaría entonces con nuestra madre?

También Peter se quedó pensativo, jugando con unas canicas. Finalmente las echó sobre la cama y salió corriendo.

—Peter, ¿adónde vas? —pregunté, pero cuando se cerró la puerta, comprendí que era mejor no seguirle en aquel momento.

Capítulo 11

DURANTE las semanas siguientes, Onawah se llevó frecuentemente a Marie al bosque a recoger hierbas. A Marie le costaba memorizar los nombres que los indios daban a las plantas, pero tomaba numerosas notas y esperaba poderlas evaluar y completar en algún momento más adelante. Era grandiosa la abundancia de plantas que los Cree conocían para el tratamiento de heridas u otras dolencias. Ningún farmacéutico alemán hubiese podido competir con estos conocimientos. Casi para cada dolencia conocida por este pueblo existía también un remedio en la naturaleza.

—Y donde no hay remedios, hay cantos y golpes de tambor a fin de predisponer a los dioses a mostrarse clementes y traer la curación —explicó la curandera significativamente, pero con una sonrisa burlona.

Aparte de toda la información que le facilitó y que era digna de saberse, Marie disfrutaba de los momentos de silencio en el bosque. Onawah no tenía miedo a los osos o lobos. Incluso una vez en que súbitamente se desató una tormenta, conservó la calma.

—El pájaro del trueno solo viene a buscar sus ofrendas, eso es todo.

Marie aprendió que los Cree veneran a un dios de la lluvia llamado pájaro tronador. Todos los días le pedían lluvia, búfalos fértiles y suerte. Las ofrendas se depositaban en unos lugares que decían sagrados y que solían ser claros de bosque o rocas de aspecto misterioso.

De vuelta en el campamento se disponían a la elaboración de las hierbas. Generalmente las secaban, pues así se conservaban por más tiempo. Onawah también conservaba algunas hojas en grasa de búfalo.

Permanecían la mayor parte del tiempo calladas, pero a Marie no se le pasó por alto que la curandera la observaba con atención.

—Algo te pesa en el alma —empezó a decir Onawah, cuando, una al lado de la otra, clasificaban hierbas, que ataban con largos tallos en pequeños manojos—. Siento tu pesada carga.

A punto estuvo de caer de las manos de Marie el ramo que había atado con tanto cuidado. Lo depositó, temblando, y observó cómo el tallo, con que había dado varias vueltas a las hierbas, volvió a soltarse.

La curandera la observaba detenidamente. Marie comprendió que no serviría de nada mentirle.

—Es por mi hermano. Él...

—Perdiste a tu hermano, ¿verdad?

Marie asintió.

—Sí, era maestro. Él...

No pudo seguir, pues súbitamente tuvo la sensación de que las palabras eran una cuerda que amenazaba con estrangularla.

—¿Estaba enfermo?

Para simplificar las cosas, Marie asintió, aunque sabía que no era cierto. Pero no quería seguir recordando.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Onawah? —empezó, pues hacía tiempo que algo la preocupaba.

La curandera asintió.

—¿Hay en esta región muchos lobos de piel blanca?

Onawah se detuvo, después se desprendió del ramo y la miró a la cara.

—Los lobos de piel blanca son muy raros. Creemos que son mensajeros del reino de los muertos.

Marie sintió un escalofrío pese al calor que penetraba por la entrada de la tienda. Mensajeros del reino de los muertos...

Tonterías, se reprimió. Son sus creencias, nada más. Una historia como en mi país las de fuegos fatuos o de fantasmas retornantes.

—Sé que en el norte hay lobos polares —empezó, sin hacer caso al comentario sobre el reino de los muertos—. ¿Es posible que estos animales se extravíen y lleguen hasta aquí? Al fin y al cabo, también aquí hay montañas con cumbres nevadas.

La mirada de la curandera adoptó una expresión extraña. Casi como conjurándola, examinó la cara de Marie antes de preguntar:

—¿Viste al lobo blanco?

Marie asintió, angustiada. Pese a sospechar que Onawah iba a contarle cosas que no quería escuchar, contestó:

—Sí, cuando aún estábamos en camino hacia aquí. Fue muy extraño, pues el lobo no hizo ademán de atacarme. Se limitó a mirarme y después se dio la vuelta. Y hace unos días...

Marie interrumpió sus palabras. ¿Debería contarle también aquello? Seguramente solo la reforzará en la creencia de que he visto a un mensajero de la muerte.

—¿Hace unos días?

¿Se equivocaba o era cierto que Onawah palideció?

—Tuve un sueño —contestó Marie, vacilante, mientras miraba de reojo la entrada de la tienda. Hubiese querido salir, pero sus piernas parecían haber echado raíces—. Vi al lobo y lo oí aullar. Quiso enseñarme un camino, pero de repente apareció la niebla y no pude seguirle.

Marie empezó a temblar, como si tuviese nuevamente fiebre. El hecho de que Onawah no contestase enseguida, reforzó aún más su malestar.

—Lobo blanco ser un tótem muy poderoso —empezó la curandera, pensativa—. Si es tu animal que te da fuerzas, podrías convertirte en una gran chamán.

«¿Tótem? ¿Pero qué está diciendo?». Marie se sorprendió manoseando nerviosamente la manga de su vestido. ¿Chamán ella? Era maestra, nada más.

—¿Qué es un tótem? —preguntó desconcertada.

—Un espíritu protector. Un espíritu muy poderoso. Se encarga de protegerte.

—¿Entonces no es ningún mensajero de la muerte?

—Depende. Ves al lobo en sueños y también en la realidad. Por lo tanto, es tu tótem. Solo es mensajero de la muerte en sueños.

Aun así, Marie no se sintió mejor.

—¿Y qué hace un espíritu protector como ese?

—Te ayuda cuando estás en apuros. Si le abres tu espíritu, te dará un gran poder.

—¿Se encontraba ella aquí en apuros? Hasta el momento no había notado enemistad en el campamento indio.

Onawah volvió a ocuparse de los ramitos de hierbas, pero el color de su rostro aún no había recuperado su tono habitual. Pensativa, ordenaba las ramitas y las ataba con tallos, mientras Marie seguía examinándola, desconcertada e impresionada.

¿Sería posible que un animal, que era tenido por mensajero de la muerte, fuese su espíritu protector?

Marie quería negar con la cabeza y desechar todo aquello como tonterías, pero, curiosamente, no era capaz de hacerlo. «Papá lo habría calificado como herejía pagana y exigido que me lo quitase de la cabeza. Pero ¿y si aquí mandan otros dioses?». En sus oídos resonaban de nuevo con claridad las atemorizadas oraciones de las mujeres durante el asalto.

—Esta noche te enseñaré el lago en el que se baña el sol —le comunicó Onawah repentinamente, cuando terminó de atar su ramito.

Ahora sus mejillas habían recuperado su tono sonrosado, y también los sombríos pensamientos parecían haberse esfumado. Marie aún no lo había conseguido, pero, aun así, asintió y volvió a dedicarse a su trabajo.

Cuando llamearon las primeras hogueras ante las tiendas y entre los tipis se extendía un delicioso aroma, Marie dio un pequeño paseo por el bosque colindante. Sin embargo, no se atrevió a adentrarse en él para no perder de vista el campamento.

Lo que veía ante ella la llenaba de una paz que hasta entonces no había conocido. Los blancos corrían enloquecidos en pos de sus deseos y sueños, pero esta gente seguía viviendo como hacía muchos cientos de años, solo empeñados en criar sus caballos, cazar búfalos, defender su territorio y asegurar la conservación de la tribu. ¿Cuál de los dos era el mejor modo de vida?

Un crujido la arrancó de sus pensamientos. Onawah la había seguido a través de la maleza. ¿Por qué? ¿Tenía algo importante que comunicarle?

—¿Buscas la sabiduría, Mari? —preguntó cuando se detuvo a su lado.

—Solo estaba contemplando vuestro poblado —replicó, mientras el manto de la noche se iba tiñendo de un color cada vez más oscuro—. Desde lejos irradia una gran paz.

—No siempre hubo paz en nuestro pueblo. Antes hubo una guerra, una guerra terrible. Pactamos con otra tribu para ahuyentar a los ladrones rurales.

—¿Y ahora estáis seguros en el campo?

—Esta tierra nos la dieron hombres blancos. Dijeron que aquí viviríamos mejor. En la expresión de Onawah afloraban dudas.

—Pero no crees que podáis quedaros aquí para siempre, ¿verdad?

—Hombres blancos aumentan rápidamente. Proceden, como tú, de otras partes del mundo. Llegará un día en que no tendremos búfalos suficientes y moriremos.

Marie le dirigió una mirada horrorizada.

—¡Eso no debe ocurrir!

Onawah ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Pretendes detener el viento? El hombre blanco es como una tempestad. Tal vez encontremos un lugar donde estemos a salvo, pero tal vez no. Está en manos de los dioses.

Se hizo el silencio entre las dos mujeres. Cada una de ellas miraba ahora el campamento siguiendo sus propios pensamientos.

—Deberías venir conmigo. Si no, te perderás la fiesta —dijo Onawah con una sonrisa alentadora.

Marie casi lo había olvidado. ¡Había un motivo para la hoguera y el delicioso aroma! Poco después de su extraña conversación con Onawah, regresaron algunos guerreros que habían matado un búfalo. Del animal solo quedaban la piel y unos sangrientos pedazos de carne, pues los cazadores lo habían descuartizado en el mismo lugar donde lo cazaron. A Marie se le hizo la boca agua pensando que, al fin, podría probar carne de búfalo.

Pero no eran trozos de carne los que crepitaban sobre la hoguera. En las enormes calderas chapoteaba un líquido de color marrón rojizo.

—¿Qué es lo que están cocinando las mujeres? —quiso saber Marie, alargando el cuello, llena de curiosidad.

—Sopa de sangre de búfalo —contestó Onawah con un brillo en los ojos—. Lo mejor, si se trata de un búfalo recién matado.

A Marie se le hizo un nudo en la garganta. Aún recordaba con horror la sopa de sangre preparada a base de sangre de oca y vinagre, llamada *agrinegra*. Muchas veces Luise le había encargado que removiera la sangre en la caldera para que no se coagulara. El olor seguía persiguiendo a Marie aún días más tarde.

El olor de la sopa de sangre de búfalo era distinto, por lo que al principio pensó que Onawah le había tomado el pelo, pero poco después vio el líquido rojinegro con

sus propios ojos. La superficie se movía formando burbujas. Marie aún no se sentía mejor. La idea de tener que alimentarse de sangre la había horrorizado desde siempre. Se apartó con la esperanza de encontrar cualquier excusa para no tener que tomar la sopa, sin ofender a Onawah y a las otras mujeres.

Sin embargo, antes de que comenzara la comida, los guerreros se reunieron en el centro del campamento. Muchos de ellos se habían adornado con sus mejores atavíos de pieles, cintas de cuero y cuentas de madera. El jefe llevaba en la cabeza un aderezo adornado con los cuernos pulidos de un búfalo.

En el baile que siguió, él representaba por lo visto al búfalo, el signo de vida y fertilidad entre los Cree. Al son de los cantos hipnóticos de las mujeres y el tamborileo de algunos hombres, que no participaban en el baile, los bailarines —por lo que Marie pudo entender— contaban cómo se desarrolló la cacería: cómo habían descubierto y rodeado al búfalo, cómo le siguieron y cómo, al fin, lo vencieron luchando. Al término del baile todas las mujeres emitieron un grito estridente que vibró en los oídos de Marie, pero que, a la vez, pareció liberar algo en su pecho. Era como si se abriera un nudo, un nudo que llevaba consigo desde hacía tiempo.

Cuando se volvió a hacer el silencio, Marie contempló, jadeante, que los bailarines regresaban a sus puestos.

¿Qué había sido? Con mano temblorosa, se tocó el pecho. Pero ahí sintió únicamente el fuerte latido de su corazón. Su respiración estaba un poco acelerada, pero uniforme. No, ella estaba en perfectas condiciones. Pero algo que hasta entonces le había pesado pareció haber desaparecido. Y Marie ni siquiera supo decir en qué había consistido.

Una semana después, Luise abandonó la casa con las escasas pertenencias que poseía. Antes de marcharse, volvió a inclinarse por última vez para acariciarme el cabello.

—Angelito mío, que tengas suerte. Seguro que algún día te convertirás en una mujer más sensata que yo. Quizá volvamos a vernos en algún momento.

Tras estas palabras se levantó y echó un último vistazo a la casa del párroco, tras cuyas ventanas mi padre se hallaba de pie, siguiéndola con la mirada.

—¿Qué crees que será ahora de ella? —pregunté a Peter, cuando poco después nos sentamos juntos bajo el saúco.

—O la volverán a acoger sus padres o acabará en la casa de caridad.

Se percibía claramente el rencor en el tono de su voz.

—¿Y por qué padre no ha permitido que se quede aquí? ¡Hubiese podido tener aquí a su hijo!

Peter apretó los labios. No recibí ninguna respuesta.

—Volvamos a casa —se limitó a decir y me cogió de la mano.

A partir de este momento mi padre iba cambiando cada vez más. Si antes el estado de nuestra madre solo había causado en él abatimiento, ahora le hacía reaccionar a veces con auténtica ira.

A nuestra madre este comportamiento la hacía sufrir mucho; a veces la oía llorar de noche. Su estado empeoró a ojos vistas, de modo que el médico se convirtió en huésped constante de nuestra casa. Un día le oí decir que nuestra madre padecía un oscurecimiento del alma y que, si no se tomaban medidas en contra, le quedaría poco tiempo de vida.

¿Pero qué podíamos hacer? Pese a los buenos consejos que le daba el médico, nuestro padre continuó encerrándose en sí mismo y no hizo nada para levantar el ánimo de nuestra madre. Y no tardó en contratar a una nueva ama de llaves. Marianne Herder ni era tan joven ni tan guapa como Luise, pero tenía un carácter amable con el que se ganó inmediatamente nuestra simpatía. Era conmovedor cómo cuidaba de nuestra madre. Con infinita paciencia intentaba darle los alimentos y se encargaba de que tuviese un aspecto aceptable, pese a que nadie de nosotros sabía si ella se enteraba aún de estas atenciones.

Luego, una tarde, Peter regresó del colegio con un periódico que, seguramente, habría pedido a uno de los maestros. Lo hacía a veces para mejorar su dominio de la lectura. Pese a que ya había periódicos en muchas casas, nuestro padre se negaba a suscribirse a ninguno, pues opinaba que ya era suficiente lo que le llegaba sobre los acontecimientos del mundo a través de su parroquia y el servicio de correos. De este modo Peter se procuraba a su manera conocimientos sobre el mundo.

Pero la edición de aquel día pareció haber causado en él una gran consternación.

—¿Qué sucede? —pregunté, levantando la vista de mi pizarra, mientras él extendía el periódico con manos temblorosas sobre la mesa de la cocina. Como mi estatura aún no era suficiente como para que, sentada, pudiese ver la página entera, me subí al banco.

Peter no me contestó, pero después de haber encontrado la página en cuestión, señaló un anuncio.

Como estaba colocado al revés, no conseguí descifrarlo inmediatamente, pero cuando me coloqué tras él, lo vi claramente.

—¡Es el nombre de Luise!

Peter asintió, con expresión grave.

—Ha muerto. Hace dos días.

Yo abrí mucho los ojos.

—¿Pero cómo es posible? ¡Era aún joven! Más joven que mamá, y ella aún sigue viva.

—Seguro que es por el niño.

Sin que nos diéramos cuenta, Marianne apareció tras nosotros. Alargando el cuello, miró el periódico y, naturalmente, descubrió también el anuncio, pues el dedo de Peter seguía señalándolo.

—Se habrá suicidado metiéndose en el agua, la pobre —murmuró. Después se volvió—. Era mi antecesora, ¿verdad? He oído decir que se quedó embarazada sin estar casada y que fue por eso por lo que vuestro padre la despidió. ¿Qué remedio le queda a una chica como ella, si no quiere acabar en el arroyo?

Miré a Peter. Sabía que meterse en el agua significaba que se había ahogado. Pero ¿por qué un ser humano iba a hacer algo así? ¡Qué inmensa debía de ser su desesperación y su dolor!

Más tarde, cuando Peter arrugó el periódico y lo quemó en el jardín, me dio la explicación, una explicación que me conmocionó.

—Seguro que Luise pensó que iba a ser nuestra nueva madre. Algún día, cuando nuestra madre esté en el cielo. Pero padre no la quiso, y eso le rompió el corazón. Creo que eso fue la causa de su muerte y no el agua.

Capítulo 12

LA fiesta se prolongó hasta que se consumió toda la carne del búfalo. A continuación se intercaló un día de ayuno, acompañado de una serie de actos sagrados. Marie deseó que fuese posible retener todas las imágenes que se abrían ante sus ojos.

El día del ayuno, al anochecer, Onawah pidió a Marie que la acompañara para ver cómo el sol desaparecía en el agua. Abandonaron en silencio el campamento y fueron a la orilla del lago que, hasta entonces, Marie solo había contemplado desde lejos. Bordeado por altos abetos, ocupaba una superficie considerable, de modo que no era fácil ver la otra orilla. La luz del sol poniente transformaba el agua en oro líquido en el que nadaban aisladamente algunos patos.

Marie se sintió sobrecogida por lo que veía. ¡Jamás había contemplado una puesta de sol semejante! Y jamás había visto un lugar como aquel. Una desazón nostálgica atravesó su pecho. ¡Ojalá Peter pudiese ver todo aquello! Siempre habíamos deseado descubrir juntos el mundo.

—Es el momento adecuado —dijo Onawah extendiendo los brazos—. El sol está acostándose.

Las lágrimas desdibujaron la imagen ante los ojos de Marie. ¡Qué vista más maravillosa!

—Estás llorando —observó la curandera—. ¿Por qué lloras? ¿No te gusta la luz dorada?

—Sí —farfulló Marie, pasándose la mano por los ojos y las mejillas—. ¡Pero es tan hermoso! Llora por lo hermoso que es.

Cuando el candente círculo de fuego desapareció a medias tras el horizonte, daba la impresión de que su segunda mitad emergiera del lago.

A esto se refería Onawah al afirmar que el sol se hundía en el lago. Por unos instantes la mitad auténtica y la que se reflejaba en el agua formaban una unidad perfecta, después el astro generador de vida descendió aún más y desapareció finalmente por completo tras el horizonte.

—Mi gente cree que ahora el sol está tomando un baño y que, por la noche, vuelve a salir del agua de nuestro lado.

Su sonrisa burlona daba de repente a Onawah la expresión de una jovencita que se alegra de su propia broma.

La tristeza de Marie se desvaneció un poco. El lugar irradiaba una paz profunda que refrescaba su alma herida.

—Deberíamos regresar —dijo Onawah al fin, y la arrastró de la mano de vuelta al campamento.

Durante todo el camino Marie estuvo reflexionando. ¡Aquí recibía tanta

amabilidad y tanto calor, pese a ser una extraña! ¿Cómo podría devolver todo esto?

Cuando las primeras estrellas centellearon sobre el campamento, se le ocurrió una idea.

—Onawah, ¿qué crees? ¿Tendrá tu gente quizás interés en aprender el inglés?

La curandera le echó una mirada sorprendida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me he dado cuenta de que la mayoría no me entienden. Pero pienso que deberían conocer el idioma que habla la gente de la ciudad. Pues seguro que esta gente no se quedará allí para siempre.

—Tienes razón, pero no tengo tiempo para enseñárselo a todos.

—¡Yo podría hacerlo! —profirió Marie—. En mi país también enseñaba cosas a los niños. Era maestra.

La mirada de Onawah seguía siendo escéptica.

—Enseñamos a los niños lo que sabemos. Los mayores enseñan a los jóvenes. Casi nadie aquí tiene buena opinión de los blancos.

«¿Tampoco de mí?», se preguntó Marie, algo acongojada.

—Oh, no lo sabía, yo...

—Tú eres distinta. A ti mi gente te llama loba blanca. Nos gustaría mucho que te quedases.

Sorprendida, Marie enarcó las cejas. El apodo solo podía deberse a Onawah, pues a ella le había confiado su encuentro con el lobo y su sueño.

—Hablaré con las mujeres. Si quieren que sus hijos aprendan el idioma del hombre blanco, te lo diré.

La cordial sonrisa de Onawah aseguró a Marie que intentaría convencer a su gente.

La noticia de la muerte de Luise no provocó ninguna alteración emocional en mi padre aunque debería haberse sentido consternado. Al fin y al cabo, como entendí claramente más tarde, el niño que Luise esperaba era de él. Al despedirla, la había entregado a la perdición. Pero no mostró ni tristeza ni consternación ni compasión. Se dedicaba, como de costumbre, a su trabajo y a mí me dejaba al cuidado del ama de llaves. A mi hermano, sin embargo, lo llamaba frecuentemente a su lado para darle clases de religión. Peter lo encontraba tan extraño como yo, pues asistíamos al colegio dominical y también en la escuela de nuestro pueblo se enseñaba religión.

—Tiene una extraña expresión en los ojos —me informó Peter una tarde al salir del gabinete de trabajo de nuestro padre.

—¿Qué tipo de expresión? —pregunté, pues en aquella época la imagen que tenía de mi padre, era bastante difusa, porque en contadas ocasiones lo veía cara a cara.

—Parece fanático, casi... loco. Me da miedo.

Realmente, a mí me ocurría lo mismo, aunque no tuviera que pasar dos horas diarias con él.

—¿Y no puedes decirle sencillamente que tienes que hacer trabajos para la escuela?

Peter negó con la cabeza, abatido.

—No, piensa que tiene que prepararme para que me convierta en su sucesor. Pero yo no quiero ser párroco.

Estuve a punto de aconsejarle que debería decírselo, pero, pese a que mi padre me ignoraba, lo conocía perfectamente: no toleraba que nadie le llevara la contraria. Al cabo de medio año, las clases fueron incluso ampliadas.

Mientras yo me aburría en la cocina, sospechaba que mi padre quería separarme de Peter, o incluso castigarme por lo que había visto. Sin ganas, ayudaba a Marianne en la cocina y solo revivía cuando Peter obtenía permiso para abandonar el gabinete de trabajo de nuestro padre.

Peter compensaba el tiempo perdido hablándome de las clases que recibía. No de las cosas que le daban miedo, sino de historias de la Biblia que yo aún desconocía. Conseguía adornarlas de tal manera que yo no veía en ellas los tediosos textos que me esperaban en la escuela dominical, sino apasionantes historias de aventuras que nos llevaban a la lejana Palestina y hasta a Egipto.

Si daba la casualidad de que caía en sus manos un adecuado artículo del periódico o un libro, me mostraba dibujos de los lugares sagrados tal como eran ahora.

—Si a padre se le ocurriera darte estas clases también a ti, sabrías ya la mayoría de las cosas y tal vez avanzases más rápidamente —solía decirme, guiñándome el ojo.

Pero yo sabía perfectamente que quedaría liberada de estas clases; jamás mi padre me dedicaría tanta atención.

Las mujeres tardaron tres días en tomar una decisión. Cuando Onawah le comunicó que estaban de acuerdo con que ella les enseñara inglés, Marie la abrazó, llena de alegría.

—Te agradezco que hayas intercedido en mi favor.

—Es mejor que nuestros niños entiendan bien a los blancos. Así harán mejores negocios y vivirán mejor.

—Centraré mi atención en que aprendan precisamente las palabras necesarias.

Pero Marie se acordó de algo que, en su alegría, no había tenido en cuenta.

—¡Vuestro idioma! —Molesta consigo misma, se dio una palmada en la frente—. ¡Oh, debería haberlo pensado! ¡Necesito una traductora!

Onawah esbozó una sonrisa enigmática.

—Lo sé, y por eso he preguntado a Tahawah si quiere traducir.

Tras un instante de sorpresa, Marie se acordó de que debía de ser aquella mujer que habló con ella junto a la hoguera del campamento. No podría pensar en una traductora mejor.

—Muchas gracias, Onawah. Como siempre, eres muy sabia.

—No soy más que una vieja que ha aprendido a pensar en todo.

Con una sonrisa bondadosa, la curandera indicó a Marie que la acompañara.

Tahawah se mostró encantada de poder colaborar con Marie.

—Yo haber aprendido idioma en misión cristiana antes de venir aquí. Durante guerra yo estar con blancos, pero luego volver con mi pueblo.

La joven tenía un aire tan radiante que, sin duda, llegaría a ser una buena profesora. Marie recordaba que unos ojos como aquellos la habían mirado desde el espejo en su primer día como maestra, aunque eran unos ojos azules y no de color pardo dorado.

¿Por qué Tahawah no había enseñado inglés a los niños? Quizá sería porque era demasiado tímida. Pero si Marie se marchaba algún día de aquí, tal vez la joven podría hacerse cargo de las clases.

A la mañana siguiente se presentaron diez niños a clase. Se sentaron en un prado y se les notaba claramente que se preguntaban qué significaba aquello. Tahawah, que había elegido el lugar para las clases, dirigía una sonrisa un poco avergonzada a Marie.

—Vendrán más cuando saber qué ser lo de enseñanza.

Marie sentía que se aceleraban los latidos de su corazón. En ninguna clase antes se había sentido tan nerviosa. ¿Acaso había perdido la práctica?

Seguramente su nerviosismo se debía a que temía hacer el ridículo, pues aquellos niños ante ella tenían mucha más experiencia en ciertas cosas y sabían desenvolverse mejor en la vida que los europeos de su edad.

Pero cuando empezó a hablar y Tahawah traducía, se dio cuenta de la atención con que los niños escuchaban. Tenían aún alguna dificultad al repetir las palabras, pero todos contestaban siempre a coro y parecían muy interesados.

Cuando tras una hora hicieron una breve pausa, se acercaron algunas mujeres. Marie se dio cuenta de que se habían ocultado tras los troncos de los árboles, escuchando. Ahora se acercaban llenas de curiosidad y querían saber qué habían aprendido sus hijos. Tahawah se lo explicaba todo pacientemente, y Marie intentó no mostrarse demasiado desconcertada o nerviosa ante las miradas interesadas.

Cuando al cabo de otra hora terminó la clase, Marie se sintió muy satisfecha con el resultado.

—¡Nos ha salido muy bien! —le dijo a Tahawah—. Estoy segura de que serías una excelente maestra. Espero con impaciencia que me enseñes vuestro idioma.

La mujer Cree se ruborizó, pero en sus labios se percibía una sonrisa orgullosa.

Capítulo 13

MARIE se lo pasaba muy bien dando clases a los niños Cree, aunque estas clases fuesen tan diferentes de lo que conocía de los colegios anteriores. Tahawah era una excelente traductora que con este trabajo mejoró sus propios conocimientos de inglés y empezó a la vez a enseñarle a Marie las primeras palabras en el idioma de los Cree.

Aunque se propuso anotarlas, Marie aprendía las palabras más bien a través del oído. Al igual que aumentaba el vocabulario de los niños, aumentaba también el suyo, de modo que al poco tiempo ya era capaz de mantener breves conversaciones en la lengua de los Cree.

Los niños se mostraban muy dóciles y, aunque no sabían escribir, aprendían muchos vocablos ingleses solo escuchando. Poco a poco se iban uniendo mujeres y algunos guerreros a los alumnos para aprender con ellos. Después intentaban tímidamente hablar con Marie y utilizar las nuevas palabras.

Así transcurrieron dos meses en los que Marie aprendió cada vez más cosas sobre los Cree, estudió sus costumbres y practicaba su idioma. Mientras que, durante el día, apenas tenía tiempo para pensar porque también Onawah necesitaba frecuentemente su ayuda en el tratamiento de hierbas, de noche aparecían los pensamientos y la mala conciencia. ¿No debería ella intentar regresar a la civilización? Al fin y al cabo, su prometido la estaba esperando. Pero se sentía muy a gusto en el campamento de los Cree y empezó a entender por qué algunas mujeres blancas optaban por quedarse con ellos.

«Quizá debería dejarlo en manos de Dios —pensó, cuando, de nuevo, pasó una noche inquieta, dando vueltas en el lecho—. Si quiere que encuentre a mi prometido, que me dé una señal. Y si mi futuro está aquí, que siga en silencio».

Tras haberse levantado, como de costumbre, muy temprano, para bañarse en el lago cercano, acudió después de un rápido desayuno al lugar de las clases que, entretanto, había sido adornado con bancos hechos con madera de árboles caídos. En el centro se alzaban dos taburetes de madera para Marie y Tahawah, con quien se repartía ahora las clases.

Marie esbozó una sonrisa pensativa, dejando vagar la mirada por el claro de bosque. Entonces se le ocurrió que hacía tiempo que el lobo no se había dejado ver. ¿Podía ella interpretarlo como el silencio de Dios? ¿Que su voluntad era que se quedase aquí?

Aquella mañana Tahawah parecía nerviosa, casi ausente.

—¿Qué te sucede? —preguntó Marie, preocupada—. ¿No te encuentras bien?

—Sí, solo que... yo nerviosa por boda. Onawah contarme qué esperar hombre, y eso dar miedo.

Marie contuvo la respiración. Nuevamente se acordó de las palabras de Ela cuando dijo que, a veces, los curas tienen muchos hijos. Era extraño, pero no había pensado más en eso.

—Tú también tener hombre con quien querer casar —prosiguió Tahawah—. ¿Qué sentir tú?

—Aún no conozco siquiera a mi marido. Y quién sabe si llegaré a conocerle —replicó—. Ya llevo aquí más de dos lunas.

—¿Eso quiere decir que te quedarás aquí? ¡Entonces nosotros encontrar marido para ti! Ehapi decir algunos guerreros gustar tu cabello que parecer sol.

Marie se ruborizó. Aunque había pensado en la posibilidad de quedarse, no pensaba en casarse.

—No sé si quiero casarme —contestó lo más diplomáticamente posible, pues no quería transmitir a Tahawah la sensación de que sentía aversión hacia los hombres de la tribu—. Al fin y al cabo aquí tengo una tarea que cumplir.

—Yo también tengo una tarea. Y me caso. Todas las mujeres tienen que casarse, si no, vieja y sola.

Por lo visto, la inquietud que Tanawah sentía ante la noche de bodas no disminuía su entusiasmo por el matrimonio.

—Seguro que algún día me casaré —transigió Marie—. Cuando me enamore de un hombre.

—O cuando vuelvas con los blancos.

—Eso lo dejaremos en manos de los dioses. Seguro que cuidarán de nosotras, ¿verdad?

Tahawah asintió.

—Sí, todo voluntad de dioses.

—Y en cuanto a lo que los hombres esperan tras la boda, me han dicho que también las mujeres pueden disfrutarlo. He conocido a mujeres a las que les ocurrió eso. Seguro que tu esposo será muy considerado. ¿Lo quieres, verdad?

La expresión arrobada que apareció en el rostro de la joven Cree dio una respuesta clara a Marie.

Pese al calor, que invitaba al baño, se presentaron casi todos los alumnos y siguieron tranquilamente la clase. Pero cuando la dieron por finalizada, el griterío fue enorme. Salvo unos pocos, los niños desaparecieron instantáneamente en el lago. También Tahawah tuvo que regresar inmediatamente al campamento, pues ahí la estaban esperando los preparativos para la boda. Aunque Marie entendiera que la novia estuviese nerviosa y sintiese, tal vez, algo de miedo, esperaba la boda con impaciencia y, por extraño que fuese, solo sentía una leve punzada por el hecho de no poder celebrar la suya propia.

Disfrutó un momento más de la calma que reinaba en el claro del bosque. Luego

se levantó y regresó al campamento. De repente, se cruzó con una bandada de niños que parecían muy alterados. ¿Había sucedido algo?

—¡Tú, ven! —exclamó una de las niñas tirando de la manga de Marie—. Hombres blancos han venido. Compran pieles de búfalo.

El corazón de Marie tuvo un sobresalto. ¿Sería cierto que gente blanca había llegado hasta aquí? ¿Era una señal de Dios?

Rodeada por numerosos niños, regresó al campamento, en cuyo centro había siete caballos, tres de ellos cargados con pesados fardos envueltos en lonas. Cuatro hombres se encontraban en medio de los guerreros y de mujeres que habían acudido a toda prisa. Incluso los niños se les acercaron sin temor.

El aspecto de los desconocidos se acercaba bastante a la idea que Marie tenía de los tramperos por los libros. Su abigarrada vestimenta estaba hecha de telas de vivos colores, cuero y pieles. El hombre que estaba en el centro, a quien Marie tomó por el jefe, llevaba, pese al calor, un gorro de piel adornado por coloridas cuentas de madera. Dos de sus camaradas, aunque no llevaban gorro, no le iban a la zaga en lo que a la pomposidad de su vestimenta se refería. A Marie la impresionó la chaqueta de flecos de uno y el pañuelo primorosamente bordado del otro. El cuarto hombre llamaba la atención por la sencillez de su ropa, y porque su barba, a diferencia de los otros, era corta y estaba bien recortada. La chaqueta azul, algo desteñida, de uniforme, bailaba un poco alrededor de su tronco, el pantalón de color gris negruzco, estaba enfundado en unas botas deslucidas. Su cabello, rizado, de color negro, enmarcaba algo desordenadamente un rostro anguloso, pero simpático.

Fue él también el primero en volverse hacia ella. Sorprendido, enarcó las cejas. Después rozó levemente el brazo del jefe.

Cuando este se volvió, Marie esbozó una sonrisa insegura. Tras repasarla de la cabeza a los pies, se acercó a grandes pasos a ella.

—¡Caramba! ¡No es posible! —exclamó al tenderle la mano—. Me llamo Meredith Jennings. Y usted debe de ser la mujer a la que se está buscando en todas partes.

—¿Me buscan?

El hombre desabrochó su chaqueta de piel marrón y sacó un trozo de papel del bolsillo. Marie reconoció la foto que había enviado a su prometido antes de partir hacia Boston.

—Es usted, ¿verdad? La señorita Marie Blumfeld.

Estaba de más preguntar quién era el autor de la petición de búsqueda.

—Sí, soy yo —explicó Marie, mientras leyó por encima el texto que informaba de que había desaparecido hacía dos semanas. ¿Es que la caravana había llegado entretanto a la ciudad e informado a su prometido Jeremy de lo ocurrido? O quizá la caravana no había llegado a Selkirk y sencillamente Jeremy, pasada la fecha de su

previsible llegada, había redactado la petición de búsqueda.

—Usted debe importarle realmente mucho a su prometido, señorita. Aunque se habría podido esperar que ofreciera una pequeña recompensa. Sobre todo, viéndola a usted.

La indisimulada mirada de Jennings hizo que Marie se ruborizara. Al mismo tiempo despertó cierto malestar en ella. ¿Y si sus intenciones no eran honestas?

—Bien, sea como sea, nos encontramos precisamente camino a Selkirk y, si usted quiere, la llevamos con mucho gusto con nosotros.

—Pero no puedo pagarles nada —replicó Marie.

—No importa, a una señorita en apuros la ayudamos encantados. ¡Carter!

El del pelo oscuro, que los había estado observando durante todo el tiempo, se acercó a ellos.

—Mientras yo hable de negocios con el jefe, por favor, ocúpese de la señorita. Es la de la petición de búsqueda.

Jennings señaló la hoja que Marie sostenía entre sus manos. Carter asintió.

—Y descargue la mercancía de los caballos. Cuando nos pongamos nuevamente en marcha, habrá que repartirlo todo de otro modo. No queremos que la señorita tenga que ir a pie.

Jennings la miró con una ancha sonrisa, después se marchó a donde estaban los demás.

Tras examinarla brevemente, Carter le tendió la mano a Marie.

—Soy Philipp Carter, encantado de conocerla, señorita Blumfeld.

A diferencia de Jennings, con su larga barba, que aún le resultaba algo sospechoso, el de cabello oscuro tenía algo simpático, a lo que Marie no era capaz de sustraerse. ¿Era tal vez por sus ojos de un gris azulado, que la examinaban detenidamente, pero sin propasarse? ¿O por la sonrisa contenida que bailaba en la comisura de sus labios?

—¡Ejem! También yo me alegro —replicó Marie. Alejó sus pensamientos y cogió su mano, que apretó enérgicamente la suya.

—Estamos a una distancia aproximada de dos jornadas a caballo de Selkirk, de tres, si el tiempo empeora, pero no tiene visos de hacerlo.

Solo ahora Marie se dio cuenta de que hablaba con un leve acento, un acento que ya había oído en la caravana.

—Usted es del sur ¿verdad?

Carter, sorprendido, enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he oído. Dos hombres en la caravana eran también del sur de Estados Unidos y su entonación era muy similar.

—¿Y cómo fue a parar aquí?

—Es una larga historia.

Carter levantó las manos.

—Tengo tiempo. Seguro que mi jefe tardará aún un buen rato con las negociaciones.

—Entonces deberíamos pasear un poco.

Mientras Marie sonreía, alentadora, a aquel hombre, se preguntaba por qué se sentía tan serena y llena de confianza a su lado. Hacía solo unos instantes que le conocía.

—Los asaltaron ¿verdad? —dijo Carter, cuando dejaron atrás la aglomeración de gente.

Marie asintió. Después relató breve y sucintamente lo que había sucedido.

Carter se frotó pensativo la barbilla.

—Realmente horroroso, señorita Blumfeld. Ha tenido muchísima suerte.

—Suerte en la desgracia, dicen en mi país —replicó Marie—. Sí, creo que la tuve.

—Si nosotros no hubiésemos aparecido aquí ¿se habría usted marchado en algún momento de esta tribu?

—Seguro que sí, pues, como usted sabe, estoy prometida. Y que mi prometido me esté buscando es algo que tengo muy en cuenta.

—Sí, parece ser un buen hombre, para un reverendo.

Marie enarcó, sorprendida, las cejas, pero antes de que pudiese preguntarle, Carter carraspeó.

—Perdone, no quería molestarla. Mi experiencia con gente de la iglesia no es precisamente la mejor. Pero eso no significa nada.

—Usted ha expresado su sincera opinión —replicó Marie en tono apaciguador.

—Creo realmente que su prometido es un buen hombre. Si no, no se habría molestado en buscarla.

Se hizo el silencio entre ellos. Carter bajó la mirada, algo cohibido. Después puso fin a aquel instante incómodo, diciendo:

—Voy a repartir la carga entre los caballos. Calculo que no saldremos hasta mañana por la mañana. Seguro que el jefe insistirá en que nos quedemos a cenar.

Se volvió, tras una leve inclinación. Mientras Marie le seguía con la mirada, se preguntaba qué malas experiencias habría tenido con los clérigos. Incluso sin conocerle, sentía claramente que había una sombra que pesaba en su alma.

Con la sensación de que alguien la estaba observando, se volvió.

Onawah se encontraba a dos pasos de ella y la estaba mirando con algo de timidez. ¿O acaso estaba triste?

—¿Vas a marcharte con los hombres? —preguntó, cuando Marie se dio la vuelta y se acercó a ella.

Marie bajó la cabeza.

—¡Tengo que hacerlo! El hombre con quien quiero casarme, me está buscando.

—¿Y por qué no viene él personalmente?

—Entre nosotros, todo es diferente, Onawah, más complicado.

Aunque estaba contenta de que aquellos hombres hubiesen aparecido, ahora Marie empezó a sentir pena, pues se había encariñado con los niños y con la amable manera de ser de los adultos.

—No entiendo por qué los blancos complican tanto las cosas. Un hombre que ama a su mujer, tiene que venir a buscarla, y no enviar a otros hombres.

—Estos hombres vieron mi foto en una orden de busca —intentó Marie explicar a la curandera—. Es una casualidad que me hayan encontrado aquí.

—La casualidad no existe, todo es voluntad de los dioses. —Ahora Onawah volvió a esbozar una sonrisa conciliadora—. Si quieren que tu esposo te ame, te llevarán hacia él. Y te darás cuenta de que eso es lo correcto.

Carter tenía razón. Las negociaciones duraron bastante. Mientras los hombres permanecían sentados en la tienda, las mujeres hicieron los primeros preparativos para la cena. Marie observaba cómo Philipp, que parecía ser algo así como un ayudante de los tramperos, bajaba los pesados fardos de los caballos de carga y los repartía uniformemente, siguiendo las órdenes del jefe.

Marie se sintió fascinada por cómo Philipp trataba a los caballos. Jamás había visto a un hombre que los tratara con tanto cuidado. Incluso los Cree, que dispensaban un trato realmente bueno a sus caballos, en comparación con él, resultaban rudos.

Cuando, al fin, los comerciantes salieron de la tienda del jefe, ardían hogueras alrededor, y las mujeres entonaron cantos. Durante la posterior cena conjunta, Marie tuvo ocasión de contemplar más detenidamente a los mercaderes.

Costaba acostumbrarse a sus modales en la mesa, pero eso ella ya lo conocía por los hombres de la caravana. Aunque conversaban amablemente con las mujeres de la tribu, no se propasaban con ninguna, cosa que Marie encontró muy decoroso. Más tarde, Jennings volvió a sentarse a su lado para explicarle cómo iba a transcurrir el viaje.

Cuando apagaron las hogueras y Marie estaba acostada por última vez sobre su piel de lobo, miró fijamente el techo de la tienda, incapaz de conciliar el sueño. Miles de pensamientos revoloteaban por su cabeza.

«Ya no podré asistir a la boda de Tahawah. Pero, a cambio, seguramente a la mía. Tahawah tendrá que proseguir sola con las clases, pero su capacidad se lo permite. Y yo me convertiré en la señora de Jeremy Plummer».

No sabía si debía sentirse contenta o si eso debía inquietarla, ahora que había conocido otro modo de vivir, un modo de vivir pacífico sin barreras sociales. En

algún momento acabó por quedarse dormida y tuvo un sueño confuso de lobos, del que, sin embargo, recordaba solo algunos retazos. Como en su sueño no apareció ningún lobo blanco, consideró innecesario mencionarlo ante Onawah cuando a la mañana siguiente se despidió de ella.

—Volveré, Onawah —declaró Marie, cogiendo las manos de la curandera—. Te lo prometo.

—Cuando estés casada ya no tendrás tiempo.

—Vendré. Quizá los niños del campamento quieran aprender más inglés. Lo haré con mucho gusto y te agradezco a ti y a tu pueblo todo lo que habéis hecho por mí.

Onawah se soltó de las manos de Marie y rodeó con las suyas el rostro de ella.

—Pediré a los dioses que cuiden de ti. Escucha tu corazón y la llamada del lobo, de tu espíritu protector. Te guiarán en la vida.

Las dos mujeres juntaron sus frentes, después Onawah dejó libre a Marie.

Había lágrimas en sus ojos cuando tuvo que despedirse de Tahawah. La joven se mostraba inconsolable por el hecho de que Marie no pudiera quedarse hasta su boda, y de que las clases conjuntas hubiesen terminado.

—Estoy segura de que podrás seguir sola con las clases —la animó Marie—. Hablas casi tan bien como yo. Lo único que no has de hacer es desanimarte. Es importante que podáis hablar con los blancos. Solo así podréis evitar que vuelvan a quitaros tierras o que os hagan algo peor.

Tahawah asintió con la cabeza. Después puso su frente contra la de Marie, de modo que se tocaban brevemente sus narices.

—Dioses te protejan, loba blanca.

—A ti también, Tahawah.

Cuando, finalmente, Marie se alejó hacia donde estaban los tramperos, tuvo que luchar verdaderamente para no perder el dominio de sí, tanto que ni siquiera notó que Philipp le había dado su propio caballo y que para sí mismo había elegido uno de los animales de carga.

—Resulta difícil separarse de esta gente cuando uno ha llegado a conocerlos ¿verdad?

Jennings le dirigió una sonrisa alentadora.

—Sí, muy difícil.

—Pero no tiene por qué ser una despedida para siempre. Cuando esté casada, tal vez su esposo la acompañe hasta aquí. Puede que, como reverendo, tenga interés en hacer de misionero.

Marie no estaba segura de querer eso. Si a esta gente les quitaban sus dioses, perderían también su identidad y su inocencia. De golpe les llegarían también los problemas de los blancos y su vida pacífica quedaría destruida.

Después de que Carter la ayudara a subir a la silla de montar, Marie echó una

última y larga mirada al campamento. Los Cree se habían reunido ante las tiendas, pero Marie puso en duda que fuese por ella. Seguramente querían más bien despedirse de los tramperos que les habían comprado varias pieles de búfalo. Aun así, levantó la mano y saludó. Después se dirigió hacia su nueva vida.

Capítulo 14

DURANTE un buen rato cabalgaron campo a través, pasando entre árboles y por delante de colinas, cubiertas de un manto verde oscuro de piceas y abetos.

Por consideración hacia Marie, los comerciantes redujeron un poco el ritmo de su cabalgada. Carter iba el último, junto con el tercer mercader con el caballo de carga. Marie tuvo que acostumbrarse a ir a caballo. Al principio tenía dificultades para adaptarse a los movimientos del animal y se mantenía en una actitud crispada. Pero poco a poco fue distendiéndose y se dio cuenta de que estaba más que justificado que Carter le diese su caballo. El animal era dócil y tranquilo y no tenía problemas con una amazona tan torpe como ella.

—Espero que se encuentre cómoda sobre su montura.

Con su caballo, Philipp se aproximó al de Marie. El rocín de carga, de pellejo hirsuto y crin recortada, resopló, contento.

—Sí, muy bien, gracias —contestó Marie, señalando el caballo a su lado, que movía alegremente la cabeza—. Su caballo también está contento de no tener que llevar por una vez tanta carga.

—No estaría tan seguro; yo también peso bastante.

—Pero no tanto como los fardos. Estuve observándole cuando los descargó. Deben de haber pesado un montón.

—O tal vez yo sea un alfeñique —replicó Carter con mirada socarrona.

—Eso lo dudo también.

Marie casi se asustó de su propia risa tan despreocupada, una risa que sonaba como antaño, cuando su hermano le tomaba el pelo o le hacía cosquillas.

—Tiene una risa encantadora, señorita —observó Carter, lo que hizo que Marie se sonrojara en el acto.

—¿Usted cree?

—Sí, lo creo. La risa de algunas mujeres se parece a la de las cabras. Pero usted ríe como una jovencita.

—Gracias, es usted muy amable.

Marie procuró no desviar su mirada de la crin del caballo. «¿Por qué me hace semejante cumplido?», pensó, inquieta.

—Perdone si me he propasado, pero como puede ver, tengo la costumbre de decir la verdad. Y me da igual que la persona que tenga enfrente se enfade o no.

—Es un rasgo muy noble —replicó, seria, Marie, y volvió a dirigir la mirada a Carter. Entonces vio una cicatriz que se extendía verticalmente desde su oreja derecha a lo largo del pescuezo y desaparecía bajo el cuello de su camisa.

—Sí, no es extraño que siga siendo un mero ayudante para el señor Jennings. A

veces no soporta la verdad.

—¡No lo parece!

—Usted tiene la suerte de no tener que pasar con él semanas y meses. Además, usted es mujer. Con las mujeres se esfuerza mucho.

Incluso cuando el silencio se interpuso entre ellos, Carter se mantuvo a su lado, como si quisiera advertirla de la aparición repentina de un espacio pantanoso o de ramas sobresalientes.

—Antes de venir al Canadá, ¿a qué se dedicaba usted? —preguntó súbitamente—. ¿Solo era una hija bien educada o trabajaba?

—¡Soy maestra! —replicó Marie, y notó que, involuntariamente, se puso algo tensa.

—¿Maestra? —Carter soltó una breve risita—. Perdone, señorita, pero no tiene aspecto de maestra.

—¿Y qué aspecto tienen en su opinión las maestras?

—Pues, más viejas, más amargadas, pero no... —Philipp se tragó las siguientes palabras y añadió solo—: Como sea, usted no tiene aspecto de maestra.

—¡Pero lo soy! Al menos lo fui en mi país.

—Y si pudiera, ¿le gustaría volver a trabajar de maestra?

—¡Claro que sí! Pero no sé si encontraré un empleo.

—No creo que la rechacen en ningún sitio donde usted se presente. En esta región hay pocos maestros, incluso en las ciudades más grandes hay a veces un solo maestro para todos los niños.

—Por lo visto, está usted muy bien informado.

—Tengo buen oído. No tiene ni idea de todo lo que se oye en los *saloons* en una noche larga.

—Pero la condición es también que uno tenga interés por muchas cosas.

Philipp esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Cuando se pasa mucho tiempo de viaje, uno empieza a encontrar interesante todo lo que no tenga que ver con pieles, bosque, trampas e indios. A veces, cuando voy a la ciudad, me sorprende ver por qué caminos se dirige la civilización. Y por qué caminos equivocados. Solo eso ya resulta muy interesante.

—¡Pero este paisaje es precioso! Seguro que mucho más hermoso que cualquier ciudad.

—Eso le parece a usted, pero aún no ha visto gran cosa. Yo conozco esta ruta de memoria, cada piedra, cada árbol, cada helecho junto al camino. Entonces se necesitan cosas a las que uno pueda dar vueltas en la cabeza.

Estas palabras dieron que pensar a Marie, de modo que cabalgaron un rato en silencio, uno al lado del otro. Cuando quiso reanudar la conversación, Jennings llamó a Carter. Tras un breve intercambio de palabras, este se marchó al galope.

—¿Adónde va? —exclamó Marie, dirigiéndose a los otros.

—¡A buscar un lugar de acampada para la noche! Aquí existen varias posibilidades, pero hay que asegurarse de que por el lugar elegido no merodeen osos. Por mucho que seamos tratantes de pieles, no tengo ganas de tener que luchar cuerpo a cuerpo con un grizzly.

La imagen de Jennings que, por un instante, apareció ante sus ojos, intentando vencer a un oso, la hizo sonreír.

Dos horas después llegaron al lugar que Philipp había elegido para pasar la noche. El claro de bosque estaba rodeado por altos abetos y protegido por una maleza tupida. En medio se alzaba una roca que parecía habersele caído a Dios del bolsillo de su chaqueta cuando creó el mundo.

Asustada, Marie abrió unos grandes ojos. Resultaba sorprendente el parecido con el lugar que cuatro semanas antes vio en su extraño sueño. Solo faltaba la mujer loba que saltó de la roca y se le acercó murmurando palabras Cree distorsionadas.

—¿Le sucede algo, señorita? —preguntó el tratante de pieles del pañuelo bordado, a quien los otros llamaban Brian—. ¿No se encuentra bien?

—¡No es extraño tras esa cabalgada! —asintió el tercer mercader, un francés llamado Jacques, que hablaba muy bien el inglés, aunque con fuerte acento.

—¡Estoy perfectamente! —se apresuró a replicar Marie, mientras intentaba dominar los sentimientos que se apoderaron de ella al ver aquel lugar—. Solo se me acaba de pasar una idea por la cabeza.

—Pero tiene que haber sido una idea muy preocupante —intervino Carter que también se había dado cuenta de su alteración emocional—. Tenía usted aspecto de haber visto un espíritu.

Marie negó con la cabeza.

—Solo me acordé de un sueño. El lugar en el que se desarrollaba mi sueño se parecía muchísimo a este.

—Son cosas que ocurren —replicó Philipp encogiéndose de hombros—. A veces yo también sueño con lugares que luego llego a visitar realmente. Creo que de este modo los dioses nos envían una señal.

—¿Y con qué lugares has soñado tú? —se burló Brian, que había oído lo que Philipp le había dicho a Marie.

—Con lugares a los que tú seguramente no irás jamás si sigues así —replicó Philipp bromeando.

—Bueno, yo ya me conformo con estos lugares de aquí mientras en ellos se gane lo suficiente. ¿Verdad, Jennings?

El jefe, que estaba aflojando las correas de la silla de montar, se sobresaltó.

—¡Vale, no tengo inconveniente!

Marie puso en duda que hubiese escuchado.

Después de atar los caballos a los árboles, los hombres se pusieron a buscar leña. Marie ayudó en la medida de lo posible, mientras intentaba deshacerse de su congoja interior. Una y otra vez miraba en dirección a la roca, pero el lobo blanco no se dejó ver.

Tras preparar el lugar para la hoguera, Jennings y Brian se marcharon con sus rifles para cazar algo para la cena. Marie no había visto animales, solo unos crujidos en la maleza indicaron su presencia.

Entretanto, Jacques y Philipp se pusieron a levantar el campamento para pasar la noche.

—Tal vez debiera dar un paseo —propuso Carter al darse cuenta de que Marie permanecía como clavada ante la pila de leña—. En esta dirección he visto unas preciosas flores silvestres. Debería ir a verlas. —Señaló hacia el oeste, donde el sol ya se ponía tras las copas de los árboles—. Si se da prisa, aún podrá verlas antes de que se haya ido toda la luz.

Marie asintió, pero de mala gana se alejó del campamento. ¿Tal vez habría también lobos aquí? Quizá no lobos blancos, pero sí lobos muy hambrientos.

Tras haber cruzado un riachuelo, encontró la alfombra tapizada de flores. Las flores blancas parecían estrellas caídas del cielo que se hubiesen repartido sobre una blanda alfombra de musgo. Pero la fascinó aún más la bruma que se levantaba entre los árboles. La última luz del sol la tiñó de color rosa, lo que provocó en Marie la sensación de estar flotando entre algodones.

Mientras la tensión interior iba disminuyendo poco a poco, Marie cerró brevemente los ojos y aspiró profundamente el aromático olor a bosque. Quizá, pese a todo, este lugar no debía inspirarle miedo...

De repente, un disparo estalló en el bosque. Asustada, Marie se encogió y abrió los ojos. Después volvió a acordarse de que Jennings había salido a cazar. Por lo visto, hoy tendrían algo más que comer que solo pan tostado.

Cuando se retiró la luz, Marie regresó al campamento donde encontró a Jennings, que estaba depositando en aquel momento un cervatillo junto a la hoguera.

—¡Ha elegido un buen lugar, Carter! Esta es una pieza magnífica.

Con un largo cuchillo, que sacó de su cinturón, despanzurró la pared abdominal del animal y luego lo destripó con gran pericia. Por mucho que le apeteciera a Marie aquella carne tierna, no soportaba la visión de los intestinos ensangrentados. Luchando contra unas leves náuseas, se volvió hacia el campamento que seguía recortándose aún de la incipiente oscuridad, gracias al color blanco de las lonas y mantas.

La tienda le causó sorpresa. ¿Cómo iban a caber en ella cuatro personas?

—Tal vez fuese mejor que yo durmiera al aire libre —mencionó, incómoda.

—¡Tonterías! —soltó Jennings, que estaba desollando el ciervo—. Entiendo sus

reparos, pero no ha de sentirse incómoda. Nosotros dormiremos fuera y usted en la tienda. ¡No se hable más, al fin y al cabo usted es una señora!

En el primer momento, Marie no supo qué decir. Por lo visto, estos hombres eran más caballerosos de lo que su aspecto daba a entender.

—Lamentablemente no tenemos más sacos de dormir, pero le he dejado dos mantas en la tienda —explicó Carter sacudiéndose la hierba de las rodillas—. Espero que esto le sirva un poco de cojín para que no note el duro suelo del bosque.

—¡Gracias! —dijo entre dientes Marie—. A todos ustedes. ¿Pero qué harán si llueve?

Jennings miró a sus camaradas, luego hizo un gesto como para quitarle importancia.

—No parece que vaya a llover. Y si el gran Manitú encima de nosotros cambiase de opinión, tampoco pasaría nada. No sería la primera vez que nos despertemos en un saco de dormir completamente empapado. ¿Verdad, compañeros?

Rodeados por la oscuridad, se sentaron al fin ante la hoguera, saboreando la tierna carne de ciervo que Jennings cortaba del espeto en grandes trozos con su cuchillo. Como condimento había utilizado un poco de sal, que llevaba consigo en una bolsita, y hierbas salvajes con las que salpimentó la carne. Marie encontró el sabor tan delicioso que preguntó a Jennings por la mezcla de los condimentos.

—En realidad, la mezcla es un secreto —contestó, un poco gruñón—. Pero tratándose de usted: suelo utilizar amaranto, zanahoria salvaje, setas disecadas y cúrcuma. Las setas hay que conservarlas, todo lo demás crece aquí en la región.

Al fin saciados, contemplaron las llamas entregados a sus pensamientos.

Bajo la luz de las llamas que se alzaban hasta lo alto, el claro de bosque se le antojó inquietante a Marie. También en su sueño vio el resplandor de un fuego. Y también estaba acostada en una tienda. Insegura, miró a su alrededor donde unas manchas de luz se deslizaban por la maleza, pero no aparecieron ni espíritus ni lobos ni la extraña mujer lobo.

Una vez acostada en su lecho, Marie mantuvo durante mucho tiempo la mirada clavada en las lonas sobre ella. La luna saliente dibujaba en la tela las sombras de las ramas que se mecían suavemente movidas por el viento. Alrededor de ella, oía crujidos y crepitaciones. Marie se acordó de la caravana y se preguntó de nuevo qué habría sido de las demás. Quizás Ela y las otras ya estaban sentadas al calor de la estufa junto a sus esposos. Con el deseo de que así fuera, se quedó dormida.

Capítulo 15

LA llamada matutina de un pájaro arrancó a Marie del sueño. Pese a que la luz del día era aún débil, se levantó y asomó la cabeza al exterior. El claro del bosque estaba envuelto en una niebla tan densa que ya no vio la roca en su centro. Como no quiso dilapidar agua potable para su aseo matinal, puso su ropa en orden y luego abandonó la tienda, intentando no hacer ruido. La acompañaron unos suaves ronquidos cuando pasó de puntillas al lado de los hombres envueltos en sus sacos de dormir.

Durante la noche el bosque se había transformado. Los troncos de los árboles y el follaje brillaban como si estuvieran cubiertos por una fina laca. Gotas de rocío caían de las ramas y dejaban ver telarañas. A veces las gotas ahuyentaban a sus habitantes de ocho patas con certera puntería. Quedaban unas redes oscilantes de las que se desprendían gotas que caían sobre su vestido. También los sonidos eran distintos de los de la noche antes. Los pájaros parecían cantar otras canciones. ¿O eran pájaros distintos? Marie se propuso estudiar todo sobre la fauna y flora de este país, en cuanto tuviera ocasión de proporcionarse libros.

Tras llegar al riachuelo, se detuvo como clavada en el suelo y contuvo la respiración. Un cervatillo estaba sumergiendo el hocico en el agua. En busca de apoyo, Marie se aferró al tronco de un árbol y se mantuvo oculta, pues de ninguna manera quería molestar al animal. ¡Qué imagen llena de calma! Si bien los movimientos de sus orejas denotaban que el cervatillo se mantenía, pese a todo, alerta.

En sus caminatas en su país Marie había visto también animales, pero solían mostrarse nerviosos y descubrían su presencia al cabo de segundos. Este animal, en cambio, centraba todo su interés en beber, de tal modo que ni la notó.

Seguramente Onawah habría interpretado la aparición del animal como una señal de los dioses, pensó Marie, notando a la vez que el recuerdo de la curandera y del campamento Cree despertó en su pecho un dolor agridulce. Pese a que, debido a su compromiso matrimonial, se sintiese obligada con su propio mundo, sintió apoderarse de ella la añoranza de vivir en la selva igual que los Cree, de ser libre de todas las exigencias de la civilización.

Cuando algo espinoso rozó su mano, Marie se sobresaltó. Pese a que reprimió en el acto el gritito que salió de sus labios, el cervatillo levantó la cabeza. Al descubrir a Marie entre los troncos de los árboles, el animal tensó los músculos y se apartó de un salto. En cuestión de segundos desapareció entre la maleza. Enojada, Marie contempló al gran escarabajo que se había paseado por encima de su mano. ¿No podía haber elegido otro camino?

Como ahora no había nadie en el riachuelo, se acurrucó en el musgo blando y

desabrochó un poco su vestido. Sin jabón sería un aseo superficial, pero el contacto con el agua fresca alejó el resto de cansancio y agudizó sus sentidos. De repente parecía ver con mayor claridad y también se agudizó su oído, naturalmente no el oído dañado, pero tenía la sensación de que el sano percibía mucho más.

—¡Ah, está usted aquí!

Cuando Marie se volvió, Carter estaba saliendo de detrás del tronco del árbol, tras el que ella había observado al cervatillo. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí?

Solo un instante después se dio cuenta de que su vestido seguía desabrochado hasta el pecho. Turbada, intentó cerrar los botones con manos inseguras, hasta que lo consiguió.

—Solo quería lavarme un poco. —Cabizbaja, Marie volvió a levantarse—. Si quiere, puede...

—Gracias.

Carter no se movió. Su mirada seguía fija en ella, como si quisiera grabar para siempre en su memoria su figura ante el riachuelo.

—No parece usted sentir mucho miedo —dijo finalmente. El extraño momento de silencio entre ellos se desvaneció—. Especialmente por la mañana se pasean muchos animales, también osos.

—Debería habérmelo dicho antes —replicó Marie, mirando algo asustada a su alrededor—. Seguro que entonces no habría abandonado el campamento.

—A veces es mejor no saber nada de un peligro —replicó Carter con una sonrisa — pues conociéndolo, también se corre peligro de tropezarse más rápidamente con él.

—¿De verdad cree usted eso? —dudó Marie—. Yo creo más bien que, conociendo el peligro, es cuando uno puede evitarlo.

—Quizá, pero ¿no se priva uno mismo entonces de parte del placer? Antes usted tenía un aspecto tan despreocupado, y seguro que es así como se sintió.

¡Así que realmente llevaba ya un rato allí observándola!

—Sí, este lugar es realmente hermoso, al menos lo era hasta que usted me habló de los osos.

Carter soltó una risotada.

—No se preocupe, señorita, los osos le tienen tanto miedo a usted como usted a ellos. Y mientras no orine ante la guarida de un oso, estará bastante segura. La orina humana vuelve agresivos a estos animales.

—Está bien saberlo —replicó Marie, incómoda.

De nuevo se interpuso el silencio entre ellos. Ahora hubiese sido el momento adecuado para levantarse y marcharse, pero algo hizo que Marie desistiera de hacerlo.

—Antes vi un cervatillo aquí junto al río —dijo buscando las señales de los cascos en la hierba—. Aquí ha dejado sus huellas.

—A esta hora los ciervos se pasean con frecuencia, mientras que, de día, desaparecen casi por completo.

—Como permaneció aquí tan tranquilamente, pensé que también para mí sería un buen lugar.

—Seguro que lo es. Los ciervos tienen buen oído, perciben la presencia de un oso a una milla de distancia.

—Me he dado cuenta.

Todavía sintió rabia por la aparición del escarabajo. Como ya no se le ocurrió nada más para justificar su permanencia, recogió su falda y dijo:

—Ahora el río es suyo, Mr. Carter.

Mientras se iba alejando, creyó sentir su mirada clavada en su espalda.

Cuando regresó, ya estaban los hombres desmontando el campamento. Mientras Jennings y Jacques enrollaban sus sacos de dormir, Brian estaba orinando junto a un árbol. Marie contuvo la respiración todo lo que pudo para no percibir el olor a orina que le llegaba con el viento. ¡No era de extrañar que despertara la agresividad en los osos!

Mientras se iba preguntando si los osos eran capaces de olfatear el olor también a larga distancia, empezó a doblar la tienda. Al cabo de un rato, Jacques vino en su ayuda y le contó que la tienda era suya.

—Sobre todo, no rompa nada, señorita —dijo con su acento grave—. Aún voy a necesitar la tienda.

—¡Oh! —Marie retrocedió, sobresaltada, lo que provocó la risa del tratante de pieles.

—No se preocupe, solo fue una broma, pues la tienda es muy resistente. ¿Ve el remiendo aquí?

Señaló cuatro desgarrones situados en paralelo, que habían sido cerrados con bastas puntadas, seguramente hechas por el mismo Jacques.

—Fue un oso que creyó que en la tienda encontraría comida. Tal como golpeó la tienda, tendría que haberla destrozado, pero la tela aguantó.

Marie alzó la mirada, asustada.

—Cuando el oso atacó, ¿estaba usted en la tienda?

Jacques negó, riendo, con la cabeza.

—No, por suerte, no. Me encontraba tras él, con mi rifle. Conseguí un buen precio por la piel del oso.

—¿Y ha sido atacado alguna vez encontrándose en la tienda?

—Hasta ahora, no. Pero a veces algunos animales arañan la lona. ¿No oyó nada esta noche?

Marie negó con la cabeza.

—No directamente en la tienda.

—Entonces tuvo suerte. La mayoría de la gente se asusta cuando por primera vez un animal llama a su tienda.

Tras el regreso de Philipp y haber guardado los últimos sacos de dormir, volvieron a montar a caballo y regresaron al camino que habían abandonado la noche antes.

Esa mañana la niebla tardó en levantarse. Flotaba como algodón entre las copas de los árboles. Más arriba, en la montaña, parecía como si las nubes hubiesen descendido un poco.

—Esperemos que no llueva —gruñó Brian—. No tengo ganas de esperar durante horas hasta que se sequen mis gorras.

—No les sentaría mal un poco de lluvia. ¡Así los piojos que anidan en ellas toman al fin un baño! —replicó Jacques.

—Tiene razón. ¡Vete tú a saber todo lo que se aloja ahí dentro! —añadió Jennings, riendo.

—¡Hay que ver quién habla! ¡Tú que llevas una zarigüeya en la cabeza! —le increpó Brian.

—Esta zarigüeya, como la llamas, es cebellina de la mejor calidad. En Europa solo la llevan los nobles.

—Puede que lo hagan, pero lo que tú llevas en la cabeza no es ni mucho menos cebellina. ¡En el mejor de los casos es marta o mapache!

A Marie le hizo gracia la discusión. Seguro que, una vez en la ciudad, tendrían muchas cosas que contar durante las comidas. Echó un vistazo a su lado donde cabalgaba, como siempre, Carter, que no la perdía de vista. Él, que se mantuvo al margen de la discusión, le dirigió una sonrisa cómplice, y Marie notó, desconcertada, que esta sonrisa le pareció maravillosa.

Durante los siguientes días, la región que atravesaban a caballo se le antojaba a Marie cada vez más familiar. El bosque se asemejaba al que habían cruzado con la caravana. Y cuando descansaron finalmente junto a la alberca con las lupinas rojas, supo que estaban tomando el mismo camino por el que había viajado también la caravana. Tras una breve búsqueda, hasta encontró huellas de carro entre la hierba.

—Por aquí pasamos también con la caravana —le comunicó a Jennings durante la comida, que se componía de carne de lata y pan.

El hombre asintió.

—Puede ser. Es una ruta muy popular para los viajeros, pero desgraciadamente también muy peligrosa.

—¿Y no existen alternativas?

Marie se preguntaba si el asalto se hubiese podido evitar.

—Claro que existen, pero dependen mucho del tiempo. Basta un chaparrón e

inmediatamente los caminos se convierten en pantanos. Los bandidos saben perfectamente por qué acechan en los caminos buenos.

Cuando partieron de nuevo, Marie hubiese podido jurar que este era el camino que habían tomado tras la tormenta. El camino de los bandidos...

—¿Resulta sensato ir por este camino? —se dirigió a Philipp—. ¿Y si los bandidos que asaltaron la caravana están aún aquí?

—Entonces van a acordarse de por vida.

—Pero eran, al menos, dos docenas, y ustedes son solo cuatro.

—Los hombres como aquellos buscan o bien un motín fácil o mujeres. No creo que nosotros les resultemos interesantes.

—Pero yo soy una mujer.

Philipp esbozó una sonrisa.

—Sí, lo es. Pero, aun así, no van a atacarnos por una sola mujer. Ni tampoco por las pieles. Pues primero hay que venderlas, y esta molestia no se la toma ningún bandido.

—Pero seguro que usted también lleva dinero encima ¿no?

—¡Ni un céntimo! —replicó Philipp—. Al fin y al cabo, las pieles que compramos a los Cree nos costaron un buen dinero. En caso de que algún día usted opte por la carrera de bandido, deberá recordar que a los tratantes de pieles solo se les debería asaltar cuando no lleven mercancía consigo. Ausencia de mercancía; bolsillos llenos. Abundancia de mercancía; bolsillos vacíos.

—Dudo que en algún momento quiera ganarme el sustento de mi vida robando a la gente, pero muchas gracias por la indicación.

Inquieta, Marie arreó su caballo. Durante todo el tiempo tenía la sensación de que estaban siendo observados y ni siquiera le ayudó a alejar esta sensación pensar que no eran más que imaginaciones suyas. De repente, la maleza impenetrable entre los árboles se le antojó hostil, y cualquier sonido más alto que el sordo batir de los cascos de los caballos la hacía encogerse.

Al fin, volvieron a enviar a Carter a adelantarse, cosa que sorprendió a Marie. ¡Aún no era hora para descansar!

Solo unos minutos más tarde volvió hacia ellos, como llevado por el diablo. Asustada, Marie se tapó la boca con la mano. ¡Bandidos! Seguramente los habría descubierto.

Con el corazón desbocado, observó cómo Carter cabalgaba al lado de Jennings, contándole algo con gran excitación. Cuando encima el tratante de pieles miró hacia ella, se convenció de que estaban pensando cómo ponerla a salvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Marie, aterrorizada cuando Carter se acercó a ella.

—He hecho un descubrimiento. —El aire sombrío de su cara no le hizo intuir nada bueno.

—¿Ha dado con un campamento de bandidos?

—No, eso no. Y tampoco creo que tengamos que temer ser asaltados, pues los bandidos ya se han hecho con un cuantioso botín.

—¿Qué significa eso?

Carter le puso la mano en el brazo.

—Creo haber encontrado su caravana.

Al principio, Marie no fue capaz de articular palabra. Incrédula, movió la cabeza.

—Yo comprendería que usted prefiriera quedarse aquí.

—¡No, quiero verla!

—Vale, pero ármese de valor. No es una visión agradable.

Mientras intentaba dominar su pánico, siguió, junto con Carter, a los tratantes de pieles en dirección al lugar del hallazgo. En su imaginación veía unas imágenes espantosas. ¿Habían sido asesinadas todas las mujeres? ¿O habían sido víctimas de algo aún peor?

Marie alcanzó los carros entoldados un poco más tarde que los hombres. Llena de espanto, detuvo su caballo.

Por de pronto el único indicio del asalto era el hecho de que los carros estuvieran colocados en gran desorden en el claro del bosque. Algunos toldos habían sido agujereados por disparos o estaban completamente desgarrados. La mayoría de las lanzas de los carros estaban vacías, sin caballos. Por lo tanto, los bandidos se habían llevado también los animales. Los que no habían sobrevivido a la lucha, yacían junto a los carros y exhalaban un insoportable hedor.

—Mejor que no se acerque más —aconsejó Philipp, pero Marie ya estaba desmontando y fue hacia el carro que, gracias al color rojo de la trampilla de carga, reconoció como el suyo.

Con un resoplido malhumorado, también Carter saltó ahora de su caballo y la siguió.

Al bajar con el corazón al galope la trampilla de carga, Marie temió encontrarse con los cadáveres de Ela y de las otras dos mujeres. Pero solo había mantas y algunas bolsas, cuyo contenido había sido revuelto y desparramado. La misma suerte había corrido su propia bolsa. En busca de dinero cosido en los dobladillos de las faldas, los bandidos habían cortado todas las piezas de ropa. Faltaba la cinta para el pelo que Johnston le había regalado. En cambio, encontró su documentación que, por lo visto, no había interesado a los bandidos. La hizo desaparecer rápidamente bajo su corpiño.

—Tengo que admitir realmente que es usted valiente —gruñó Carter, que llegó tras ella—. Pero la próxima vez debería hacer caso a mis indicaciones. No olvide que alguien podría haberse encontrado en el carro al acecho.

—Entonces habría disparado ya mientras nos acercábamos a la caravana —replicó Marie, aturdida.

Carter echó un vistazo al interior del carro y se sintió también aliviado de que no hubiera cadáveres en su interior.

—Aquel es el carro en el que viajaba yo —declaró Marie, angustiada—. Las otras mujeres...

—Deberíamos rezar para que, entretanto, las hayan dejado en libertad.

La voz de Philipp no sonaba muy convencida, pues sabía demasiado bien cómo los traficantes de personas suelen tratar a su botín.

—¿Y no hay nadie que pueda ayudarlas? ¿No hay aquí policías o algo semejante?

—Sí, la policía montada. Y la vamos a avisar cuando nos encontremos con ella. ¿Cuánto tiempo pasó usted con los Cree?

—Unos dos meses.

Carter frunció el entrecejo.

—Entonces ya estarán lejos. Seguramente habrán vendido a las mujeres y si no han podido venderlas, las habrán asesinado.

—¿Venderlas?

—Sí. Estamos claramente ante la obra de traficantes de personas. —Philipp cogió una olla atravesada por una bala y pasó el dedo por el agujero—. Si solo hubiesen buscado objetos de valor, habrían matado a las mujeres, pero así...

Se volvió hacia los tratantes de pieles que estaban registrando los carros.

—Mr. Jennings, ¿podemos acercarnos la señorita y yo? ¿O es demasiado horroroso lo que se ve?

—¡Mejor que se queden donde están! —sonó la voz de Jennings; después preguntó a su gente por lo que estaban viendo.

—¡Aquí hay tres! —informó Jacques desde el extremo delantero del carro.

—¡Yo he encontrado a cinco! —exclamó Brian y Jennings anunció:

—Y yo a otros cinco, pero me temo que aún hay más.

Marie cerró los ojos, horrorizada. Veinte hombres acompañaban a la caravana. Cuando los guerreros Cree la hallaron a ella, se encontraron también con los cadáveres de Johnston y de otros. Por lo visto, los bandidos realmente habían matado a todos los hombres de la caravana. ¿Y a las mujeres?

—Estos hombres han sido ejecutados —añadió Mr. Jennings—. Se aprecian disparos en la cabeza y en el pecho. Se habrán rendido con la esperanza de que entonces los bandidos les perdonaran la vida.

—¡Deberíamos enterrarlos! —propuso Brian—. En un carro vi dos palas. Seguro que en los otros carros también habrá utensilios que nos puedan servir.

De repente, Marie tuvo la sensación de que una diminuta voz le estaba diciendo que echase un vistazo a su lado. Algo yacía en la hierba. Por lo visto, inicialmente un bandido debió considerarlo valioso, pero luego lo tiró, al ver más detenidamente su contenido.

Marie se soltó.

—¡Esperen!

A trompicones, Marie se dirigió hacia la cajita que estaba en el suelo ante ella. Estaba empapada y sucia y apenas identificable con lo que había sido unos meses antes.

Cuando Marie levantó la tapa, que casi se desmoronó bajo sus dedos, apareció un resplandor de algo de color turquesa azulado: ¡la cinta para el pelo que le había regalado Johnston!

Impresionada, se dejó caer de rodillas, tapándose la boca con la mano.

—¿Qué le pasa, señorita? —Carter apareció a su lado.

A Marie le costó articular palabra.

—Esta cinta para el cabello me la compró el jefe de la caravana. Como recompensa por mis servicios de intérprete.

Marie extrajo la cinta de la caja. Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar la tarde en que estuvo paseando por la ciudad con Johnston.

Carter puso la mano en su hombro en un gesto consolador.

—Debería dar gracias a Dios por la suerte que tuvo, señorita. ¿Quién sabe cómo estarán las mujeres que han sido secuestradas por los traficantes de personas?

A Marie se le hizo un nudo en la garganta. Un fuerte dolor taladró el centro de su cuerpo como la lanza de un indio. ¿Qué habrá sido de Ela? ¿Y de las otras? ¿Estaban padeciendo ahora el infierno mientras ella iba al encuentro de su futuro? ¿Había sido la mano de Dios la que la lanzó desde el carro en marcha?

De repente, se sintió mareada. El suelo bajo sus pies parecía moverse como en un barco con fuerte marejada. Al mismo tiempo, sus piernas le pesaban como si fuesen de plomo.

Extendió la mano en busca de ayuda y sintió la chaqueta de Carter bajo sus dedos. Después el universo se convirtió en una luz cegadora.

Capítulo 16

MARIE no sabía cómo habían llegado hasta el borde del camino. Había sentido la mano de Carter y que él la levantó en brazos, pero no recordaba nada más.

Volvió en sí, encontrándose en medio de un paisaje de un color rojo resplandeciente, rodeada de helechos, lupinas y valeriana, sentada sobre una piedra que parecía colocada en el entorno como por casualidad.

—¿Qué tal? ¿Se encuentra mejor? —Carter estaba sentado a su lado, con aire preocupado—. Me ha dado un buen susto.

—Perdone. No sé, seguramente todo esto ha superado un poco mis fuerzas.

Cuando Marie levantó la mirada, comprobó que se encontraban a bastante distancia del carro.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Quiere usted que le traiga algo más de la caravana? ¿Queda ahí algo más de sus pertenencias?

Marie negó vivamente con la cabeza.

—No, no quiero nada. Los bandidos han rajado mis vestidos y mi ropa interior. Pero la cinta del pelo...

Philipp sacó la cajita de debajo de su chaqueta y se la tendió con una sonrisa.

—Ya me imaginé que era importante para usted.

Marie asintió, agradecida.

—Sí, muy importante. Me recordará la caravana para siempre, aunque no se trate de un recuerdo muy agradable.

—También los recuerdos malos tienen su valor —le dio la razón Carter—. Se aprende de ellos. Y llega un momento en que se les puede contemplar sin sentir dolor.

Marie abrió la cajita y apretó la cinta contra su mejilla, sin sentirse incómoda por el hecho de que Carter observara este gesto íntimo. En su imaginación pasó revista a todos los momentos agradables. El baño matutino en alguna charca, las bromas a veces algo ramplonas de Ela, la calma que irradiaba Marthe cuando bordaba. Y Johnston que le había leído la mano y le había pronosticado un futuro turbulento. Todo esto no se lo pudieron quitar los bandidos, aunque ya siempre estos momentos estarían teñidos de dolor.

—¿Qué están haciendo los demás? —preguntó, mientras volvió a guardar la cinta en la cajita.

—Están enterrando a los hombres. Al desmayarse, usted me ha librado de este trabajo.

—¿Y no se lo tomarán a mal sus compañeros?

Philipp negó con la cabeza.

—No, Mr. Jennings incluso me ha encargado que me ocupe de usted. A lo largo

del viaje quedará bastante trabajo sucio por hacer, y me tocará a mí. De eso puede estar segura.

Jennings se acercó a ellos. Sus manos y rodillas estaban sucias de tierra. Por lo visto, él y sus compañeros habían terminado su trabajo. Marie no le envidiaba la tarea que les había tocado realizar. Menos mal que ella no vio a los muertos.

—¿Se ha recuperado? —se dirigió Jennings a Carter, colocándose a su lado.

—Sí, creo que sí.

Philipp guiñó, alentador, el ojo a Marie.

—¿Es cierto, señorita?

Marie asintió.

—Sí, Mr. Jennings, creo que puedo seguir el viaje a caballo.

—Por cierto, señor, yo estaba seguro de que era acertada mi suposición —contestó Carter—: La señorita Blumfeld dice que fue su caravana.

El jefe de los mercaderes escupió con rabia en el suelo.

—¡Esos malditos perros! ¿Sabe usted cuántas mujeres había en el carro, señorita?

—Mr. Jennings, ¿no ve... —comenzó Philipp, pero Marie ya estaba contestando. La pregunta había soltado el nudo en su garganta.

—Éramos treinta y cinco. Cinco mujeres en cada carro.

—¡Santo cielo! Entonces estos hijos de puta tienen a treinta y cuatro en su poder.

—¡Tal vez algunas hayan conseguido huir!

Marie miró a los hombres con la esperanza de recibir una confirmación, pero sus semblantes indicaban otra cosa.

—Nadie escapa a los traficantes de seres humanos, al menos no impunemente —dijo Jennings, sombrío—. Si las chicas protestan o intentan incluso escapar, no es que las maten. Les rompen las piernas y luego se las llevan en camillas. Si no revientan a causa de la gangrena, las venden en este estado a cualquier individuo o a los burdeles. —Sin tener en cuenta el estremecimiento de Marie, prosiguió—: Usted ha tenido suerte de que estos tipos estuvieran demasiado ocupados como para comprobar si estaba realmente muerta. No suelen despreciar nada y se llevan todo lo que está más o menos vivo. Esta noche debería dar gracias especiales al Señor, raramente se muestra tan clemente con alguien.

Marie ponía en duda que Dios tuviese algo que ver con su salvación. Al menos no el dios a quien había servido su padre. Tras su estancia con los Cree le pareció más plausible lo que Onawah le contó sobre el lobo blanco que, según ella, era su espíritu protector, el animal que le daba fuerzas. Quizá tenía realmente un protector que cuidaba de ella y a quien se debía que la desgracia que se abatió sobre ella fuese relativamente insignificante en comparación con la sufrida por los demás.

—Venga, señorita, deberíamos continuar camino.

La mano de Carter se puso, consoladora, en su hombro. Solo ahora Marie se dio

cuenta de que Jennings ya se había marchado para reunirse con sus hombres. Agarrando fuertemente la cinta, se levantó y puso en orden sus faldas.

—Es muy bonita esta cinta para el pelo. —Carter señaló la mano de Marie—. Debería ponérsela ya. Después de lo que acabamos de ver aquí, nos iría bien tener algo hermoso ante los ojos.

Su sonrisa cautivadora alejó un poco los oscuros nubarrones que flotaban sobre su alma y permitió que, al menos, un rayo de sol pudiese atravesarlos.

—De acuerdo, si eso le alegra...

Con manos experimentadas trenzó la cinta en su cabello. Carter, que la observaba, sonreía en silencio. Después le ofreció su brazo para conducirla nuevamente hasta su caballo.

Un día gris de otoño, nuestro padre nos estuvo esperando a nuestro regreso del colegio. Estaba muy pálido, una palidez aún más acentuada por el color negro de su vestidura luterana.

Espontáneamente, Peter tomó mi mano, como si quisiera darme apoyo. Seguramente intuía ya lo que padre iba a decirnos. Con una expresión que parecía más aliviada que triste, examinó primero a Peter y luego me miró a mí antes de decir:

—Dios se ha llevado consigo a vuestra madre.

Mientras mi hermano me apretaba la mano, algo en mi interior parecía estallar. Durante siete años mi madre no había sido más que una sombra que abandonaba en contadas ocasiones su cuarto de dormir y que hablaba aún menos con nosotros. Aun así, se apoderó de mí una oleada de tristeza que nunca antes había conocido. ¡Ojalá se nos hubiese concedido la oportunidad de conocer mejor a nuestra madre! Seguro que en aquel cuerpo, marcado por los partos y la melancolía, se alojaba un espíritu maravilloso, un espíritu que no tuvo ocasión de desarrollarse.

La visión de su rostro cerúleo fue un shock para mí. Pese a que la encargada de arreglar a los muertos había hecho todo lo posible para hacer desaparecer la muerte de sus facciones, ya nada en esta cara recordaba a mi madre. ¿O era porque en mi alma existía una imagen distinta de ella?

Tras despedirnos de nuestra madre, Peter y yo fuimos al jardín. No fui capaz de llorar aunque tenía la sensación de que una pinza de hierro oprimía mi pecho. Como madre había sido siempre muy tranquila y apenas abandonaba su cuarto oscuro, en casa prácticamente ni se notaba que ya no estaba ahí. Lo que causaba mi dolor era el hecho de que ahora su cuarto estaría vacío, que ya no se repetirían las visitas vespertinas. Y que ahora estaríamos solos con nuestro padre, nuestro padre que, en el mejor de los casos, se esforzaba algo con Peter, pero no conmigo.

—Ahora padre habría podido casarse con Luise —observó mi hermano con

tristeza cuando atravesamos el jardín.

A través de la cortina de lágrimas que cubría mis ojos, le miré indignada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Madre acaba de morir!

—No digo más que la verdad. Padre ya no quería a madre cuando ella cayó enferma. Cuando ya no pudo tener más hijos.

Es cierto que decía la verdad, una verdad cuya prueba pude ver unos años antes con mis propios ojos.

—Sí, debería haberse marchado con ella —gruñó Peter, disgustado.

—Eso si él la hubiese querido. —Para entonces yo tenía edad suficiente para saber que las relaciones entre las personas son a veces extrañas y complicadas—. Seguramente lo único que quería...

Cuando Peter me dirigió la mirada, enmudecí.

—¡En realidad, tú aún no deberías saber nada de estas cosas!

—¡Pero lo sé! ¡Y sé también que los hombres no siempre quieren casarse con las mujeres con las que comparten su cama! ¿No viste con qué frialdad leyó la noticia de la muerte de Luise? Alguien que ama, no se comporta así.

Peter permaneció un rato reflexionando.

—Tal vez tengas razón —admitió finalmente—. Tal vez no la quiso. Y tal vez tampoco quiso a madre. Sí, seguramente tienes razón. No tiene aspecto de alguien capaz de amar a otra persona. Y aún tiene menos aspecto de un hombre que sienta tristeza por la muerte de alguien. —Tras estas palabras puso su mano en mi hombro y me llevó al saúco donde nos entregamos a la ilusión de ser aún niños.

Capítulo 17

DURANTE el último trayecto ya no se hablaba del asalto. Los muertos habían sido enterrados y los bienes en los carros encontrarían nuevos propietarios. De vez en cuando los hombres hacían algún comentario al que seguía un silencio incómodo. Después se cambiaba de tema.

De vez en cuando Marie sentía necesidad de hablar de las mujeres desaparecidas. Hubiese querido escribir a los hombres para que, si en uno de sus viajes se encontraban casualmente con una de ellas, pudiesen reconocerlas y tomar medidas, pero no se le presentó la ocasión para poder escribir.

Solo Philipp Carter parecía notar que algo le pasaba. Una y otra vez Marie advertía su mirada escrutadora, como si intentase leer tras su frente. ¿Pero qué podía hacer él solo? Seguramente se olvidaría de las mujeres cuando la hubiese llevado a ella a Selkirk. Por lo tanto, Marie renunció a hablarle de las otras, pese a tener ocasión de hacerlo.

Al día siguiente aparecieron casas en el horizonte. Al principio Marie las tomó por un espejismo como los descritos en los relatos de Oriente.

—¿Ve usted, allí a lo lejos? En una hora estaremos en Selkirk.

La ciudad se encontraba a orillas de un río que atravesaba el terreno serpenteando como una oscura arteria.

—Aquel es el Red River. —Carter señaló el agua teñida por barro rojizo—. O Northern Red River, como lo llaman también, pues en mi tierra hay otro río con el mismo nombre.

Con el viento les llegó el olor a madera recién cortada que indujo a Marie a cerrar los ojos por un instante y a respirar hondo. Pero ya oyó el monótono chirrido de una sierra.

—Hace poco que existe la serrería —le explicó Philipp—. Intenté encontrar trabajo ahí, pero, como podrá imaginar, los puestos quedaron ocupados en un abrir y cerrar de ojos. Nuestra gran esperanza es la línea de ferrocarril que será construida desde el este. Corre el rumor de que también Selkirk será conectada a esta línea.

—¿De verdad, quiere usted abandonar a Mr. Jennings? —preguntó Marie, abriendo nuevamente los ojos y dirigiendo la mirada a la serrería, ante la que se amontonaban grandes pilas de troncos.

—No me entienda mal. Mr. Jennings es un buen jefe, pero en algún momento de su vida todo hombre quiere asentarse. Claro que los que fueron soldados no tienen grandes posibilidades. Muchos jamás han aprendido un oficio.

—¿Es este su caso?

Carter negó con la cabeza.

—No, antes de la guerra fui carretero. O al menos aprendí a serlo. A los dieciocho me uní al ejército, y ahora estoy aquí.

Marie notó que su destino no había sido tan fácil como parecía. Toda guerra tenía sus horrores y seguramente todos los soldados del mundo tenían que pasar por sufrimientos similares. De repente, lamentó que le quedara poco tiempo al lado de Carter. Le habría gustado que le contara todo lo que había vivido. Pero en la ciudad la estaba esperando su prometido, él y un nuevo futuro.

—Estoy segura de que con el tiempo encontrará un buen empleo. Si usted quiere, puedo informarme un poco en la ciudad.

Por un momento, Carter pareció considerar esta posibilidad, después negó con la cabeza.

—Déjelo estar, señorita, seguro que durante las próximas semanas tendrá otras cosas que hacer en vez de buscar un empleo para un veterano de guerra. Además continuaremos viaje en dirección a Saskatoon para comprar mercancía en un puesto comercial y venderla después en el nuevo asentamiento. Podrán pasar muchas semanas y meses hasta que volvamos a estar por aquí. Tal vez para entonces usted ya se habrá casado y quizás esté embarazada y se habrá olvidado de mí.

Intentó que sus palabras sonaran despreocupadas, pero a Marie no se le pasó por alto que parecía haber en ellas cierto pesar. Y sin él saberlo, sus palabras provocaron una punzada de dolor en Marie. Por lo visto, creía que para ella, una vez estuviera casada, ya no habría nada más que las labores de la casa. ¿Cómo iba a convencerle de que, aparte de sus obligaciones, intentaría hacer algo por el bien común? ¿De que se emplearía para que los blancos se acercaran a los Cree y sus hijos tuvieran acceso a la cultura?

Al fin, el grupo se detuvo en una calle ancha. Jennings hizo volver su caballo y vino hacia ella.

—Esa es la calle mayor. Desde aquí no le costará llegar a su destino —dijo, apoyándose en el borrén de su silla de montar.

—¿Pero no quiere recibir una recompensa de mi prometido?

Jennings movió la cabeza negativamente.

—Llevo ya muchos años sin ver una iglesia por dentro y mucho menos he topado con un clérigo. Ignoro a Dios y él me ignora a mí, así nos arreglamos bastante bien, pero temo que me haga matar por un rayo si me acerco a uno de sus representantes. Demasiadas cosas pesan sobre mí como para que me interese recordarle mi existencia.

Marie lo dudaba, pues le tenía por un hombre honesto.

—Entonces el rayo ya tendría que haberle alcanzado, pues, al fin y al cabo, ha ayudado a la prometida del reverendo.

—Estar prometido no es estar casado —dijo, quitándole importancia—. Usted

aún está a tiempo de cambiar de opinión. Le deseo lo mejor, señorita, ¡y ante todo mucha suerte con su esposo!

—Muchas gracias.

—Ah, y me tiene que devolver el caballo, pues tenemos que cargar mercancía nueva.

—Desde luego.

Cuando Marie se dispuso a desmontar, Carter acudió a su lado. La ayudó en la medida de lo posible y esperó a que los demás se hubieran adelantado para poderse despedir a solas de ella.

—Nosotros decimos que uno se encuentra dos veces en la vida con la misma persona —dijo Carter sonriendo cuando le tendió la mano para la despedida.

—En mi tierra también existe este proverbio —replicó Marie.

—Entonces debe de ser cierto. Bien, pues ¡me alegrará volver a verla, señorita Blumfeld! Quizá nos veamos algún día en la ciudad.

Philipp Carter tocó el ala de su sombrero con la mano y volvió a montar en su caballo. Le dirigió una última sonrisa, después arreó a su caballo.

—Lo espero con ilusión —contestó Marie a sabiendas de que él ya no la oía.

Cuando ya no pudo distinguir a Carter entre la multitud, Marie, con su pequeño fardo al hombro, se dirigió a unos transeúntes que estaban conversando en la acera.

—Perdonen, ¿saben dónde puedo encontrar al reverendo Plummer?

Cuando remitió el asombro en sus miradas, una de las mujeres contestó:

—Naturalmente, a estas horas está en la iglesia. O es mejor que se dirija directamente a la casa del párroco. Está en la Creek Lane, a solo dos calles de distancia de aquí.

Señaló la esquina de la calle por la que Marie debía doblar.

—¡Muchas gracias!

Cuando Marie continuó camino, habría podido jurar que la gente se puso a cuchichear. ¿La habrían reconocido?

Caminando por el callejón, buscó en vano la petición de búsqueda que Carter le había mostrado. Seguramente habría transcurrido ya demasiado tiempo y el viento habría arrancado de las paredes los letreros descompuestos. Le debía su salvación a la casualidad y a la buena memoria de Philipp Carter, que la reconoció. Realmente, este hombre servía para muchas más cosas que para ser un simple soldado.

Tras preguntar otra vez más, la iglesia apareció al fin ante ella. La casa, de madera, estaba pintada de blanco y tenía un aspecto bastante sólido a diferencia de la mayoría de los edificios, que tenían un aire provisional. Aunque la iglesia carecía de torre, tenía armazón de campana, aunque este también parecía improvisado.

Un sendero que se bifurcaba hacia la mitad, cruzaba el exiguo césped. Una de las bifurcaciones llevaba directamente al portal de la iglesia, la otra a la casa parroquial

de reciente construcción, que se encogía a la sombra de la iglesia. Con las rosas que se alzaban aún algo escasas junto a las paredes y la valla, el edificio se asemejaba casi a un *cottage* inglés.

Como estaba convencida de que a esta hora el reverendo no estaría en casa, tomó el sendero hacia la iglesia, desde cuyo interior le llegaba el sonido quedo de un órgano. ¿Sería Jeremy en persona quien estaba tocando? Su padre sabía tocar el órgano, pero raramente había hecho uso de esta capacidad. Un hombre malhumorado de fríos ojos, de quien Marie siempre tuvo miedo de niña, desempeñaba el cargo de organista. Aunque era callado y jamás se enfrentaba a nadie, fue por él por lo que en la misa Marie se sentaba en el banco siempre de manera que quedase oculta tras el cuerpo de Luise.

Al entrar en la iglesia, su primera mirada recayó sobre el órgano tras el altar, pero ante él estaba sentada una mujer. La organista, que tendría algo más de sesenta años, dejó de tocar al ver a Marie.

—¿Qué puedo hacer por usted, querida?

—Estoy buscando al reverendo Plummer —respondió Marie.

Cuando se presentó, la mujer abrió unos grandes ojos. Con una rapidez de la que, dada su corpulencia, nadie la habría creído capaz, se levantó de su banco.

—¡Dios santo, no puede ser! ¡Usted es la novia del reverendo! ¡La teníamos por muerta!

Marie esbozó una sonrisa emocionada cuando, con lágrimas en los ojos, la mujer se le acercó y tomó sus manos.

—¡La estuvo esperando durante semanas y estaba completamente desesperado! Finalmente, redactó aquella orden de búsqueda.

—Con mi foto, lo sé —replicó Marie.

—¿Entonces alguien la encontró? ¿O vio usted misma la foto?

—Unos tratantes de pieles me reconocieron y me trajeron hasta aquí. Acabo de llegar a la ciudad.

—¡Oh, alabado sea Dios!

La mujer volvió a apretar fuertemente las manos de Marie antes de soltarla y desaparecer después tras una puerta bajo el coro alto.

Contenta por el cordial recibimiento, Marie pasó la mirada por los bancos pintados de blanco y por el altar. Tampoco por dentro esta iglesia se parecía en nada a las de su tierra, unas iglesias, en su mayoría, oscuras, con paredes de piedra y vidrieras multicolores, en las que difícilmente Dios se encontraría a gusto.

Unos minutos más tarde, regresó la organista, y tras ella apareció un hombre, cuya edad Marie estimaba en final de la treintena. Su cabello castaño estaba pulcramente peinado, y, en su traje, su cuerpo parecía algo enjuto.

El corazón de Marie empezó a latir con fuerza. ¡Así que este era su novio!

Lamentablemente él no le había enviado ninguna foto suya, de modo que su aspecto resultó una sorpresa para ella. Marie se lo había imaginado como un hombre alto, lleno de dignidad, de cabello oscuro, exactamente lo contrario de su padre.

No obstante, se ganó inmediatamente la simpatía de Marie con su cordial sonrisa.

—¡Señorita Blumfeld!

Se dirigió a ella con los brazos abiertos. Marie se sintió un poco insegura. ¿Debía correr a su encuentro? No le pareció conveniente. En consecuencia, se quedó donde estaba y le devolvió la sonrisa.

—Me alegro de tenerla por fin aquí. Soy Jeremy Plummer.

—Llámame Marie —replicó ella—. Al fin y al cabo estamos prometidos.

Por un instante Jeremy dio la impresión de haberlo olvidado.

—Claro que sí. —Carraspeó, algo turbado, antes de preguntar—: Miss Jackson me contó que has hecho el viaje con tratantes de pieles.

—Sí, hace unos días me encontraron en el campamento de los Cree cerca del Lake of the Woods y me trajeron hasta aquí.

—¿En el campamento de los Cree? ¿Es decir, que estuviste con los indios?

Alarmado, miró a la organista, que mostró la misma sorpresa que él.

—Sí, con los indios.

—¿Te secuestraron?

Marie, que no entendió la repentina preocupación de los dos, negó con la cabeza.

—No, me acogieron y me cuidaron hasta que me recuperé después de que nuestra caravana fuese asaltada.

La organista se tapó la boca con la mano.

—¡Pobre niña!

—Como puede ver, sigo viva y estoy completamente sana —respondió Marie, tranquilizadora.

—Aun así, es terrible lo que le ha pasado. En seguida pensamos que algo espantoso habría ocurrido, ¿verdad, reverendo?

Jeremy asintió.

—Sí, todos nosotros temimos por tu vida. —Echó una mirada un poco insegura a la organista, después ofreció su brazo a Marie—. Me gustaría presentarte a alguien y enseñarte tu nuevo hogar.

Con una sonrisa tomó Marie el brazo de Plummer.

Pero para sorpresa suya, no la llevó a la casa parroquial al lado, sino que pasearon un trozo por la calle hasta detenerse ante una casa de dos plantas, de aspecto algo descuidado. Por lo visto, hacía años que no había sido pintada, la aldaba estaba deslustrada por las numerosas manos que la habían rozado. En las altas ventanas de corredera, en las que en muchos puntos había saltado la masilla, se reflejaba el cielo vespertino. Tras un cristal Marie distinguió brevemente el rostro de una joven, antes

de que aquel rostro, con una expresión llena de sorpresa, volviese a ocultarse tras las cortinas.

Jeremy la hizo subir por las escaleras y entró sin llamar.

—Esta es la casa de mi tía Stella Ferguson. Supongo que le daremos una buena sorpresa.

Mientras Marie se preguntaba por qué quería que viviese en casa de su tía, Jeremy la arrastró al vestíbulo cuyo suelo estaba cubierto por una alfombra de dibujo pardo. En las paredes estaban colgados cuadros con bordados enmarcados y pequeñas pinturas que mostraban flores y paisajes. Una escalera de madera de color castaño, adornada con tallas, conducía al piso superior.

—¿Auntie? —llamó Jeremy—. ¿Tía Stella?

La mujer, que un instante después salió a toda prisa de la cocina, parecía tener algo menos de cincuenta años; llevaba el cabello castaño recogido en un moño, y vestía un traje negro, que indicaba que se había quedado viuda hacía no demasiado tiempo.

Tras ella apareció una mujer que debía de ser algo más joven que Marie. Como parecía una réplica exacta de la primera mujer, Marie dio por hecho que se trataba de la hija de Stella.

—¿Qué sucede, hijo mío?

—¡Ha llegado Marie! —la informó Jeremy—. Mi prometida.

Stella examinó a Marie, como espantada.

—¡Dios santo, ha aparecido usted! —Por lo visto, ya no contaba con esta posibilidad.

—Marie, te presento a mi tía Stella y a mi prima Rose. Tía, esta es Marie Blumfeld.

Marie les dio la mano.

—Me alegro de conocerlas.

Mientras que la más joven de las dos se mantuvo en un segundo plano, casi temerosa, Stella tomó su mano como si quisiera arrancársela.

—Bienvenida al Canadá, querida. Verá que tenemos un país magnífico y me alegra que usted quiera ayudar a levantar nuestra nación.

«Un recibimiento un poco extraño —encontró Marie—, pero seguramente aquí las costumbres son completamente distintas de las de Alemania, donde uno se alegra ante todo por motivos personales y no por razones patrióticas de la llegada de un nuevo miembro de la familia».

—Yo también me alegro —contestó Marie cortésmente—. Lo que he visto hasta ahora de su país me ha gustado mucho.

—El viaje sería muy fatigoso, ¿verdad? —tomó ahora la palabra la hija de Stella—. Y además lo del asalto...

Jeremy lanzó una mirada sombría a Rose, mientras Stella intervino inmediatamente:

—Cuando nos llegó la noticia del asalto, sentimos una gran preocupación. Ya nos temíamos que te hubiesen llevado a la frontera con California. A veces lo hacen estos traficantes de personas.

—¿Quién sabe si fueron realmente traficantes de personas? —interrumpió la más joven—. Quizá fueron aquellos pieles rojas.

—Seguro que no fueron los indios —replicó Marie, indignada. ¿Cómo podía alguien, que no había salido jamás de la ciudad y no había vivido con los Cree, afirmar algo así?—. Fueron blancos encapuchados. Traficantes de personas, como dijo el reverendo. Los vi con mis propios ojos, a ellos y lo que hicieron.

—Si estaban encapuchados, también podrían haber...

Un rápido ademán de la mayor hizo callar en el acto a la más joven.

—¿Y cómo logró usted escapar de aquellos hombres?

Marie negó con la cabeza.

—No escapé. Durante el asalto caí del carro. Unos guerreros de los Cree me recogieron y una curandera me cuidó hasta que me recuperé. Después viví unas semanas con los Cree y estudié sus costumbres. Fueron gente muy amable. Cuando aparecieron los tratantes de pieles, no dudé ni por un instante que debía cumplir con mis obligaciones y marcharme con ellos.

Las dos mujeres la miraron como si se hubiese desnudado ante ellas.

—¿Estuvo con los salvajes? —preguntó Stella escandalizada—. ¡Dios santo, pobre niña! Jeremy, ¿tú qué dices?

—Luego daré detenidamente las gracias a Dios por haber escuchado mis plegarias y haber conservado la integridad física de mi novia.

Ignorando la indignación de su tía, Jeremy le dirigió una sonrisa. En el mismo momento, Marie se preguntó si a continuación iba a conocer a sus padres. En sus escritos no había hablado de su familia, pero ella daba por supuesto que todo sería como en cualquier otra familia, que existían unos padres y tal vez unos hermanos.

Entonces Jeremy volvió a referirse a algo que ella ya había olvidado.

—Marie, durante las próximas semanas vivirás con tía Stella.

Marie enarcó sorprendida las cejas.

—¿No iba a celebrarse enseguida el matrimonio?

Tras una breve mirada a su tía, Plummer contestó:

—Mi madre falleció hace dos semanas. ¡Deseaba tanto conocerte!

Por la falta total de emoción con que mencionó la muerte de su madre, se habría podido pensar que hablaba de una completa desconocida.

—Lo siento de veras —replicó Marie, turbada.

—Por este motivo creo que no sería conveniente celebrar la boda al cabo de tan

poco tiempo.

—No, claro que no.

Para su propia sorpresa, Marie se sintió asombrada, pero no decepcionada. «Tal vez es incluso positivo que tengamos tiempo de conocernos un poco mejor antes de la boda. Posiblemente entonces nos presentaremos ante el altar como una pareja de enamorados», pensó.

—Pues, entonces estamos de acuerdo. —Plummer aplaudió como si le hubiese dado una agradable noticia—. Tía Stella ya te ha preparado una habitación en la que creo que te encontrarás a gusto. Nos veremos con toda la frecuencia que mi cargo me permita.

Aquello sonó más bien como un anuncio formal, pero Marie se obligó a pasarlo por alto y a sonreír.

—Lo espero con ilusión.

—Bien, entonces tengo que volver a mi trabajo. —Plummer le tendió la mano—. Nos veremos esta noche en la cena.

—¿Y no puedes quedarte para el té? —preguntó Stella, casi implorándole—. Me quedan unos *scones* de ayer, ya sabes que recalentados en el horno están realmente divinos.

—Lo siento, tía, Mr. Brookes me espera para dentro de media hora. Él y su mujer están nerviosísimos por la boda de su hija. Vamos a comentar unos últimos detalles.

—Bien, hijo mío, entonces nos veremos esta noche.

—¡Esta noche!

Saludó con la cabeza a Marie y después la dejó a solas con su tía y su prima. Un embarazoso silencio se impuso tras cerrarse la puerta. A Marie le sorprendió que Jeremy se hubiese marchado tan rápidamente. ¿Sería porque habían hablado del fallecimiento de su madre?

Al menos, para Stella no pareció representar ningún problema. Quizá no había superado aún el shock que le causó la noticia de que Marie hubiese vivido entre los indios.

—Seguro que tienes hambre y sueño, ¿verdad?

Marie asintió.

—Bien. —Stella reflexionó un instante, y después se dirigió a su hija—. Rose, por favor, enséñale a Marie su habitación. Entretanto yo prepararé el té.

Tras examinarla otra vez algo despectivamente, Stella se volvió y salió por la puerta por la que había entrado.

Rose parecía cohibida. Y ni siquiera la sonrisa de Marie la animó.

—Bueno, pues entonces sígueme, por favor —dijo, encaminándose hacia la puerta.

En el pasillo que se abría tras la escalera, había dos puertas, una enfrente de la

otra.

—Esta es mi habitación —explicó Rose, señalando la puerta de la derecha—. La otra es la habitación de invitados, pero a partir de ahora será la suya.

—¿Y qué haréis entonces con vuestros invitados?

—Los alojaremos en la casa parroquial.

La puerta chirrió un poco cuando Rose la abrió. La habitación tras ella era bastante luminosa gracias a las dos grandes ventanas, pero el ambiente parecía impersonal y estéril.

El gran armario ropero junto a la puerta parecía ser un antiquísimo objeto heredado, y la cómoda junto a las ventanas debía de ser igual de antigua. La cama de latón parecía relativamente nueva, pero la colcha estaba algo deslucida. En una de las paredes colgaba uno de los inevitables cuadros bordados.

—Es muy agradable —dijo Marie al entrar en la habitación; después se reprendió a sí misma en silencio.

«¿Pero qué esperabas? —pensó—. Toda la ciudad está a medio hacer, y ninguna de las familias es realmente rica. Conoces por experiencia propia la situación económica de la familia de un cura».

—Naturalmente, puedes arreglarla a tu gusto. ¿Dónde está tu equipaje?

—Lo perdí en el asalto.

—Y cuando estuviste con los indios...

Rose se atascó como si se hubiese atragantado.

—No me he llevado nada de allí —contestó Marie amablemente—. Todo lo que poseo lo llevo encima de mi cuerpo.

Y en mi corazón. Se acordó de las palabras de su hermano. Lo que está en tu corazón, nadie podrá quitártelo.

Ahora había compasión en la mirada de Rose.

—Si quieres, puedo prestarte algo de ropa interior, para que puedas lavar la tuya. Además abajo hay un baño.

Marie le dirigió una amplia sonrisa.

—Eres muy amable. ¿Quieres enseñarme el baño?

El cuarto recubierto de azulejos asombró a Marie. En el centro había una bañera de asiento con pies de león, a la que estaba conectada una pequeña bomba con la que se podía bombear directamente agua fría. Para el agua caliente existía una estufa de carbón, hecha de hierro, sobre la cual se encontraba una gran olla como las que Marie conocía de la preparación de conservas. Para el lavado de alguna prenda pequeña había un palanganero con una jarra y una fuente, adornadas con un delicado dibujo de rosas. En las botellitas de cristal sobre el estante había aceites para el baño.

—Ese es nuestro cuarto de baño —anunció Rose, orgullosa, al notar el asombro de Marie—. Seguro que no tenéis nada igual en Alemania.

—Sí que los tenemos —replicó Marie, ignorando la indirecta—. Pero no todos los hogares pueden permitirse un cuarto de baño como este. La mayoría se componen solo de una bañera y de una estufa de carbón para el agua caliente; el agua fría se trae de la cocina.

—Pues entonces aquí tienes muchas más comodidades —profirió Rose; después añadió en voz baja—: Pero date prisa, el té estará listo en un instante, y a mi madre no le gusta que se enfríe.

Después de que se marchara, Marie llenó la bañera y luego se desvistió. Colocó cuidadosamente el diario junto a la cinta para el cabello. «Todo lo que poseo, lo llevo sobre mi cuerpo», pensó un poco melancólica. Pero a la vez estaba contenta de que los dos tesoros más importantes que poseía no se hubiesen perdido.

Como ya estaba acostumbrada al agua fría, añadió un poco de esencia de hojas de pino y se deslizó en el agua para entregarse por un instante a la ilusión de estar nuevamente en el campamento de los indios.

Capítulo 18

A la hora del té, Stella quiso saber muchas cosas de Marie. Sentada en su silla estilo imperio, ya algo deslucida, con Rose a su lado sobre un taburete del mismo estilo, preguntó por la procedencia de Marie y por la historia de su familia, por su casa y su país.

Marie contestaba con la mayor cortesía posible, pero se calló cosas que no solía revelar a personas extrañas en un primer encuentro. Además había algo que no debía saber nadie más que ella. Por este motivo escondió también su diario bajo la cama, por el momento, pues este escondite no le pareció lo suficientemente seguro.

Mientras hablaba, Stella la traspasaba con la mirada, como si pudiese penetrar en el alma de la persona que se sentaba frente a ella.

—¿Y cuál es el motivo de que usted se decidiera a emigrar al Canadá? Supongo que en su país de origen habrá hombres más que suficientes.

—Bueno, hace diez años hubo una guerra en la que murieron muchos hombres jóvenes. Todavía se notan las secuelas.

Marie no consiguió librarse de la sensación de que Stella intuía el verdadero motivo de su partida. Pero no se lo revelaría jamás. Pues ¿cómo quedaría ella en tal caso? Ni siquiera estaba segura de llegar a contárselo algún día a su esposo. O a un hombre a quien quisiera.

A fin de ganar un momento para reflexionar, tomó un trago de té y disfrutó de la sensación que sintió cuando bajaba por su garganta. ¡Cuánto tiempo haría que no tomaba té! Era algo que también echó de menos durante la travesía y en la caravana.

—La situación económica en nuestro país es muy mala —siguió explicando—. Especialmente en el campo. Mucha gente se decide a comenzar una nueva vida, en América, Australia o en el Canadá. Incluso he oído hablar de gente que se marcha a Nueva Zelanda, al otro extremo del mundo. Como maestra, con un sueldo muy escaso y sin apoyo familiar, no vi más salida que la emigración.

—¿Es usted huérfana?

Marie bajó los ojos.

—Sí, mis padres han muerto. —Stella no podría comprobar que solo era verdad en parte. Desde el incidente que había precipitado su vida en el caos, su padre había muerto para ella y nada podría traerlo de nuevo al reino de los vivos.

—Por lo visto, tuviste realmente muy mala suerte en la vida.

Ahora la voz de Stella perdió el tono reticente y se volvió casi compasiva. Poco después Marie sintió en su mano derecha el guante de encaje en el que estaba enfundada la mano de Stella. Eso la indujo a volver a alzar la mirada.

—Pero a partir de ahora tienes una familia. Es cierto que ya no somos tampoco

una familia completa, mi marido murió hace siete años y, como ya has oído, la madre de Jeremy falleció también, pero nosotros seguimos aquí y estoy segura de que recuperaremos el antiguo bienestar tan pronto estéis casados y tengáis hijos.

—Muchas gracias, lo espero de todo corazón.

Cuando Marie tomó otro trago de té, estaba dispuesta a creer que Stella tenía razón y de que todo iría por buen camino.

Aún antes de la cena, Marie ya se había acomodado lo mejor posible. Claro que no pudo dar a su alojamiento un toque personal, para eso le faltaba dinero, pero había cambiado un poco de lugar los muebles más ligeros y le había pedido a Stella un viejo escritorio. Aquí había incluso un poco de papel, tinta y un portaplumas. Con esto tendría suficiente para proseguir con sus anotaciones nocturnas.

Cuando se reunieron en torno a la mesa, Jeremy aún no había venido, pero Stella no se alteró.

—A veces la gente lo para en la calle y, como tiene tan buen corazón, él cede y atiende sus peticiones.

Para celebrar el día, la cena se compuso de una deliciosa sopa de calabaza y de un rostbeef, que Rose compró en el último momento.

El olor de la carne asada trajo a Marie el recuerdo de la fiesta que los Cree celebraron después de haber cazado el búfalo. ¿Qué estaría haciendo Onawah ahora? ¿Habría ido nuevamente al lago para observar cómo el sol tomaba su baño vespertino?

—¿Te gusta el rostbeef, querida?

Las palabras de Stella la distrajeron de sus pensamientos.

—Sí, Ma'am, es excelente.

—Puedes llamarme Auntie, Jeremy también lo hace.

Marie esbozó una sonrisa algo forzada. Hasta ahora Stella no le había dado motivos para llamarla con un apelativo cariñoso.

—Claro que sí, si lo deseas.

—La señora Giles es una maga que hace auténticas maravillas en la cocina. Es una lástima que, en realidad, sea el ama de llaves de Jeremy y que le dedique casi todo su tiempo. Si él no fuese sobrino mío, haría lo posible por quitársela y quedarme con ella.

Marie aún no había visto a esta «maga que hacía maravillas en la cocina». Después de preparar la carne, desapareció como una sombra sin hacer el menor ruido.

—Por lo tanto, no deberías acostumbrarte a una comida tan festiva —manifestó Rose, con algo de impertinencia, a lo que su madre le dirigió una severa mirada.

—Estoy segura de que su ama de llaves sabe hacer un asado igual de bien —contestó Marie con diplomacia.

—Lamentablemente no tengo ama de llaves. Yo misma cocino, pero Rose es injusta afirmando que no tengo buena mano en la cocina.

—No he dicho eso, madre.

Rose bajó la cabeza, ruborizándose.

Antes de que Stella pudiese proseguir, llegó Jeremy. Estaba algo despeinado, como si le hubiese alcanzado un vendaval. Mientras intentaba arreglarse el pelo, echó una mirada insegura a Marie.

—Lamento llegar tarde, tía, pero en el camino me detuvo Mr. Skinner. La conversación con él duró más de lo que pensaba.

—Mr. Skinner es uno de los notables de la parroquia —explicó Jeremy ante la mirada interrogativa de Marie—. Necesitamos su ayuda para poder restaurar el campanario.

—No te preocupes, no eres el único en llegar tarde —le interrumpió Stella, mirando a Marie—. Tu prometida llegó también tarde a casa.

Bajo la mirada de Stella, Marie tenía la sensación de irse encogiendo. ¿Era necesario que se lo contase?

—Ah. —Jeremy carraspeó un poco desconcertado—. ¿Es que... diste un paseo? Marie intentó ignorar la mirada de Stella.

—Sí, he dado una vuelta por la ciudad. Después de dormir un poco me dolía algo la cabeza, pero el aire fresco me sentó bien.

—Me alegre.

—¡Pero siéntate, hijo mío! —Stella señaló la silla desocupada a la cabecera de la mesa—. Rose, trae un cubierto para tu primo.

Mientras la hija de Stella se marchaba corriendo, Jeremy tomó asiento. En vez de la sotana negra llevaba ahora un traje que, no obstante, no le daba un aspecto menos severo. Ni siquiera frente a ella se atrevió a sonreír.

Seguramente no tendría mucho contacto con mujeres. «Además, necesitaré un tiempo para irse acostumbrando a mí», pensó y decidió tener paciencia.

—¿Y qué le parecieron tus propuestas a Mr. Skinner?

—Se mostró muy abierto y prometió interceder por nosotros también ante sus amigos en el consejo municipal. Cree que podremos restaurar la torre dentro de tres meses. Y luego se organizará una gran fiesta para celebrarlo.

Entretanto llegó Rose con el plato. Después de servir a Jeremy, regresó a su asiento.

Mientras colocaba el tenedor sobre la servilleta, Marie observó a Jeremy. Su manera de sostener el tenedor y de cortar la carne evidenciaba que era un hombre muy ordenado. Marie ignoraba si eso bastaría para que ella llegase a amarle algún día, pero al menos le dio algo de seguridad.

—Nuestra hora del té ha sido muy agradable hoy —dijo Auntie Stella rompiendo

el silencio que se había extendido alrededor de la mesa—. Marie nos ha contado algunas cosas de su vida.

Jeremy levantó la mirada, masticando. Como era demasiado cortés para hablar con la boca llena, se limitó a asentir con la cabeza.

—He hablado de mi familia —prosiguió Marie—. Y tal vez te interese saber también cómo se desarrolló la travesía.

—Podríais comentarlo vosotros dos durante un paseíto, ¿no os parece? —intervino Auntie, dirigiendo una mirada significativa a Jeremy.

—Claro que sí, Auntie —contestó Jeremy, y tomó un trago de vino para hacer bajar la comida.

Marie hubiese esperado que al atardecer Jeremy la llevara a pasear un poco por la ciudad, aunque solo fuese para presumir de su prometida, como suelen hacer otros jóvenes. Sorprendida y algo decepcionada comprobó que la vuelta consistió en una vuelta alrededor de la iglesia y de la casa parroquial. A la luz del sol, que se estaba poniendo, este lugar tenía un aspecto un poco triste, algo que podía deberse a los árboles, cuyas hojas de color rojo oscuro parecían crespones de luto.

—Las hayas rojas las plantó personalmente Lord Selkirk, cuando tomó posesión de este lugar en el año 1812 para la Corona inglesa —explicó Jeremy al notar la mirada de Marie—. Son preciosas, ¿verdad? Y además son lo más antiguo que ofrece esta ciudad. Ninguna de las casas que ves tiene más de veinte años, la mayoría incluso son del año pasado, en que se multiplicaron como las setas.

Marie se apartó con un estremecimiento. También en el jardín de su padre había uno de estos árboles. Luise sabía contar historias terroríficas sobre cómo las hojas de aquel árbol se habían teñido de rojo. De niños, ella y su hermano buscaban la cercanía del haya roja, no solo por las historias, sino también porque parecía tragarse toda la luz.

«Tal vez debiera contarle uno de los cuentos sobre las hayas rojas», se le pasó por la cabeza a Marie, pero ya habían llegado al campanario. La pequeña campana fulguraba al sol crepuscular en un tono dorado rojizo.

—Puede que sea algo pequeña, pero su sonido es hermosísimo —prosiguió Jeremy con sus explicaciones—. Lamento no poder mostrártelo sin causar un gran revuelo en la ciudad.

Marie sonrió.

—Creo poder esperar hasta el domingo.

—Seguro que sí.

Jeremy apretó los labios, como si no supiera qué más decir. ¿Se le habían acabado ya los temas de conversación?

—Me he pasado hablando todo el rato de la iglesia —dijo luego—. Pero tú ibas a hablarme de ti y de tu viaje.

Mientras se encaminaban hacia la casa parroquial donde se sentaron finalmente en un banco, Marie le habló del asalto, del tiempo que pasó con los Cree y también, como había prometido, de la travesía. Jeremy escuchaba cortésmente, pero ella echaba en falta alguna emoción por parte de él. ¿Sería debido a que era inglés? No en vano se decía que los ingleses son unos maestros en el arte de ocultar sus sentimientos.

Solo cuando habló de su estancia con los indios, le tomó una vez tímidamente la mano, lo que la alegró, puesto que era el primer síntoma de una aproximación.

—Dios pone a prueba con mayor dureza a quien ama —dijo después de que Marie le confesara que era huérfana—. Pero, a los que creen, también los recompensa generosamente. Piensa en Job, que perdió a su familia y sus bienes, pero que jamás vaciló en su fe y así fue recompensado por Dios con una nueva felicidad.

«No tienes ni idea de cómo has dado en el clavo con lo de Job», pensó Marie con tristeza, pero apartó este pensamiento y esbozó una sonrisa.

—Estoy convencida de que en los próximos años Dios va a mostrarse muy generoso conmigo. Al fin y al cabo me ha conducido hasta ti.

Marie miró fijamente a los oscuros ojos de Jeremy, con la esperanza de descubrir en ellos una chispa de simpatía por ella. Pero un instante después él evitó su mirada y volvió a soltar su mano, como si su cercanía le resultase de repente desagradable.

—Si quieres, te enseño mi casa por dentro. Lo que hay en ella es relativamente nuevo, como todo en esta ciudad.

Marie asintió con una sonrisa y le siguió a través de la puerta decorada con tallas de madera.

Realmente la casa olía todavía a madera recién cortada, tratada con barniz para evitar la podredumbre. Bajo sus pies crujía el modesto parquet encerado, mientras en el pasillo se oía el monótono tic-tac de un reloj que parecía heredado.

«¿Se atreverá a besarme ahora que nadie nos ve?», se preguntó Marie que esperaba este momento con el corazón palpitante. Jamás un hombre le había dado un beso que no fuese amistoso.

Pero Jeremy seguía caminando con rigidez ante ella, le habló de los diferentes tipos de madera que se habían utilizado y de lo que aún faltaba por hacer en la casa: aquí una pared, ahí una ventana que no cerraba bien y en otro rincón un mueble que llevaba esperando desde hacía un mes.

—¿Qué hay aquí detrás?

Al señalar una de las puertas, Marie se sintió casi como la mujer de Barba Azul al descubrir el cuarto oculto.

—Mi... nuestro dormitorio.

—¿Puedo verlo?

—Ejem... —Cohibido, miró al suelo—. Creo que no deberías verlo hasta que

estemos casados.

—¿Por qué? —A Marie no se le ocurrió ninguna razón por la que no pudiese echar un breve vistazo tras la puerta. Pasaría por alto incluso el típico desorden de un soltero, pero Jeremy se mantuvo inflexible.

—Porque se trata de un lugar al que una pareja solo tiene derecho después de la boda. Al menos, así es como yo lo veo y me alegraría que lo aceptases.

Lo cortante de sus palabras desorientó un poco a Marie.

—Claro que sí —contestó, apartándose de la puerta.

Seguro que está tan nervioso como tú, intentó consolarse cuando volvieron a salir en silencio de la casa. Lo más probable es que jamás haya entrado en su casa una joven que no fuese novia de otro hombre o que no estuviese de luto.

Pero no lograba librarse de la sensación de que algo enturbiaba la relación entre ellos, si así se la podía denominar.

Llegados a la casa de Stella, la acompañó aún hasta el vestíbulo y después se despidió, besándole cortésmente la mano.

—Me alegro de volver a verte mañana. Y ahora te deseo unas buenas noches —dijo, abandonando la casa a toda prisa.

Unos días después del entierro de madre el maestro de la escuela anunció su visita. Suponiendo que quería darle el pésame a mi padre por la pérdida sufrida, le transmití la noticia. Él aceptó e invitó al señor Hansen a venir por la tarde.

Aunque no había incurrido en ninguna culpa, empecé a sentir cierta congoja cuando, desde la puerta del jardín, lo vi subir por el sendero. Tal como se esperaba de mí, le abrí la puerta y le saludé con una educada inclinación.

—Buenos días, señor Hansen.

—¡Buenos días, Marie!

Cada vez que Martin Hansen sonreía, aparecían unas arrugas tan extrañas en su cara que me costó no echarme a reír. Pero como me encontraba directamente frente a él, conseguí dominarme.

—¡Venga, por favor, mi padre ya le está esperando!

Le acompañé hasta el gabinete de trabajo y después, como se esperaba de mí, me retiré, pues mi padre tenía la costumbre de abrir inesperadamente la puerta para cerciorarse de que nadie estaba escuchando.

Pero ya cuando vino el médico por Luise, descubrí que bajo la escalera lo oía todo sin ser vista.

Me acurruqué, pues, en mi escondite y esperé hasta que hubiesen intercambiado las fórmulas de cortesía y el maestro de la escuela expusiera el motivo de su visita.

—Señor pastor, el motivo por el que he venido a verle es su hija.

—¿Se ha portado mal? —preguntó mi padre con frialdad, como si no se le

ocurriera ningún otro motivo.

—No, no podría imaginar una alumna mejor. Es muy inteligente, con ganas de aprender y se porta muy bien, es la mejor de las de su edad.

Los gruñidos de mi padre expresaron cualquier cosa menos satisfacción. El señor Hansen no pareció advertirlo.

—Debería considerar la posibilidad de enviar a su hija a un instituto. De este modo el talento que Dios le ha dado para las ciencias naturales y el idioma podría desarrollarse más, y así se le abrirían las puertas a un buen futuro.

No me costaba imaginar la expresión sombría de mi padre cuando murmuró:

—Lo pensaré.

Por unos instantes el gabinete de trabajo quedó envuelto en silencio. El señor Hansen era conocido por nosotros como un hombre que no se rendía fácilmente. ¿Adoptaría ahora ante la vacilación de mi padre el mismo aire severo que mostraba ante los alumnos desaplicados? ¿Se sentiría su mano incluso tentada por agarrar la vara de los castigos? La idea, por absurda que fuese, me divirtió tanto que tuve que taparme la boca con la mano para no estallar en una sonora carcajada.

—Lo repito una vez más, señor pastor, un talento como el de su hija no debe malgastarse. Podría convertirse en un ejemplo luminoso para las mujeres de este país.

—Yo me conformaría con que se convirtiera en una buena esposa y tuviese hijos —rezongó mi padre, malhumorado. Esta era su verdadera opinión, mientras que su concesión de pensárselo, era pura mentira.

Mi hilaridad se transformó en un espeso nudo en mi garganta. Solo ahora comprendí la intención del maestro de la escuela. Quería que yo accediese a una formación mejor. Que pudiese llegar a ser maestra algún día, tal como yo soñaba. Pero padre solo veía en mí a una esposa. No quería que llegase a ser nada más.

Era, pues, inútil que el señor Hansen siguiera esforzándose.

—También una buena esposa debería ser culta. ¿No está de acuerdo? Será beneficioso para el marido el que su mujer sepa llevar la casa con inteligencia.

—Basta con que tenga hijos. Esa es la única finalidad de la mujer. Muchos hijos. No como la mía, que solo parió dos.

Otra vez silencio. Yo temía que esta vez el maestro de la escuela se rindiera.

—Por favor, piénselo, señor pastor. Realmente le proporcionaría a su hija...

—¿Hay algo más que quiera decirme? —le cortó mi padre.

—No, yo...

—Entonces agradezco su visita. Dispongo de poco tiempo, me queda mucho por hacer.

Como nadie esperaba que yo acompañase al maestro hasta la puerta, permanecí sentada bajo la escalera, observando cómo el señor Hansen se dirigía hacia el

exterior sin ayuda.

Capítulo 19

LOS dos días siguientes estuvieron marcados por el aburrimiento. No porque Marie hubiese tenido dificultades para acostumbrarse a su nuevo entorno. Con la misma rapidez con que se había acostumbrado a una vida alejada de la civilización, volvió también a ella la sensación de bienestar dentro de unas sólidas paredes. Pero muchas cosas no eran como ella las había imaginado.

Había esperado que Stella y Rose dieran una pequeña vuelta con ella por la ciudad para comprar algunas cosas para su habitación, pero ambas permanecían rigurosamente en casa. Si había que comprar algo, se enviaba a Rose. Los intentos de Marie de acompañarla fueron desbaratados siempre por Stella que le pedía que le hiciera compañía en la cocina o en el salón. Entonces Stella le hacía muchas preguntas, de modo que Marie tenía que estar alerta para no irse de la lengua. Nadie debía enterarse de su secreto más recóndito y doloroso.

De todas las ocasiones en que se veía obligada a estar a solas con Stella, prefería la estancia en la cocina. Era cierto que la misma Stella se ocupaba de cocinar y no se mostraba tan torpe como había insinuado Rose en broma. Marie ayudaba a cortar la verdura, amasaba y removía pacientemente el *porridge* y volvía a sentirse como si se encontrara al lado de Marianne, la segunda ama de llaves de su familia, a quien, de adolescente, había ayudado con frecuencia en la cocina.

Tras el pequeño refrigerio del mediodía, se retiraba un par de horas a su habitación. La mayoría de las veces se sentaba ante el escritorio para proseguir con sus anotaciones o leía un libro que Stella le prestaba. La biblioteca de Auntie era relativamente impresionante. Junto a un gran número de tomos de poesía y novelas, había también tratados científicos que se debían a su esposo Jonathan, que había sido botánico.

Hasta ahora Stella no había hablado mucho de él, y también Rose guardó silencio sobre su padre.

Pero ella tampoco hablaba de su padre, tuvo que admitir Marie. Y tal vez, en general, a los de raza inglesa no les gustaba hablar de sus muertos.

En esta tarde mortecina y cubierta de nubes, se quedó dormida leyendo un interesante tratado sobre plantas tropicales. El edredón envolvió su cuerpo con tanta suavidad y tan acogedoramente que unos pocos minutos se convirtieron en dos horas.

Cuando volvió a despertar, un radiante sol vespertino penetraba por la ventana. ¡Así que debía de ser la hora del té! Como se había dado cuenta de lo importante que era para Stella la hora del té, se levantó a toda prisa, puso en orden su vestido y su peinado y bajó.

A mitad de camino oyó voces.

¿Jeremy estaba aquí? No le había anunciado su visita la noche anterior. ¿Y por qué no habían enviado a Rose para despertarla?

Aunque no era de buena educación escuchar a escondidas, Marie se detuvo junto a la pared intentando contener al máximo la respiración.

—Estuvo con los salvajes, la pobrecita —decía Stella en tono compasivo—. Quién sabe qué ideas paganas le han metido allí en la cabeza. ¿Oíste cómo habló de aquella gente? Como si fueran sus mejores amigos.

—Como has oído, la salvaron y cuidaron —opuso Plummer, lo que despertó en Marie una chispa de simpatía por él, pese a que hablaba de ella a sus espaldas con su tía—. Sean o no paganos, han demostrado amor al prójimo.

—Y seguramente, si no hubiesen llegado aquellos tratantes, les habría venido muy bien tu novia para refrescar su propia sangre. Esperemos que no haya tenido relaciones con los hombres de aquella tribu y que no esté embarazada. Lleva unos días retirándose constantemente a dormir. Cuando yo estaba embarazada, tenía siempre sueño.

Marie resopló indignada. ¡Cómo podía Stella imaginar algo así! Haciendo uso de todas sus fuerzas y de toda su sensatez, se obligó a permanecer en su escondite, pese a que hubiese querido echarle un buen rapapolvo a la tía de Jeremy.

—No tengo la impresión de que no sea casta —volvió a defender Plummer a Marie—. Es hija de un colega y ha recibido una buena educación. Además, seguro que estará agotada después de todo lo vivido.

—No digo que necesariamente haya sido por su propia voluntad —insistió Stella en su afirmación—. Quién sabe, quizá la hayan forzado.

Marie apretó los puños. ¡Cómo podía suponer algo semejante! Ahora también entendió por qué Stella quería tenerla constantemente a su lado. ¡Estaba solo pendiente de descubrir algún síntoma de embarazo!

Como Stella seguía con sus inculpaciones, Marie decidió salir y dar un pequeño paseo por la ciudad. «¡Si no salgo, acabaré por arrancarle la cabellera hoy mismo a esa bruja!», pensó furiosa.

La tarde ya estaba tocando a su fin. Tras cerrar cuidadosamente la puerta, Marie cerró los ojos y respiró hondo. El aire era suave y olía a rosas y a hojas caídas. El batir de cascos de caballo y el chirriar de ruedas de carros le indicaron el camino al centro de la ciudad de Selkirk, que se presentó ante ella limpia y cuidada. Jeremy tenía razón, muchos de los edificios eran de reciente construcción. No había aceras en las calles, pero sí unos largos caminos hechos de vigas levantadas que garantizaban a los transeúntes una vía seca cuando la calle se transformaba en lodazal tras un fuerte chaparrón.

Al cabo de un rato descubrió unas tiendas encantadoras, cuyos propietarios parecían ganarse bien la vida, a juzgar por el estado de los edificios. Aparte de ropa y

utensilios de cocina exponían también productos que en Alemania se podían encontrar solo en farmacias. Por los escaparates se dio cuenta de que los llamados *drugstores* se diferenciaban de tiendas comparables de su país de origen.

Unos «grandes almacenes» situados en un edificio de dos plantas con escaparates relativamente grandes completaban la oferta. Como no poseía dinero, renunció a echar un vistazo al interior. «Ya tendré tiempo de hacerlo cuando haya encontrado un empleo».

A medida que iba descubriendo cosas, se difuminaba su enfado con relación a la tía de su prometido. Fascinada, contemplaba a los transeúntes masculinos y femeninos, cuya manera de vestir se diferenciaba mucho de la de Alemania. Sobre todo llamaron su atención las anchas faldas de las señoras de buena posición. En Alemania las mujeres preferían más bien faldas estrechas, siguiendo la moda inglesa y francesa, pero aquí para ir a la última, llevaban miriñaques. Aun así, no se imaginaba a sí misma vistiendo semejante adefesio. Pero de todas formas nadie esperaría de ella, como esposa del reverendo, que se acicalara en exceso.

Tras haber dejado atrás las tiendas, apareció ante ella un edificio que la hizo detenerse llena de asombro. Sintió en su pecho un dolor agridulce al ver la bruñida campana junto a la entrada de la casa pintada de blanco. Nunca antes Marie había visto un colegio tan bonito.

La flamante escalera estaba adornada con tallas de madera. Las altas ventanas, divididas en cuatro partes, proporcionaban luz suficiente a las aulas. Seguramente en los pisos superiores se situaban los gabinetes que contenían el material de enseñanza y los despachos de los profesores. Por las primorosas cortinas de la parte posterior se dio cuenta de que ahí había además una vivienda, seguramente la del director de la escuela.

Llena de nostalgia, Marie extendió la mano hacia la lustrosa barandilla de la escalera y acarició la madera recién pintada. ¡Ojalá pudiese volver a dar clases! Aunque había trabajado un poco con los niños de los indios, echaba en falta el ruido y el dinamismo de una auténtica clase. ¡Cuántas cosas podría contar y enseñar a los niños!

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Marie se volvió sobresaltada. Estaba tan abismada en sus pensamientos que no notó que se había abierto una ventana. El hombre que se apoyaba en el marco de la ventana estaba en la mitad de la cuarentena, llevaba patillas a juego con su peinado corto de rizos rubios y sus ojos azules la miraban llenos de curiosidad.

—Perdone, por favor, yo... —De repente Marie volvió a sentirse como tiempo atrás, cuando se presentó por primera vez a la directora del instituto. Pero cuando el desconocido, que era seguramente maestro, le dirigió una sonrisa alentadora, se recompuso—. Soy nueva en la ciudad y durante mi paseo descubrí su escuela.

Sorprendido, el hombre enarcó las cejas.

—Es un poco inusual que una joven como usted se detenga en su primera vuelta a la ciudad precisamente en el colegio, ¿no le parece? La mayoría se suele interesar más por lo que se expone en los escaparates.

—Eso ya lo hice —admitió Marie—. Pero lamentablemente no tengo dinero para poder comprar nada, así pues, estoy obligada a buscar alimento espiritual.

El hombre soltó una carcajada.

—Si viene precisamente hasta aquí, será que no ha tenido malas experiencias en su colegio. Al fin y al cabo, para la edificación espiritual tenemos la iglesia, y la vieja Mrs. Mariano tiene una pequeña biblioteca en su casa en la Maple Street.

—Con mucho gusto recurriré a la biblioteca, pero lamentablemente ignoro dónde se encuentra. El colegio quedaba en mi camino, por lo que decidí echarle un vistazo.

—¿De dónde es usted, señorita, si me permite la pregunta?

—De Alemania.

De todas formas el nombre de su pueblo no le diría nada, de modo que se lo calló.

—¿Y cómo es que, siendo alemana, habla un inglés tan excelente?

Obviamente la conversación con ella parecía divertir a aquel hombre, lo que reforzó un poco la autoconfianza de Marie.

—En la travesía y durante el viaje tuve suficientes oportunidades para practicarlos. La tripulación del barco hablaba casi exclusivamente inglés.

—Todo eso me lo tiene que contar con más detalle —exclamó el hombre entusiasmado—. ¡Venga, voy a abrirle la puerta!

Con el corazón palpitante, Marie miró las cuatro partes de la ventana ahora vacía, después subió por la escalera. «Es extraño —pensó—, antes de entrar en un colegio me siento más nerviosa que en el encuentro con mi prometido».

Su nerviosismo alcanzó su punto culminante cuando se abrió la puerta y el desconocido vino hacia ella. Pasaba aproximadamente una cabeza a Marie y parecía el típico maestro. Su figura robusta irradiaba autoridad, sin parecer ruda o cruel. Su rostro franco tenía un aire lleno de una curiosidad casi infantil, pero a Marie no le costó imaginar cómo aquel rostro iría volviéndose sombrío si los alumnos se pasaban de la raya.

—Mi nombre es James Isbel, soy el director de este colegio. —Le tendió una mano ancha, con restos de tiza.

—Marie Blumfeld, soy la prometida del reverendo Plummer —contestó Marie.

Isbel pareció sorprendido.

—¿El reverendo quiere casarse?

—Por lo visto, sí. —Marie volvió a acordarse del aplazamiento—. Pero me han comunicado que la boda se aplaza a causa de la muerte de su madre.

—Sí, me acuerdo. La buena mujer llevaba un tiempo enferma. Tras el ictus no

llegó a recuperarse. Fue una gracia de Dios el que la llamara a su reino. —Isbel le dirigió una mirada escrutadora—. No malinterprete mi curiosidad, pero ¿qué impulsa a una mujer alemana a casarse con un hombre en el Canadá? ¡Y encima en esta región! Seguramente él no se habrá ganado su corazón de una manera normal, ¿verdad que no?

Para ser exactos, aún no se había ganado su corazón en absoluto. No sabía qué era lo que realmente sentía por él. Era amable, sin que despertara en ella una simpatía especial. Como sabía de muchos matrimonios que el amor se les había despertado con el tiempo, esperaba que algún día este fuese el caso también entre ella y Jeremy.

—Quería empezar una nueva vida y leí un anuncio en el que se buscaban mujeres que quisieran casarse en el Canadá. Y contesté.

—¿Hubo algún motivo especial para que lo hiciera?

Marie apretó los labios. Ni siquiera a sus compañeras de la caravana les había revelado el motivo. ¿A santo de qué iba a explicárselo a un total desconocido?

—Tras la guerra la situación en nuestro país se volvió insostenible y la pobreza aumentó enormemente —contestó, evasiva—. Ya no vi otra opción.

Por el aire pensativo con que Isbel la contemplaba, se preguntó si intuiría el auténtico motivo. No, nadie podría intuirlo.

—Si quiere casarse próximamente, habrá pensado también en tener hijos, ¿verdad?

Sorprendida, Marie enarcó las cejas.

—Para eso falta mucho.

—Nunca es demasiado pronto para echar un vistazo al lugar en el que los propios hijos van a estudiar, ¿no cree? Venga, le enseñaré las aulas.

Marie siguió, vacilante, al maestro al interior y se sintió casi como aquel día en que, por primera vez, pisó el colegio de su pequeño pueblo. Al divisar las filas de bancos de madera y la pizarra con restos de tiza, huellas de las clases celebradas ahí poco antes, volvió en el acto a apoderarse de ella la magia que otros alumnos habrían sentido más bien en forma de terror.

Por un instante creyó oír de nuevo el chirriar de los punzones sobre las pizarras y los furtivos susurros cuando había que copiar un texto. Mientras que sus colegas masculinos solían reaccionar a cualquier alteración del orden recurriendo a la vara de los castigos, ella las pasaba por alto premeditadamente e intervenía solo en contadas ocasiones.

—Es bonito ¿verdad? —Las palabras de Isbel la arrancaron de sus pensamientos—. El colegio es el orgullo de la ciudad. Y también el mío. No sé cuántos meses he pasado ayudando también a la construcción, aparte de mi trabajo.

—¿Y dónde daba clases cuando el edificio no estaba terminado aún?

Marie tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a caer en sus recuerdos.

—En una sala en el Town-Hall, aquel gran barracón de madera en que reside nuestro alcalde. —¿Había una pizca de aversión en su voz?—. Puedo asegurarle que aquello fue el mayor caos que he vivido jamás. Si los niños se sientan demasiado juntos, se producen fácilmente alteraciones del orden que cuesta evitar. Me resisto a utilizar la vara de los castigos, porque creo que a los niños no se les debe educar con violencia. Pero allí estuve casi tentado de optar por métodos radicales. Seguramente eso fue lo que me impulsó a sacrificar incluso mi tiempo libre en favor del colegio.

Marie no compartía su opinión. Su conocimiento de la naturaleza humana le decía que Isbel también habría ayudado si la solución alternativa no hubiese resultado tan catastrófica.

El maestro la llevó también a la segunda aula en que se daban clases a los alumnos mayores. Aún quedaban en la mesa algunos objetos de la clase de ciencias naturales. A Marie le resultaban desconocidas las serpientes y los lagartos que se encontraban en los vasos llenos de alcohol, con la excepción de un pequeño tipo de lagarto que Onawah le había mostrado. El animalito, que traducido al Cree llamaban «cazador de moscas», había perdido algo el color y despertaba compasión.

—Bien, sería una gran alegría para mí poder dar clases aquí algún día a sus hijos, señorita Blumfeld —dijo Isbel al final de la corta visita guiada.

—Oh sí, naturalmente. —Marie se resistió a marcharse ya. Le hubiese encantado ver qué tesoros albergaban los gabinetes, pero seguramente el maestro quería dar por concluida de una vez su jornada laboral—. Entonces no le entretendré más. Muchas gracias por haberme dejado entrar.

—Ha sido un enorme placer para mí, señorita Blumfeld. Si vuelve a sentir la necesidad de buscar alimento espiritual, no dude en volver. Y si lo desea, también puedo prestarle libros, novelas no, pero sí muy buenos libros técnicos y de viajes.

—Gracias, es usted muy amable —replicó Marie, a quien le habría gustado decirle que, de poder elegir, prefería los libros técnicos a la mayoría de las novelas—. Seguro que aprovecharé su oferta.

Isbel sonrió durante todo el camino hasta la puerta y se despidió con un fuerte apretón de manos.

En todo el camino de regreso Marie se sintió extrañamente animada, como si acabase de encontrar al amor de su vida. No fue por James Isbel; no se le había escapado que lucía una alianza en su dedo. ¡No, fue por el colegio! Seguro que volvería en cuanto se hubiese aclimatado un poco.

El repicar de las campanas la devolvió a la realidad. ¡Las siete! ¿Había permanecido realmente tanto tiempo en el colegio? No tuvo esta sensación.

Ya al cruzar el umbral de la casa de Stella, Marie no intuía nada bueno. El aroma de la cena flotaba en el aire, y seguramente ya se habrían dado cuenta de su ausencia. De puntillas, se encaminó hacia la puerta.

—¡Ya era hora! —Rose apareció a toda prisa, como llevada por el diablo—. Te estuvimos buscando por todas partes.

—Solo he dado un pequeño paseo.

Marie se ruborizó.

—¡Dios santo! ¿Pero adónde fuiste?

Ahora también Stella se unió a ellas.

—Envié a mi sobrino a buscarte. ¡La próxima vez deberías avisar si vas a salir!

«¿Acaso soy una niña pequeña?», estuvo a punto de soltar Marie, pero, como no quería pelearse, reprimió este comentario.

—Perdona, calculé mal el tiempo. Se me pasó volando viendo lo que hay en los escaparates.

Ahora el semblante de Stella se distendió un poco.

—Bueno, es algo que puede ocurrir. Selkirk es relativamente grande y resulta fácil perderse por las calles. Creo que Jeremy volverá muy pronto. Entonces podremos cenar.

Durante la cena no consiguió quitarse de la cabeza su encuentro con el edificio escolar y con Mr. Isbel. Creía notar aún el olor a tiza y a la madera de los bancos. Su amable invitación a volver cuando quisiera aceleró el pulso de Marie. Realmente, la próxima vez debería pedirle prestado uno de sus libros. «Así pensará que soy una pesada», pensó.

Contestó amablemente a las preguntas de Jeremy por cómo había pasado el día. Frente a Stella, en cambio, se mantuvo en un silencio gélido. Claro que no podría evitarla ni cambiar tampoco su opinión, pero esta noche no le dirigió ni una sola palabra y, tras un breve saludo de buenas noches, se acostó.

Aunque en realidad ninguno de los dos tenía ya edad para estas cosas, Peter y yo seguíamos encontrándonos bajo el saúco, pese a que apenas cabíamos ya en aquella glorieta construida por la naturaleza. Seguía gustándome que me contara cuentos, pero ahora ya sabía que no se necesitaba a ningún lobo para devorar a una virgen.

Después llegó la época en que empezamos a cambiar. La voz de Peter se veía sometida a extrañas oscilaciones, y poco a poco me empezó a crecer el pecho.

La única explicación que nos dio Marianne consistió en:

—Eso es lo que pasa cuando uno se hace adulto.

Cuando sangré por primera vez, me acurruqué asustada en un rincón y no me atreví a acercarme a padre o a Marianne. Pensé que tenía una grave enfermedad y, como estaba convencida de que a mi padre le era completamente indiferente, consideré inútil contarle lo que me había sucedido.

Cuando mi hermano me encontró bañada en lágrimas, pensó en un primer momento que padre me había dado una paliza.

—¿Qué te ocurre, Mariechen? —preguntó con una voz que a veces era la de un hombre y a veces la de un muchacho, con lo que sonaba un poco inquietante—. ¿Te ha dado con la vara?

Negué con la cabeza. ¿Cómo iba a decirle lo que me sucedía?

—A la hermana mayor de Jakob eso le pasó ya hace un año —intentó tranquilizarme cuando me atreví a explicárselo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, enjugándome las lágrimas. La proximidad de mi hermano tenía un efecto inmensamente consolador. Incluso si hubiese estado enferma, su presencia habría mitigado mi susto.

—Lo contó después de haber escuchado una conversación entre la madre de Susanne y su criada. Las dos estuvieron comentando incluso con quién debería casarse Susanne algún día. ¡Y eso que solo tenía entonces trece años!

Y yo tenía doce. ¿Significaba eso que mi padre, si se enteraba de mi menstruación, iba a forjar también planes de boda para mí?

Volví a acordarme de la desagradable conversación entre el señor Hansen y mi padre. A él le bastaba con que me casara y tuviera hijos. A pesar de ello, el maestro de la escuela continuó alimentando mi entusiasmo por el instituto superior y promocionándose.

Pero ahora que sangraba y en consecuencia estaba preparada para el matrimonio, ¿qué sería del instituto?

—Lo que tienes, Mariechen, es absolutamente normal, ahora te convertirás en una verdadera mujer.

¿Pero quería yo serlo realmente? Incluso al cabo de los años no lograba borrar de mi memoria lo que padre había hecho con Luise en su dormitorio. Y a lo que aquello había llevado.

Me apoyé contra mi hermano, y ambos permanecimos contemplando cómo se oscurecía el cielo ante la ventana de nuestro cuarto. Pese a que todo era como siempre, sentí que ahora cambiarían muchas cosas.

Capítulo 20

LA tarde siguiente, Marie se sintió impulsada a volver al colegio. Esta vez se despidió de Stella pretextando que iba a ver si encontraba algunas cosas para su ajuar y una modista, a lo que la tía de Jeremy asintió, indiferente, con un movimiento de la cabeza. Por algún motivo, de repente Stella había dejado de estar tan empeñada en pasar el día con ella.

«¡Está bien! —se decía Marie a sí misma, mientras se abría paso en medio de la multitud de transeúntes—. Ya verá que no estoy embarazada y tendrá que aprender a confiar en mí. Qué mejor manera para demostrárselo que siendo independiente».

La calle mayor estaba repleta de gente como si fuese el día del mercado semanal. En el momento en que el colegio apareció ante ella, se abrió la puerta de entrada y algunos niños salieron a toda prisa con gran alboroto. Un grupo de chicos estuvo a punto de atropellarla, pero Marie lo tomó con una risa benévola.

¡Sí, eso era lo que había echado de menos! Estar rodeada de alegría infantil, al menos durante los recreos. Cuando cesó la oleada de niños saliendo por la puerta, Marie subió por la escalera y penetró en los frescos recintos, por los que se extendía ahora un suave olor a comida.

En una de las aulas oyó cómo alguien arrastraba una silla. Tras una breve vacilación, Marie se dirigió a la puerta.

James Isbel estaba limpiando la pizarra en la que había anotado fórmulas de álgebra. Contenta de que no hubiese advertido inmediatamente su presencia, ella observó a aquel hombre que llevaba hoy un chaleco floreado sobre la camisa de un blanco impoluto y pantalones negros. Al mismo tiempo se preguntaba si él era el único que daba clases aquí. Pero solo en su fuero interno pensó en la posibilidad de poder conseguir un empleo en este colegio, pues su sentido común le decía que con toda seguridad Isbel no habría estado esperando una maestra procedente de Alemania.

—¡Buenos días, Mr. Isbel! —dijo finalmente para que él notara su presencia.

El maestro se volvió sorprendido.

—¡Ah, buenos días, señorita Blumfeld! —Con un trapo se limpió los dedos de la tiza—. No pensaba que la volvería a ver tan pronto.

—Fue superior a mí. Al fin y al cabo...

Marie no prosiguió, pues dudaba si debía contárselo o no.

—¿El qué? —insistió Isbel sonriendo.

—La escuela es algo así como mi segunda casa.

—Es muy raro que un alumno piense así. Al cabo de un tiempo, la mayoría ya no se siente atraída por su colegio y aún menos por otros colegios, a no ser que quieran

inscribir en él a un hijo.

—No soy solo una antigua alumna —replicó Marie, y tuvo que armarse de todo su valor antes de añadir—: En Alemania trabajé de maestra.

Isbel enarcó, sorprendido, las cejas.

—¿De verdad? Me lo creerá o no, pero ya imaginé algo parecido. Al fin y al cabo usted habla casi a la perfección un idioma extranjero y parece tener la cabeza muy bien amueblada.

Marie se ruborizó.

—Gracias, es usted muy amable.

—¡Es la pura verdad, querida! —Isbel dio unos cuantos pasos en dirección a ella y después se apoyó contra uno de los bancos—. Dígame, ¿quiere usted ejercer su profesión aquí en Selkirk?

—Me encantaría —prorrumpió Marie—. Pero imagino que será difícil encontrar un empleo. Seguro que usted tendrá bastantes profesores.

En vez de contestar, Isbel preguntó:

—¿Ha dado clases últimamente? ¿Tal vez en el barco?

«¿Por qué lo preguntará?», sonó una diminuta voz en la parte posterior de su cabeza, una voz que Marie ahuyentó inmediatamente. Fue tan grande la excitación que se apoderó de repente de ella, pues no imaginaba que surgiese tan pronto una oportunidad para hablar de la situación en el campamento de los indios.

—Efectivamente estuve dando clases —contestó, esforzándose por no hacerse un lío y pasar a hablar en alemán—. Durante el viaje nuestra caravana fue asaltada, yo caí del carro y fui recogida por indios Cree. Pasé allí unos dos meses y al cabo de un tiempo empecé a enseñar inglés a los niños. Y algunas cosas más. Imagínese, los indios no tienen escuela. Todo lo que saben, lo aprenden de la gente de su tribu, pero desgraciadamente solo muy pocos de ellos tienen conocimientos de idiomas.

La expresión de Isbel se ensombreció un poco. ¿No le parecía bien que ella hubiese enseñado algo a los indios? Marie no le tenía por alguien como Stella y su hija, en quienes cada palabra que trataba de los indios hacía asomar un aire hostil.

Enmudeció en el acto. Isbel la examinó tan insistentemente que Marie hubiese querido dar la vuelta y salir del aula corriendo. Ocultando su decepción, permaneció ante él, muy rígida, y carraspeó.

—Es muy interesante —comenzó al fin Isbel tras haberla escrutado un rato más—. Jamás he conocido a nadie que hubiese estado con los Cree. Claro que los comerciantes mantienen contacto con ellos, pero aquí en el colegio apenas tengo trato con negociantes. Dígame, ¿cómo son estos indios?

Marie levantó la mirada, sorprendida. ¿Así que la causa de su silencio y de la sombra en su mirada no era hostilidad frente a los indios?

—Pero será una historia bastante larga.

Isbel levantó sus anchas manos en cuyas líneas quedaba todavía polvo de tiza.

—Entonces, tome asiento. Por hoy las clases han terminado y los trabajos que aún me quedan por hacer pueden esperar.

Marie e Isbel se sentaron en bancos opuestos y ella comenzó su relato. El maestro siguió sus explicaciones sobre las costumbres, los remedios, las recetas de cocina y los usos cinegéticos con tanto interés que todas sus dudas de que pudiese tener algo contra los Cree quedaron disipadas.

—Seguro que suena a cuento, ¿verdad? —terminó Marie, dirigiendo una tímida sonrisa a Isbel.

—A cuento, no, más bien a un interesante relato de viaje. Tal vez debiera escribir uno.

—No creo tener talento para eso —declinó Marie—. Lo único que pasa es que tengo buena memoria y que sé reproducir lo vivido, si se me pregunta por ello.

Isbel le dirigió una mirada pensativa. Cuando su atención empezó a causar cierta incomodidad en Marie, él dijo de repente:

—Oiga, en cuanto a su suposición de que aquí tenemos profesores suficientes, está completamente equivocada. En estos momentos soy el único. Lamentablemente se marchó un colega que estuvo trabajando aquí hasta hace tres meses. Los maestros son extremadamente escasos en esta zona.

El corazón de Marie dejó de latir por un instante. ¿Qué quería decir con eso? No se atrevió a pensar más allá.

—¿Y no puede formar a nadie? En la calle he visto a muchas mujeres.

—Es posible que en la calle vea a algunas mujeres, pero la mayoría están casadas y no sirven para dar clases. Me gustaría ofrecer para las adolescentes clases de labores y de otras cosas que podrían aprender, pero lamentablemente yo no tengo ni idea de eso. Lo mismo me ocurre con la geografía, por no hablar de idiomas extranjeros. Mi francés es bastante bueno, pero en esta región la mayoría de la gente es de origen inglés y no tiene interés por el francés. Pero me han dicho que en América y también cerca de aquí hay algunos emigrantes alemanes.

Isbel hizo una pausa para darle ocasión a digerir lo que había dicho.

—¿Cuáles son las asignaturas que se le dan mejor? —preguntó a continuación—. ¿Cuál es su especialidad?

—Geografía y ciencias naturales.

Un presentimiento se apoderó de Marie. ¡No, no podía ser!

—Y naturalmente el alemán.

Isbel dio unas palmadas.

—¡Magnífico! ¿Le apetecería dar clases en mi colegio?

Marie se quedó boquiabierta. «¡No lo dirá en serio!».

—Yo... pero...

—Usted quiere volver a dar clases, ¿no? Su formación habría sido en vano si usted dejara de hacerlo. Además veo en sus ojos aquella llama que arde en todo profesor apasionado.

Marie luchaba consigo misma. Aunque en su fuero interno soñaba con una oferta como esta, dudaba en aceptarla. ¿Sabría cumplir con las exigencias de este colegio? Al fin y al cabo estaba en un país extraño cuyas costumbres aún desconocía.

—¡Sí! —le salió de dentro con una vehemencia que la sorprendió a ella misma—. Sí, con mucho gusto daré clases. Pero seguro que usted entenderá que tengo que preguntárselo a mi prometido.

La sonrisa de Isbel se desvaneció.

—Naturalmente.

—Haré lo posible por convencerle —dijo Marie con determinación—. Al fin y al cabo no quiero echar a perder mi formación. ¿Verdad que usted también está casado?

Isbel seguía teniendo un aire un poco desalentado.

—Sí, lo estoy, y soy feliz en mi matrimonio. Pero al ser hombre, no necesito que nadie me dé su conformidad.

—La conseguiré —prometió Marie—. De alguna manera la conseguiré.

—Lo espero de verdad —replicó Isbel. Después puso cuidadosamente sus manos en los hombros de Marie—. Pero hágalo con calma. Dele tiempo a su prometido. No sirve de nada forzar la situación.

—En el camino de vuelta pensaré cuál es la mejor táctica. Si encuentro la manera, aceptaré su oferta.

—Le guardaré el puesto durante una semana, señorita Blumfeld, incluso si entretanto lo solicitase otra persona. Pero no creo que eso ocurra, hace ya tres meses que nadie lo ha solicitado. A usted la ha enviado el cielo y rezaré para que pueda ser nuestra salvación.

En el camino de regreso, Marie chocó, sin querer, con varias personas, porque apenas prestó atención a la calle. Murmurando una disculpa, de vez en cuando incluso en alemán, siguió caminando y a punto estuvo de tropezar con la valla de una casa.

«¿Cómo debo decírselo?», se preguntaba cada vez más desesperada a medida que se iba acercando a la casa de Stella. Preveía lo que diría Jeremy, y, si no él, entonces seguro que su tía. Sin duda le echarían en cara que no estaba bien visto que una mujer aceptase un empleo.

Durante la cena reinaba el silencio en la mesa. Mientras que Stella y Rose parecían empeñadas en no quitarle el ojo de encima a Marie, Jeremy daba la sensación de estar algo ausente. Marie, en cambio, ignoraba las miradas de las mujeres y el ensimismamiento de su prometido, y daba vueltas a la oferta de Isbel.

¡Qué maravilloso sería volver a enseñar! Así no estaría constantemente expuesta a las miradas de Jeremy y tampoco volvería a convertirse por casualidad en testigo de cualquier especulación referente a su persona. Con toda seguridad eso resultaría beneficioso para la relación con su nueva familia. ¿Pero cómo debía hacérselo saber a Jeremy y a sus anfitrionas?

Aunque el solomillo tenía muy buen aspecto y olía deliciosamente, ella comía sin apetito hasta que, finalmente, se armó de valor.

—Me gustaría volver a ejercer mi antigua profesión —empezó Marie vacilante.

De repente se oyó un sonoro tintineo. A Stella se le había caído el tenedor mientras mantenía la mirada clavada en ella, como si Marie hubiese anunciado que estaba embarazada de un indio.

También Jeremy parecía de todo menos entusiasmado, pero ella tampoco había esperado otra cosa.

—Querida, ¿y cuál es la profesión que piensas ejercer? —preguntó Stella que, por lo visto, no sabía nada del trabajo al que Marie se había dedicado anteriormente.

—En Alemania era maestra hasta que decidí emigrar. —Su corazón latía con fuerza, pero tampoco las náuseas que se apoderaron de ella le impidieron seguir hablando—. Me encontré hoy por casualidad con Mr. Isbel del colegio local, y cuando me presenté como la prometida del reverendo de la ciudad, empezamos a hablar.

No hacía falta que Jeremy supiera que las cosas no se habían desarrollado exactamente de este modo.

—Se lamentó de la pérdida de su colega, y por eso le ofrecí mi ayuda, tal como creo que debe comportarse una buena cristiana. Entonces me ofreció un empleo.

—Eres mi prometida —tomó serenamente la palabra Jeremy—. No tienes necesidad de ir a trabajar.

Algo se contrajo en el pecho de Marie. ¿Así que pretenden condenarme a que me pase el tiempo hasta la boda encerrada en esta casa bajo la vigilancia de Stella? Pero inmediatamente la razón se impuso a la rabia furiosa que llenó momentáneamente su corazón. «¡Ya no eres una niña pequeña que patalea furiosa cuando le niegan un deseo!», se llamó al orden a sí misma.

—¡No está bien que una mujer trabaje! —secundó Stella a su sobrino.

—¿Por qué no está bien? —preguntó Marie controlando su indignación—. En Alemania hay muchas mujeres que trabajan, y aquí también he visto mujeres que lo hacen. En el servicio doméstico o en tiendas.

—Pero no creo que eso sea una ocupación adecuada para la mujer de un reverendo —objetó Stella, antes de que Jeremy pudiese abrir la boca.

—Pero la de maestra sí que debería ser una profesión aceptable, ¿o no? —Marie miró a Jeremy—. Al fin y al cabo su sobrino me eligió como novia sabiendo de mi

profesión.

Stella volvió la cabeza hacia él como queriendo preguntar si era cierto.

—Pero no hay maestras casadas —intervino Rose en tono petulante.

Marie respiró profundamente. Después, con toda la calma que sus dedos le permitieron, puso los cubiertos junto al plato.

—Hasta mi boda pasarán aún unos cuantos meses, lo que significa que durante este tiempo dependeré económicamente de vosotros sin poder ser útil. Mi educación y mi dignidad me lo prohíben, aunque os estoy muy agradecida por todo lo que hacéis por mí por iniciativa propia. —Marie echó un breve vistazo a su alrededor. Stella la miraba con la boca abierta, las mejillas de Rose ardían. El semblante de Jeremy denotaba aún impasibilidad. «Quién sabe si seguirá así si continúo», pensó Marie y siguió hablando—: Por otra parte, supongo que también aquí debe de ser costumbre aportar un ajuar al matrimonio. Aunque en el acuerdo no se mencionó nada en este sentido, me gustaría hacerlo. He visto algunas piezas preciosas de ropa blanca que me gustaría adquirir, pero para eso necesito dinero. Un dinero que proceda de mi bolsillo. Como no tengo padres que puedan financiarlo, tengo que ganar yo misma este dinero.

Se sentía ya casi como una profesora que tenía que explicar a los niños cómo funciona el mundo.

—Mr. Isbel me pagará diez dólares a la semana y comeré con él y su mujer. Tendría ocasión de conocer a los padres de los niños que seguramente intervienen de forma activa en la parroquia. De este modo nos ahorraremos las rígidas formalidades, y la gente sabrá enseguida quién soy.

—Aun así, la esposa de un reverendo debería ocuparse más bien de su parroquia que de los niños.

—¡Pero una cosa no excluye la otra! —Las mejillas de Marie ardían. «¡No, no necesito vuestro permiso para trabajar!», se le pasó por la cabeza con terquedad. «Mientras no lleve ninguna alianza en mi dedo y no tenga tutor, puedo hacer lo que yo quiera»—. Seguro que la experiencia que voy a adquirir me será útil para cuando dirija las clases de catequesis. Supongo que esto existirá también aquí, ¿o no?

Jeremy asintió abatido con la cabeza.

—Además podré renunciar a este empleo tan pronto estemos casados. Es, como ya dije, para el periodo intermedio para conocer a la gente de aquí y poder reunir yo misma la base de mi ajuar.

Cuando terminó, a Marie le faltó el aire y se dio cuenta de que había pronunciado las últimas palabras de un tirón.

Un silencio desagradable se extendió por el comedor. Jeremy jugueteaba inquieto con su servilleta. Su mirada se dirigía una y otra vez a Stella, como si esperase que ella le dijera lo que había que hacer.

—Bien, pues —dijo al fin, depositando nuevamente la servilleta en la mesa—. Hasta nuestra boda estoy de acuerdo con que aceptes el empleo. No estará mal que la gente te vaya conociendo; además, seguro que Mr. Isbel estará muy agradecido por la ayuda.

Una sonrisa pasó por el rostro de Marie mientras iba relajándose. ¡Había superado este obstáculo! Lo que pasaría después, ya se vería en su momento.

—¡Te lo agradezco, Jeremy! —dijo en tono reservado, pues notaba que a Plummer no le gustaban los abrazos impulsivos.

Su prometido contestó a sus palabras con una leve inclinación de la cabeza, después volvió a centrar su atención en la comida. Marie comprobó, divertida, que Stella y Rose seguían clavando la mirada en ella como si hubiese caído un rayo. Pero como no hubo más protestas por parte de ellas, Marie se metió otro trozo de solomillo en la boca y lo masticó con ganas.

Capítulo 21

DURANTE la noche Marie no logró conciliar el sueño. Inquieta, daba vueltas sobre la cama chirriante y escuchaba los ladridos de los perros.

A lo largo de la velada no se volvió a hablar de su empleo. Stella y Rose estuvieron conversando con ella como si nada hubiese pasado. Jeremy se despidió temprano dándole un beso en la mejilla a Marie. Pretextando dolores de cabeza, ella también se retiró pronto a su habitación. Cuando se dejó caer sobre la cama metálica, Marie levantó alegremente los brazos y después clavó la mirada en el techo estucado.

«¡Lo he conseguido! ¡Puedo volver a dar clases!».

Después de imaginar la reacción de Isbel ante esta noticia, volvió a levantarse y sacó su diario de la bolsa. ¿Era esta una buena noche para los recuerdos?

En el primer momento Marie pensó en volver a guardar el cuadernillo, pero después se preguntó de qué otro modo podría pasar las horas hasta la mañana. Hubiese querido ir a ver inmediatamente a Isbel, pero, aparte de que con toda seguridad no desearía ser molestado, ella tampoco quería despertar una impresión errónea en su mujer.

Como el sueño siguió negándose a acudir, Marie se levantó antes del alba y se dirigió al cuarto de baño. Tras lavarse rápidamente, fue a la cocina en busca de un vaso de leche. De todas formas no le apetecía un desayuno copioso. Todo lo que quería era correr a la escuela e informar a James Isbel. Cuando, horas antes, se cansó de anotar sus recuerdos, se puso a remendar su vestido y a cepillarlo. Seguro que causaría mejor impresión con uno de los bonitos vestidos de los almacenes, pero no podría comprárselo hasta que cobrase su primer sueldo.

Solo por un instante pensó en pedir prestado un vestido a Stella o Rose, pero inmediatamente desechó la idea. Seguramente accederían a su petición, pero en vista de su reacción ante el anuncio de Marie de querer trabajar, prefirió renunciar. «Cuando esté cubierta de polvo de tiza, ya no se notarán los remiendos de mi falda», pensó.

Tras su desayuno frugal, dejó una nota para Stella en la mesa de la cocina y se puso en marcha.

A estas horas en la ciudad reinaba todavía una gran calma. Al ver el sol, que se estaba levantando de su lecho brumoso de color rosa grisáceo, volvió a acordarse de Onawah. ¿Qué diría ella si supiera que se estaba cumpliendo el mayor deseo de Marie? Al mismo tiempo volvió a pensar en su promesa de llevar la escuela a los Cree para que pudiesen comunicarse mejor con los blancos. Eso resultaría aún más difícil que lo del empleo aquí. Mientras iba pensando, Marie se dio cuenta de que hacía tiempo que no soñaba con el lobo blanco. ¿Significaba eso que por el momento

no la amenazaba ningún peligro?

Cuando llegó al edificio del colegio, todo estaba aún en calma, pero la ventana de un aula estaba abierta. Por lo visto, Isbel ya se encontraba ahí.

Marie respiró hondo para dominar su nerviosismo y, agarrándose la falda, subió por la escalera. Su temor a que la clase pudiese estar cerrada, se disipó al notar que el pomo de la puerta cedía sin resistencia.

Envuelta en olor a cera, avanzó por los tablones de madera que crujían bajo sus pasos, mientras desde lejos le llegaba el tic-tac de un reloj, sonidos todos ellos que en su primera visita no había registrado, pero en el silencio matutino resultaban claramente perceptibles, aunque no eran capaces de acallar los latidos de su corazón.

—¿Mr. Isbel? —exclamó al fin.

—¡Señorita Blumfeld! —La cabeza de Isbel asomó por la puerta. Tenía la mejilla manchada y, cuando salió del recinto, Marie vio que llevaba un mandil pardo sobre su ropa y que en la mano sostenía un recogedor del que se desprendió rápidamente—. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, limpiándose un poco cohibido las manos en el delantal antes de tenderle la derecha.

Todo el cuerpo de Marie temblaba cuando contestó:

—Quería darle mi respuesta a su ofrecimiento.

James Isbel se puso tenso. Seguramente interpretó erróneamente la extrema palidez de Marie, por lo que ella se apresuró a decir:

—Aceptaré el empleo que me ha ofrecido.

—¿En serio?

Cuando Marie asintió, tenía la sensación de que una pesada carga se desprendía de sus hombros.

—Sí, he hablado con mi prometido y no tiene nada que objetar.

No dijo que habían acordado que dejaría el empleo después de la boda.

—¡Es fantástico! —Isbel hizo un gesto algo torpe, después puso brevemente las manos en los hombros de ella—. ¡Bienvenida a mi colegio, apreciada colega!

Marie se sintió con ganas de lanzar un grito de alegría.

—Pero no puede presentarse ante mis alumnos con este atuendo.

Isbel señaló el vestido de Marie, lo que la hizo sonrojarse avergonzada.

—Lo lamento, pero no tengo otro. Durante el asalto perdí mi bolsa y dejé el traje de india en el campamento.

—Tampoco habría sido muy adecuado para dar clases —dijo Isbel riendo. Después se quitó el delantal—. Creo que podremos encontrar una solución. Venga conmigo.

Mientras la guiaba por el pasillo y pasaron ante otra clase, Marie se preguntó en qué estaría pensando. ¿Acaso tendrían aquí algo parecido a un uniforme para las maestras?

Esta cuestión dejó de tener interés cuando vio los bancos del aula que daba a la calle, unos bancos iluminados por la luz matinal. Dentro de unas horas se encontraría ante los niños y volvería al fin a dedicarse a su ocupación preferida.

—¡Venga, señorita Blumfeld! ¡No sea tímida!

Solo ahora Marie se dio cuenta de que se había quedado un poco atrás. Isbel se encontraba ya junto a la escalera.

—¿Cuántos alumnos hay en total en este colegio? —preguntó mientras bajaban por la docena de escalones que crujían bajo sus pies.

—Veintisiete niños de todas las edades. Quince tienen entre seis y diez años, doce entre trece y dieciséis. Los he repartido en dos aulas para que no se distraigan demasiado con la materia de estudio de los mayores o de los más jóvenes.

—¿Entonces usted va y viene de un aula a otra?

Isbel se echó a reír.

—Resulta un poco cómico imaginárselo, ¿verdad? A mí también me divierte, aunque en la otra clase suelen recibirme tirándome bolitas de papel. Pero ahora la tengo a usted para impedir que los muchachos me disparen.

El hecho de que los niños canadienses parecían no ser muy diferentes de los alemanes, hizo sonreír a Marie. Una vez arriba, se dirigieron a una puerta abierta tras la cual se oía el tintineo de platos.

—¡Allison, tesoro, tengo buenas noticias!

La mujer que apareció atendiendo su llamada llevaba un delantal a cuadros sobre la ancha falda gris que combinaba perfectamente con su blanca blusa de gobernanta. Llevaba el cabello oscuro trenzado y recogido en un moño. Al ver a Marie, sus ojos azules se iluminaron.

—Usted debe de ser la joven profesora de la que James me habló ayer con gran entusiasmo.

Marie se sonrojó ante el elogio. Después le tendió la mano a la mujer.

—Me llamo Marie Blumfeld.

—James me tradujo el significado de su apellido. Eso de «campo de flores» suena muy bonito. Yo soy Allison Isbel.

—Me alegra conocerla.

A Marie le llamó la atención el hecho de que no se hiciera presentar por su marido. Y también notó la mirada enamorada que James Isbel dirigió a su mujer. ¿Cuánto tiempo llevarían casados?

—Cuando regrese nuestro hijo se lo presentaré —dijo Allison entusiasmada—. Está estudiando muy lejos de aquí, en el oeste, en la universidad de Toronto. Desgraciadamente viene solo en vacaciones, pero seguro que usted se quedará bastante tiempo, ¿verdad?

—Claro que sí, Mrs. Isbel.

—Llámeme Allison. Siendo una colega de mi marido puede hacerlo.

Con su manera alegre y llena de autenticidad la esposa del maestro se ganó inmediatamente la simpatía de Marie.

—De acuerdo, pues, Allison, pero insisto en que usted me llame Marie.

—No me resultará difícil. —Allison Isbel dirigió una mirada radiante, primero a Marie y después a su marido—. Creo que a nuestro hijo, Marie la caerá muy bien.

—¿No estarás pensando en hacer de alcahueta? —contestó James. Después puso su brazo alrededor de ella y la besó en la sien—. Y si así fuese tengo que decepcionarte, pues la señorita Blumfeld ya está prometida con el reverendo Plummer.

—¡Oh! —De repente Allison parecía algo desconcertada. ¿Acaso pensaba ella que no sería capaz o que no quería encontrar esposa?, se preguntó Marie sorprendida—. ¿Y su prometido no tiene inconveniente en que usted trabaje en el colegio?

Marie negó con la cabeza.

—No, pues la boda ha sido aplazada por la muerte de su madre. Le parece correcto que yo me busque una ocupación.

Allison miró a James.

—Así puede uno equivocarse con las personas.

Antes de que Marie pudiera extrañarse ante este comentario, Isbel se apresuró a decir:

—Lamentablemente la señorita Blumfeld perdió todo lo que poseía en el asalto a la caravana, pero quiero que tenga un aspecto decente cuando se presente ante la clase para que las madres no tengan motivo de queja. Como veo que las dos tenéis aproximadamente la misma talla, quería pedirte que le prestes uno de tus vestidos.

La cordial sonrisa de Allison mitigó un poco el ardor que Marie sentía en las mejillas.

—Claro que sí. Incluso creo tener exactamente el vestido que necesita. Venga conmigo.

Marie siguió a la esposa del maestro a través del piso pequeño, pero amueblado con gusto. A Marie la impresionó especialmente un gran estante de libros que se alzaba tras un sólido escritorio de color oscuro. Una espesa y mullida alfombra amortiguó sus pasos hasta el dormitorio conjunto de Mr. y Mrs. Isbel. Sin necesidad de ponerse a buscar, Allison sacó del armario un vestido azul de tirantes y una blusa blanca. Ambas prendas parecían nuevas y apenas estrenadas.

—Creo que le quedará estupendamente. Me lo hice por un capricho, pero luego me di cuenta de que me hace parecer tremendamente pálida. Pero a usted con su piel delicada y su cabello rubio seguro que le sentará de maravilla.

Cuando Allison extendió el vestido sobre la colcha, Marie no pudo evitar acariciarlo, fascinada. La tela ligeramente brillante se deslizaba con agradable

suavidad bajo las yemas de sus dedos.

—¿Qué le parece? —preguntó Allison que seguía observándola con una sonrisa.

—¡Es precioso! Casi demasiado elegante para una maestra.

—¡Tonterías! Yo soy la esposa de un maestro, y si no es demasiado elegante para mí, tampoco lo es para usted. El único motivo por el que no lo llevo es que no me favorece. Si quiere se lo regalo.

Marie se quedó sin respiración.

—No puedo aceptarlo, seguro que fue muy caro.

—La modista es una buena amiga mía, y el precio que pidió no nos ha dejado en la miseria. Considérelo un regalo de bienvenida. No imagina lo contenta que estoy de que, al fin, James tenga un poco de ayuda. Le entusiasma su profesión, pero a veces me gustaría tenerlo un poco más para mí.

—Lo entiendo. Y haré lo posible para que su marido pueda dedicarle más tiempo.

—La voz de Marie temblaba de emoción.

—Se lo agradezco, querida. —Suavemente Allison puso la mano en el brazo de Marie—. Ahora la dejo sola para que pueda probárselo. Si no me equivoco, los niños llegarán dentro de una hora. Para entonces ya debería haber desayunado, pues el trabajo requiere mucha fuerza.

Dicho esto, salió a toda prisa de la habitación, cerrando tras sí la puerta.

Solo ahora Marie pudo echar un vistazo a su alrededor. El armario y la cama eran de madera sólida, de las paredes colgaban bordados enmarcados, unas labores de filigrana que seguramente serían obra de la misma Mrs. Isbel. También la colcha que cubría la cama estaba repleta de rosas bordadas.

Marie se desvistió rápidamente. Le daba un poco de vergüenza llevar debajo del nuevo vestido su desgastada ropa interior, pero eso cambiaría tan pronto cobrara su primer sueldo.

Mr. Isbel acertó en cuanto a sus medidas, pues el vestido le iba como hecho a medida pese al mal estado de su corsé, que se debía seguramente también a que durante el viaje y su estancia con los Cree había perdido algo de peso.

Cuando Marie se miró en el espejo, se quedó sin respiración. Desde el marco dorado la miraba una mujer completamente distinta. Solo el peinado recordaba a la antigua Marie Blumfeld. Incluso su cara parecía cambiada junto al blanco cremoso de la blusa, mucho más armonioso y bonito. ¿O acaso solo había olvidado su aspecto anterior?

—¿Va todo bien o necesita ayuda?

Marie se encogió y alisó rápidamente la falda con la mano.

—¡Todo va perfectamente. Iré enseguida!

A toda prisa recogió el viejo vestido del suelo, después fue a la puerta corriendo. Allison, que se encontraba ante ella, la miró primero sorprendida, después esbozó una

sonrisa.

—He de admitir que he acertado. El vestido le queda todavía mejor de lo que esperaba. Mira, James, ¿qué te parece?

Cuando Isbel apareció en la puerta, puso cara de asombro.

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó Allison mirándole llena de expectación.

—Creo que hoy voy a tener que vigilar mucho el comportamiento de los chicos mayores para que no hagan tonterías.

Allison miró con una sonrisa a Marie, que retorció nerviosa sus manos.

—Creo más bien que tendrás que proteger a la señorita Blumfeld de los padres. Se sentirán muy complacidos de que una dama tan guapa dé clases a sus hijos. Pero ahora deberíamos desayunar, pues dentro de media hora llegarán los primeros niños.

Media hora después Marie se encontraba tras su pupitre aferrando sus manos heladas a un libro de ciencias naturales que le había dado Isbel.

Su estómago se rebelaba. Hubiera querido prepararse, pero durante el desayuno Mr. Isbel dijo que por hoy sería suficiente que hablara un poco de sí misma y de su travesía hasta aquí.

Aunque no tenía problemas para hablar en inglés, se sintió de repente como si le faltaran todos los vocablos. Ni siquiera frente a los Cree se había puesto tan nerviosa. Cuando se oían las primeras voces de niños, su corazón empezó a latir con fuerza. Volvió a acordarse del día en que se puso por primera vez ante los alumnos en una clase. En aquella ocasión pensó que iba a desmayarse en plena lección.

Marie ignoraba si Isbel estaba advirtiéndole a los niños junto a la puerta. En cualquier caso enmudecieron inmediatamente al entrar en el aula y la miraron con curiosidad.

Marie respiró hondo, sonrió y luego dijo en su mejor inglés:

—Buenos días, niños, soy la señorita Blumfeld, vuestra nueva maestra.

Capítulo 22

—**N**O estuvo nada mal, ¿verdad?

Isbel se apoyaba en el marco de la puerta, sonriendo.

Marie respiró aliviada.

—No, ha ido incluso mejor de lo que esperaba. Pensé que me faltarían las palabras. —Pero, en contra de lo esperado, no sucedió. Tuvo incluso la impresión de que los niños escuchaban su relato con interés. Les habló de su travesía, de la vida a bordo, de la caravana y de las incomodidades a las que se tienen que exponer los emigrantes para empezar una nueva vida. Para su sorpresa había algunos niños que conocían perfectamente la temática, porque hacía poco que habían llegado hasta aquí. Una de las chicas contó una divertida anécdota sobre el piano que su madre quiso traer a su nueva patria, otra habló de la situación en su tierra de origen, algo que dio que pensar a Marie. Finalmente también se habló de los indios, y las opiniones de los alumnos al respecto eran muy variadas. Mientras que una parte de los mayores había asumido una opinión bastante despectiva de sus padres, los más jóvenes se mostraban todavía abiertos frente a aquella cultura desconocida. Finalmente empezaron a aprender unas palabras en alemán, lo que pareció divertir a los alumnos después de contarles Marie que existía un gran parecido entre sus países.

—He oído cómo les estuvo enseñando su idioma. Podría haber continuado en alemán en vista del entusiasmo con que los niños repitieron sus palabras.

Marie se echó a reír.

—Pero entonces nadie me habría entendido. El vocabulario alemán se compone de algo más que de *bitte*, *danke*, *Guten Tag* y *Auf Wiedersehen*.

Isbel le dio la razón.

—Pero llegará el momento en que la entiendan, estoy seguro. Y creo que en todo nuestro *countie* ningún otro colegio estará en condiciones de ofrecer el alemán como idioma extranjero. Hasta a mí me gustaría aprenderlo para poder leer al fin a todos los escritores clásicos de su país en versión original.

—Se lo enseñaré con mucho gusto —contestó Marie un poco azorada.

—La verdad es que lo esperaba. Si tiene un momento, podemos empezar enseguida.

Marie levantó sorprendida las cejas.

—¿Lo dice en serio?

—¿Por qué no? Solo voy un instante a pedirle a Allison que nos prepare un té, después comenzaremos.

Marie iba por la calle mayor como flotando en las nubes y alegró a mucha gente con su sonrisa arrobada. ¡El primer día no hubiera podido ir mejor! Cuando ante una realmente buena taza de Earl Grey enseñó algunas palabras y giros alemanes a James Isbel, su timidez se esfumó rápidamente. Juntos se rieron de algunas faltas y comprobaron unánimemente que valía la pena aprender el alemán, pese a tratarse de un idioma bastante complicado.

Pero, al divisar la casa de Stella, su entusiasmo tocó rápidamente a su fin. La mala conciencia intentó convencerla de que hubiese sido mejor familiarizarse primero con la casa y sus habitantes. Pero la sensación de poder volver al fin a enseñar había sido abrumadora.

Al traspasar la puerta de la casa, esperaba casi que Rose volviese a asomar súbitamente por detrás de cualquier esquina. Pero todo permaneció en silencio. ¿No estaba Stella en casa? Marie escuchó con la respiración contenida. Pese a que no se oía ningún sonido, tenía la sensación de que había alguien allí. Al alisar su falda, recuperó la consciencia de que llevaba el vestido de Allison Isbel. Stella preguntaría de dónde lo había sacado. Como no tenía dinero, tendría que admitir que le habían prestado el vestido. Marie no quería exponerse a esta situación, de modo que subió la escalera intentando no hacer ruido.

Sabía perfectamente que algún día tendría que admitirlo, pero no quería estropear este día tan bonito.

Una vez en su habitación, se cambió a toda prisa y luego pasó, pensativa, la mano por la suave tela de la falda.

«¿Estoy haciendo lo correcto? —volvió a preguntarse nuevamente—. ¿Y si no es mi destino casarme, sino enseñar?». Pero Jeremy había pagado su viaje y resultaba impensable romper su compromiso con él.

Unos golpes en la puerta la arrancaron de sus pensamientos.

—Marie, ¿estás ahí?

Por lo visto, Rose la había oído. Marie miró su vestido. Aún no quería que lo viese, así que lo guardó rápidamente en su armario.

—Sí, estoy aquí. ¡Entra!

Al entrar, Rose miró curiosa a su alrededor. Marie se acordó demasiado tarde de que tal vez ya la estaban esperando para la cena.

—Mi madre me manda preguntarte si nos acompañarás esta noche a casa de los Woodbury —empezó Rose, cruzando, cohibida, sus manos—. Son buenos amigos de nuestra familia. Sería una buena oportunidad para presentarte, pues arden en deseos de conocer a la prometida de Jeremy.

—Será un placer —replicó Marie, y pensó a la vez si, pese a todo, debía ponerse el vestido azul.

—Bien. —Rose pareció casi aliviada—. Si quieres te presto un vestido. No querrás ir con este.

—Serías muy amable.

—Pues acompáñame, puedes elegir uno.

Con una piedra en el estómago, Marie siguió a Rose a su habitación. De repente los pasillos parecían más estrechos y más oscuros de lo que recordaba de la primera vez. Se sentía bastante angustiada. Naturalmente tenían que presentarla algún día a los amigos de la familia, pero sin duda Stella ya habría comunicado a sus amigos no solo los hechos sino también sus suposiciones con relación al futuro miembro de la familia.

Pese a tener Rose más recursos que Marie, su habitación estaba amueblada de forma sencilla y tenía, en general, un aspecto bastante tristón, como si Stella hubiese hecho todo lo necesario para que su hija no mostrase la menor imaginación. El armario y la cama eran muy sencillos, y un simple marco de madera rodeaba el pequeño espejo redondo. Las cortinas eran de un pálido color crema y las rosas del papel pintado aparecían deslucidas. En la alfombra, limpia pero desgastada, se veían aún las huellas de muebles que habían sido trasladados a otro lugar.

Ni siquiera su propio alojamiento irradiaba semejante desolación.

—¿Cuántos años tienes, Rose? —preguntó Marie, pues le resultaba difícil calcular la edad de la hija de Auntie. Debería de ser aproximadamente de su misma edad, quizás incluso algo más joven, pero su triste manera de vestir la hacía parecer mayor.

—Veintiuno —contestó Rose mientras revolvía entre su ropa.

—¿Y ya tienes novio?

Rose vaciló por un instante, después siguió buscando.

—No, aún no. Pero mi madre piensa que en el próximo baile se podrá concertar algo.

—¿Concertar?

Marie estuvo a punto de preguntar si no podía elegir ella misma a su novio cuando se acordó de que también el suyo sería un matrimonio concertado.

—Sí, el hijo de los Hanson ha manifestado interés por mí.

Cuando Rose volvió a sacar la cabeza del interior del armario, sostenía en las manos un vestido negro de tafetán. Estaba un poco arrugado y de una de las mangas colgaba un trozo descosido de puntilla.

Marie tuvo que tragar saliva. Claro que no esperaba un vestido como el de Allison, pero este más bien hacía pensar en un vestido a punto de ser desechado.

—Deberías ir de negro por lo de la madre de Jeremy —dijo Rose al darle el vestido, que desprendía un leve olor a naftalina—. Voy por hilo y aguja para que puedas repararlo y en la cocina encontrarás la plancha.

De regreso en su habitación, Marie extendió el vestido sobre la cama. Aún hubiese podido pasar por alto el corte anticuado, pero el vestido no solo necesitaba ser repasado sino también estrechado. En la época en que Rose lo llevaba, debía de pesar bastante más.

¿De cuánto tiempo dispondría hasta la hora de partida prevista por Stella? Y, además, ¿dónde estaba la tía?

Poco después Rose vino con hilo y aguja.

—Supongo que sabrás coser —dijo, un poco insegura.

—Claro que sí —respondió Marie—. Siempre he arreglado yo misma mi ropa. —Rose ya debería haberlo notado por el vestido de Marie—. ¿A qué hora quiere salir Mrs. quiero decir, Auntie?

—Sobre las siete.

—¡Pero eso es dentro de una hora! —soltó Marie, tras echar un vistazo al armatoste del reloj que hacía tic-tac junto a la ventana.

—Es cierto, pero te lo habría dicho antes si hubieses estado en casa.

Marie reprimió un resoplido. Claro, no podía ser de otro modo. Stella tuvo que aceptar una invitación precisamente para su primer día de trabajo.

—Ya me arreglaré —dijo Marie, dirigiéndose más a sí misma que a Rose.

—Creo que sería suficiente que cosieras la puntilla y que lo plancharas.

«¿Para que los Woodbury piensen que soy una provinciana?», ironizó Marie para sus adentros. Después se dirigió a Rose con una sonrisa.

—No te preocupes, estaré lista a tiempo.

Tras marcharse Rose, Marie se dejó caer sobre su cama y empezó a coser la puntilla. Esa era aún la parte más sencilla, resultaría mucho más complicado cambiar las costuras de la parte superior. Llena de añoranza, su mirada se posó en el armario. Pero aparte de que aún no quería descubrir el regalo de Allison Isbel, su color hubiese sido inadecuado en opinión de Stella. Marie no quería correr el riesgo de que se produjese una discusión durante la visita. Cuando el reloj de la pared dio las siete, estuvo a punto de tirar el vestido a un rincón y ponerse tercamente el suyo, por deslucido que fuese. Pero al fin encontró la solución, y cuando se puso rápidamente el vestido, encontró que no le estaba tan mal como había pensado. Solo le resultó desagradable el olor a naftalina.

Finalmente llevó el vestido a la cocina para buscar en el estante de los condimentos algo que hiciera desaparecer un poco aquel olor. No había encontrado perfume ni en la cómoda de Rose ni en el baño.

Marie no estaba segura de que el romero que descubrió en uno de los recipientes de cristal pudiese surtir efecto, pero consideró que valía la pena intentarlo. Envolvió las ramas en un paño húmedo y levantó después la pesada plancha de la estufa. Apenas el hierro entró en contacto con el paño que envolvía el romero, se propagó un

agradable olor, un vago recuerdo de las ramas que Onawah introdujo en el fuego durante la enfermedad de Marie.

Aunque solo habían transcurrido escasamente tres semanas desde que se despidió de la curandera, tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde su estancia entre los Cree.

—¿Qué tal?

De nuevo Rose consiguió asustar a Marie. Por un pelo la mano de Marie escapó de la caliente superficie de la plancha. Reprimiendo su susto, volvió a depositar con cuidado la plancha sobre la estufa.

—Estoy lista —contestó Marie, sacando de debajo del vestido el paño, ahora seco, que envolvía el romero.

Rose ya se había cambiado, pero su vestido no tenía mejor aspecto que el de Marie. El blanco cuello de puntilla no parecía muy limpio ni correctamente almidonado, y el tafetán negro carecía de brillo, como si se hubiese puesto el vestido cientos de veces. ¿Acaso Rose lo había heredado de su madre?

La casa de los Woodbury estaba situada en las afueras de la ciudad, por lo que Marie se alegró de que Stella se hubiese decidido por el carruaje, pues ya ahora sudaba horrorosamente en el vestido negro, y eso pese a que el aire de la noche era bastante refrescante.

Pero tal vez era solo porque las miradas de Auntie la perforaban como unos alfileres a un insecto. «¿Cuándo dejará de observar todo lo que hago?», se preguntó Marie, colocando decorosamente una mano sobre la otra e intentando mantenerse lo más erguida posible para no dar ningún motivo de queja.

Tras haber dejado atrás la calle principal, apareció a lo lejos una mansión que asombró a Marie.

—Los Woodbury son una familia muy honorable y bien situada —explicó Stella, como si hubiese leído los pensamientos de Marie—. Hace muchos años el abuelo, James Woodbury, descubrió un filón de oro que dio tanto beneficio que pudo levantar esta mansión y la granja que forma parte de la propiedad. Has de saber, Marie, que mi padre era muy amigo de su hijo. Afortunadamente las buenas relaciones con nuestra familia se han mantenido.

Marie percibió la advertencia subliminal de no hacer nada que pudiese arruinar estas relaciones.

—No te preocupes, Auntie, no os daré ningún motivo de queja.

Cuando el carruaje llegó a la glorieta ante la puerta de entrada, Marie contuvo, sobrecogida, la respiración. ¡Qué casa tan magnífica! Hasta ahora solo había podido admirar algo así en pinturas inglesas. Fue tan grande su asombro que Marie no notó que se les acercó un mozo de cuadra que abrió la portezuela del carruaje. Solo cuando Rose le dio un empujón, apartó la vista de las altas ventanas y de las pequeñas figuras

en la cornisa del tejado.

La alta escalinata conducía a la puerta de entrada, flanqueada por esbeltas columnas. Entre las luces de la casa apareció la figura de una mujer que llevaba un miriñaque muy ancho, acompañada por un hombre vestido de negro que resultó ser un auténtico mayordomo.

—¡Stella, qué alegría verte!

La mujer que corrió al encuentro de Auntie para abrazarla, era algo más joven que ella y vestía con mayor elegancia. Unas anchas mechadas blancas atravesaban su cabello, antaño de un intenso color rojo, lo que le daba un aire majestuoso. No parecía molestarle el atuendo más austero de su amiga.

—Yo también me alegro, Sophia. ¿Asistirá George esta noche?

—¡Claro que sí! He insistido en que por una vez olvide el trabajo y pase una noche agradable con nosotras.

Después de echar una rápida mirada a Rose, que hizo educadamente una reverencia, se volvió hacia Stella, aunque no sin examinar antes a Marie.

—¿Cómo está Jeremy? Hace tiempo que no le veo.

—Tampoco hoy sus obligaciones le permiten acompañarnos. Desgraciadamente acaba de fallecer la vieja Mrs. Cooks y él tiene que atender a los afligidos familiares.

—Entonces queda disculpado. Veo que has traído a alguien en su lugar. ¿Quién es la joven dama?

Bajo la mirada de Sophia, Marie esbozó una tímida sonrisa.

—Te presento a la señorita Marie Blumfeld, la prometida de mi sobrino. Marie, te presento a Sophia Woodbury, mi mejor y más antigua amiga.

Ahora también Marie recibió un abrazo.

—¿Jeremy se ha prometido?

La mirada de Sophia reflejaba sincero asombro cuando soltó a Marie y la repasó de arriba abajo. Igual que los Isabel, tampoco ella parecía haber pensado en la posibilidad de que el reverendo Plummer pudiese casarse algún día.

—Sí, hace ya unos meses. —De repente Stella parecía azorada. A Marie le hubiese encantado saber qué pensamiento había tras la mirada que lanzó a su hija—. Pero por la muerte de Maggie hemos aplazado la boda.

La consternación que asomó en el semblante de Sophia ponía de manifiesto que estaba acostumbrada a adaptarse en un abrir y cerrar de ojos a cualquier estado emocional de la persona que tenía enfrente.

—Tu cuñada fue realmente valiente. Es una lástima que ya no pueda presenciar la boda.

Ahora Sophia se dirigió a Marie.

—Su nombre no es nada habitual, señorita Blumfeld. ¿Puedo preguntar dónde se encuentran sus raíces?

—Soy de Alemania —contestó Marie—. Hace poco que llegué aquí. Hubo un incidente en el viaje.

—¿Un incidente?

Sophia dirigió una mirada interrogativa a Stella, que clavó, incómoda, la vista en el dobladillo de su falda.

Poco después Marie sintió la mano de Sophia en su brazo.

—Me lo tiene que contar sin falta. Se oyen cosas espantosas sobre estas caravanas de inmigrantes. ¿Estuvo usted en una de ellas?

«¿Acaso existe otra posibilidad para venir aquí?», pensó Marie irritada, pero aún consiguió mantener la calma y esbozar una sonrisa.

—Sí, estuve en una caravana de mujeres que se dirigían al encuentro de sus futuros esposos. Desgraciadamente fuimos asaltadas a unas cien millas de aquí.

—¿Marie fue secuestrada por unos indios! —soltó Rose con avidez sensacionalista, por lo que Marie hubiese querido abofetearla. ¿Era necesario que llevara la conversación a este tema?

—¿En serio? —se sorprendió Sophia.

—Yo no diría que me secuestraron. Durante el asalto resulté seriamente herida, y unos indios me encontraron y me llevaron a su campamento. Allí una curandera me cuidó hasta que recuperé la salud.

A cada palabra de Marie los ojos de Sophia se iban abriendo un poco más.

—Por lo visto ya hemos encontrado un tema para esta noche. Venga, querida, ardo en deseos de escuchar lo que le ha sucedido.

Tras rebasar la gran escalinata, les esperaba en la puerta el mayordomo, a quien Sophia mandó traer bebidas y avisar a la cocinera.

Marie siguió asombrada a la dueña de la casa a través del vestíbulo forrado de maderas cálidas. Le llamó especialmente la atención el parqué, cuyo dibujo brillaba en diferentes tonalidades rojas. Marie jamás había visto nada igual.

La araña de cristal con aspecto de un racimo sobredimensionado ahuyentaba con su cálida luz las sombras de las esquinas del recinto, dominado por una gran escalera, ingeniosamente labrada. Unas de las altas puertas de batientes, abiertas de par en par, permitía echar un vistazo al comedor desde cuyo interior centelleaba el servicio de cristal.

—Parece usted impresionada, señorita Blumfeld —observó Sophia cuando llevó a sus huéspedes a la mesa adornada con rosas blancas y de color rosa.

—Es que lo estoy. Nunca antes estuve en una casa tan magnífica.

—Me halaga. En realidad, yo quería que nuestra casa fuese lo más sencilla posible, pero George insistió en que se emplearan solo las mejores maderas del país. ¿Vio usted la serrería en las afueras de la ciudad?

—Si, la vi en el camino hacia aquí —contestó Marie mientras tomaba asiento en

la silla que el mayordomo, que había vuelto a acercarse discretamente, le apartó de la mesa.

—Es impresionante, ¿no? George tiene participaciones en este adefesio. La ventaja es que conseguimos casi cualquier madera que nos apetezca tener. Incluso maderas muy exóticas. Como puede ver, sirven para obtener unos resultados maravillosos.

Sophia señalaba los revestimientos de las paredes con incrustaciones de hermosos cuadros de paisajes. En uno de ellos Marie reconoció el lago a cuyas orillas estuvo con Onawah. Sin embargo, ponía en duda que Sophia se hubiese desplazado al país de los indios. Seguramente era una casualidad que la imaginación del pintor coincidiese con la realidad.

—Si lo desea, con mucho gusto la ayudaré a decorar su hogar cuando se haya casado —arrancó Sophia de sus pensamientos a Marie—. Seguro que George se ocupará encantado de que le hagan una rebaja en el precio. Como seguramente sabrá, hace muchos años que a nuestras familias nos une una relación de amistad.

Marie asintió para no tener que dar explicaciones. No estaba en su ánimo aceptar la oferta, pero ahora no era el momento para hablar de estas cosas.

—¿Y tu marido? ¿Cómo es que aún no ha venido? —intervino Stella en la conversación—. ¿No dijiste que iba a librarse de su trabajo?

—Lo hará si no quiere que me enfade —replicó Sophia aguzando el oído en dirección a la puerta, pero ni un batir de cascos ni pisadas humanas acallaron los tenues sonidos que llegaban de la cocina—. También sé, sin embargo, que no le importa que empecemos a comer. Para ser exactos, se trata de una costumbre suya. Si tuviera que esperarle para cada comida, estaría ya en los huesos.

Mientras empezaron a hablar de lo que había sucedido en la ciudad durante los últimos días, llegaba a través de la puerta un delicioso olor a asado. A Marie se le hizo la boca agua. Aunque la velada resultase todo menos amena, la comida prometía ser realmente excelente.

Al no hacer acto de presencia el dueño de la casa a lo largo de los minutos siguientes, Sophia no se lo pensó más y decidió dar comienzo a la cena. Un instante después apareció una sirvienta con delantal almidonado que sirvió la sopa.

—Es sopa de calabaza —explicó Sophia orgullosa—. Tal vez usted se pregunte de dónde sacamos calabazas ahora, pese a faltar aún mucho para el Veranillo de San Martín.

Aunque no se había planteado esta pregunta, Marie asintió.

—Pues bien, desde hace dos años nos dedicamos al cultivo en un invernadero para ampliar un poco las existencias del huerto que suministra las verduras a la cocina. Mientras que en el campo las calabazas empiezan ahora a crecer, tengo ya ejemplares maduros en mi invernadero. Desde luego, en cuanto al tamaño no son

comparables a las que crecen al aire libre, pero en cambio su sabor es más concentrado.

Marie no pudo más que confirmarlo cuando tomó una cucharada de sopa. ¡Jamás había comido una sopa de calabaza como aquella! Contenta de que ahora se impusiera el silencio en la mesa, se entregó de lleno a disfrutar de la comida.

El segundo plato consistió en un asado relleno de frutos secos y verdura. El acompañamiento de batatas resultó un poco insólito para Marie, pero tras unos cuantos bocados, el sabor le empezó a gustar.

—Dígame, pues, ¿qué pasó con los salvajes a los que fue usted a parar? —preguntó Sophia, depositando sus cubiertos en la mesa y haciendo una señal al mayordomo para que trajera el siguiente plato—. Lo encuentro tremendamente excitante. Tiene que contárnoslo con todo detalle.

Marie describió su estancia entre los indios lo más objetivamente posible, introdujo algún que otro adorno en su relato y señaló al fin el cuadro que desde el principio atrajo su atención.

—Junto a un lago como aquel observamos el sol tomando un baño. Es asombroso con qué facilidad el ojo humano se deja engañar por la luz.

Unos pasos la hicieron detenerse en su relato.

—¿Qué es lo que huele aquí tan deliciosamente? —exclamó una vigorosa voz de hombre.

—¡La cena que estuviste a punto de perderte, George! —replicó Sophia riendo.

El aspecto del dueño de la casa, que traspasó la puerta vestido con ropa de jinete, no sorprendió especialmente a Marie después de todo lo que había visto.

George Woodbury era un hombre alto, bien parecido, en la mitad de la cuarentena, que era perfectamente consciente del efecto que causaba en otras personas, como demostraba su porte orgulloso. Con su tupido cabello castaño oscuro y sus ojos azules sin duda habría hecho derretirse tiempo atrás muchos corazones femeninos.

Sonriendo, recorrió la habitación con la mirada hasta que se detuvo en Marie.

—¡Ah, una cara desconocida entre los invitados!

—Ella es la señorita Blumfeld, la prometida de Jeremy.

—¿De la caravana de emigrantes?

Marie enarcó sorprendida las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

—Su nombre no suena como el de alguien de por aquí. Hay muy pocos alemanes en esta región. —Woodbury le dirigió una sonrisa elocuente. Marie empezó a sentirse incómoda cuando notó que tras sus ojos ocultaba que sabía más de lo que ella pudiese desear—. Entonces usted debe de ser también la nueva maestra de la que se habla en la ciudad.

Marie enarcó sorprendida las cejas.

—¿Se habla de mí? ¡Pero si solo he ido una vez, hoy ha sido mi primer día!

No se le pasó por alto que Stella se aclaró la voz, disgustada. Por lo visto la tía de Jeremy aún no había aceptado del todo que su prometida trabajase.

—En Selkirk las novedades corren como la pólvora. En realidad no somos más que un pueblo grande.

Ahora Marie entendió que también las informaciones anteriores le habrían llegado de alguien. ¿Habría hablado con James Isbel? Antes de que pudiese formular la pregunta, George se dirigió a Stella y Rose.

—¡Y vosotras dos, tan guapas como siempre! ¡Lástima que yo ya no sea libre!

Stella soltó unas risitas sofocadas como una colegiala, mientras que el rostro de Rose se volvió intensamente colorado.

—Si las damas me perdonan un momento, necesito refrescarme un poco tras el día que he pasado.

Tras abandonar él la habitación, se impuso el silencio. Rose seguía luchando contra el rubor mientras que Stella cogió el vaso de vino con mano temblorosa. Marie sonreía para sus adentros. Era obvio que ambas mujeres estaban prendadas de George Woodbury. Ella misma lo encontraba ciertamente atractivo, pero hombres como él no habían aparecido en sus sueños secretos de muchacha.

—Mi marido es bastante encantador. ¿Verdad, señorita Blumfeld?

—Sí, lo es —admitió Marie—. Seguro que tiene a sus pies todos los corazones femeninos de la ciudad.

—No descartaría esta posibilidad —convino Sophia, cogiendo su vaso de vino con una sonrisa enigmática. Seguro que no era casualidad que, al decirlo, mirase a Stella.

Marie se preguntó si las dos mujeres, que no eran de edades muy diferentes, se habrían enfrentado en su día en su lucha por obtener los favores de George.

Cuando finalmente el dueño de la casa traspasó la puerta y se sentó en su sitio, en el que ya le estaba esperando la sopa, Sophia dijo:

—La señorita Blumfeld nos acaba de hablar de su estancia con los salvajes. ¡Es interesantísimo!

—¿Y cómo fue a parar con los salvajes? —preguntó George, desdoblado su servilleta sobre el regazo—. Supongo que no habrá hecho una excursión hasta allí.

—No, en el viaje hacia aquí nuestra caravana fue asaltada. Unos guerreros de los Cree me encontraron y me llevaron a su mujer-médico, que me curó.

—¿Y qué vio en el campamento?

Marie habló de la vida y del arte médico de los indios, pero omitió detalles que creía que aquel hombre no entendería o encontraría ridículos. Terminó su relato con la llegada de los tratantes de pieles y su partida.

—Aún ha tenido suerte, señorita —observó George mientras rebañaba el resto de la sopa con un trozo de pan—. Conozco historias bien distintas sobre los Cree. Se dice que no se andan con chiquitas con sus adversarios y, cuando pretendieron establecerse aquí, asaltaron repetidamente a los blancos.

Marie notó que ahora todos los ojos estaban posados en ella.

—Bien, solo puedo hablar de cómo me ha ido a mí —replicó, manteniendo el control sobre sí misma—. Aquella gente me pareció muy pacífica, pero naturalmente no sé cómo se comportan en tiempos de guerra. Seguro que usted tendrá más experiencia en este sentido, ¿verdad?

George la examinaba mientras masticaba con gran concentración, lo que le servía de pretexto para no tener que admitir que no sabía contestar a esta pregunta.

—Afortunadamente George no ha tenido que enfrentarse jamás personalmente a uno de aquellos guerreros —terció Sophia—. Pero en Selkirk podrá escuchar muchos informes de testigos oculares. Me han dicho que aún están vivos algunos veteranos de la guerra con los indios.

A Marie no se le pasó por alto la mirada furiosa que George dirigió a su esposa.

—Cuando tenga ocasión, hablaremos más a fondo de este tema —replicó sonriendo y alargando la mano hacia su vaso de vino.

Durante el resto de la velada no se volvió a hablar del tema Cree. Sophia, Stella y Rose comentaron aspectos de la pasada fiesta de primavera y del próximo baile de verano que darían los Bellamy, una de las familias más influyentes después del alcalde.

—No cabe duda de que vosotras seréis también invitadas —aseguró Sophia—. Toda la ciudad siente curiosidad por conocer a la novia de Jeremy. Pero, sin falta, tendréis que vestirla mejor que hoy.

Marie se ruborizó. ¡Qué culpa tenía ella de que Rose le hubiese dado este andrajo! También Stella pareció molesta.

—Como sabes, aún estamos de luto.

—Pero esta muchacha no ha llegado a conocer a su suegra, con lo que, de hecho, no es siquiera su suegra, puesto que los dos aún no están casados. ¿Por qué motivo iba a llevar luto? —Condescendiente, Sophia se dirigió a Marie—. Querida, si no tiene dinero le presto con mucho gusto uno de mis trajes. Me he hecho enviar algunos nuevos de Francia. Seguro que aún nadie los ha visto. Supongo que querrá causar buena impresión, ¿verdad?

—Claro que sí. —Marie carraspeó azorada. Ya le había resultado incómodo aceptar el vestido de Allison, pero el ofrecimiento de Sophia le causó una incomodidad aún mayor. Pero no podía rechazarlo—. Muchas gracias por su amabilidad —añadió cortésmente, pero al mismo tiempo pensó cuánto dinero de su sueldo tendría que gastar para confeccionarse ella misma un vestido aceptable.

—Creo que ahora deberíamos dar una vuelta por el jardín. ¿Tú qué opinas, George?

El dueño de la casa dejó de contemplar a Marie, sobresaltado.

—Como quieras, querida.

El jardín, de estilo inglés, los recibió con un olor embriagador a rosas. Las matas y los arbustos debían su esplendor de un verde intenso a un sofisticado sistema de riego, alimentado por una magnífica fuente. El chapoteo del surtidor se mezclaba con el suave crepitar de las hojas.

Marie intentó imaginar qué aspecto tendría este lugar a la luz del día. Seguro que las vistosas rosas multicolores y la fuente resultarían grandiosas.

Para no tener que escuchar por más tiempo la conversación entre Stella y Sophia, se alejó un poco y se dirigió hacia una escultura de mármol que se alzaba entre unas retamas. Representaba a una muchacha a cuyo lado estaba sentado un perro o un lobo. Fascinada por el maravilloso acabado y la riqueza de detalles, Marie no pudo evitar pasarle la mano por encima. Bajo sus dedos el mármol tenía un tacto liso y fresco. Incluso con los ojos cerrados podía palpar las rosas que sobresalían de la cesta de la muchacha.

—Así que el bueno de Jeremy quiere casarse.

Marie se volvió sobresaltada. No había oído a George Woodbury acercarse.

—Oh, ¿la he asustado, señorita? Estoy desolado.

El brillo pícaro de sus ojos revelaba que no lo estaba en absoluto.

—No, solo estaba pensando en mis cosas —replicó Marie un poco incómoda, intentando localizar a Stella, pero no había rastro de Auntie y su hija ni de Sophia.

George también parecía saberlo, pues sus miradas recorrían el cuerpo de Marie de manera verdaderamente insolente.

—Una mujer que sea capaz de pensar por sí misma, es la presa mejor para un hombre. Al mismo tiempo representa el mayor peligro, pues una mujer que piensa con libertad no es fácil de dominar.

Cuando dio un paso hacia ella, Marie retrocedió, pero tampoco quiso darse a la fuga.

—No creo que Jeremy se haya propuesto dominarme. Me permite incluso que ejerza mi profesión.

—No hay duda, es un buen muchacho. Y, además, muy sensible.

—¿A qué se refiere?

George esbozó una sonrisa enigmática.

—Resulta un poco extraño que haya tardado tanto en encontrar una mujer. No es feo y al final de la treintena uno debería haberse librado ya de su timidez.

Marie se sintió cada vez más incómoda. De repente tuvo la sensación de haber comido piedras en vez del asado. Habría querido volver corriendo a la casa, pero

comprobó que estaba presa entre los rosales y George Woodbury.

—¡No todos los hombres son unos ligones descarados, Mr. Woodbury! —replicó Marie, mirando por encima del hombro de George con la esperanza de que aparecieran Stella o Sophia. O Rose que, de todas formas, estaba siempre espiándola—. Además, Jeremy y yo aún no nos conocemos bien, como tal vez haya deducido de la conversación.

Los ojos de George centellearon.

—Pero posiblemente Jeremy no esté interesado en un auténtico matrimonio sino en salvaguardar su reputación.

Marie cerró los puños. Había entendido lo que pretendía insinuar.

—¡Cómo puede afirmar algo así!

—Conozco muy bien a su novio, hasta diría que desde que era un niño. Siempre se ha interesado por cosas distintas a las que despertaban el interés de los chicos normales. Supongo que esta es también la razón de que se hiciera clérigo.

—Nadie espera de un clérigo que se case.

—No lo crea, señorita Blumfeld, aquí sí. Y si no he oído mal, usted misma es hija de un clérigo. Si no se es precisamente un esclavo de Roma, se espera de un reverendo que se case. Puede creerme, hace tiempo que toda la ciudad mira de reojo a Jeremy.

Se confirmó el temor de Marie de que la conversación pudiese volverse aún más desagradable, pues George prosiguió con una sonrisa descarada.

—Su madre deseaba que algún día tuviese hijos. Supongo que se lo habrá prometido en su lecho de muerte.

—¿Y qué hay de malo en ello?

Marie estaba cada vez más molesta. Se sentía profundamente irritada por el hecho de que este hombre pareciera saber tanto, mientras que resultaba extraordinariamente difícil formarse un juicio sobre él.

—Nada. —Súbitamente, George cogió con la mano un mechón del cabello de Marie—. Esperemos que el deseo de la buena vieja Maggie se cumpla.

Un desagradable silencio cayó sobre ellos.

—Tengo que marcharme —dijo Marie, pero cuando se volvió, George la agarró y la atrajo contra su cuerpo.

—¡Mr. Woodbury! —exclamó Marie indignada.

—No tenga miedo, querida, no le haré nada. Al menos nada que usted no quiera también.

Su aliento preñado de vino, rozó su cara. ¡El vino sería también responsable de que olvidase sus buenos modales!

—¡Suélteme!

Marie intentó apartarlo.

—Lo haré encantado, pero ha de saber que, tratándose de una mujer como usted, supliré con mucho gusto a Jeremy en el caso de que resultase que no puede cumplir satisfactoriamente con sus obligaciones matrimoniales.

Esta vez Marie logró soltarse. Sus ojos echaban chispas cuando dijo furiosa:

—No creo que su situación le permita hacerme semejante oferta. Y aunque así fuese, no la aceptaría.

Cuando se volvió, sintió la mirada burlona de George a sus espaldas. Manteniéndose lo más erguida posible, corrió hacia la escalinata, apretando fuertemente los labios para evitar que se le escapara alguna maldición.

Marie pasó el resto de la velada en silencio, sentada en el sofá al lado de Rose. Prestó tan poca atención a la achispada verborrea de Stella como a las comprometidas preguntas de Sophia. En sus pensamientos dio un repaso al día y se detuvo en los momentos realmente felices. Agradecía que, pretextando tener trabajo pendiente, George ya se hubiese retirado. Así ya no podía atacarla con miradas indecentes.

«¿Qué diría su mujer del ofrecimiento que me hizo? —pensó Marie sombría—. ¡Ni diez caballos volverán a traerme aquí! ¡La próxima vez pretextaré dolores de cabeza o tal vez náuseas para que Stella pueda volver a sospechar que estoy embarazada!».

Cuando llegó el momento de marcharse, Marie se despidió cortésmente de Sophia, aunque eludió sus miradas curiosas y salió lo más rápidamente posible de la casa. Afortunadamente Rose estaba ocupadísima sosteniendo a su madre, de modo que no notó que fue una verdadera huida la manera como Marie abandonó aquella magnífica casa.

En el carruaje reinaba el silencio, pues apenas se puso en marcha, la cabeza de Stella cayó sobre el hombro de Rose. Rose, por su parte, miraba fijamente la noche, abismada en sus pensamientos.

Marie respiró aliviada. Esperaba que pasase mucho tiempo hasta que volvieran a invitarlas. No quería volver a encontrarse con aquel libertino.

En el año 1870 estalló la guerra. Tampoco nuestro pequeño pueblo se salvó, si bien notamos las consecuencias más bien de manera indirecta. Los alimentos fueron racionados; quien tenía contacto con campesinos, estaba en mejor posición que los habitantes de las ciudades. En todas partes se llamaba a donar oro a cambio de hierro. También mi padre pensaba desprenderse de algunas piezas de mi madre a cambio de una placa honorífica.

Se decía que el dinero redundaría en beneficio de los soldados, pero para entonces mi discernimiento ya estaba lo suficientemente formado como para que entendiera cuál era el verdadero sentido de estas donaciones.

—Con eso pagamos la guerra, ¿verdad? —pregunté a mi hermano, que me lanzó

una mirada horrorizada—. Y eso continuará mientras no se les acabe el dinero.

—Olvidas que los soldados luchan por nuestro país —replicó Peter, pero yo notaba que pensaba lo mismo que yo. Solo que las horas que pasaba con padre le llevaban a no decir lo que realmente pensaba.

—No quiero que se empeñen las joyas de nuestra madre —dije en voz baja. Antes me habría acurrucado contra él, pero ahora que estaba a punto de convertirme en una mujer, había dejado de hacerlo.

—No podrás hacer nada para evitarlo —contestó Peter—. Las joyas pertenecen a padre, y evidentemente la memoria de nuestra madre ya no le importa.

—¡Pero me importa a mí! —proferí en voz más alta y más impulsiva de lo que hubiese deseado—. No quiero que se olvide a nuestra madre. Ni que sus joyas sean utilizadas para matar a seres humanos. Seguro que ella no lo hubiese querido.

Peter apretó los labios, como si tuviese que retener las palabras para que no las oyera padre o cualquier otra persona que pudiese hacernos daño.

—Déjalo estar —dijo al fin, y me estrechó entre sus brazos—. No sirve de nada rebelarse contra nuestro padre. Las joyas son suyas y si quiere donarlas, lo hará, lo sabes perfectamente.

Sí, lo sabía.

—Guarda el recuerdo de nuestra madre en tu corazón. Lo que se guarda ahí, nadie podrá quitártelo.

Me dejé consolar por estas palabras hasta que llegaron un día unos mutilados de guerra a nuestro pueblo. Eran figuras andrajosas en uniformes desgarrados y, en parte, con terribles mutilaciones. A dos de ellos les faltaba una pierna, a otro ambos brazos y del rostro del cuarto solo quedaban dos ojos que miraban, llenos de dolor, a través de un sucio vendaje. No podía creer que fuesen hombres que unos meses antes partieron para luchar por el Káiser. Estos hombres habían conservado la vida, pero para sus familias estaban perdidos. Sus miembros no volverían a crecer, sus rostros no se podrían reconstruir. Y no quería yo ni imaginar todas las mutilaciones que habrían sufrido bajo la piel. No solo la Biblia hablaba del alma, también el maestro de la escuela afirmaba en clase de ciencias naturales que el alma se encuentra en el centro del cuerpo y podía ser herida. ¿De dónde, si no, procederían todos los enfermos mentales que había en el mundo?

Tras pasar estos hombres ante el jardín, en el que yo estaba trabajando, sentí como si una mano me empujara. Corrí a la casa sin moderar mis pasos, como padre exigía una y otra vez.

Sin embargo, no fui tan atrevida como para entrar en su estudio de trabajo sin llamar previamente, pero, después de haber llamado, solo dejé transcurrir el tiempo de tomar aliento hasta que bajé el picaporte.

Mi padre estaba inclinado sobre su escritorio. En el silencio de la habitación

resonaba fuertemente el movimiento de su pluma. En su gabinete de trabajo padre no tenía reloj. Se fiaba de su reloj de bolsillo, herencia de su abuelo, que llevaba en su chaleco.

—¡Padre!

Me estiré todo lo que pude y le dirigí una mirada retadora.

Sin embargo, mi padre no apartó la vista de su pupitre.

—¿Qué sucede, Marie?

—¿Viste a los mutilados que acaban de pasar ante nuestra casa?

—Sí, los vi.

Se produjo una pausa. Estábamos acostumbrados a que nuestro padre no demostrara sentimientos de ninguna clase. ¡Pero tenía que haber alguna parte en él en la que sintiese compasión! Al fin y al cabo era un hombre de iglesia, y su compasión no fallaba cuando dirigía palabras de consuelo a otras personas y les predicaba que debían tener esperanza. ¿Por qué se comportaba de un modo tan distinto con nosotros?

—¿Hay algo más? —preguntó al notar que yo no había quedado satisfecha.

—Se trata de las joyas de nuestra madre.

Ni ahora dejó la pluma. Los sonidos de la pluma sobre el papel empezaban a ponerme furiosa. ¿No podía mirarme a la cara cuando hablaba conmigo?

—¿Qué sucede con las joyas? —preguntó finalmente, cuando se dio cuenta de que con su silencio no lograría deshacerse de mí.

—No quiero que hagas donación de ellas.

Estas palabras consiguieron por fin que alzara la mirada y depositara la pluma cuidadosamente sobre la mesa.

—Por favor, repite lo que acabas de decir.

Yo sabía perfectamente que en esta casa la única voluntad que contaba era la suya. Por lo tanto repetí mi ruego con algo más de precaución.

—Te lo pido, no des las joyas para la guerra.

El hecho de que yo utilizase un tono más suave no sirvió para que se mostrase más indulgente. Sus ojos me examinaron con frialdad cuando replicó:

—¿Y, según tú, por qué no debería hacerlo?

—Porque traería aún más desgracia. Viste a los mutilados. ¿Qué harías si uno de ellos fuese Peter? ¿Si él tuviese que convertirse en soldado y perdiese una pierna o muriese?

—Entonces sería la voluntad de Dios.

En vano busqué algún indicio que delatara que no lo pensaba en serio.

—Tú mismo dices que es pecado matar a seres humanos. Por lo tanto el Káiser es el mayor pecador, pues esta guerra solo le sirve para aumentar sus riquezas. ¡Todas las guerras se libran únicamente a causa de la riqueza, todo lo demás es mentira!

El semblante de mi padre iba ensombreciéndose a ojos vistas. Aun así, no levantó la voz al decir:

—¡Es pecado imputar al Káiser que esté librando esta guerra por motivos deshonorosos! ¡Y las joyas no te incumben a ti. Soy yo como viudo quien ha de decidir lo que se hace con ellas y no tú!

—¡Tú no eres quién para hablar del pecado! —exploté. No tengo ni idea de por qué perdí de repente el control, pero súbitamente sentí una implacable necesidad de provocarle, incluso de hacerle daño. Toda la ira que se había ido acumulando a lo largo de los años, descargó en un instante—. ¿Qué pasó aquella noche con Luise? ¡Fuiste tú quien le hizo el niño! Tú fuiste quien la echó y tuvo la culpa de su muerte. Y ahora empeñas las joyas de madre para avivar más la guerra y hablas de que es honorable matar a seres humanos.

Fue un fuerte golpe que sentí con dureza en mi oído izquierdo. Creí que algo se rompía en mi cabeza ladeada por el impacto. Caí al suelo entre gemidos. En el oído izquierdo solo oía el eco sordo del golpe y ante mis ojos todo daba vueltas. Cerré los ojos, rezando en voz baja que todo aquello pasara, cuando de repente me llegó desfigurado el sonido de alguien que entró corriendo por la puerta.

—¡Padre!

Como seguía entrecerrando los ojos, no sabía lo que mi padre estaba haciendo. Pero poco después noté unas manos en mi espalda. Las manos de Peter. No entendí lo que me estaba diciendo, porque en mi oído dolorido seguían las resonancias, pero al fin pude llorar, aunque tenía la sensación de que la cabeza me iba a estallar.

Capítulo 23

TRES semanas después del primer día de Marie en el colegio de Selkirk iba a organizarse, como todos los años, el día de los padres, una posibilidad creada por James Isbel para que las madres y los padres pudiesen informarse sobre el rendimiento de sus retoños y hacer preguntas a los maestros.

A Marie aquel evento la hizo ponerse tan nerviosa que por la mañana fue incapaz de probar bocado.

—Está muy pálida. ¿Le pasa algo, querida?

Allison Isbel le dirigió una mirada preocupada durante el desayuno conjunto.

—No, no, todo está bien.

—Lo que le pasa es que teme a los padres —aclaró James, mirando por encima de su periódico matinal.

—Mi marido rebosa elogios. Así que, en realidad, usted no debería temer nada, Marie. ¿Por qué la opinión de los padres iba a ser diferente?

Marie se sentía incómoda recordando a un padre que, tiempo atrás, en el pequeño colegio de su pueblo, no quiso entender la utilidad de un herbario. Aquí, de momento, no había preparado ninguno, pero tuvo que dar algunas notas malas.

—Sé por experiencia que algunos padres ven en el maestro una amenaza para sus hijos. Creen que solo se enseñan tonterías inútiles.

—Y que se les dan notas demasiado malas —prosiguió James. Dobló el periódico y lo puso junto al plato—. Pero ha de tomarlo con calma y, sobre todo, emplear buenos argumentos.

—¿No podría decirme de algún modo por dónde irán los tiros de los padres? —Marie pensaba si debía tomar otra taza de café cuando ya Allison le sirvió otra.

—Le irá bien, fortalecerá sus nervios.

—Este año hay muchos alumnos nuevos, sobre todo en su clase. Lamento no poderle dar indicaciones valiosas, pero le aseguro que tengo los mismos problemas. Puede crearme que resulta bastante fatigoso tener que escuchar año tras año las mismas quejas y los mismos subterfugios. A veces desearía que se les ocurriese algo un poco más original o que criticaran algo distinto. Pero todos los padres son iguales, ya se dará cuenta.

Cuando, tras el desayuno, se dirigió al aula, Marie notó que una leve melancolía se apoderaba de ella. Últimamente sentía cada vez con mayor frecuencia una leve punzada al observar la felicidad matrimonial de los Isbel. «¿Seremos igual de felices Jeremy y yo?», se preguntó angustiada, mientras colocaba sus libros en el borde de la mesa y ordenaba alfabéticamente los cuadernos de los dictados, que serían repartidos después.

Lamentablemente la relación con su prometido apenas había cambiado desde su primer encuentro. Jeremy venía por la noche, a veces a cenar, y a veces más tarde. Siempre hablaban con cortesía del transcurso del día y de los sucesos de la ciudad. Marie se sorprendía una y otra vez deseando que al fin él la acariciara o hiciera algo parecido, pero nada ocurría. Los paseos que daban de vez en cuando alrededor de la iglesia y de la casa parroquial habrían constituido una buena oportunidad, pero Jeremy se mantenía siempre a distancia.

—Seguro que es porque aún está de luto por su madre —la apaciguó Rose, cuando Marie se abrió tímidamente ante ella—. Ya verás, puede ser muy divertido y será un buen esposo.

Estas palabras le servían de poco cuando, de noche, clavaba la mirada en el techo de la habitación y se veía obligada a confesarse que le empezaba a gustar mucho más la posibilidad de seguir siendo maestra que la de convertirse en esposa de un hombre tan frío, cuyo carácter le recordaba cada vez más al de su padre.

Unas voces infantiles la ahuyentaron de sus reflexiones. Billy y Hannah Mayers fueron los primeros en traspasar la puerta esta mañana. Hannah, con aire desenvuelto y trenzas rojas, vino directamente hacia ella con un ramito de flores en la mano.

—Son para usted, señorita Blumfeld, las hemos recogido a orillas del camino.

—¡Qué detalle! Muchísimas gracias. —Marie hundió la cara entre rosas silvestres y otras florecitas recogidas en el campo que exhalaban un aroma delicioso.

—Hannah cree que usted pondrá un dictado más fácil si le traemos flores —se le escapó a Billy que le dirigía una sonrisa pícaro—. Daddy hace lo mismo cuando quiere que Mum no se enfade con él.

—Pero no estoy enfadada con vosotros —replicó Marie sonriendo mientras ponía el ramo en uno de los floreros que había junto a la ventana—. Y el dictado no es difícil porque yo quiera molestaros sino porque quiero que mostréis de qué sois capaces. ¡Estoy segura de que todos vosotros sois muy inteligentes, pero tenéis que demostrármelo!

Marie guiñó el ojo a los hermanos. Después entraron los otros niños en el aula. Un instante después sus voces la envolvían como un enjambre de abejas. Marie no podía imaginar nada más hermoso.

Al finalizar las clases, los primeros padres se presentaron nada más repicar la campana del colegio. El nerviosismo de Marie llegó a su cenit cuando traspasó la puerta de su clase un hombre que parecía poder arrancar con sus manos el tronco de un árbol.

—Buenos días, señorita Blumfeld. —El hombre se quitó el sombrero y luego empezó a pasarlo, nervioso, de una mano a otra—. Soy Jackson Phelps, el padre de Majorie.

Aquella graciosa rubita era de los niños que hacían su primer curso en el colegio

y que aún daban pocos quebraderos de cabeza. Sin embargo Marie no se sintió aliviada. Aquel hombre ante ella era tan alto que no le costaría nada arrojarla por la ventana si algo le contrariaba.

Aun así, ella se estiró y le tendió la mano.

—Me alegro de conocerle, Mr. Phelps. Tome asiento.

Phelps miró a su alrededor, un poco desconcertado, pues los bancos eran realmente minúsculos para su cuerpo. Cuando Marie le trajo una silla, el hombre esbozó una ancha sonrisa.

—¿Sabe usted? Mi pequeña está francamente encantada con usted. Al principio tenía mis dudas si convenía enviarla al colegio o no, pues es aún muy frágil y menuda.

—No es raro a su edad. —Mientras hablaba, Marie se iba librando de la tensión que había sentido. Por lo visto, no iba a tener problemas con este hombre—. Ya crecerá. Y, en cuanto a su rendimiento, estoy muy contenta, escribe ya muy bien las letras. Puede estar orgulloso de su niña.

Aquel coloso de hombre asintió inseguro, y después de haber visto las notas de su hija, le tendió la mano a Marie.

Pronto se vería que Mr. Phelps iba a ser el único visitante agradable. Una madre se quejó del suspenso por un dictado plagado de faltas, otra señora opinó que los talentos de su hijo no se reconocían suficientemente. Un padre estuvo a punto de llegar a las manos, otro le hizo proposiciones ambiguas. Cuando cuatro señoras entraron todas juntas en el aula, Marie respiró profundamente.

Las mujeres eran ya algo mayores y se habían emperifollado como si fuesen a asistir a un baile. Marie reprimió una sonrisa ante sus sombreros, realmente extravagantes.

—Señorita Blumfeld, estamos contentísimas de que usted ayude un poco a Mr. Isabel —dijo la mujer que evidentemente lideraba el grupo—. Me llamo Agatha Blake y estas son Lucinda Brooke, Lucy Blake y Mary Nevell.

Las mujeres le dieron la mano una tras otra.

—Muchas gracias, yo también estoy muy contenta de poder dar clases aquí. Si he entendido bien sus nombres, veo que tengo el placer de enseñar a sus hijos.

—¡Mi Henry está encantado con usted! —exclamó Mrs. Brooke, cuyo hijo formaba parte de los segundos en edad—. Afirma que usted cuenta las mejores historias.

Marie sonrió.

—Bien, me alegra mucho que no me encuentre aburrída. Y les puedo asegurar que no solo cuento historias sino que también quiero que los niños tengan conocimientos sólidos que les resulten útiles en su futura vida.

—Usted es de Alemania, ¿verdad? —preguntó la mujer del sombrero de plumas que debía de ser la madre del pequeño Thomas Nevell—. Mi Tommy dijo algo así.

—Se dice que ustedes siguen aún teniendo un káiser —terció Mrs. Brooke con un brillo en los ojos. Seguramente soñaba con ser presentada algún día a un noble europeo.

—Sí, es cierto, tenemos un káiser de la casa de los Hohenzollern. Pero aun así, tenemos un parlamento, igual que ustedes aquí. Y el káiser tampoco lleva una vestimenta dorada como en los cuentos, sino que viste trajes que también sentarían muy bien a los diputados del congreso de su país.

Las señoras se echaron a reír. El hielo parecía haberse roto definitivamente.

—Moira dice también que usted habló a los niños de los indios.

Marie enarcó las cejas con expresión interrogante. ¿Estaba equivocada o había un deje amenazador en la voz de Mrs. Blake? La mujer se había mantenido en silencio, limitándose a examinar detenidamente a Marie.

—Sí, es cierto. Durante mi viaje hasta aquí tuve la suerte de conocerlos.

—¿Suerte? —prorrumpió Mrs. Blake—. ¡Yo pensaba que su caravana fue asaltada!

Como aparte de Isabel, los únicos que sabían del asalto eran Stella, Rose y Jeremy, debió de haber hablado con uno de ellos. Marie supuso que habría sido con Stella. Después contestó:

—Naturalmente el asalto fue una gran desgracia, pero no fueron los Cree quienes nos asaltaron. Si ellos no me hubiesen encontrado, seguramente no estaría aquí.

No cambió nada en la expresión hostil de Mrs. Blake. De repente pareció hacer mucho más frío en el aula.

—Bueno, tal vez se pueda hablar de suerte porque no la obligaron a casarse con uno de aquellos salvajes. Se cuentan terribles historias sobre mujeres que tuvieron que quedarse con las tribus y fueron obligadas a dar a luz a sus retoños.

Estas palabras cayeron en el estómago de Marie como piedras. Fue tal su sobresalto que le impidió contestar.

¿Cómo se atrevían estas mujeres a hablar de personas a las que jamás habían visto con sus propios ojos?

—Les aseguro que la tribu que me acogió no intentó nada parecido —replicó Marie esforzándose por no perder el control—. Eran personas muy honorables que tienen, ciertamente, algunas costumbres extrañas, pero que, en general, son pacíficas.

—¡Honorables! ¡Vaya! —prosiguió Mrs. Blake—. Nuestro alcalde, Mr. Corrigan, cuenta cosas bien diferentes. Como ya dije, usted tuvo verdaderamente suerte, y puede que sí, que usted fue a parar con unos salvajes nobles, pero puede creerme que la mayoría no lo son. Y por eso yo celebraría que usted no transmitiese una imagen falseada de esta gente a nuestros hijos. Tal vez antes de que vuelva a tocar este tema

en clase, debería ir a ver a Mr. Corrigan y pedirle consejo. Sabe mucho sobre los salvajes y podrá facilitarle indicaciones correctas.

Marie respiró hondo. Todo su cuerpo temblaba y ella estaba segura de que las mujeres lo notarían, ya que no le quitaban ojo.

Habría esperado cualquier cosa, pero no una impertinencia tan abismal. Consideró por un instante la posibilidad de empezar una discusión, pero no quería que Isbel se viera obligado a despedirla.

—Muchas gracias, Mrs. Blake. Cuando tenga ocasión, hablaré naturalmente con Mr. Corrigan.

Los semblantes de las mujeres se ablandaron un poco. Seguramente habían contado con una resistencia mayor. Marie se dio cuenta ahora de que no fue a Isbel a quien se debía la información de la que disponían las mujeres. Más bien procedería de Stella o incluso de Sophia.

—Muy bien, querida, ya sabía yo que se puede hablar con usted. Parece ser que, pese a todo, el reverendo Plummer ha tenido suerte al elegirla por esposa.

Marie participó solo a medias en el resto de la conversación, pues tenía que hacer un gran esfuerzo para no perder su autocontrol. Llegó un momento en que las mujeres dieron por finalizada la charla y se despidieron. Esbozando una sonrisa exageradamente meliflua, Marie aseguró que esperaba volver a verlas, pero cuando se marcharon las cuatro, les siguió con mirada sombría. ¿Representaban esas mujeres la opinión general de la ciudad? ¿Cuántos más habría aquí que se creían las mentiras y tenían a los Cree por unos salvajes brutos y sin civilizar?

—¿Y bien, cómo fue la conversación con estas señoras? —preguntó Isbel, acercándose por el pasillo.

—Bastante bien —mintió Marie intentando que no se notara su estado de excitación.

—Pues más bien parece usted contrariada. —Isbel señaló el rostro de Marie—. Ahí, lo veo en sus ojos. Y no se le podría tomar a mal, pues sus interlocutoras tienen fama de complicadas.

—Una intentó darme consejos sobre cómo he de dar las clases —replicó Marie evasiva.

—Unos consejos estúpidos, ¿verdad?

—Bastante estúpidos.

—¿Es que le han sugerido la ortografía de algunas palabras que sus hijos escribieron erróneamente en el dictado?

—¿Es eso lo que suelen hacer? —se sorprendió Marie.

—A veces sí. Pero me doy cuenta de que usted ha tenido un problema más grave.

Marie se sintió incómoda bajo su mirada examinadora, que le daba la sensación de que podía adivinar sus pensamientos. Seguro que notaría si ella mentía.

—Se puede calificar así, pero temo que este problema va a traer cola y que tendrá por consecuencia que vengan más padres.

—En tal caso deberíamos comentarlo hoy durante la cena. Mi mujer siente un entusiasmo creciente por usted. Lo percibo todos los días cuando le hablo de usted. O mejor dicho, cuando la pongo por las nubes.

«¿Es necesario que me saque siempre los colores?», se preguntó Marie al notar que sus mejillas empezaban de nuevo a arder.

—Solo intento hacer mi trabajo lo mejor posible.

—No sea tan modesta. ¡Lo que he visto hasta ahora es un trabajo muy bien hecho! Y para volver a Allison, desde que se vieron por primera vez me está insistiendo en que la invite a comer. Podría ser hoy, ¿no? Celebraremos haber sobrevivido al día de los padres.

—No me diga que los padres que usted recibió fueron también agobiantes.

Isbel esbozó una sonrisa pícara.

—«Agobiante» no es la palabra correcta. Siempre lo son. Los hijos son la gran esperanza de los mayores. El primogénito no puede fracasar de ninguna manera, pues tiene que llegar a ser alguien y cuidar de los padres en su vejez. Por eso le insisten al maestro para que no cometa ningún error.

—Pero tendría que ser el maestro quien valore lo que es correcto y lo que no lo es —replicó Marie disgustada—. Si mi padre no hubiese hecho caso en su día a lo que le recomendó el maestro y no me hubiera enviado a un instituto, jamás habría llegado a ser maestra.

—Ya entonces usted debe de haber sido alguien sorprendente —contestó Isbel sonriendo—. No hubiese podido encontrar a nadie mejor para mi colegio.

Capítulo 24

A Marie el olor a solomillo recién asado le hizo la boca agua. Prometía ser tan delicioso que consiguió apartar por un instante de sus pensamientos el eco de las madres chismosas.

Allison demostró ser una perfecta anfitriona capaz de compaginar el trabajo de la cocina con la conversación.

—James dijo que el día de los padres le resultó bastante fatigoso. Espero que usted haya tenido algo más de suerte.

Marie negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no. Pero no quiero quejarme. Ahora al menos sé lo que puedo esperar de algunas personas.

—Suenan un poco resignado —replicó Allison—. Créame, la mayoría de la gente de Selkirk es gente buena.

—No lo dudo. Pero a algunos se les nota que... que les falta experiencia.

—¿En qué sentido?

¿Debía ella mencionar el consejo de Mrs. Blake?

—Seguramente a la señorita Blumfeld le han aconsejado que no sea demasiado severa con algunos vástagos, ¿verdad?

—Más o menos —replicó Marie evasiva, mientras se reprendía a sí misma en su fuero interno por no decir en voz alta lo que le importaba.

Más tarde, cuando estaban degustando el asado y unas excelentes batatas, reunió todo su valor.

—Díganme, el alcalde de esta ciudad, Mr. Corrigan, ¿qué tipo de persona es?

Allison y James intercambiaron unas miradas elocuentes.

—¿Qué la hace pensar en él? —preguntó Isabel.

—Una señora, Mrs. Blake, me aconsejó que lo fuese a ver si quiero saber más de los indios. —Marie hizo una mueca irónica—. O mejor dicho, si quiero perder las simpatías que siento por esa gente.

No se le escapó que, de repente, Allison pareció algo tensa.

James respiró hondo.

—Debería tener cuidado con Mrs. Blake. Espero que haya contestado con cortesía y sin comprometerse en ningún sentido.

Marie asintió.

—Sí, le he dado las gracias por su consejo, aunque en realidad hubiese querido hacerle un buen lavado de cerebro. Sus opiniones sobre los Cree son completamente erróneas y me exige a mí que enseñe a los niños algo que no es cierto. Y eso cuando he visto con mis propios ojos que los indios son buena gente.

—Comparto su opinión, señorita Blumfeld. Pero aun así, aquí en Selkirk debería tener cuidado con este tema. Hay mucha gente que no ha tenido personalmente contacto con los indios. Tras las tensiones de los años pasados los evitan y se creen todo lo malo que se dice de ellos. Alguien que se pone de lado de los indios es calificado, en el mejor de los casos, de débil mental y, en el peor, de peligroso.

—¿Peligroso? Solo les hablé a los niños de mi estancia con los Cree, de un modo completamente objetivo y sin adornar nada. Siento no haber vivido allí ninguna experiencia negativa que pudiese gustar a Mrs. Blake.

Marie bajó los cubiertos fijando la mirada en el plato. No quería arruinar la velada. James y Allison eran tan amables con ella... y no quería ofenderles. Quizás habría sido mejor que no hubiese tocado este tema, pensó desesperada.

—Deberíamos cambiar de tema —dijo en tono algo apagado. Entonces notó la mano de Allison sobre la suya.

—No, no deberíamos hacer eso —replicó dulcemente—. Usted tiene razón, la gente de aquí no tiene derecho a juzgar a otros a los que no han visto nunca. James y yo solo opinamos que usted debería tener cuidado. Mr. Corrigan puede volverse tremendamente desagradable en lo concerniente a los indios. —Allison dirigió una breve mirada a su marido, quien asintió con la cabeza—. Tiene el proyecto de traer el ferrocarril a nuestra región. Lamentablemente esta ruta pasa por territorio indio. Y los Cree no querrán cederlo, después de que ya los expulsaron de sus tradicionales zonas de caza.

Esta noticia asustó profundamente a Marie.

—¿En qué fase se encuentran estos proyectos?

—En una fase muy adelantada, creo. La compañía Canadian Railway Company, fundada hace un año, ya está construyendo la línea. Dentro de un año podrá haber llegado a nuestra región. Naturalmente el ferrocarril es muy importante para nosotros, conectará nuestra ciudad con la civilización y le traerá más vida. Eso deseamos todos de todo corazón.

—Pero nadie piensa en los indios, ¿verdad?

—Desgraciadamente, no. Y sería posible hacerles atractivo este caballo de acero explicándoles que así ellos tendrán también más facilidades para venir a nuestras ciudades. Pero aparte de que mucha gente de aquí no quiere sentarse en un mismo vagón con un Cree, supongo que tampoco ellos querrán establecer este contacto porque temen que les haría perder sus costumbres y hábitos tradicionales.

—Usted realmente parece estar mucho mejor informado que la mayoría aquí —admitió Marie con admiración, pues exactamente como él lo expuso lo había sentido ella también cuando tuvo ocasión de conocer la cultura de los Cree.

Un año parecía una fecha aún muy lejana, pero Marie sabía con qué rapidez transcurren los meses cuando hay mucho que hacer.

—¿Y qué piensa hacer la compañía del ferrocarril si los Cree no acceden a que se construya en su territorio?

—La compañía del ferrocarril tendrá que buscar otra ruta, o... —El «o» quedó flotando en el aire de manera perceptible. Isbel dirigió una mirada elocuente a su mujer—. La condición para que la compañía del ferrocarril considere la posibilidad de conectar Selkirk, será la garantía de que aquí no habrá problemas con los indios. Seguro que Mr. Corrigan hará todo lo posible para prometérselo a los señores de la compañía.

Marie prefirió no imaginar cómo lo haría. De repente le vino a la memoria la imagen de los mutilados de guerra de su pueblo de origen.

—En cuanto a usted, lo mejor será que excluya de sus clases el tema de los indios y que se guarde su opinión, al menos ante las personas de las que sabe que son enemigas de los indios —le aconsejó Isbel—. Con nosotros podrá ser franca siempre, pues en esta casa no se desprecia a nadie por su origen.

Marie se lo creía a pies juntillas. Pero si llegase el caso ¿haría él algo contra Corrigan?

—Intento atenerme a sus recomendaciones, aunque me cueste y los Cree sean, en mi opinión, una parte de este país sobre la que la gente debería estar informada.

Cuando Isbel se dio cuenta de que Marie parecía disgustada, tomó su mano y la apretó dándole ánimos.

—Ya lo verá. Algún día será posible hablar de ellos como son realmente. Tengo la esperanza de que al menos algunos de los jóvenes no se dejen influenciar por sus padres y prefieran tener sus propias experiencias. ¡Solo así nuestra nación podrá llegar a ser grande! Pero hasta que eso suceda hay que recorrer aún un largo camino en el que desgraciadamente nos hemos de enfrentar con estrechez de miras, codicia e intolerancia. No se desanime por eso, señorita Blumfeld, pero, por favor, tenga cuidado.

Pese a que la velada en casa de los Isbel fue realmente agradable, Marie se fue a casa con la sensación de haber comido piedras en vez de un delicioso solomillo. Le molestaba el hecho de no poder hablar libremente en las clases, pero también era lo suficientemente sensata como para comprender que no debía poner en riesgo su puesto por terquedad. Solo podía seguir dando clases si aquellas horribles mujeres con sus espantosos sombreros no predisponían a los demás en contra de ella. Y solo dando clases podía ella intentar cambiar poco a poco la opinión de la gente.

De repente oyó un ruido a sus espaldas. Marie lanzó un grito, instintivamente dio un salto hacia atrás y después se volvió. Espantada vio a un hombre derrumbarse en medio de la calle después de haber sido lanzado por la puerta de un *saloon*. Su rostro ensangrentado testimoniaba que le habían dado una fuerte paliza, o algo peor.

—¡Dios mío! —murmuró Marie mientras corría hacia él. Pero antes de que

pudiera alcanzar al herido, salió por la puerta otro hombre que se abalanzó sobre el lesionado y empezó a golpearlo furiosamente. Lo levantó rápidamente y, propinándole un puñetazo, lo lanzó contra la valla de la casa de enfrente. Atravesó los listones de la valla y cayó al jardín, donde permaneció inerte. Pero el otro aún no tenía bastante.

«¡Lo matará!», pensó Marie.

—¡Pare! —exclamó mientras, recogiendo su falda, corría hacia los dos gallos de pelea—. ¡Deje en paz a ese hombre! ¡Ya basta!

Pero el pendenciero, que le pasaba una cabeza a su víctima y era mucho más robusto, no le hizo caso. Cuando Marie se puso delante de él, la apartó rudamente. Marie tropezó, pero enseguida recuperó el equilibrio y siguió al hombre.

«¿Por qué no interviene nadie? —se preguntó desesperada—. Seguramente habrá más hombres en el *saloon*. ¿Por qué permiten que alguien sea apaleado de ese modo?».

—¡Socorro! —exclamó Marie al divisar las caras tras la ventana de la fonda—. ¡Por favor, ayúdenle!

Pero nadie se movió. En su desesperada búsqueda de ayuda, Marie avistó una pala apoyada contra la pared de la casa. La cogió, resuelta, y asestó un fuerte golpe en la espalda al agresor a punto de dar otro puñetazo.

Cuando el hombre se volvió gruñendo hacia ella, Marie retrocedió sobresaltada. ¿Llegaría al extremo de pegar a una mujer?, se preguntó, agarrando fuertemente el mango de la pala. Antes de que el hombre pudiese atacarla, salieron ahora algunos hombres del *saloon* que se lanzaron inmediatamente sobre aquel ser furibundo. El hombre lanzó un grito rabioso cuando lo separaron del lesionado. Aliviada, Marie dejó caer la pala y corrió hacia el hombre, que apenas se movía ya.

Como la sangre no permitía reconocer de lejos sus rasgos, Marie se asustó aún más al darse cuenta de quién había sido objeto de tanto odio.

—¡Mr. Carter!

Ahora el corazón de Marie empezó a latir aún más fuerte.

Ignorando los insultos del agresor, a quien seguían sujetando los hombres, Marie sacó su pañuelo empapando cuidadosamente la sangre del rostro del herido. Bajo el suave roce, el hombre se encogió e intentó abrir los ojos.

—¡Usted! —susurró entre dientes. Su intento de incorporarse quedó anulado por una debilidad repentina. Su cuerpo se derrumbó cuando perdió la conciencia.

—¡Un médico! —gritó Marie presa de pánico, mientras la sangre del hombre, que emanaba de una herida abierta, corría por su mano—. ¡Vayan de una vez a buscar a un médico!

Pasó un rato hasta que uno de los curiosos se apiadó. Los demás parecían mucho más interesados en averiguar cuánta sangre fluiría aún de la herida de la víctima.

—¡Mira a quién tenemos aquí! ¡A la maestrilla! —dijo alguien entre la multitud —. ¡Es tan valiente como un hombre! —La exclamación causó risas generales.

Marie se volvió furiosa, pero no pudo identificar entre la multitud al autor de estas palabras. Cuando Philipp emitió un gemido, ella volvió a fijar la vista en él.

—Todo irá bien, Mr. Carter. Ya vienen a socorrerle.

—¡Gracias por haberme ayudado! —susurró él.

—¡Quédese quieto y no hable!

Para calmarle, Marie puso la mano en su pecho. Aunque era un hombre fuerte, sentía preocupación por él. Tras unos instantes que parecían interminables, un hombre que vestía levita negra se adelantó de entre la multitud.

—Soy el doctor Duval —dijo con un acusado acento francés, mientras abría su maletín.

—Han dado una paliza a este hombre. Se llama Philipp Carter.

—¿Lo conoce usted?

Marie asintió.

—Me trajo a la ciudad, junto con algunos tratantes.

—¿Quiere decir tratantes de pieles?

—Sí.

El médico asintió brevemente. Luego dijo:

—Entonces tal vez convendría que nos acompañase usted y le sostuviese la mano. Voy a tener que darle unos puntos de sutura en la herida. Y quién sabe si tiene además alguna fractura.

Cuando Marie asintió, el médico se volvió hacia los presentes.

—¿Sería demasiado pedir que dos o tres de ustedes trasladaran a este pobre hombre a mi consulta?

De mala gana se adelantaron dos hombres. Marie reconoció a los que habían salido del *saloon* para protegerla de la agresión. Ella no sabía dónde se había metido el atacante, pero dudaba de que se hubiese marchado a su casa sin más.

Los dos voluntarios cargaron a Philipp en un carro que se encontraba junto al *saloon* y siguieron al médico que movía la cabeza emitiendo palabras ininteligibles.

Cuando llegaron a casa del médico en la Plum Street los hombres bajaron a Philipp del carro y lo llevaron a la consulta. Marie se quedó en la puerta con el estómago revuelto.

—¡Venga, *mademoiselle*, no sea tímida!

Duval le hizo una señal con la mano y dio las gracias a los otros dos portadores.

Cuando Marie se acercó a la camilla, Philipp seguía inconsciente. La sangre, en parte ya coagulada, le daba un aspecto aún más angustioso.

—No tema, parece peor de lo que es —explicó el médico, remangándose y hundiendo profundamente las manos en la solución carbónica preparada en un

recipiente—. Tan pronto le hayamos lavado la sangre, tendrá mejor aspecto.

Cuando el médico empezó a lavarle, Marie buscó la mano de Carter. Se sintió un poco rara consolando a un completo desconocido. Seguro que Stella y su círculo de conocidos se habrían tapado la boca horrorizadas, pero al médico no pareció molestarle. Mientras del paño caían gotas ensangrentadas, Philipp se movió ligeramente.

—Ah, está volviendo en sí —gruñó el médico.

—Es bueno ¿no? —preguntó Marie esperanzada.

—En nuestro caso no lo es —contestó Duval, desprendiéndose del trapo y corriendo hacia el armario de medicamentos—. Si siente dolor no se mantendrá quieto. El resultado serán cicatrices torcidas que van a arruinar mi dignidad profesional. Ah, aquí lo tenemos.

Duval echó unas gotas en un vaso de agua que tendió a Marie.

—Yo lo sujetaré y usted le hará tragar el remedio.

—¿Qué es?

Marie miró escéptica el líquido lechoso que desprendía un extraño olor.

—Láudano. Solo unas gotas para que no sienta dolor y se mantenga quieto.

Cuando el médico levantó un poco la parte superior del cuerpo de Philipp, este abrió los ojos, pero pareció no reconocer a nadie.

—¿Cree usted que podrá tragar? —preguntó Marie preocupada.

—Lo veremos. ¡Déselo rápidamente antes de que vuelva a perder la conciencia!

Cuando Marie le puso el vaso en los labios, le sorprendió lo poco que costaba darle el agua a Philipp. Duval volvió a recostarle cuidadosamente en la camilla.

—Mientras esperamos vamos a prepararlo todo. Manténgale vigilado por si tiene que vomitar. ¿Qué es lo que ocurrió exactamente? ¿Estaba usted allí cuando se inició la pelea?

Marie contestó negativamente.

—Pasé por allí por casualidad y en aquel momento Mr. Carter salió despedido de la puerta y fue lanzado contra la valla.

—¡Son todos unos bárbaros! —murmuró Duval mientras preparaba el soporte de la aguja—. Últimamente me pregunto cada vez con mayor frecuencia por qué diablos vine aquí.

—Seguro que fue por un motivo bueno y muy noble.

Un soplido irónico fue la respuesta.

—¡Un motivo noble! ¡Quería hacerme rico! Pensaba que, si lo intentaba aquí donde todo el mundo busca oro llegaría lejos.

—Por lo visto lo ha conseguido.

Marie echó un vistazo a la consulta limpia y bien equipada.

—Si, es cierto. ¡Pero a qué precio! Mientras que mis colegas se ocupan en

Quebec de enfermos de gota, yo tengo que tratar con casos como el de este que está en la camilla.

Pese a su evidente exaltación, no le temblaron los dedos cuando empezó a dar los primeros puntos de sutura.

—O le dan una paliza a alguien o le pegan un tiro. Por no hablar de los accidentes de la serrería. Solo hace una semana que un paciente se cortó la mano. ¡Vaya porquería!

—Pero tal vez sus colegas tampoco estén contentos con los ancianos enfermos de gota. Quizás echen en falta la aventura.

Duval la miró por encima de sus gafas, lo que parecía significar cierta desaprobación.

—¡Puedo renunciar perfectamente a aventuras como esa! Y mis colegas, en caso de que fuesen tan estúpidos como para añorar este tipo de aventuras, comprenderían pronto que resulta todo menos estupendo tener que tratar heridas como esa que normalmente solo se producen en una guerra.

Mientras el médico daba una puntada tras otra y acabó por anudar la costura, Marie contempló más detenidamente a Philipp. En la caravana no se había dado cuenta de lo atractivo que era. Ni siquiera George Woodbury podría competir con él, a no ser porque vestía con más elegancia.

—Me gustaría que se quedara aquí una hora más hasta que desaparezca el efecto del láudano —dijo Duval al finalizar el procedimiento—. ¿Tendría usted inconveniente en quedarse? Espero a los próximos pacientes para dentro de diez minutos y entonces ya no tendré tiempo de cuidar de él.

—Si lo desea, puedo quedarme —manifestó Marie—. A condición de que usted acuda en caso de necesidad.

—Si necesita ayuda, no tiene más que llamarme. Pero, por favor, no lo haga ante cualquier gemido que emita. Solo si una de las heridas sangrase en exceso, pese a los puntos, o si empezase a toser y escupir sangre. No he podido comprobar lesiones internas, pero una fisura del bazo se manifiesta lamentablemente mucho más tarde.

Con estas palabras dejó a Marie a solas con Carter.

Pese a que el paciente se encontraba adormilado, Marie se sintió un poco aturdida. Se encontraba sentada ante aquel hombre al que, a medida que pasaba el tiempo, encontraba cada vez más atractivo y se sentía como una colegiala secretamente enamorada de su maestro.

«Tengo que hacer algo», pensó mientras pasaba la mirada por la habitación con el instrumental ensangrentado, la botella de láudano y los paños en el suelo.

—¿Rachel?

Marie levantó la vista sobresaltada. Carter se había vuelto un poco de lado, sus párpados estaban ligeramente abiertos, mientras movía los labios como si quisiera

decir algo más.

—¿Mr. Carter?

Marie le puso cuidadosamente la mano en el hombro. Sus ojos volvieron a cerrarse y sus labios dejaron de moverse. Unos instantes después empezó a roncar suavemente.

¿Quién era Rachel? ¿Su chica, tal vez? ¿O su hermana? En su último encuentro no dio la sensación de tener novia.

De repente Marie volvió a sentirse acongojada sin saber el motivo. «¿Acaso me molesta el que pueda tener novia? —pensó moviendo negativamente la cabeza—. Yo misma estoy prometida». Pese a todo, no logró quitarse esta pregunta de la cabeza.

Capítulo 25

LA fiebre me hizo pasar varios días en la cama. El tímpano reventado se inflamó y me causó unos dolores tan espantosos que a veces deseaba morir. No me enteré de las visitas de Peter a mi lecho de enferma ni tampoco de las miradas compasivas de Marianne, de las que Peter me habló tiempo después. Mi padre no hizo acto de presencia. Se encerró en su estudio, pero yo dudaba de que se arrepintiese de la acción que había cometido. Seguramente la consideraba incluso justificada, y eso pese a haber pecado contra los mandamientos.

Al cabo de dos semanas la fiebre volvió a bajar y yo volvía a ver el mundo a mi alrededor con más claridad. Vi alivio en los ojos de Marianne. El doctor Felsenbaum me dirigía miradas alentadoras y Peter vino a contarme historias. Había dejado de esperar que mi padre acudiera. Hasta celebraba que no se dejara ver.

Luego llegó el día en que me quitaron la venda y comprobé que el oído lesionado no volvería a sanar ya nunca del todo. Mientras que con el oído derecho oía como siempre, en el lado izquierdo todo sonaba como si hubiese dentro un tapón de algodón. Como al principio los ojos se me llenaban de lágrimas, me tapaba a menudo el oído sano y aceptaba la sordera.

—Estas secuelas son completamente habituales —me explicó el médico—. Con el tiempo mejorarás.

Pero yo presentía que nunca más volvería a ser la de antes, y el hecho de que la culpa la tuviese precisamente mi padre, me hizo llorar en más de una ocasión.

El único que comprendía cómo me atormentaba aquello era mi hermano. Debí de ser también él quien le habló del incidente a nuestro maestro, pues pocos días después el señor Hansen se presentó ante mi lecho de enferma, aprovechando que mi padre tenía que hacer unos recados en el pueblo que le ocuparon durante algún tiempo.

—Siento lo ocurrido —dijo, sentándose con aire preocupado en el taburete junto a mi cama—. Estoy seguro de que tu padre lo lamenta. Naturalmente está en su derecho al castigar a sus hijos y si se excedió fue sin duda sin querer.

Yo no compartía en absoluto su opinión. La dureza del golpe que mi padre me dio fue intencionada. Incluso al cabo del tiempo transcurrido creía sentir aún toda la rabia que se había acumulado en él. Ante todo la rabia por el hecho de que yo lo hubiese visto durante su pecado con Luise.

—¿Y qué es lo que hiciste para que tu padre se enfadara tanto? —quiso saber Hansen después de observarme durante un rato. ¿Debía yo decirle realmente cuál había sido el motivo? No, nadie debía saberlo.

—Le pedí que no donara las joyas de nuestra madre para la guerra.

Le hablé de los mutilados y de la pena que sentí por sus familias. Y de mi deseo de que aquella guerra terminase de una vez.

El maestro escuchó todo sin pestañear. Después se pasó la mano por el cabello.

—Eres una buena chica, Marie. Estoy seguro de que a partir de ahora todo te irá mejor.

Con este enigmático anuncio abandonó la habitación.

Al día siguiente Peter se presentó ante mi cama con aire preocupado. Temí que padre lo hubiese castigado por algo, pero no me atreví a preguntar. En vez de eso le señalé el borde de la cama en el que ya podía sentarme, invitándole a tomar asiento a mi lado.

—Padre acaba de hablar con el maestro —dijo Peter en voz baja.

Sentí un susto tremendo. Por el tono acongojado de Peter deduje que padre habría decidido sacarme del colegio. ¡Y eso aunque no hubiese hecho todavía la confirmación! De repente tuve la sensación de que un hierro aprisionaba mi garganta y mi pecho. ¡Jamás se cumpliría mi sueño de poder dar algún día clases en la escuela del pueblo!

—Ha aceptado enviarte al instituto.

En un primer instante me quedé sin habla. Miré desconcertada a mi hermano, moviendo incrédula la cabeza.

—¿Seguro que no habrás entendido mal?

—No. Es cierto. El maestro le ha sugerido que te envíe al instituto porque eres demasiado inteligente para la escuela del pueblo. Incluso ha conseguido una pequeña beca del terrateniente local, porque le dijo que quizá más adelante podrías llegar a ser maestra aquí.

De repente me faltó el aire. Jadeando fuertemente, me abracé a Peter que me miraba asustado.

—¿Qué te sucede, Mariechen? ¿Necesitas un médico?

Sentía el corazón desbocado, pero, pese a que mis pulmones intentaban desesperadamente aspirar aire, no me desvanecí. Tras unos segundos el ataque había pasado.

Preocupado, Peter me pasó la mano por la frente.

—Ya estoy bien —le tranquilicé. Solo fue la alegría. Después de lo que pasó... no pensé que lo hiciese.

—Te envía lejos porque te tiene miedo. —Peter tomó mi mano. Pese a su abatimiento, había una chispa de orgullo en sus ojos, aunque mezclada con pena—. Piensa que podrías contarlo en el pueblo y, por eso, para evitarlo, quiere que te vayas de aquí.

—También tú podrías contarlo —contesté, pues seguramente Peter había entendido antes que yo quién fue el lobo en el dormitorio de Luise.

—Pero sabe que yo no tengo valor para hacerlo. Tú, en cambio, no le tienes miedo y...

Yo sabía que quería decir que yo ya no sentía nada por nuestro padre. Afortunadamente no finalizó la frase.

—Sabes que no nos veremos en mucho tiempo —fue lo que dijo en su lugar. Yo asentí y me abracé a él—. Y que me voy a morir de aburrimiento sin ti.

—Ya verás como no te vas a morir —repliqué, acariciando su mejilla—. Pero procura evitar a padre, prométemelo. No le irrites innecesariamente.

—No te preocupes. De todos modos, paso la mayor parte del tiempo en el instituto, y cuando estoy aquí me dedico a mi trabajo.

—Bien. Te escribiré tantas veces como pueda, y te contaré todo lo que me sucede en el instituto.

Peter me sonrió reconciliado. Después me besó en la frente.

—Quizá sea realmente una suerte que te marches de aquí. Las flores se mustian en la oscuridad, ¿sabes?

Después de algo más de media hora Philipp Carter despertó de la anestesia. Miró a Marie sorprendido.

—¡Hay que ver a quién tenemos aquí! ¡A la señorita Blumfeld!

—Sí, soy yo, Mr. Carter. Y me alegra ver que aún se acuerda de mí.

—¡Cómo iba a olvidar a la amiga de Onawah! ¡Aunque está mucho más guapa! Seguro que ya se habrá convertido en la señora del reverendo Plummer, ¿verdad?

Marie negó, aturdida, con la cabeza.

—No, todavía no.

—¿Acaso ese canalla ha cambiado de opinión?

—No, la boda se ha aplazado por la muerte de su madre.

—¡Oh! Lo siento.

Quedaron en silencio, y Marie empezó a notar cierta decepción en su interior.

—¿Dónde diablos estoy? ¿Y por qué siento como si una manada de búfalos me hubiese pasado por encima?

—¿No se acuerda de la pelea en el *saloon*? —preguntó Marie preocupada. ¿Fue por uno de los golpes tan fuertes en la cabeza por lo que ahora Carter recordaba solo cosas que habían sucedido en un pasado más lejano?

—¡Ah, sí! —replicó después de una breve reflexión—. Sí, me acuerdo. Creo haberme pegado con un individuo que dijo que los indios no son más que ganado al que hay que matar.

Marie se encogió sobresaltada.

—¿Eso es lo que dicen los hombres en el *saloon*? —preguntó indignada.

—No todos, pero algunos sí. Los amigos de Mr. Corrigan intentan extender las

retorcidas opiniones del alcalde. Por lo visto, ya están teniendo éxito.

Marie se acordó de lo que le dijo Mrs. Blake.

—¡Aquel hombre estuvo a punto de matarle! Quizás habría sido mejor no intentar hacerle cambiar de opinión.

Carter pagó su intento de negar con la cabeza con un dolor que le hizo entornar los ojos.

—No fui capaz de mantener la boca callada, señorita Blumfeld, y además sé que los indios no son peores que nosotros. Lo único que nos diferencia es el color de la piel, y debajo de la piel hay personas como usted y como yo. Usted sin duda lo sabe.

Marie asintió.

—Claro que lo sé. Y créame, ya he intentado explicárselo a la gente de aquí, pero sin mucho éxito. Precisamente hoy tuve que escuchar en el colegio que lo que les explico a los niños son cuentos.

En el rostro de Philipp asomó una sonrisa.

—¿Y no lo hacen a veces los maestros?

—Algunas veces, sí. Pero, en general, solemos atenernos a la verdad. Y no es ni mentira ni un cuento cuando digo que los Cree son seres humanos como nosotros, aunque crean en otros dioses y tengan otras costumbres.

—No, no es mentira.

Antes de que pudiese seguir hablando, la puerta se abrió de golpe.

—¡Ya veo que nuestro paciente se ha recuperado!

Con paso enérgico el doctor Duval entró en la habitación y sacó el reloj del bolsillo.

—Desde la intervención ha pasado hora y media sin que usted se haya muerto ni haya escupido sangre. Creo que podemos dar por hecho que sobrevivirá, Mr. Carter.

—Gracias por haberme asistido, doctor —replicó Carter mientras se incorporaba ayudado por Duval.

—No me dé las gracias a mí, sino a esta joven. Si no hubiese atacado a su agresor con una pala, usted estaría a estas horas metido en una caja de madera.

Marie miró sorprendida al médico.

—¿Cómo sabe usted que yo...?

—Me lo contó uno de mis pacientes. Estaba presente cuando usted actuó tan heroicamente. Tiene mucho valor, *mademoiselle*, pero también fue temeraria. Si aquel individuo la hubiese atacado podría desollarla viva. Desgraciadamente en esta ciudad hay muchos hombres capaces hasta de agredir a una mujer.

—¡No podía quedarme parada viendo cómo daban una paliza a alguien! Fue todo menos una lucha limpia. El adversario de Mr. Carter era mucho más alto que él.

—Pero aun así le habría ganado si otro no me hubiese dado en la cabeza con una silla —objetó Carter con una sonrisa pícar—. He luchado con osos que pesaban más

que aquel individuo. Pero al contrario de los osos, los seres humanos emplean trucos sucios cuando luchan.

—¡Con esto confirma usted totalmente mi visión del mundo, Mr. Carter! —Duval aplaudió—. Creo que ya le podemos dejar regresar a ese mundo. Enviaré la factura al dueño del *saloon*, pues, al fin y al cabo, sus matones no saben hacer bien su trabajo.

—¿Acaso deberían haberme echado a la calle cuando manifesté mi opinión? —preguntó Carter exaltado.

—No. Deberían haber echado al tipo que le provocó. Eso es lo que haría yo si quisiese imponer paz en mi negocio. *Bonne soirée!*

Cuando Marie cruzó la sala de espera repleta de gente tuvo la sensación de estar haciendo una carrera de baquetas. Los pacientes levantaron curiosos las cabezas cuando se encaminó hacia la puerta en compañía de Carter. Seguramente, mañana sería el tema principal de los chismes de la ciudad.

—Entonces, buscaré fuera un lugar para dormir —dijo Philipp después de que abandonaran la consulta del médico—. Con suerte, mi caballo se encuentra aún delante del *saloon*.

—¡Ni hablar! —soltó Marie. Pero en el acto desechó la idea de alojarle en la casa parroquial, o incluso en la de Stella. Pero se le ocurrió otro lugar—. Usted vendrá conmigo, Mr. Carter, por si acaso tiene una conmoción cerebral.

—Pero el médico dijo que todo estaba perfecto.

—Aun así, no quiero dejarle a la intemperie. Y difícilmente encontrará alojamiento en el *saloon*.

—Supongo que no.

—Bien, entonces sígame.

Con paso decidido, Marie se dirigió al colegio. Como los Isbel habían mostrado una actitud amistosa hacia los indios, seguro que no tendrían inconveniente en acoger a un hombre que recibió una paliza por manifestar su opinión.

—¿Adónde me lleva? —preguntó Carter cojeando e intentando seguir el paso de Marie.

Cuando ella se dio cuenta de que él se había quedado atrás, se detuvo.

—A un lugar en el que estará completamente seguro de los ataques de esos bárbaros del *saloon*.

—¿A la cárcel?

La carcajada de Philipp se vio interrumpida por unos doloridos gemidos mientras se llevó la mano a la cabeza.

—No, al colegio. —Ahora tampoco Marie pudo evitar sonreír—. Apuesto a que su agresor no ha visto jamás una escuela por dentro.

—¡Pare ya, señorita Blumfeld! —gimió Carter entre risas—. Mi cabeza está a punto de estallar.

—Ya estamos llegando y podrá descansar.

—¿Está segura de que ahí no molestaré a nadie?

—Arriba vive Mr. Isbel con su esposa. ¡Y él no se opondrá, créame!

Llegada a la puerta del colegio, Marie se volvió una vez más hacia todos los lados, después abrió. Una sensación familiar de seguridad la envolvió en el mismo momento en que el olor a cera penetró en su nariz.

—¿Y dónde pretende alojarme aquí? —susurró Philipp echando una mirada escéptica a su alrededor.

—Hay unas habitaciones que no se usan en la parte posterior del edificio. Venga conmigo.

Sin hacer ruido, pero con pasos enérgicos, Marie recorrió el pasillo hasta que llegó ante la puerta de un cuarto que algún día debería convertirse en gabinete de geografía. Ya había algunos viejos mapas, pero, aparte de ellos, solo se veía un banco escolar desechado y un armario.

—Muy acogedor —observó Philipp en tono sarcástico.

—En cualquier caso será mejor que dormir en la calle amenazado por unos salvajes. Voy por una manta.

—¿Señorita Blumfeld?

Marie se volvió sobresaltada.

Isbel, que apareció en la puerta, levantó sorprendido las cejas.

—¿A quién ha traído?

—Es Philipp Carter. Mr. Carter, le presento a James Isbel, el director del colegio.

Como Isbel no hizo ademán de darle la mano, Philipp se limitó a saludar con la cabeza.

—Ahora iba a informarle o, mejor dicho, preguntarle...

—¿Qué ocurrió?

El semblante de Isbel se ensombreció al descubrir las manchas de sangre en la ropa de Carter.

—Alguien le ha dado una paliza —contestó Marie en su lugar—. En el *saloon*.

—¿Y por qué lo trae aquí?

—Si molesto, puedo marcharme —se apresuró a decir Philipp, pero Marie le retuvo agarrándole de la manga.

—Mr. Isbel, a este hombre lo han agredido a causa de sus convicciones. Le ha llevado la contraria a alguien que maldecía a los indios. En la ciudad no está seguro.

—¡De acuerdo pues! —dijo Isbel tras una breve reflexión—. Quédese aquí esta noche. Le traeré unas mantas. Pero le advierto, no cree más problemas aquí.

—No, señor, por hoy ya estoy servido.

Isbel le hizo un gesto con la cabeza a Marie. A continuación desapareció por el pasillo.

—No está precisamente entusiasmado.

—No le conoce y se siente responsable de la escuela. Al fin y al cabo está previsto que mañana reciban clase aquí cuatro niños.

Carter asintió.

—Es comprensible.

—Voy por un poco de agua para que pueda lavarse. ¿Tiene hambre?

—No, no mucha. Todavía noto aquel remedio diabólico del médico. Pero un poco de agua para beber no estaría mal.

Marie se levantó con una sonrisa y salió del aula. A medio camino se cruzó con Isbel que traía dos mantas.

—¿Está usted segura de que no me creará problemas? —le dijo a Marie en un susurro—. Existe la posibilidad de que el tipo que le dio la paliza le esté buscando.

—No lo creo —contestó Marie—. Aquel sujeto desapareció de repente. Si hubiese buscado más camorra, nos habría acechado junto a la consulta del médico. Además, pondría la mano en el fuego por Mr. Carter. Fue uno de los hombres que me trajeron a Selkirk.

—Está bien; entonces que se quede. ¿Dónde se está más a salvo de los bandidos que en una escuela?

—Yo también dije algo parecido. Muchas gracias, Mr. Isbel.

Isbel le dirigió una amplia sonrisa. Después le llevó las mantas a Philipp.

Al llegar a casa, a Marie le daba lo mismo que Rose la estuviera acechando o que Stella le hiciese reproches. Completamente agotada, se arrastró escalera arriba. ¡Qué día!

Lo único positivo era que había reencontrado a Philipp, aunque en unas circunstancias horrorosas. Ojalá pasase una buena noche. Marie no sabía qué iba a ser de él. Seguro que no podría quedarse en la ciudad, pero todo su ser se rebelaba contra la idea de dejarle marchar de nuevo. ¿Por qué? No tenía ni idea.

En su habitación se quitó rápidamente el vestido, un vestido que decía haber comprado con su primer sueldo. Debería saludar a Stella, pero para eso eligió el vestido oscuro que llevó en la visita a los Woodbury. Naturalmente Stella protestó contra el vivo color azul de su vestido y solo transigió cuando Marie explicó que este color producía un efecto positivo en los alumnos, pues los calmaba y les hacía comportarse mejor.

Después de haberse cambiado, se contempló en el espejo. «¿Por qué no me acuesto sin más y echo una cabezada? —pensó—. Tras un día como el de hoy, lo merezco».

Pero la sensatez se impuso y la hizo bajar.

—¡Marie!

La voz de Stella hizo encogerse a Marie.

—Buenas noches, Auntie —contestó—. Acabo de llegar y solo quería cambiarme antes de...

—¡Por favor, acompáñame al salón! —la increpó Stella, adelantándose. Rose estaba sentada ante la mesita de cristal, en la que había dos tazas del café que las dos habían tomado tras la comida. Rose apartó la cabeza, incómoda, como si lo que iba a seguir le resultase de antemano violento.

Marie se sintió como ante un tribunal penal cuando Auntie tomó asiento y la examinó con expresión adusta.

—Ahora son las nueve menos cuarto. Tengo entendido que las clases terminaron a las tres.

Marie enarcó sorprendida las cejas. ¿Desde cuándo Stella se interesaba por la hora a la que ella finalizaba su trabajo? Los días anteriores había podido ir y venir sin que se la sometiera a un interrogatorio. ¿Acaso algunos de los curiosos no tuvieron nada mejor que hacer que informar inmediatamente sobre la pelea?

—Hoy fue el día de los padres, y Mr. y Mrs. Isbel me invitaron espontáneamente a cenar.

—¡Pero la cena no puede haber durado tanto!

—Y en el camino de regreso hubo un incidente —prosiguió Marie. Seguramente Stella ya estaría informada. ¿Por qué se lo iba, pues, a callar?—. Ayudé a un hombre que fue apaleado. Me ocupé de que lo viera un médico y lo atendiera. —No dijo que alojó a Carter en el colegio.

La expresión de Stella confirmaba que, efectivamente, estaba ya informada.

—Estoy segura de que aún no sabes lo que se espera de ti. Ninguna mujer honrada se mezcla en una pelea entre hombres desconocidos, y mucho menos si salen de un *saloon*.

Marie notaba como la ira se iba concentrando en su estómago.

—¿Acaso, según usted, debería haberme quedado mirando cómo mataban a un inocente? ¿Es esa mi obligación como esposa del reverendo?

Las dos mujeres se miraban echando chispas.

—¿Y cómo sabías quién de los dos era inocente?

—El hombre que fue apaleado fue uno de los que me acompañaron a Selkirk. O como diría usted, que me salvaron de los indios.

—¡Pero eso no demuestra ni mucho menos su inocencia! —intervino ahora también Rose.

—¿Y qué importa? —jadeó Marie furiosa—. Lo que quise fue salvar de la muerte a un ser humano, eso es todo. ¡Y si eso no es obligación de la esposa del reverendo, es una obligación para mí, como ser humano y como cristiana!

Mientras Rose retrocedía asustada, la mirada de Stella seguía fija en Marie.

«¿Qué más vendrá ahora?», se preguntó acongojada.

—¡Mañana te espero puntualmente a la hora de la comida! —se limitó a añadir Stella, indicándole después que ya podía marcharse.

Marie dirigió una mirada sorprendida a Stella. ¿Se rendía la tía tan rápidamente? ¿O continuaría esta conversación en presencia de Jeremy?

Cuando se dirigía a su habitación, subiendo las escaleras, volvió a pensar en Philipp, deseando que su noche transcurriese mejor que la que la esperaba a ella.

Solo una semana después apareció un carruaje ante nuestra puerta y un hombre fornido, que llevaba un abrigo de cochero, cargó en él mi maleta y mi bolsa. Aunque siempre había sido mi deseo ir al instituto, se apoderó de mí una tremenda tristeza cuando abracé a mi hermano por última vez en mucho tiempo.

—Que todo te vaya bien, Mariechen —me susurró—. Y ten cuidado.

—Tú también.

Al subir al carruaje, vi el rostro hinchado por las lágrimas de Marianne y luego eché un último vistazo a la casa de mis padres. Algo dentro de mí tenía la esperanza de que mi padre contemplase, al menos, mi partida desde la ventana. Pero tras los cristales no había más que oscuridad. Igual que aquel día en que Luise se marchó.

Durante un rato el viaje transcurrió por caminos de tierra llenos de baches, hasta que, al fin, llegamos a una pista de superficie lisa. Al ir sola en el carruaje podía estirarme a mis anchas en el banco y con los ojos cerrados soñar con el instituto. ¿Cómo sería? ¿Encontraría amigas allí? En el colegio de nuestro pueblo las chicas no habían demostrado mucho interés por tenerme por amiga, pero no me había importado. Tenía a Peter, que no veía nada malo en que mi letra y también mis notas fuesen mejores que las de las demás.

Según el maestro de mi escuela, las chicas del instituto eran como yo, unas jóvenes educadas e inteligentes, empeñadas en labrarse el mejor porvenir posible.

Cuando el carruaje se detuvo al fin, habían pasado seis horas y tenía el trasero adormecido, como si se hubiesen paseado miles de hormigas por mis bragas. Me costó un gran esfuerzo descender del carruaje y mantenerme erguida, pues al igual que mi parte trasera se me habían dormido también las piernas. Además volví a notar el oído malo, que me provocó un leve mareo.

—¿Vas bien, muchacha? —preguntó el cochero que se había dado cuenta de mi debilidad.

—Claro que sí.

Después de que el cochero me diese mi bolsa, recorrí el camino asfaltado hasta el portal de aspecto fascinante. Las varas de la verja, recubiertas de patina, terminaban en unas puntas de aspecto amenazador, que recordaban lanzas antiguas. En el centro de las rejas estaban incrustadas unas coronas de laurel de hierro forjado.

Como la puerta estaba cerrada, tiré del cordón de la campana situada al lado, y un instante después apareció el portero.

—Debes de ser la nueva alumna —dijo al dejarme pasar—. Acompáñame, la directora ya te está esperando.

Le seguí, pasando por delante de cuidados planteles de flores naranja y amarillas que se extendían hasta el edificio del internado rodeado por altas matas y arbustos. Tomé por buena señal el hecho de que aquí hubiese lilas. El edificio en sí me recordó una de las construcciones gubernamentales de la capital donde el duque se dedicaba a sus asuntos oficiales. Las paredes blancas, con dos hileras de altas ventanas, estaban rematadas por un tejado de pizarra roja. Una larga escalera conducía al portal de entrada, pintado de verde, en el que un batiente de la puerta estaba abierto de par en par. No se veía a ninguna de las otras alumnas, pero en el piso superior alguien tocaba el piano y se oía la voz cristalina de una muchacha.

La directora Christiana Habermann era una mujer alta y esbelta, de rasgos angulosos y severos, ojos azules y un peinado perfectamente recogido, aunque atravesado por mechaz plateadas. El único adorno en su vestido negro verdoso de tafetán era un fino cuello blanco de puntilla. Tal como estaba sentada tras su pesado escritorio tallado, me pareció la intransigente soberana de un pequeño reino.

Después de que yo hiciera una reverencia y me presentara, ella se levantó y salió de detrás de su escritorio.

—Señorita Blumfeld, su carta de recomendación la pone por las nubes. Por lo visto, se le dan muy bien las ciencias naturales.

¿Qué iba a decir yo?

—Esta asignatura me interesa mucho.

—Y también se elogian sus conocimientos del alemán y del inglés. Parece ser que uno de sus talentos son los idiomas.

Ruborizada, bajé la cabeza.

—¡Muchas gracias!

—¡No me las dé a mí! —La directora cogió una carta del escritorio y la levantó—. Es al maestro Hansen a quien se deben estos elogios y quien la pone por las nubes, no yo. Me escribe que usted es una joven muy prometedora que merece tener una buena formación.

Me examinó a fondo como si quisiera leer mis pensamientos. Luego dijo en tono casi solemne:

—Todos los años aceptamos un número limitado de alumnas. Conozco muy bien al maestro Hansen y le debo un favor. Si pide que le pague este favor aceptándola a usted, tendrá que hacer todo lo posible para no hacerle quedar mal.

—Me esforzaré al máximo, señora Habermann.

Me quedé parada, cabizbaja, hasta que la directora, después de haberme

examinado nuevamente, fue a la cortina y tocó una campana. No fue el portero quien acudió, sino una muchacha paliducha y delgada, vestida de uniforme.

—Lleva a la señorita Blumfeld al dormitorio y enséñale la cama que le hemos preparado. Después la acompaña a las aulas.

—Muy bien, señora directora.

—Sus clases empezarán mañana a las ocho en punto. En su habitación hay un tablero con el horario y están sus libros. En la biblioteca encontrará más libros. — Ahora asomó al fin una sonrisa en su severo semblante—. Bienvenida a nuestro instituto, señorita Blumfeld.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, Carter la recibió en la puerta del colegio, con la cara recién lavada y vistiendo una chaqueta nueva que, sin duda, le dio Isabel.

—Oh, Miss Blumfeld. No pensé que tan temprano...

¿Realmente pretendió partir sin despedirse? Marie se sintió decepcionada, pero se obligó a sonreír.

—Vengo siempre muy pronto a la escuela, Mr. Carter. Tengo que prepararme antes de las clases, y en casa de la tía de mi prometido no tengo la calma necesaria.

Carter esbozó una amplia sonrisa.

—Parece ser una buena bruja, la señora.

Marie contempló azorada el dobladillo de su falda.

—No le gusta demasiado que yo trabaje.

—Sí, una mujer ha de estar tras los fogones, ¿verdad? Yo pienso que tendría que haber más mujeres que trabajen. Así aumentan las posibilidades de ser salvado por una de ellas de los ataques de un matón enfurecido.

—¿Y adónde piensa ir ahora?

—No lo sé, a cualquier parte. Quizás exista cerca algún puesto comercial en el que necesiten un ayudante.

—Por cierto, ¿por qué se ha separado de Mr. Jennings? ¿Por alguna divergencia de opiniones?

—No, yo... —Se interrumpió y se puso a jugar nerviosamente con un botón de su chaqueta—. Pensé que había llegado el momento de empezar algo nuevo.

—¿Y para eso viene precisamente aquí?

—Era la ciudad más grande de la zona. No le irá mal a una ciudad si sus habitantes se pueden permitir hacer venir a mujeres de ultramar, ¿verdad?

—Usted olvida que solo es un habitante el que ha hecho venir a una mujer por mar.

Carter se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay?

—¿Mr. Carter? —James Isabel se acercó por el pasillo con largas zancadas—. ¿No pretenderá marcharse ya, verdad?

—Sí, esa era mi intención. Seguro que usted no querrá que sus niños se asusten cuando vean a un vagabundo como yo.

—Me estuve preguntando si usted necesita algún empleo —dijo Isabel sin hacer caso a la respuesta de Carter. Después cruzó las manos ante el pecho—. Usted tiene aspecto de un hombre que sabe trabajar. Y como ya no acompaña a los tratantes de pieles, supongo que su intención es buscar otro trabajo.

Carter dirigió una mirada sorprendida a Marie, pero también a ella la sorprendió la oferta de Isbel.

—Me gustaría ofrecerle un empleo como conserje. Hasta ahora la señorita Blumfeld y yo nos teníamos que ocupar nosotros mismos de mantener todo en orden, pero próximamente va a incrementarse el número de alumnos, de modo que un conserje sería de gran ayuda.

Mientras Isbel le miraba esperando su respuesta, Philipp se rascaba desconcertado la cabeza.

—¿Por qué piensa precisamente en mí para este puesto? La señorita Blumfeld me trajo aquí. Yo estaba cubierto de sangre y completamente obnubilado y ella pidió asilo para una noche. Usted no sabe si no fui yo quien empezó la pelea ni si hay otras cosas que pesan sobre mi conciencia.

James Isbel sonrió dulcemente.

—Eso es precisamente lo que me induce a cogerle confianza.

—¿Cómo?

—Cualquier tunante hubiese aceptado mi oferta sin pensárselo, pero usted me previene prácticamente contra usted mismo. Este es un lugar seguro. El sueldo no es nada del otro mundo, pero a cambio podrá vivir en la escuela. Cualquiera con el agua hasta el cuello aceptaría inmediatamente.

—¿Y quién dice que yo no lo haría? Lo único es que me sorprende su confianza en el mundo.

Isbel esbozó una sonrisa enigmática.

—He tratado a mucha gente, Mr. Carter. Yo también tengo mis defectos, pero creo ser capaz de darme cuenta del carácter de una persona. Y bajo su superficie hay un fondo bueno. ¿No es cierto, señorita Blumfeld?

Marie se sonrojó.

—Ejem, yo solo puedo confirmar que Mr. Carter es buena persona. En el camino hacia aquí me cuidó perfectamente.

Philipp le dedicó una ancha sonrisa.

—Pues bien, si todo el mundo confirma que soy un tipo encantador, acepto la oferta.

—De acuerdo, Mr. Carter. De momento puede acomodarse en el cuarto pequeño. Seguro que en algún lugar tendrá su caballo y quizás un saco de dormir.

—Sí, señor.

—Entonces vaya a buscarlo todo. Después le pagaré un pequeño anticipo sobre su sueldo. Así podrá comprar lo que necesite.

—Realmente no es necesario...

Isbel no admitió ninguna objeción.

—Sí, es necesario, Mr. Carter. Como no quiero que nuestros niños se asusten al

verle, espero que se presente al trabajo aseado y arreglado. Sus comidas las dispondrá mi mujer en el primer piso. Ahora bien, tampoco debería presentarse ante ella con su aspecto actual.

Tras esas palabras se volvió y subió por la escalera. Philipp y Marie permanecieron en el pasillo como tocados por un rayo.

—¿Cómo podré agradecérselo? —preguntó Philipp, mientras, algo confuso, iba girando su sombrero entre las manos.

—¿Agradecerlo? ¿A mí? —Marie negó con la cabeza—. La idea fue únicamente de Mr. Isbel.

—Pero si usted no me hubiese traído a la escuela, difícilmente podría haberme hecho esta oferta. Y además usted me ha elogiado.

—Eso fue...

El que Philipp negara con la cabeza, la hizo callarse.

—Le doy las gracias de todo corazón. Si hay algo que pueda hacer por usted...

Suavemente, Marie le tapó la boca con la mano. Sus miradas se cruzaron por un instante. Entonces ella, alarmada por su propia audacia, la volvió a retirar y dijo:

—Usted hizo tanto por mí durante el viaje... No quiero ponerme los laureles de haberle conseguido un empleo. Haga bien su trabajo, entonces nos veremos todos los días y podrá contarme más cosas de su vida.

Con una sonrisa se retiró a su clase y tuvo que apoyarse un instante en la pared. ¿Le había tocado realmente? ¿Y le había hecho callar? Los dedos que habían tocado su piel parecían arder. Cerró los ojos y le oyó dirigirse a la puerta.

Marie no sabía cuándo volvería, pero cuando abandonó el aula para tocar la campana del colegio, ahí estaba él. Su aspecto había cambiado completamente. Se había hecho cortar el cabello negro igual que la barba. En vez de la ropa desgastada llevaba unos gruesos pantalones de trabajo y bajo el chaleco oscuro una camisa impecable.

—¿Le parece que así estoy aceptable?

Obviamente su timidez había desaparecido, pues le guiñó abiertamente un ojo.

Marie ladeó la cabeza y lo examinó irónicamente.

—Creo que sí —dijo ella entonces, devolviéndole el guiño—. Pero ahora debería apartarse, pues cuando toco la campana bastan unos momentos para que se organice un auténtico caos en el pasillo.

Capítulo 27

DESDE entonces Philipp esperaba todas las mañanas a Marie a su llegada al colegio. Ella comprobó sorprendida que mantenía el edificio en perfecto orden. Los suelos brillaban, las ventanas estaban limpiísimas y las sillas sin polvo. Cuando él averiguó qué materiales necesitaba Marie para cada clase se los dejaba dispuestos en un pequeño carrito, y si precisaba mapas, también los encontraba en el lugar requerido y a tiempo para la clase.

En el desayuno conjunto hablaban del colegio, del ejército y de América. De vez en cuando Marie le contaba cosas de Alemania. Philipp le sonreía siempre alegremente por encima de la mesa, con su barba recortada y el chaleco limpio.

A Marie aquello le gustaba, pero se exhortaba a ser prudente. No había olvidado que había llamado a una Rachel, y no quería que por ella engañara a su prometida o lo que pudiese ser esta mujer con relación a él. Incluso si solo lo fuese en sus pensamientos.

En la casa de Auntie, el ambiente se iba enfriando cada vez más. Solo se hablaba lo necesario y también Jeremy parecía apartarse de ella. Como si alguna vez se hubiese acercado a ella, pensó Marie irónicamente. No se atrevía a preguntar por la fecha de la boda, y no por miedo a que fuese aplazada aún más, sino por miedo a que pudiese fijarse para una fecha cercana.

Para tranquilizar a Stella, compró realmente con su sueldo cosas para su ajuar: ropa de cama, manteles y una delicada cortina adornada con cintas de color rosa que sustituyó a los funestos visillos ante las ventanas de su habitación. Todo habría podido ser tan agradable si no existiese la evidente frialdad entre ella y Jeremy... ¿Podía perder tan rápidamente el interés por una mujer a la que ni siquiera conocía? ¿Por qué no aprovechaba la oportunidad para conocerla mejor? ¿Por qué no hablaba jamás con ella de un modo distinto a como lo hacía con las mujeres de su parroquia? ¿Acaso tendría razón George Woodbury con aquella insinuación? Al fin y al cabo los dos hombres se conocían desde hacía muchos años.

Una tarde Rose irrumpió completamente exaltada en su habitación. Marie tuvo el tiempo justo para ocultar su diario bajo la pila de redacciones por corregir.

—¡No te lo vas a creer! —chilló Rose, agitando un sobre de color crema.

—¿Qué es lo que no me voy a creer? —se sorprendió Marie, encogiéndose por dentro. ¿Habrían Stella y Jeremy acordado finalmente una fecha? ¿Se iba Rose nuevamente de la lengua anunciando algo que no debía anunciar? Marie se había dado cuenta de que este era uno de los rasgos característicos de su futura prima.

—¡Hemos recibido una invitación! —soltó Rose pasándole el sobre bajo las narices. Marie se sorprendió un poco al ver que estaba aún cerrado. En el muy distinguido papel de tina solo se leía «Mrs. Stella Ferguson».

—¿Cómo sabes que se trata de una invitación?

—Porque los Bellamy siempre envían sus invitaciones en sobres como este cuando convidan a su baile de beneficencia. Todos los años los Bellamy invitan a personas distintas de la ciudad, y este año nos toca a nosotras.

En el primer momento Marie no supo si debía alegrarse, pues una aparición en público traería consigo nuevamente preguntas por su viaje, los indios y su empleo como maestra. Pero por primera vez vio un auténtico brillo en los ojos de Rose. Quizá debiera aprovechar la ocasión para hacerme amiga de ella, pensó sintiéndose casi un poco culpable. Tal vez entonces el ambiente aquí se vuelva menos extraño.

—¡Quizá las dos debiéramos ir a la modista y hacernos unos vestidos nuevos para aquella fiesta! —propuso, pues, Marie. Con su sueldo de maestra no podría permitirse un gran vestido, pero sí algo sencillo y elegante a condición de que eligiese la tela adecuada. Se volvió a acordar del vestido de baile que vio en Dryden y se dio cuenta de que ahora ya podía pensar en aquella tarde con Angus Johnston sin que se le contrajera dolorosamente el estómago.

De repente Rose se puso pálida.

—Madre no permitirá que vaya a una modista.

Marie frunció el ceño.

—¿Y por qué no? ¿Acaso no quiere que su hija encuentre un apuesto novio?

—Sí, pero aún estamos en época de luto. —De repente pareció acordarse de algo en lo que no había pensado antes. Su repentina alegría se borró súbitamente—. Quizá por este motivo madre no querrá asistir.

—Pero también fuimos a casa de los Woodbury.

—Eso es distinto.

Marie suspiró. ¿Por qué Rose se comportaba de ese modo? ¿No quería tal vez su madre que saliera de casa? Otras chicas de su edad llevaban tiempo prometidas o incluso casadas, a no ser que se hubiesen empeñado en ser maestras.

—Ven Rose, nos irá bien dar un pequeño paseo. Eres una joven muy guapa a la que le irá bien un poco de sol. Si, pese a todo, tu madre quiere ir al baile, necesitaremos un nuevo vestido para ti. De ningún modo podrás ir con tu traje de luto.

—Pero...

—¡Y además podrás hacerte confeccionar algo de color negro! —la interrumpió Marie, pues notaba que poco a poco los reparos de Rose iban desapareciendo—. No es nada indecoroso y, aun así, los muchachos te mirarán.

—No sé, se siguió resistiendo Rose, pero se notaba que le gustaría ser mirada por

hombres jóvenes.

Marie se levantó, fue a la puerta y le tendió la mano.

—Ven, Rose, vayamos un poco a la ciudad. No pasa nada por mirar unos vestidos. No tenemos por qué comprar, y mirarlos no cuesta nada.

Dudosa, Rose tomó la mano de Marie y se dejó arrastrar hacia la escalera.

Durante todo el paseo por la ciudad Rose parecía insegura. ¿No habría salido nunca sin su madre?, se preguntó Marie, mientras descubría rostros conocidos entre los transeúntes y los saludaba. Desde que en clase había dejado de hablar de los Cree, Mrs. Blake y sus amigas no habían vuelto a aparecer, y todos los demás padres la trataban con más o menos amabilidad.

Sonriendo cerró los ojos y disfrutó del sol de septiembre que las mimaba aún con sus rayos cálidos. Se acordó de que la semana pasada Philipp le habló del Veranillo de San Miguel que transformaba los bosques en una caja de pinturas llena de tonos rojos, amarillos y pardos. Desde entonces esperaba ansiosa que el verano avanzase y poco a poco el otoño fuese ocupando su trono.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraban ante el escaparate de una sastrería en la que, aparte de ropa hecha a medida, se podían adquirir vestidos ya confeccionados. La joya del escaparate era un vestido de noche de color ciruela, del que Marie pensó que le sentaría magníficamente a Rose. Pero como no quiso despertar nuevamente los reparos de Rose, se calló el comentario y las dos entraron en la tienda al son de la campanilla.

—Buenos días, señoras. ¿En qué puedo servirles? —exclamó diligente la dependienta mientras asomaba de detrás de un figurín sobre el que se había drapado un vestido sujeto con alfileres.

—Quisiéramos ver vestidos de noche si tiene algunos ya confeccionados.

Una sonrisa cómplice pasó por el rostro de la joven.

—Ah, ustedes habrán sido invitadas al baile de los Bellamy.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Marie sorprendida.

—Porque hoy se han presentado ya varias señoras. Me temo que los ejemplares más vistosos ya están reservados, pero si algún diseño les gusta, naturalmente se lo podremos confeccionar.

Marie guiñó el ojo a Rose, cuyas mejillas ardían como si hubiese permanecido demasiado tiempo junto a la estufa.

—Ven, echemos un vistazo.

La dependienta las llevó a la sala de exposición que parecía un abigarrado bosque mágico compuesto por maniqués vestidos. Se exponían aquí los modelos más variados, la mayoría llevaba las típicas faldas anchas, pero también había algunos vestidos más estrechos. Marie acababa de detenerse ante un vestido rosa con cuentas de cristal bordadas cuando súbitamente Rose la llamó inquieta:

—¡Marie!

—¿Qué sucede? —Marie se abrió camino entre dos figurines vestidos con anchos vestidos de color pardo—. ¿Va todo bien?

—¡No... quiero decir... mira!

Como si un rayo la hubiese alcanzado, Rose se había detenido ante un figurín enfundado en un vestido oscuro, cuya tela emitía reflejos rojizos.

—¡Oh, es precioso! —exclamó Marie, y tras echar una rápida mirada a Rose, encontró que le sentaría muy bien a la prima—. Deberías probártelo.

—No sé —dijo Rose cohibida, como si tuviera seis años y tuviese que cantar por primera vez una canción en público.

—¿Y qué hay de grave en hacerlo?

Rose buscó con la mirada a la dependienta.

—Miss, ¿podría ayudarnos?

La joven acudió con diligencia servicial y poco después Rose desapareció en el probador desde donde debería avisar si necesitaba ayuda.

Marie siguió mirando los vestidos. ¿Cuál debería ponerse ella? Mientras seguía reflexionando, su mirada recorrió el escaparate. Se encogió súbitamente. ¿Era Philipp quien había echado un breve vistazo al interior? Al intentar seguirle con la mirada, estuvo a punto de tirar al suelo el figurín. Pese a que se disculpó enseguida, la dependienta le echó una mirada de reproche, pero ya se tuvo que ocupar nuevamente de Rose, que se había cambiado y necesitaba ahora ayuda para ceñirse bien el vestido.

Cuando Marie llegó a la ventana, Philipp ya había desaparecido. Y ella se sorprendió ante su propia reacción. ¿Por qué quería verle a toda costa?, se preguntó. Y como conocía muy bien la respuesta, se sonrojó levemente.

Afortunadamente en aquel momento Rose salió del probador. El nuevo vestido la había transformado completamente. Seguía teniendo una apariencia tímida, pero su aspecto era el de una joven que aspiraba a que la vida le diese algo más que una habitación tristonra y la compañía de su madre.

—Seguro que me sienta fatal, ¿verdad? —preguntó insegura, a lo que la dependienta reaccionó con una mueca asombrada.

—No Rose, estás guapísima.

—También puedo ofrecerle este otro modelo —sugirió amablemente la dependienta, pero Marie ignoró su intervención y empujó a Rose hasta un espejo.

—¡Mira qué guapa estás! Si cambias un poco tu peinado y te pones algo de colorete en las mejillas, las chicas de la ciudad tendrán que temer que hagas perder la cabeza a sus novios.

—Pero yo... —objetó Rose, a lo que Marie le tapó la boca con la mano.

—Sé que nunca harías algo así, pero existe la posibilidad. Estoy segura de que

aquí quedan muchos solteros cuyo corazón podrás encandilar. ¿Verdad que sí?

Ante su mirada, la dependienta se apresuró a asentir.

—¿Lo ves? Si tu madre decide asistir al baile, deberías hacerte confeccionar un vestido nuevo.

Rose asintió con las mejillas encendidas. Después se contempló con un aire tan soñador como si viese ante ella a una princesa de cuento.

Tras abandonar la sastrería, pasearon aún un rato por la calle. En una pequeña panadería Marie compró para ella y Rose unos dulces que comieron en el camino. Se sentían casi como dos chiquillas que daban un rodeo para no regresar demasiado pronto a sus obligaciones domésticas.

Cuanto más tiempo llevaban juntas, más relajada se mostraba Rose. Era como si se estuviera librando de una pinza que la había tenido aprisionada durante años. Al final reía despreocupadamente y parecía haber rejuvenecido, pese a su anticuado vestido.

Pero cuando apareció ante ellas la casa de Stella, volvió el antiguo miedo de Rose.

—¿Qué pasará si mi madre se entera de que...?

—¿... de que nos hemos permitido una pequeña diversión como hacen todas las jóvenes de vez en cuando? —Marie enarcó las cejas—. ¡No hemos hecho nada inmoral! Nos hemos probado un vestido, hemos comido unos dulces y hemos visto escaparates. ¡Hasta los niños lo hacen! Salvo lo de probarse vestidos.

Marie guiñó el ojo a Rose dándole ánimo.

—Creo que eso nos ha sentado bien, ¿no? Además estabas en compañía de una mujer prometida en matrimonio y ningún hombre vino con nosotras. Así que el decoro está salvado.

Algo aliviada, Rose traspasó la puerta de entrada.

—¡Rose! ¡Marie! ¿Dónde habéis estado? —estalló la voz de Stella como un trueno por la escalera.

Rose se encogió inmediatamente bajo la mirada de castigo de Stella.

—Solo hemos estado un rato en la ciudad —explicó Marie—. En la modista, para ser más exacta.

—¿Y eso por qué? Rose aún no necesita ningún vestido nuevo. Y tú tampoco deberías despilfarrar así tu dinero.

Marie reprimió un suspiro. ¿Es que Stella nunca fue joven?

—Rose me comunicó que había llegado una invitación. Entonces pensé que podríamos ver unos vestidos. No hemos comprado nada, solo hemos ido a mirar lo que hay.

—Contemplar los escaparates solo despierta apetencias que, de otro modo, una no sentiría jamás —advirtió Stella. Después se dirigió a su hija—: ¿De qué invitación se

trata? ¿De una para ti?

—Para nosotras —confesó Rose temblorosa. Después le tendió a su madre la carta sin abrir que había llevado consigo todo el tiempo como un tesoro.

—¡Una carta de los Bellamy! —Stella abrió los ojos estupefacta—. ¿Será posible?

Marie intentó animar a Rose con un guiño de los ojos. Le hubiese gustado apostar con ella a que Auntie aceptaría la invitación.

Con manos ahora también temblorosas, Stella desgarró la carta. La hoja que estaba en el sobre era del mismo papel de altísima calidad con una marca de agua en forma de escudo familiar. Impresionada Marie tuvo que admitir que nunca había visto nada tan distinguido. ¡Ni siquiera Sophia Woodbury tenía papel como ese!

Tras leer una y otra vez la carta, Stella miró perpleja de una a otra.

—¡Realmente nos han invitado, a los cuatro!

—¿Entonces Mrs. Bellamy sabe de mi existencia? —preguntó Marie llena de cautela.

—¡Naturalmente, ya que eres la prometida de Jeremy!

¿Sería posible que, de repente, Stella se mostrase mucho más afectuosa con ella? ¿O la frialdad anterior era solo fruto de su imaginación porque el ambiente de la casa le resultaba tan deprimente?

En cualquier caso, Stella parecía transformada.

—¡Si es así, naturalmente nos vamos a hacer vestidos nuevos! —anunció devolviendo la carta al sobre con tanto cuidado como si temiese que pudiera disgregarse entre sus manos—. Pero no compraremos vestidos en una tienda sino que vendrá la modista. Mrs. Nichols tiene una excelente reputación y, por lo que dicen, trabaja a buen precio.

La época que pasé en el instituto fue una de las más hermosas, pero también de las más solitarias para mí, pues a la escuela superior para chicas apenas iban niñas de clases bajas. En mi curso yo era la única que no era hija de un alto funcionario, de un rico comerciante o de un miembro del ejército de alto rango. Ya por mi ropa se notaba que era hija de un clérigo. Las otras chicas, algunas de las cuales llevaban ya un año en el instituto, me examinaban desconfiadas, como si mi padre hubiese ganado el dinero para el colegio y el alojamiento de modo deshonesto. Mientras que las otras salían juntas a dar paseos, yo prefería quedarme sola en el parque, con un libro o unos deberes sobre mis rodillas.

En esta época apenas pensaba en mi padre. El golpe en mi oído, que casi me había hecho ensordecir, rompió definitivamente el lazo ya de por sí frágil que había entre nosotros. En cambio pensaba en Peter y anhelaba recibir cartas suyas. Todas las semanas llegaba una, y yo esperaba impaciente noticias sobre sus vivencias y los

acontecimientos en el pueblo.

Al principio yo, por mi parte, tenía poco que contar, pues mi vida consistía en seguir las clases y, por lo demás, en llamar lo menos posible la atención entre las compañeras a las que admiraba en secreto por sus hermosos vestidos, sus modales afectados y su cabello ingeniosamente ondulado.

Pero hubo un día en que todo eso cambió.

Eran mujeres las que solían dar las clases hasta que un día contrataron a un joven profesor, seguramente como medida de urgencia, pues solo un mes antes una de las maestras se había casado. Desde el primer instante Karl Zenker atrajo la admiración de todas las muchachas. Incluso las que no sentían mucho interés por las clases, porque sabían que les esperaba un buen partido en cuanto tuvieran edad suficiente, escuchaban fascinadas cuando él recitaba antiguos poemas.

También yo sentía fascinación por este hombre que, con su cabello oscuro y sus ojos de un azul luminoso, tenía aspecto de francés. Tenía una voz muy agradable y si no le quedaba más remedio que reprender a alguien, daba menos importancia al volumen de su voz que al contenido de lo que transmitía al pecador.

—Señorita Blumfeld, ¿qué hace aquí tan sola?

El susto me hizo dibujar una larga raya en el papel. Azorada me desprendí de la pluma en la mesa. Si no quería volver a escribir toda la carta, tendría que explicarle a Peter lo que había ocurrido.

—¡Señor Zenker! No le oí llegar.

La sangre se me subió a las mejillas cuando me sonrió.

—Y yo no esperaba encontrarla aquí en la glorieta, ya que todas las demás damiselas están en el parque.

Levantó el libro que traía consigo. Ricardo III de Shakespeare. Aún no habíamos tratado de esta obra en clase. El librito estaba tan manoseado que o bien él lo había leído muchas veces o procedía de nuestra biblioteca.

—Si no le molesta, me gustaría hacerle un poco de compañía y leer un rato. Le prometo que no prorrumpiré en espontáneos gritos de entusiasmo, pese a que Shakespeare bien lo merece. ¿No le parece a usted?

Asentí, pese a que solo había leído el Rey Lear. Ya había podido comprobar que las otras alumnas habían leído mucho más que yo.

Según lo prometido, Zenker se sentó tranquilamente en un rincón y abrió su libro. Aunque apenas se oía su respiración, empecé a sentirme incómoda. Seguro que las otras chicas habrían reventado de envidia, pero yo solo pensaba en lo que dirían si me viesan así. ¿Pensarían que intentaba flirtear con él?

—Ha dejado usted de escribir —dijo Zenker sin levantar la vista de su lectura—. No se preocupe, el sonido de su pluma no me distrae, señorita Blumfeld. ¡Prosiga tranquilamente, si no, me sentiré como en una tumba!

Con manos temblorosas apoyé la pluma en el papel, sin que se me hubiese ocurrido ninguna explicación para la raya. En general, mi cabeza se había quedado como vacía. Después de haber intentado en vano formular algunas frases ingeniosas, añadí solo unas palabras sobre el tiempo y la comida de ese día. No le dije a Peter que me encontraba en la glorieta con Zenker, aunque en una situación completamente inocente, una omisión que en mi fuero interno justificaba como algo que no significaba nada y por eso no quería inducir a mi hermano a conclusiones que no se ajustaban a la realidad.

Capítulo 28

—LEVANTE un poco más los brazos y no respire, por favor —ordenó la modista mientras rodeaba la cintura de Marie con su cinta métrica.

Mientras Marie contenía la respiración, echó una mirada furtiva a Rose que ya había pasado por el mismo procedimiento y parecía algo desconcertada ante la gran variedad de tentadoras muestras de tela. Naturalmente Stella había explicado a las dos que solo debían elegir telas oscuras y tener en cuenta el precio. Stella rechazó enérgicamente la advertencia de Marie de que quería pagar la tela de su propio bolsillo.

Al principio Marie había tenido sus dudas en cuanto a la pericia de Mrs. Nichols, pero cuando vio con qué habilidad se desenvolvía ella y sus ayudantes, aumentó su confianza en que no tendría que avergonzarse en el baile.

—Ya puede bajar los brazos.

Aliviada, Marie dejó caer los brazos y movió los dedos para acabar con el molesto cosquilleo. ¿Cuánto tiempo más tendría que permanecer aquí de pie? Empezaba a tener la sensación de que Mrs. Nichols había tomado la medida a cada pulgada de su cuerpo.

En cualquier caso Mrs. Nichols aún no daba señal de finalizar. Hacía continuas anotaciones en su libreta y luego daba instrucciones a las empleadas. Un instante después, la cinta métrica volvía a ceñir la cintura de Marie.

—¡Y ahora espire! No querrá ahogarse en su corsé ¿verdad?

Marie negó con la cabeza. ¿Cuánto tiempo haría que no se ponía corsé? El que tenía en su época del instituto lo cambió por otro más sencillo, porque las varillas de acero le resultaban incómodas. Gracias a su estrecha cintura no se notaba que no iba ceñida.

Cuando pudo al fin descender de la pequeña tarima, la modista sacó de una cesta un cuaderno de muestras y se lo tendió.

—¿Y qué tela le gusta más, querida?

Al formular esta pregunta, Mrs. Nichols parecía una abuela bondadosa que quiere hacerle un bonito regalo a su nieta.

Marie hojeaba las muestras de tela. Se detuvo al llegar a una tela azul de tafetán con rosas tejidas encima. «Es perfecta», pensó. No era ni demasiado clara ni excesivamente cara, como indicaba la etiqueta con el precio, discretamente colocada.

¿Qué le parecería a Jeremy? Al hacerse esta pregunta, se sorprendió preguntándose también si la tela gustaría a Philipp. Sin poderlo evitar, se vio inmersa en un ensueño en el que, enfundada en este traje, se cruzó con Philipp en la calle, y él se la quedó mirando boquiabierto.

—¿Se ha decidido por esta tela? —la arrancó Mrs. Nichols de su ensoñación—. Tiene usted aspecto de haberse enamorado.

—¿Enamorado, de quién? —preguntó Marie desconcertada hasta que se dio cuenta de que la modista se refería a la tela—. Ah sí, esta es maravillosa.

—Y encaja estupendamente con sus ojos. —La mujer la miró detenidamente. Después añadió—: No quiero hablar de más, pero con un vestido hecho de esta tela romperá usted muchos corazones.

—Con este vestido solo quiero gustar a uno, a mi prometido —contestó Marie con diplomacia, aunque tenía la sensación de que Mrs. Nichols ya sabía la verdad. Que, en realidad, ella albergaba la absurda esperanza de cruzarse con Philipp camino de la sala de baile para que pudiese verla así.

—Es muy loable —dijo la modista. Después señaló a Rose, que aún no se decidía—. Tal vez pueda ayudar un poco a su prima. Parece que elegir le cuesta más que a usted.

Marie contestó afirmativamente a Mrs. Nichols con un movimiento de cabeza. Después se sentó junto a Rose en el sofá.

—Es una elección difícil, ¿verdad?

—¡Uf! —suspiró Rose mientras, algo malhumorada, pasaba la mano por una sencilla tela negra de algodón.

—¿No es cierto que te gusta? —preguntó Marie escéptica.

—No, pero le gustaría a mi madre.

En este momento Rose le daba a Marie realmente pena.

—Deberías escoger algo que te guste a ti. Mira, yo me quedo esta.

Abrió el libro de muestras por la página del tafetán azul marino. Rose exclamó jadeante:

—¡Pero no es de color negro!

—Claro que no. Pero yo no soy viuda, ¿verdad? Y tú tampoco lo eres. Con un tono oscuro como este no atentamos contra el honor de la madre de Jeremy y, sin embargo, tendremos aspecto de jóvenes. —Marie decidió jugar la carta triunfal—. Además quiero gustarle a Jeremy con este vestido y conseguir que pase más tiempo conmigo.

Cuando Marie le guiñó el ojo, Rose se ruborizó.

—Vamos a ver, si quieres que un hombre te haga la corte, tendrías que elegir algo diferente a esto.

—¿Y qué?

Rose parecía realmente desconcertada.

Marie se acordó del vestido de color ciruela del escaparate. Pasó las páginas y no tardó en encontrar una tela parecida. Se la mostró a Rose.

—Esta daría a tu cutis un aspecto delicado y blanco y encajaría a la perfección

con tu pelo negro. Además, a la luz de las velas parecerá negra, ya que quieres que sea de este color.

—Pero eso es...

No se acordó del nombre del color.

—Nosotros lo llamamos azul ciruela. Azul como las ciruelas. Estoy segura de que muchos hombres se volverán para mirarte si lo combinas con el peinado adecuado.

Rose la miraba como si esperara que en cualquier momento cayera un rayo del cielo y matara a las dos por su osadía. Pero nada sucedió. Y una hora después Mrs. Nichols abandonó la casa llevándose el pedido del tafetán azul, del de color ciruela y de otro tafetán negro para Stella.

Aquel día por la tarde, Philipp no se presentó a la hora del té. Isabel le manifestó a Marie que le había enviado al carpintero para que encargase cuatro nuevos bancos escolares.

—¿Van a venir nuevos alumnos? —preguntó Marie sorprendida mientras colocaba en su plato uno de los *scones* de Allison, que tenían fama en toda la ciudad. En casa de los Isabel, la hora del té era siempre un espacio de tiempo en el que se conversaba distendidamente. No como en casa de Stella que, pese a toda la amabilidad recuperada, seguía pareciendo algo rígida.

—Sí, se han dado de alta seis nuevos alumnos. Recientemente dos nuevas familias se han trasladado a vivir a nuestra ciudad, con cinco y ocho hijos respectivamente. En los próximos años nos darán bastante trabajo.

—¡Esto es fantástico!

Marie mordisqueó alegremente su *scone*. El aroma a mantequilla y las pasas la hacían derretirse.

—Y lo bueno es que una familia procede de Alemania. Tan pronto se hayan acomodado, les haré saber que aquí tienen una compatriota. Estaría bien que usted les ayudase un poco a aclimatarse.

—¡Lo haré con mucho gusto!

Marie no esperaba encontrar aquí a compatriotas suyos, pero ahora su corazón latía alegremente ante la posibilidad de poder volver a hablar en su propio idioma, con frases largas y no con expresiones breves como las que enseñaba en clase.

—¡Yo también tengo una buena noticia! —empezó a decir, después de probar un trago del delicioso té—. Jeremy y yo hemos sido invitados al baile de los Bellamy. Naturalmente, Auntie y Rose también. ¿No es magnífico? Jamás he asistido a un baile.

Los Isabel parecieron sinceramente sorprendidos, algo que Marie, en realidad, no acabó de entender. En su fuero interno incluso esperaba que el matrimonio hubiese sido invitado también.

—¿Acaso ustedes no irán?

Allison negó con la cabeza.

—No, y creo que ese es el caso de la mayoría de los habitantes de la ciudad. Créame, los Bellamy solo invitan a gente que les resulta útil —explicó Allison mientras le servía una taza de té a Marie—. Raramente han invitado a gente corriente y si lo han hecho en alguna ocasión, siempre querían algo de ellos a cambio.

De repente los excelentes *scones* pesaban como piedras en el estómago de Marie. Descartaba que Allison sintiese celos. Aunque era más brillante que muchas mujeres de la ciudad, no intentaba mantener contacto con la gente influyente. Tampoco James era dado a hacerlo.

Y como Allison jamás le había mentado, habría algo de verdad en sus palabras. ¿Pero qué querían los Bellamy de ellos? Ciertamente Jeremy era el reverendo de la ciudad, pero no tenía dinero ni otra cosa que ofrecer que su apoyo espiritual.

—¡Deja de asustar a Marie! —pidió James cogiendo otro *scone*—. No ocurre todos los días que aquí uno es invitado a un baile. Diviértase, coma bien y háganos saber qué tienen estas diabólicas orgías que celebran los Bellamy como para que todo el mundo se vuelva loco por asistir.

Marie sonrió insegura.

—Quizá lo que quieran es conocerme —dijo expresando lo que estaba pensando—. Al fin y al cabo seré pronto la esposa de su reverendo. Además doy clases a los niños de la ciudad.

—No a los de los Bellamy —replicó James suspirando—. ¡Cuánto dinero aportarían a nuestro colegio!

—No debes decir eso —le advirtió Allison cuando volvió a sentarse a la mesa—. No es por el dinero por lo que das clases a los niños. ¡A cuántos padres los hemos eximido del pago de la matrícula o se la hemos reducido!

James asintió.

—Tienes razón, querida, a unos cuantos.

—¿Así que los Bellamy tienen hijos?

El papel de cartas la había hecho pensar en un matrimonio mayor.

—Claro que sí, un hijo y una hija —contestó James—. Naturalmente ambos tienen profesores particulares y se prevé que algún día estudien en una universidad famosa.

—¡Como si no pudieran hacerlo en una escuela como la nuestra! —dijo Allison alterada.

De repente resonaron unos pasos en la escalera. ¡Philipp había vuelto! El corazón de Marie dio un salto de alegría, como cada vez que le veía. Pero en vista de lo que Allison acababa de comunicarle, sería mejor no decirle nada de la invitación. Podría llegar a pensar que a partir de ahora esta invitación se le subiría a la cabeza hasta el

punto de que ya no quisiera hablar con él.

Cuando Carter entró, enseguida se cruzaron sus miradas, y él le devolvió la sonrisa. Por un instante Marie tuvo la sensación de que estaban solos en la habitación.

—Bien, Mr. Carter, ¿qué ha conseguido? —ahuyentó la voz de Isbel esta ilusión.

—Los bancos estarán listos dentro de una semana y serán tal como usted los desea —contestó Philipp, capaz por fin de apartar la mirada de Marie—. Tardé un tiempo en explicárselo todo al carpintero, pero parece entender su oficio.

—No esperaba otra cosa. Siéntese, quedan algunas galletas para usted.

Mientras se desprendía de su chaqueta, la mirada de Carter volvió a dirigirse una y otra vez a Marie. Ella intentó conservar la calma, pero, como atraída por un imán, no podía dejar de mirarle y, al ver su sonrisa, se ruborizó.

«¿Qué me está pasando? —se preguntó—. Me estoy comportando peor que cuando...».

De repente, el reloj en el salón de los Isbel dio las seis. Marie se sobresaltó. Estuvo a punto de olvidar que hoy tenía una cita y, si no acudía, podría traerle problemas.

—Lo siento, tengo que marcharme. Hoy es la última prueba.

Philipp la miró compasivo.

—¿Prueba de qué?

—De mi vestido. Stella ha citado a la modista para las cinco. Seguramente ya habrá terminado con Rose.

—Nuestra señorita Blumfeld ha sido invitada por los Bellamy —dijo James Isbel, revelando el secreto de Marie a quien guiñó el ojo—. Para una fiesta como esa realmente se necesita ropa nueva si uno no quiere ser tenido por alguien del servicio.

Philipp, que acogió la broma con una sonrisa, no pareció muy impresionado.

—¿Realmente? ¿Qué hay de extraordinario en un baile?

—Parece ser que este es algo así como el baile del año —replicó Marie aturdida—. Rose temía que su madre declinase la invitación, pero ahora Stella está más ilusionada que ella. Si la modista se marcha sin que me haya probado el vestido, todas estarán ofendidísimas.

—No lo creo, ¿quién puede enfadarse con usted?

Los guiños de Philipp la traspasaron como un relámpago.

Ahora sentía no haberse marchado antes. De haberlo hecho, ahora no lamentaría tener que marcharse y no poder disfrutar más de la compañía de Philipp. Seguro que aún le quedaba por contar algo interesante sobre la carpintería.

—¡Entonces hasta mañana, señorita Blumfeld! —se despidió alegremente de ella.

Solo ahora Marie volvió a darse cuenta de la presencia de los Isbel. Allison le sonreía con picardía. ¿Se había dado cuenta de su desconcierto?

—Sí, y mañana nos contará cómo fue esta prueba y cómo es su vestido. Seguro

que vestida así aparecerá en nuestro pequeño periódico.

Marie negó azorada con la cabeza.

—No lo deseo para nada. Estaré contenta cuando todo haya pasado.

Volvió a sonreír al grupo y se dirigió a la puerta.

Durante el camino de regreso, Marie solo podía pensar en una cosa: en la mirada triste de Philipp Carter cuando ella anunció que tenía que marcharse. ¿Realmente le importaba que se quedara? Por un instante estuvo tentada de maldecir todo lo relacionado con el baile, pues le había hecho perder una hora agradable. Pero se llamó al orden. ¡Sigues prometida con Jeremy, Marie! No tienes derecho a coquetear con ningún otro hombre.

Cuando media hora más tarde entró en el salón de Stella, Rose se estaba contemplando en el espejo. El vestido color ciruela guarnecido con una delicada puntilla negra, que se deslizaba vaporosamente sobre un ancho miriñaque, le sentaba realmente bien. Lo que no encajaba con el vestido era su peinado, pero Marie sabía que Stella ya había avisado a Mrs. Giles, una señora del círculo de la parroquia que se ocuparía de ondularle el cabello.

Mientras una de las ayudantes de Mrs. Nichols guardaba cuidadosamente un vestido negro de tafetán en una cesta alargada, otra estaba alisando un vestido azul que acababa de ser colocado sobre el maniquí.

Marie se quedó sin respiración. ¡Nunca antes había visto un vestido como aquel! Siguiendo sus indicaciones, Mrs. Nichols había renunciado a un ancho miriñaque y lo había confeccionado más bien a la moda londinense, que resaltaba magníficamente la esbelta figura de Marie.

—¡Ah, por fin has venido! —exclamó Stella atareada con los botones de su vestido. Por lo visto la prueba había durado algo más de lo previsto—. Ya te puedes ir quitando tu vestido, enseguida Mrs. Nichols se ocupará de ti.

Capítulo 29

EN realidad los sábados eran bastante tranquilos en casa de Stella. Marie solía corregir deberes y preparar sus clases para la semana siguiente. Si Stella se lo pedía, iba a la ciudad por unos recados o ayudaba en la cocina.

Pero en la mañana del día del baile todo fue diferente. Las habitaciones, por lo general más bien tristes, se transformaron en una casa de locos, llenas de vestidos y zapatos, con un aroma en el aire a agua de rosas y cabello chamuscado.

Como Rose tenía muchísimo miedo a que las tenacillas rizadoras le estropearan su pelo, Marie tuvo que servirle de consuelo.

—Sí, sosténgale la mano, señorita —dijo Mrs. Giles impaciente—. Si no, de tanto moverse, le rozaré el cuero cabelludo, y entonces tendremos un drama.

Una vez terminada la operación, Rose había perdido algún cabello, pero su piel estaba intacta y además lucía un precioso peinado ondulado. Marie se limitó a algún retoque imprescindible en su cabello, recogido para que quedase mucho tiempo para Stella, que quería que la peinasen de un modo muy extravagante.

Cuando por la tarde llegó el momento de vestirse, Marie ya se sentía tremendamente agotada. ¡Ni siquiera las fatigas en la caravana fueron tan extenuantes! Pero Stella no tuvo compasión. Para que los corsés quedaran correctamente ceñidos, suprimió la comida. Tampoco se serviría el té.

—Si bebéis demasiado, esta noche no podréis ni respirar —advirtió antes de animar a Mrs. Giles a ceñirle aún más fuerte el corsé.

Al caer la tarde, Marie pudo por fin mirarse al espejo. La miraba una persona completamente transformada.

El vestido se ajustaba perfectamente y el corsé, aunque resultase desagradable, subrayaba su esbelta línea. Los rizos que Mrs. Giles había formado con sus tenacillas ya no se sostenían como en el primer momento, pero al haberse deshecho un poco, parecían aún más naturales.

También Rose parecía satisfecha. Se contemplaba ensimismada en el espejo como si se viese por primera vez, lo que hizo sonreír a Marie. ¿Habría ella conseguido que por fin Rose abandonara un poco sus reservas?

—Señoras, ¿estáis listas? —resonó una voz en la casa. Unos pasos se acercaron a la puerta del salón—. Espero que estéis ya vestidas.

—Claro que sí, hijo mío —trinó Stella—. Entra y mira nuestras obras de arte.

Jeremy llevaba una larga levita negra con corbata también negra sobre la camisa de un blanco impoluto. Bajo el pantalón gris oscuro centelleaban unos zapatos lustrosos. A primera vista nadie le habría tomado por un clérigo.

Cuando pasó la puerta, abrió asombrado los ojos. Al ver a Marie, quedó fascinado

en el acto.

—Estás hermosísima. —Avergonzado, hizo una pausa y luego añadió—: Todas estáis hermosísimas.

—¡Gracias, querido! —gorjeó Stella, que también parecía mucho más joven con su nuevo vestido.

Jeremy le hizo un ademán con la cabeza, pero después volvió a dirigir la mirada a Marie. «Por fin me ve como mujer», pensó satisfecha. Cuando la condujo al carruaje, Marie sentía un placentero cosquilleo en el estómago. Quizá, pese a todo, siento algo por él. ¡Ojalá mostrase él algo más sus emociones! ¿Cuánto piensa esperar aún para intentar conocerme un poco mejor?

Durante el viaje por la ciudad, Marie disfrutó del aire fresco de la tarde, que ya tenía un leve toque de otoño. Ahora se arrepintió de no haberse traído un chal, pero no tardaron mucho en llegar a la mansión de los Bellamy.

En sus paseos por la ciudad Marie ya había visto la casa y se había sorprendido de que fuese aún más grande y suntuosa que la propiedad de los Woodbury. La luz que iluminaba la fachada, y que a través de las ventanas caía sobre la calle, daba a la villa el aspecto de un palacio. Desde el interior llegaba el sonido sofocado de la música, mientras los mozos de cuadra abrían a los huéspedes las portezuelas e indicaban después a los cocheros dónde debían estacionar los carruajes.

Cuando Marie pisó la sala de baile, tuvo, sin embargo la sensación de que una sombra se extendía sobre su alma. Toda su alegría inicial desapareció de golpe cuando, envuelta en una nube de perfumes diferentes, percibió el destello de las joyas que adornaban a muchas de las mujeres.

Allison Isbel tenía razón: aparte de ella, aquí no había gente corriente. La mayoría de los invitados ni siquiera parecían ser de Selkirk. Seguramente se habían sometido a las fatigas de un largo viaje para poder participar en este evento social. «Que nosotros no formamos parte de este círculo, se nota a la legua —pensó Marie acongojada—. Antaño, en el instituto, también todo el mundo sabía quién soy yo».

Como iba al lado de Jeremy, llamaba aún más la atención. Las mujeres parecían taladrarla con sus miradas, mientras los hombres la examinaban de arriba abajo como un ternero en el mercado de ganado.

«Oh, Philipp —pensó desesperada—. ¡Cómo me gustaría estar ahora contigo escuchando tus historias!».

—¡Ah, reverendo Plummer!

La estridente voz femenina pertenecía a una matrona de unos sesenta años de edad, vestida con un traje de un azul chillón, que se acercaba ahora a la pareja con los brazos abiertos. ¡Era imposible que esta fuese la mujer que tenía aún dos hijos en edad escolar!

—Esa es Mrs. Bellamy sénior, la madre de nuestro anfitrión —susurró Jeremy—.

El vestido que lleva sería más adecuado para su nuera, ¿no te parece?

Marie se abstuvo de contestar y sofocó una risita, aunque pensó que tenía toda la razón.

Cuando Mrs. Bellamy los abrazó a ambos, exhaló una oleada de un fuerte perfume.

—¡Qué alegría verle, reverendo Plummer! Ella debe de ser su prometida, ¿verdad?

Jeremy esbozó una sonrisa.

—Sí, lo es. Si me lo permite, le presento a Marie Blumfeld.

—¡Oh, es usted realmente encantadora! Acompañeme, mi hijo y mi nuera arden en deseos de conocerla.

Antes de que a Marie se le pudiese pasar por la cabeza que realmente Stella debía la invitación únicamente a la curiosidad de la gente por la nueva maestra, la vieja Mrs. Bellamy la arrastró consigo hasta un grupo de parejas, cuyos vestidos y trajes habían costado seguramente cien veces lo que le había costado su propio vestido o el traje de Jeremy. En el acto cesó la animada conversación y todos los ojos se clavaron en Marie.

No se le pasó por alto que, por un instante, los ojos de una de las mujeres se contrajeron convirtiéndose en unas finas rendijas. También esta mujer llevaba un vestido bastante ajustado, profusamente adornado con puntillas, de un color que recordaba el champán. París, se le pasó por la cabeza a Marie. En el instituto, algunas chicas hablaban fascinadas de la moda de aquella ciudad, y una vez vio una foto. El modelo era mucho más moderno que el de entonces, pero el estilo era inconfundible.

—Esta es la novia del reverendo Plummer —la presentó Mrs. Bellamy sénior—. ¿No es guapísima?

—¡Realmente encantadora! —dijo el hombre de la elegante levita, que se encontraba al lado de la mujer del vestido claro—. Soy Matthew Bellamy, y esa es mi mujer Linda. También nosotros le damos la bienvenida a Selkirk.

Echó un vistazo a la mujer que estaba a su lado. Ella parecía menos contenta de conocer a Marie, pero se obligó a esbozar una sonrisa.

—Usted es la nueva maestra, ¿verdad? —dijo en tono melifluo.

A Marie no se le pasó por alto la indirecta. Ante toda esta gente rica, que seguramente tenía empleados y criados, Linda Bellamy aclaró en un instante que ella no era de los suyos.

Pero a Marie ya le había dejado de importar. Al contrario, se estiró orgullosamente cuando contestó:

—Sí, esa soy yo. Y tengo que decir realmente que la de Selkirk es una de las escuelas más bonitas en las que he podido dar clase.

—Lo cierto es que raramente una maestra se casa —empezó a decir una señora

mayor vestida de rojo oscuro, después de haber lanzado brevemente una mirada a Linda Bellamy—. ¿Tiene intención de abandonar su profesión tras la boda?

Esta pregunta fue como una puñalada. ¿De dónde procedía el talento de algunas personas para encontrar exactamente su punto débil?

—Eso es lo que he acordado con mi prometido. —Marie se volvió hacia Jeremy, que disfrutaba visiblemente de la atención prestada.

—Una maestra debería dedicarse por entero a sus alumnos y no dejarse distraer por cosas del corazón —añadió en tono dulzón la mujer, que recordaba demasiado a Marie aquellas horribles mujeres del día de los padres.

—Yo lo veo del mismo modo —replicó, haciendo un esfuerzo por dominarse—. Pero como decidimos aplazar un poco la boda a causa del fallecimiento de Mrs. Plummer, no veía motivo alguno por el que no hubiese podido ofrecer mis servicios a la comunidad. Les aseguro que con la misma pasión me ocuparé de los asuntos de la parroquia, tan pronto Jeremy y yo estemos casados.

De reojo vio que Mr. Bellamy esbozaba una sonrisa socarrona. Las mujeres parecían haberse quedado ya sin pólvora, pues se hizo un silencio incómodo. Marie creía percibir algún que otro cuchicheo, pero por suerte no entendió lo que se decía.

—No lo dudo. —Matthew Bellamy puso fin al silencio—. Seguro que usted se convertirá en un valioso miembro de nuestra comunidad. ¿Qué asignaturas da aquí?

—Alemán, ciencias naturales y geografía. Y naturalmente álgebra cuando Mr. Isbel está ocupado con los cursos superiores.

Matthew hizo un gesto impresionado con la cabeza hacia ella.

—Suena a muchos conocimientos para una mujer. Tal vez debería enviar a mis hijos para que les dé clases de repaso.

A juzgar por la mirada avinagrada que Linda echó a su marido, el rendimiento de sus hijos no debía de ser muy bueno.

—Estoy a su entera disposición si necesita mi consejo.

Marie sonrió a su interlocutor y con esto concluyó la ronda de presentación. Del brazo de Jeremy se alejó del grupo.

—Lo has hecho magníficamente —observó Jeremy cuando se habían alejado lo suficiente para no poder ser oídos—. Mrs. Tremayne es conocida por su lengua de víbora. Afortunadamente no es de la ciudad y por lo tanto no sabe nada de las circunstancias precisas de tu llegada aquí.

—¿Te refieres a que fuimos asaltados y que viví entre los Cree?

Una oleada de aversión se despertó en Marie. ¡Como si por unas circunstancias desgraciadas uno se convirtiera en un execrable ser humano!

Jeremy no perdió la calma.

—Exactamente a eso me refiero. Y frente a esta gente no deberías mencionarlo jamás. Cualquier granito de conocimiento que adquieran sobre ti puede convertirse en

sus manos en un arma afilada. Muchos de ellos serían incluso capaces de impedir para siempre cualquier progreso tuyo, sin que tú te des cuenta.

Marie se estremeció. De repente todos aquellos rostros rodeados de joyas le parecieron aún más hostiles y ella esperaba anhelante el momento en que pudiese abandonar el baile.

—Estás muy pálida. ¿No te encuentras bien? —dijo Jeremy, después de observarla un momento.

—No, solo es que no estoy acostumbrada a tanta gente de una sola vez —replicó Marie, tocándose las mejillas. ¿Estaba realmente pálida? Pese a que por un instante le faltó el aire como resultado de las palabras de Jeremy, se encontraba bastante bien. Sobre todo ahora que había salido del ambiente de Linda Bellamy.

—Voy a buscarte un refresco. Después te encontrarás mejor.

¿Estaba ella equivocada, o Jeremy desapareció con excesiva rapidez en dirección al bufete? Seguro que son meras imaginaciones tuyas. Está preocupado, eso es todo.

En medio de aquella gente en animada charla se sentía un poco fuera de lugar, pero como Jeremy volvería con bebidas, decidió permanecer donde estaba. «¡Cómo me gustaría estar fuera de aquí!», se le pasó por la cabeza.

—¡Miss Blumfeld!

Marie se volvió sobresaltada. «¡Oh, no, solo faltaba ese! —se le pasó por la cabeza al ver ante ella el rostro de George Woodbury—. Debería haber imaginado que él estaría aquí». Los ricos de las afueras de la ciudad no podían faltar en una ocasión semejante.

—Mr. Woodbury —replicó ella, rígida, pero no fue capaz de afirmar que era un placer volver a verle.

—¡Está realmente encantadora! —Mientras tomó su mano, George le dirigía miradas lascivas. Por lo visto ya se había olvidado de su pequeño discurso—. Espero que le quede algún baile para el que no se haya comprometido.

—Claro —se le escapó antes de que pudiera encontrar alguna excusa. Afortunadamente aún no se había abierto el baile y Marie esperaba encontrar hasta entonces un lugar en el que no la localizase.

Miraba a su alrededor en busca de Jeremy. ¿Dónde estaba? ¿Le habría entretenido alguien?

Se sentía incómoda porque notaba las miradas de Woodbury adheridas a su cuerpo.

—Venga, quiero presentarla a un buen amigo —dijo él por fin, ofreciéndole su brazo.

—Lo siento, estoy esperando a mi prometido. Ha ido por unos refrescos.

A Marie le disgustó la inseguridad que se notaba en su voz. Y aún le disgustó más que George la notara.

—Seguro que los refrescos podrán esperar un momento más, ¿no? Además aquí hay camareros por todas partes y podemos llamar a uno.

Marie siguió dudando. En realidad no había nada malo en que conociera al amigo de Woodbury, pero ¿por qué tendría la sensación de que se le encogía el estómago?

—Venga, mi amigo muere tan poco como yo.

Woodbury no daba la impresión de dejarse desanimar tan fácilmente.

A regañadientes puso Marie su mano sobre el brazo de él. «Quizá me deje en paz cuando haya hablado con su conocido», pensó angustiada.

Orgulloso como si él mismo fuese el novio, George llevó a Marie a través de la sala bajo las miradas maravilladas de los huéspedes. De vez en cuando le llegaba algún cuchicheo, pero Marie se obligó a no mostrar ninguna reacción.

Se detuvieron ante un trío de hombres vestidos con oscuras levitas. Todos sostenían copas de champán en las manos e interrumpieron en el acto su conversación cuando llegaron George y Marie.

El barbudo del centro llamó especialmente la atención de Marie. Pese a que, al igual que sus dos interlocutores, pasaba de los cincuenta, como demostraba el tono plateado de su cabello, seguía teniendo el porte de un hombre joven. Tras examinar brevemente a Marie, le sonrió.

—¿Me permiten presentarles? —preguntó Georges al grupo—. La señorita Marie Blumfeld. Marie, este es el alcalde Corrigan, este el consejero municipal Mellows y este el consejero municipal Pauls, los tres hombres más importantes de esta ciudad.

De repente Marie se sintió como si tuviese una enorme piedra en el estómago. ¡Corrigan! ¡El enemigo número uno de Selkirk de los indios!

Hasta ahora ella había podido evitar conocerle, pero lo que los Isbel decían de él bastaba para llenar libros enteros. Se acordó de la advertencia de James tras el día de los padres. «En realidad no tienes nada que temer —pensó—, pues has seguido sus indicaciones».

Mientras que los semblantes de Pauls y Mellows mantenían una amabilidad neutral cuando le besaron la mano, a Marie no se le pasó por alto que la mirada de Corrigan se ensombreció antes de inclinarse sobre su mano.

—Me alegro de conocerla. Usted es la nueva maestra, ¿verdad?

Marie asintió. «Mantén la calma —se dijo a sí misma—. Diga lo que diga o haga lo que haga, no le des motivos para que pueda reprocharte algo».

—Sí, esa soy yo. Mr. Isbel tuvo la amabilidad de darme el empleo.

—Sí, Isbel es un hombre realmente agradable. Por cierto, no sé si está en la lista de invitados.

Dirigió una mirada interrogante a George, que se encogió de hombros.

—Eso se lo tienes que preguntar a la encantadora Mrs. Bellamy.

«Sabes perfectamente que no está en la lista —pensó Marie furiosa—. Y yo

también estoy aquí solo por estar prometida con Jeremy».

—Bien, tal vez lo encuentre aún aquí en el transcurso de la velada. En cualquier caso me alegro realmente de conocerla por fin en persona. Seguro que su trabajo la tiene tan ocupada que no encuentra tiempo para venir al Town Hall.

—Así es —replicó Marie impertérrita—. Aún soy nueva aquí, y las clases ocupan todo mi tiempo. Pero seguro que le haré una visita cuando tenga más calma durante la época de vacaciones.

—Supongo que su prometido ya habrá arreglado sus papeles.

En este momento Marie se sintió más que aliviada por el hecho de que la caravana hubiese sido localizada y ella hubiera recuperado sus papeles.

—Naturalmente, puesto que nos casaremos en breve —contestó fríamente—. Para eso nos hacen falta los papeles, ¿verdad?

—Entonces todo está perfecto, bienvenida a nuestra ciudad. —Corrigan sonreía, pero sus ojos echaban chispas gélidas—. Sería un placer que me acompañara un poco. Acabo de recordar que hay algo de lo que tengo que hablar con usted.

Marie miró a George, que sonreía como si alguien le hubiese contado un chiste que no lograba quitarse de la cabeza.

«Eso lo tenías planeado —pensó—. Como venganza porque no quise hacer uso de tus “servicios”».

—Naturalmente —replicó, esforzándose por seguir ocultando su rabia tras una sonrisa cuando tomó el brazo de Corrigan. Mientras que los otros tres se quedaron donde estaban, el alcalde la llevó a través de una de las puertas de cristal al jardín impregnado por el olor a rosas marchitas y otras flores de verano. Al ver que otros invitados habían optado igualmente por salir del edificio para disfrutar del tibio aire vespertino y del resplandeciente cielo estrellado, Corrigan llevó a Marie un poco más al interior del jardín.

Su corazón empezó a acelerarse cuando se dio cuenta de que aquí estaban completamente solos. Marie echó una mirada de reojo a Corrigan. Su expresión seguía sombría, pero no revelaba sus intenciones.

—Una noche maravillosa, ¿no le parece? —El alcalde se volvió lentamente. Pese a que solo le pasaba una cabeza, su figura resultaba amenazadoramente alta—. Los seres humanos no saben valorar suficientemente los placeres de la naturaleza.

—¿Qué es lo que tiene que hablar conmigo? —preguntó Marie en tono frío, pues las fórmulas corteses no eran más que una máscara.

Corrigan resopló, después enarcó las cejas.

—Se oye decir que usted es una buena amiga de los indios. ¿Es cierto, señorita Blumfeld?

Aún más gélido que su voz era su semblante que, bajo el reflejo de las luces del jardín, parecía de una palidez poco natural.

Por un instante Marie contuvo la respiración al ver confirmados sus peores temores. «Seguro que ahora intentará hacerla cambiar de opinión».

—No tengo nada contra esta gente. Como sabrá por lo que se dice en la ciudad, pasé unas semanas con ellos, forzosamente. Me acogieron y me cuidaron cuando estaba gravemente herida. Me ofrecieron hospedaje cuando no tenía adónde ir. Y me dejaron elegir libremente si quedarme o marcharme a donde quisiera. Como tenía un compromiso que cumplir, decidí venir aquí.

Corrigan acogió sus palabras con una inclinación de la cabeza, pero su expresión revelaba desprecio.

—Bueno, no toda la gente de aquí ha tenido tan buenas experiencias con los pieles rojas. Puede que usted haya tenido mucha suerte, pero a otros no les ha pasado lo mismo.

—¿Y qué desgracia han traído los indios a la gente de aquí? —preguntó Marie en tono provocador—. He oído que solo muy pocos de los habitantes de Selkirk han tenido algún contacto con ellos.

—Cuando se fundó este asentamiento, se produjeron incidentes bastante sangrientos. Familias enteras de granjeros fueron masacradas por los pieles rojas. Y si pudieran, seguirían hoy en día matándonos uno tras otro.

—Los colonos invadieron su territorio. A usted tampoco le gustaría que alguien monte su tienda en su jardín.

Corrigan cerró los puños.

—Se irá dando cuenta de que es mejor no manifestar públicamente opiniones de este tipo, señorita Blumfeld.

Marie se puso en jarras. Su autocontrol empezaba a desmoronarse. ¿Qué se había creído ese hombre?

—¿Me está amenazando, Mr. Corrigan?

—No, no la estoy amenazando, solo le estoy dando un buen consejo —replicó el alcalde en tono gélido—. Si en sus clases sigue contando tonterías a los niños intentando convertirlos en amigos de los indios, yo mismo me encargaré de que no pueda volver a poner un pie en la escuela. Tome ejemplo de Isabel. También él es amigo de los indios, pero, al menos, tiene inteligencia suficiente para no tocar el tema en público. Por lo tanto, entre en razón, señorita Blumfeld, en su propio interés. De todas formas a mí no podrá detenerme ni parar mis proyectos.

Corrigan la tomó rudamente de los brazos.

—Y en caso de que no piense seguir mi consejo, le convendría más volver con sus amigos indios, pues entonces no podré garantizarle que esta ciudad siga siendo un lugar seguro para usted.

Cuando el alcalde volvió a soltarla, Marie se tambaleó con mirada horrorizada. Habría deseado gritarle a la cara que no se atrevería a hacer realidad su amenaza,

pero su mirada no dejaba lugar a dudas de que iba en serio. De repente volvió a ver la furiosa mirada del hombre que la amenazó en la pelea con Philipp. «Un amigo de Corrigan —se le pasó por la cabeza—. Y si llego a encontrarme en esta situación, no habrá nadie que lo detenga».

—Espero haberme explicado con claridad. —Corrigan alisó su levita y con la mano se quitó de la frente un mechón de cabello—. Disfrute del baile, señorita Blumfeld.

Cuando el alcalde desapareció entre los rosales, Marie se dejó caer en un pequeño banco de mármol cerca de ella. Donde la habían agarrado las manos de Corrigan, notaba la presión en la piel. Seguramente al día siguiente le saldrían moratones.

El susto por el giro drástico que tomó la conversación de la que, de todas formas, no se había prometido nada, le impidió llorar. Mientras intentaba recuperar la respiración, se sentía entumecida por dentro. La última vez que se había sentido así fue cuando la golpeó su padre. Y cuando ocurrió la gran desgracia.

—¡Por fin te encuentro!

Marie se volvió. Jeremy salió de entre los matorrales con las manos hundidas en los bolsillos. Por lo visto había renunciado a su propósito de traer refrescos. ¿O acaso sabía todo aquello? ¿Se retiró tal vez tan rápidamente porque vio a Woodbury entre la gente?

Cuando entendió claramente la concatenación de las circunstancias que habrían llevado a que ella fuese invitada, Marie se sintió mareada. Alargó una mano hacia el seto en busca de apoyo mientras que con la otra se apretaba el estómago. «Maldito corsé», pensó.

—Estas fiestas son tremendamente fatigosas, ¿no te parece? —preguntó Jeremy en un tono que la alarmó aún más. Al menos ahora remitía la sensación de mareo.

—Sí, un poco. No estoy acostumbrada a asistir a actos como este.

Cuando Jeremy se le acercó, notó un leve olor a alcohol. Por lo visto no había podido resistirse al champán que los camareros repartían por los salones.

—¿Qué fue lo que te dijo el alcalde?

—¿A qué te refieres? —Marie le dirigió una mirada llena de sobresalto. ¿Habría escuchado la conversación? Entonces ¿cómo no acudió en su ayuda cuando Corrigan la agarró?

—Vi que fue al jardín contigo. Espero que la conversación haya sido agradable.

Marie reprimió un resoplido irónico. Dejó de ser agradable en el mismo momento en que el alcalde oyó su nombre.

—Él. —¿Debía decírselo realmente? Como prometido estaba en su derecho de saber que ella había sido amenazada. ¿Pero, podía confiar en él? ¿Y cuánto había oído de su conversación?

—Tuvimos una pequeña divergencia de opiniones —prosiguió al fin.

—¿Sobre qué? —Jeremyladeó la cabeza.

«Lo sabe», pensó Marie conmovida.

—Sobre los indios.

—Es un tema realmente algo delicado. Mr. Corrigan no tiene una opinión especialmente buena de los indios. Sería mejor que no hablastes con él de ellos. Podría llevar a una larga discusión.

Marie miró sorprendida a Jeremy, preguntándose por qué aparentaba ser tan ingenuo. Tuvo que haberse enterado de lo que pasó, pues apareció solo unos momentos después de su altercado con Corrigan. Pero Marie consideró mejor no revelar el resto de la conversación.

—A partir de ahora no volveré a hacerlo —contestó rígida.

Jeremy le tendió la mano con una sonrisa.

—Eso está muy bien. Verás que Corrigan, si no se toca ese tema tan delicado, es un individuo afable y encantador, dispuesto a apoyar proyectos e interesado ante todo en el bienestar de su gente.

Marie no dudaba de que estuviese interesado en el bienestar de los blancos de su ciudad. Pero ¿qué ocurría con todos los demás? ¿Qué pasaría con los niños indios si aparecía alguien dispuesto a expulsar a sus familias?

—Ahora deberíamos entrar. Aún no te lo había dicho, pero voy a dar un discurso.

—¿Un discurso? —Marie intentó mostrarse interesada, pese al nudo que tenía en la garganta.

—Sí, Mr. Bellamy quiere honrar especialmente a alguien en esta fiesta. Y lo cierto es que también yo tengo muchas palabras de gratitud para el homenajeado, pues su apoyo en la construcción del campanario fue ejemplar.

—¿Y quién es este mecenas ejemplar?

—¡Eso es una sorpresa!

Cuando Marie cogió el brazo de Jeremy, se sintió tan incómoda como antes yendo del brazo de Woodbury. No solo la inquietaba lo que había dicho su prometido, sino que además no lograba ahuyentar la sensación de que el altercado con Corrigan no sería esta noche el único acontecimiento desagradable.

Curiosamente, de pronto se acordó del lobo blanco y de lo que dijo Onawah. «Si aparece, corres un gran peligro». Pero hacía mucho tiempo que el lobo no había dado señales de vida. ¿Había perdido el vínculo con su espíritu protector, ahora que volvía a ser un miembro perfectamente válido de la sociedad blanca? Una sociedad de lobos enfundados en vestidos de tafetán y levitas.

Apenas regresaron a la sala de baile cuando la orquesta entonó un breve redoble. Marie temió que diera comienzo el baile para el que le flaqueaban aún demasiado las rodillas, pero los presentes formaron un semicírculo como si esperaran algo.

«Seguramente ahora los notables serán honrados con un discurso», pensó Marie,

cuando Jeremy se apartó súbitamente de ella.

—Disculpa —se limitó a decir. Después se abrió paso a través de los invitados.

Marie le siguió con la mirada. ¿Vendría ahora la sorpresa que le había anunciado?

Poco a poco iban llegando también los huéspedes dispersos. En cuestión de minutos Marie se encontró emparedada entre cuerpos humanos. Todos miraban intrigados hacia delante, pero de los retazos de palabras que oía a su alrededor, no pudo captar el motivo.

Solo cuando su prometido se colocó en el centro y sacó una hoja de papel, los presentes callaron.

Mientras se hacía un silencio en el que se habría podido oír el ruido de una aguja cayendo al suelo, Jeremy carraspeó y empezó:

—Señoras y Señores, en nombre de Mr. y Mrs. Bellamy les doy la bienvenida al baile anual de beneficencia. En esta fiesta me incumbe a mí, como reverendo, honrar a un hombre que con su compromiso con la población de Selkirk es un brillante ejemplo para todos los habitantes de la ciudad.

Marie hizo un gesto sorprendido con la cabeza. La timidez de la que Jeremy solía hacer gala había desaparecido de repente. Incluso parecía gozar por el hecho de que todos los ojos se dirigiesen a él. Ni siquiera en la iglesia, en la que Marie le oía predicar todos los domingos, mostraba tanta seguridad en sí mismo.

«¿Solo está fingiendo? —se preguntó Marie—. ¿O es este su auténtico carácter, que oculta ante mí y también ante Stella y Rose?».

Se volvió para buscar con la mirada a las dos, pero Auntie y su hija habían sido devoradas por la multitud.

—Ahora pido a Mr. Abe Corrigan que se adelante para que pueda honrarle por los servicios prestados a nuestra ciudad y a nuestra comunidad.

Involuntariamente Marie contuvo la respiración cuando Corrigan se adelantó entre los aplausos de la multitud y se colocó después con una sonrisa a su lado.

Sintiendo que se apoderaba de ella la anterior sensación de vértigo, solo escuchó a medias los elogios dedicados a aquel hombre que la había amenazado poco antes en el jardín.

¿Podía ser realmente? ¿Su prometido honraba al hombre que odiaba a los indios, pese a que había sido testigo del trato dado por él a su prometida? ¿Era este el precio de su presencia en el baile? ¿Cómo había podido ser tan ingenua como para creer que la gente de aquí sintiera curiosidad por ella? Les era completamente indiferente. Aquí lo único que contaba era que la iglesia mostrase de parte de quién estaba.

De repente comprendió que le quedaba una sola opción. Tenía que marcharse de aquí, salir de esta asfixiante sala impregnada de olor a violetas, repleta de miradas despectivas y amenazas difícilmente ocultas. De lo contrario acabaría por desmayarse realmente, y lo último que quería era ser contemplada en semejante estado por toda

esa gente.

—Perdone. —Marie se volvió y, pese a que en su interior hervía una tempestad que amenazaba con desgarrarla, intentó abrirse paso lo más dignamente posible a través del gentío. Mientras la voz de Jeremy fue relevada por la de Corrigan, que agradecía lacrimógenamente la distinción, Marie tenía la sensación de que el bosque de cuerpos humanos no iba a tener fin. Un extraño zumbido llenaba sus oídos y sus ojos empezaron a parpadear cuando finalmente consiguió alcanzar una de las puertas.

Capítulo 30

PESE a tener la sensación de que le faltaba el aire, Marie corrió por la acera. «Maldito corsé», pensó nuevamente, aunque era consciente de que no era el vestido ajustado el que tenía la culpa de su malestar. El que Jeremy se hubiese puesto abiertamente de parte del alcalde, contribuyó tanto a su sofoco como la mirada burlona de Corrigan que indicaba claramente que, tras la boda, sus opiniones no serían tenidas en cuenta.

Cuando tuvo que detenerse al cabo de un rato, porque veía nuevamente lucecitas ante los ojos, avistó a lo lejos el colegio. Le vino bien que todas las ventanas estuvieran a oscuras. No tenía ganas de hablar, solo quería calma y tiempo para poder reflexionar al fin.

Cuando llegó a la escuela, disminuyó un poco la sensación de mareo. Isbel había cerrado con llave, pero Marie encontró la llave de emergencia en su escondite debajo de la escalera.

La fresca oscuridad la envolvió como un manto protector mientras se dirigía a su clase. Con la respiración entrecortada se sentó en un banco, apoyándose en las frías paredes. Si bien el olor a cera y polvo de tiza la tranquilizaba un poco, la sensación de que una pinza de hierro le oprimía las entrañas no desaparecía.

¡Su prometido estaba de parte del alcalde! Seguramente ahora estarían ideando juntos lo que harían contra la tribu de Onawah. Se sintió tan desvalida que se le llenaron los ojos de lágrimas. Le temblaban los puños cerrados. «¡Ojalá fuese un hombre! ¡Ojalá me fuese posible frenarles!».

—¡Miss Blumfeld!

Marie se encogió y miró sobresaltada a la puerta. Ahí estaba Philipp Carter, quien le dirigió una mirada igualmente sorprendida. Como siempre, el cabello le caía un poco desordenadamente en la frente, pero su ropa estaba tan ordenada como si pretendiese ir a la iglesia. ¡Y eso a pesar de que hacía tiempo que su trabajo había terminado!

—¿Está todo bien?

—Sí —resopló Marie—. Todo está bien.

Philipp ladeó la cabeza.

—A mí me parece que no lo está del todo. Incluso en la oscuridad puedo ver que usted está terriblemente pálida.

—Yo... —Tras una breve vacilación, Marie dijo—: Me encontré con Mr. Corrigan. En el baile de los Bellamy.

Philipp frunció el ceño.

—¿Corrigan, el que odia a los indios? ¿No habrá pretendido enseñar a uno de sus

retoños que los indios son seres humanos?

—¿Corrigan tiene hijos?

No lograba imaginarlo como padre.

—Ni idea, pero tiene mujer y me parece que tiene edad suficiente para tener hijos. La cuestión es solo si Dios tenía intención de hacerle este regalo o si sabía ya en qué individuo repugnante iba a convertirse.

Sonriendo, Carter se sentó en el banco de enfrente.

—Es extraño —empezó a decir mientras pasaba ensimismado la mano por encima de la mesa—. Antes ver un colegio solo me daba ganas de huir. Y ahora me encuentro a gusto aquí.

Su sonrisa alentadora contagió ahora también a Marie.

—Y yo nunca quise estar en otro lugar. La convivencia con mi padre fue... difícil. En el colegio todo tenía su orden y yo jamás he querido ser otra cosa.

—¡Maestra! —se le adelantó Philipp.

—Sí, maestra. —Marie tiró, algo cohibida, de la manga de su vestido—. ¿Aburrido, verdad? Al menos eso piensa la mayoría de la gente.

—Yo no —replicó Carter con una sonrisa—. Encuentro que se necesita bastante valor para un trabajo como ese. Los niños pueden ser a veces muy despiadados.

—Pero eso no es nada en comparación con el servicio en el ejército. Allí la vida corre un peligro mucho mayor. Especialmente en épocas de guerra. —De nuevo pasó por su cabeza el recuerdo amargo de Peter. Sin la guerra seguiría con vida.

—Bien, todas las profesiones tienen un peligro, a su manera. Como domador de leones uno puede ser devorado y como empleado de banca atracado. Los médicos pueden ser contagiados por sus pacientes y los guardianes del orden recibir un tiro.

—¿Y todas las otras profesiones?

Los ojos de Marie echaban chispas visibles de alegría ante esta pregunta.

—Un panadero puede quemarse, una cocinera cortarse un dedo, a un afinador de pianos le puede dar una cuerda suelta en la cara, y un maestro, no me lo tome a mal, puede ser atormentado por los niños.

—A mí los niños aún no me han atormentado.

—Seguro que es porque en realidad todo el mundo desea tener una maestra como usted. Si yo hubiese tenido una así, me habría quedado y continuado con los estudios.

Marie se echó a reír. De repente parecía deshacerse de todo lo que le había pesado.

—Es el cumplido más hermoso que me han dedicado jamás. Pero temo que mis alumnos no siempre lo vean así. A más tardar, cuando toque el próximo dictado, desearán de nuevo mandarme a paseo.

—No lo creo. —Philipp miró a Marie con insistencia. Un instante después hizo un gesto negativo con la cabeza como si quisiera apartar una idea molesta. «Por qué

lo hará», se preguntó Marie, comprobando desconcertada lo bien que se encontraba en compañía de Carter. Seguro que con él habría pasado horas más agradables que las de aquel baile.

—¿Por qué vino aquí en vez de ir a casa? Aparte, claro, de que me alegro de verla aquí.

Marie bajó la vista turbada.

—Porque en el colegio me siento mucho más en casa.

—¿No vive con su prometido?

—No, con su tía.

—¿Y dan a veces ustedes dos un paseo, o hacen algo conjuntamente?

Marie negó con la cabeza.

—No, al menos no sin su tía y la hija de esta. Entre semana él tiene tan poco tiempo como yo.

—¿Y entonces cómo pretenden convertirse en pareja? ¿Solo porque hay un acuerdo entre ustedes? ¿Porque él pagó su travesía?

Marie sabía a qué se refería. Jeremy prácticamente había comprado a su esposa. ¿Pero qué opción le quedaba ahora a ella?

—No lo sé, pero si he de ser sincera...

—¿Sí? La mirada de Philipp la hizo enmudecer por un instante.

—Lo que ocurrió hoy ha conmocionado un poco la forma en que veo a mi prometido.

—¿Participó su prometido en el altercado con Corrigan?

—Supongo que nos estuvo escuchando.

—¿Y qué es lo que escuchó? —Azorado por su propia osadía, apretó brevemente los labios. Después dijo—: Perdone mi curiosidad. Solo que no quería...

—Temo que oyó a Corrigan recomendarme que en la escuela no vuelva a hablar de los indios. Me amenazó con echarme del colegio. Y con que la ciudad dejaría de ser un lugar seguro para mí.

Carter resopló indignado.

—¡Maldito cerdo! Y sin embargo yo siempre pensé que las historias que se cuentan de él eran exageradas.

—Por lo visto no lo son.

—¿Y cuál fue la reacción de su prometido?

—No intervino. Y acabó por pronunciar un encendido elogio de los nobles objetivos de Mr. Corrigan. Que el ferrocarril nos traerá a todos el progreso y así sucesivamente. No me enteré de todo el discurso, porque no podía más. Me sentía como si fuese a ahogarme en el salón, especialmente porque durante todo el tiempo Corrigan me dirigía miradas irónicas.

—¿Y le habló de la amenaza? ¿A su prometido, quiero decir?

—¡Pero si la oyó!

—Sí, ¿pero le preguntó usted qué piensa hacer? Puede que no haya oído toda la conversación.

Marie negó con la cabeza.

—Lo ha oído todo, estoy segura. Incluso me aconsejó que no hablara de los indios con Corrigan. Y dijo que por lo demás es un hombre encantador.

—Está claro que su futuro marido debería haber pedido la mano de Corrigan. ¡Qué miserable sin dignidad!

—¡No debe hablar así de él! —le espetó Marie, con más ímpetu del que hubiese querido. En definitiva solo era su sentido del deber lo que la impulsó a defender a Jeremy.

—¡Pienso que lo ocurrido ha cambiado la visión que usted tiene de su prometido! —replicó Carter irritado—. Lo siento, pero sea sincera. ¡Usted no es una mujer que se deja tratar así! Si yo hubiese estado en el lugar de su prometido, ni elogios para Corrigan ni más bobadas. O mejor dicho, los elogios se los habría hecho sentir en forma de una buena paliza.

Avergonzada, Marie bajó la cabeza. Tenía toda la razón. Pero ella seguía prometida con Jeremy. Y tal vez él solo quiso guardar las apariencias y no buscarse problemas con Corrigan.

Cuando prosiguió, Philipp hizo un visible esfuerzo por mantener la calma:

—Señorita Blumfeld, ahora le voy a contar algo, quiera oírlo o no.

Marie le miró y luego dijo con voz quebrada:

—¡Quiero oírlo!

—¡Mejor! Pues, como usted sabe, fui soldado del ejército de los Estados Unidos.

—En la guerra civil, sí.

—Y durante algún tiempo más. Cuando finalizó la matanza entre hermanos, se buscaron nuevas tareas para la caballería. Nuestro regimiento fue trasladado a la zona india de Nueva Méjico, con el pretexto de proteger la frontera. Pero nuestra verdadera misión era mantener a raya a las tribus indias rebeldes y actuar contra ellas en caso de necesidad. No se imagina todo lo que ocurrió. La población solo oye hablar de las grandes batallas, y siempre se suele atribuir la culpa a los indios. De lo que el ejército hace contra los campamentos pequeños de los indios no habla nadie. Se secuestra a mujeres indias, se mata a niños y ancianos, se mata a guerreros indios acribillándolos en una emboscada. Algunos de mis camaradas le cortaron los pechos a una mujer de la tribu de los navajo cuando intentó resistirse a la violación. Nuestro comandante encerró a estos hombres en el calabozo durante tres días, eso fue todo. Después pudieron continuar haciendo lo mismo. Y todo solo por tierras, dinero y petróleo. Cuando no aguanté más, deserté.

Marie respiró temblorosa. La idea de que le pudiera pasar algo así a la tribu de

Onawah la hizo estremecerse.

—¿Y no le persiguieron?

—¡Oh, sí! Un pelotón de cazadores me persiguió hasta Montana. Después conseguí quitármelos de encima.

Marie evocó mentalmente el mapa de América.

—¿Hasta allí le siguieron?

Philipp asintió.

—Bueno, yo no era un soldado raso. Era oficial a punto de ser ascendido a coronel. Tenían miedo de que pudiese contar lo que había visto.

—¿Y por qué no lo hizo? Tendría que haber informado al gobierno.

—¿Un gobierno que apoya en secreto las matanzas de indios? —Philipp negó amargamente con la cabeza—. No, eso era imposible. Después de cruzar los Rockys, lo único que quería era tener paz. Me uní a los tratantes de pieles y me convertí en canadiense.

—¿Y los hombres que le buscaban?

—Seguro que creerán que encontré la muerte en las montañas. Y no tengo intención de refrescarles la memoria dando señales de vida. Si es necesario, seguiré siendo conserje por el resto de mi vida. Pero... —Miró tan profundamente a Marie que ella sintió un agradable estremecimiento recorrerle la espalda—. Pero creo que llegará un momento en que me quemará el suelo bajo los pies si Corrigan y sus amigos continúan en la misma línea. No soy hombre que sepa mantener la boca callada, y menos después de todo lo que he vivido.

—¿Quiere irse?

—No hoy, ni tampoco mañana. Pero creo que algún día habrá llegado el momento. Y quién sabe si a usted no le llega también ese momento, pues no la veo como a una mujer que sepa mantener la boca cerrada y callar sus convicciones.

Philipp la contempló largo rato, después, una sonrisa asomó en su rostro.

—¿Por cierto, sabe lo encantadora que está con este vestido?

—¿Qué? ¡Oh!

Marie se había olvidado completamente del vestido que llevaba puesto. Ahora recordó que en secreto había deseado que Philipp la pudiese ver así. A veces el destino recorre caminos extraños para cumplir unos deseos, pensó, mientras agradecía educadamente el cumplido y le devolvía la sonrisa.

A partir de ahora el nuevo maestro y yo nos veíamos al menos una vez por semana en la glorieta, sin que nos descubrieran las otras maestras ni los alumnos. Mientras escribía a Peter, Zenker me miraba por encima del borde de su libro. Por mucho que sus miradas me inquietaran, también las disfrutaba, pues era la primera vez que un hombre me prestaba tanta atención. En mis cartas no lo mencionaba, pero en mis

sueños sucedían una y otra vez cosas de las que me avergonzaría si las contase en voz alta.

En mi fuero interno deseaba que se me acercara, pero la cosa no pasaba de aquellas miradas, cosa que me exasperaba. Aun así, iba día tras día a la glorieta, disfrutaba de su proximidad y me alegraba de que él no conociera mis pensamientos.

Un domingo por la mañana temprano decidí ir a la glorieta antes de misa y escribir a Peter. Creía que acabaría reventando si no le hablaba por fin a alguien de mi amor secreto.

Los sonidos que traspasaban desde lejos el silencio matutino deberían haberme advertido, pero en mi inexperiencia los tomaba por chillidos de pájaros o ruidos de zorros que aparecían de vez en cuando en el parque. Solo cuando me encontraba ya a un paso de la glorieta, tuve un presentimiento. En este momento debería haberme marchado a toda prisa, pero los sonidos me atrajeron como por arte de magia. Fue todo como entonces, cuando vi a mi padre con Luise. Llegada a la glorieta, me detuve y miré aturdida el cuerpo desnudo de un hombre rodeado a la altura de la cadera por unos esbeltos muslos femeninos. Zenker, Zenker y...

Me tapé la boca horrorizada cuando descubrí, junto a su hombro desnudo, el rostro cubierto de sudor de Charlotte. Con los ojos entornados y la boca entreabierta, se aferraba a los hombros de Zenker y parecía disfrutar sumamente de sus movimientos.

Por un instante mis miembros parecían volverse insensibles. ¡Zenker, mi amor secreto tenía una cita con Charlotte del último curso! Cuando mis piernas recuperaron el sentido, retrocedí tambaleándome. No se dieron cuenta de mi presencia, pero sus gemidos y jadeos se hacían cada vez más intensos.

Hasta hoy ignoro cómo volví finalmente al internado. Me senté jadeando en los escalones que llevaban a la entrada principal, agarrándome al pasamano. El papel de cartas junto con el plumier yacía a mis pies.

—¡Buenos días! —resonó la voz del administrador a mis espaldas—. ¿No se encuentra bien, muchacha?

Hice un gesto negativo con la cabeza. Realmente no me encontraba nada bien. En mi pecho ardían rabia y decepción. Habría querido dar golpes a diestra y siniestra, pero ni siquiera reuní fuerzas para levantar los brazos.

Hubo un momento en que alguien me ayudó a incorporarme y me llevó a mi habitación. Pensando que había cogido un resfriado, la directora del instituto me permitió no asistir a clase por unos días. Pero no eran molestias físicas las que me atormentaban. No conseguía entender cómo Zenker coqueteaba conmigo y luego se dedicaba a hacer marranadas con Charlotte. Todo en mí gritaba que habría que castigarle, pero sabía perfectamente que no sería capaz de delatarle.

Capítulo 31

STELLA y Rose regresaron tarde del baile. Marie, que tenía la vista clavada en el techo de la habitación, oyó el golpear de las puertas y el sonido de pasos.

«¿Me sacarán de la cama para preguntar qué ocurrió? —se dijo—. ¿O estarán demasiado bebidas para eso?».

Tras la conversación, Philipp insistió en acompañarla a casa. En silencio caminaron por las tranquilas calles mientras el viento traía hasta ellos el lejano ruido del baile.

Ante la puerta él se despidió cortésmente deseándole una buena noche. Marie, en cambio, en el mismo momento en que le volvió la espalda, sintió el deseo de correr tras él y de pasar la noche en la escuela. Pero era imposible. De todas formas, tendría ya problemas por haberse ido de la sala de baile sin avisar a nadie.

Como finalmente se dejó de oír el ruido de los pasos y se hizo el silencio, Marie cerró los ojos. Las palabras de Philipp retumbaban como truenos en su cabeza. «¿Cuándo llegará el momento para mí? —pensó acongojada—. No es así como imaginé el inicio de mi nueva vida».

Al día siguiente se levantó muy temprano pese a lo corto de la noche. Solo cuando se vistió tras el lavado matutino, se acordó de que era domingo. Decepcionada volvió a quitarse el vestido que solía llevar para ir al colegio y se puso el que se había comprado con su primer sueldo. Después de arreglarse el peinado, bajó a la cocina. Quizás un buen desayuno apaciguaría un poco a Stella.

Poco después de que Marie pusiera el agua a calentar, apareció Stella en la cocina. Marie se volvió sobresaltada mientras le daba los buenos días.

—Ayer desapareciste por las buenas y sin avisar. ¿Hubo algún motivo?

—No me encontraba bien.

Marie se volvió nuevamente hacia el caldero, pero el agua aún no hervía.

—Habrías podido ir en nuestro carruaje.

—No quería estropearos la fiesta.

—No lo habrías hecho —replicó Stella. Después dirigió una mirada examinadora a Marie—. ¿Está todo bien entre tú y Jeremy?

¡Como si hubiese algo que pudiese no estar bien! Marie ocultó sus pensamientos tras un fuerte ajeteo que la hizo dirigirse a toda prisa al estante en el que estaba el jarrón con la harina para el *porridge*.

—Todo está perfecto —mintió—. Ayer estuvo muy atento.

—Tal vez deberíais pasar más tiempo juntos —dijo Stella tras una breve reflexión—. ¿Cómo vais a convertirlos en pareja si uno está aquí y el otro allí?

Si Stella se hubiese mostrado tan comprensiva hace unas semanas, Marie le

habría dado la razón entusiasmada. Pero ahora no sabía si le apetecía aún conocer mejor a Jeremy. La exhibición de su entusiasmo por Mr. Corrigan ya le dijo a Marie demasiado sobre él.

—Jeremy vendrá hoy tras la misa. Quizás os convendría salir un poco al campo.

—No sé —contestó Marie frunciendo el ceño mientras se esforzaba por encontrar una excusa. Lo que no quería de ninguna manera era pasar la tarde a solas con Jeremy, un hombre al que no conocía en absoluto y a quien temía ahora llegar a conocer—. Aún no me encuentro bien y me duele la cabeza. Quizá sea mejor que me acueste tras la comida.

—Estás todavía muy pálida —dijo Rose que, por lo visto, pasó una magnífica noche en el baile.

—Preguntaré a Jeremy si le apetece hacer algo el próximo fin de semana.

La misa, y la comida después, fueron un auténtico suplicio. Jeremy la trató con la misma frialdad de antes, tal vez incluso con una frialdad aún mayor. Por lo visto, con su desaparición Marie le había puesto en evidencia ante sus nuevos amigos.

«¿Y qué habría pasado si me hubiese desmayado?», pensó Marie. Además al final la velada terminó con un giro agradable. La conversación con Philipp valió el que ahora aguantase el mal humor de Jeremy.

Como él no mostró interés por mantener una conversación con ella, Marie, como le había anunciado a Stella, se retiró tras la comida a su habitación y se echó sobre la cama. Sacó el cuadernillo que estaba ya casi lleno. Para lo que aún tenía que confiarle, tendría que escribir en letra más menuda.

Antes de que pudiese poner manos a la obra, alguien llamó a su puerta.

¿Sería Jeremy? ¿Venía a ver cómo estaba?

Sobresaltada, volvió a guardar el cuadernillo bajo el colchón y adoptó una postura conveniente antes de pedir al visitante que entrase.

—¿Te molesta que te haga un poco de compañía?

Rose le dirigió una mirada expectante. Era la única en la casa cuyo comportamiento frente a ella no había cambiado desde el baile.

—No, entra.

Rose entró de puntillas y cerró cuidadosamente la puerta.

—Siéntate a mi lado. —Marie señaló el borde de la cama cuando Rose se disponía a buscar una silla.

Azorada, Rose se sentó sobre la colcha y permaneció callada con la mirada baja.

«¿La habrá enviado Stella para que me vigile? —pensó Marie desconfiada—. ¿O porque quería despotricar sobre mí con Jeremy sin ser molestada?». Avergonzada reprimió estos pensamientos. ¿Por qué era tan desconfiada con los demás? Al fin y al cabo, no todos tenían algo que ocultar, y no todos querían hacerle únicamente daño a ella.

—Lamento que para ti el baile no haya resultado agradable —comenzó Rose susurrando—. Tengo mala conciencia, pues para mí sí lo fue.

—Entonces, dime, ¿qué pasó tras el discurso de Jeremy?

—¡Creo tener un admirador! —soltó Rose—. Uno de los hombres me sacó constantemente a bailar.

Marie sonrió ante la idea de que alguien del círculo de los Bellamy pudiese enamorarse de la prima de un reverendo. «No todos los seres humanos son malos», se reprendió al instante.

Rose no pareció haberse dado cuenta de este pensamiento de Marie. Sus ojos brillaban como si realmente la flecha del amor le hubiese penetrado con fuerza.

—¿Era ese chico de los Hanson el que se interesa por ti?

Rose negó divertida con la cabeza.

—No, se llama Chester Beauregard. Es de una familia acaudalada y acaba de mudarse a Selkirk.

—Parece haber conquistado realmente tu corazón.

—Sí, lo ha hecho. —Con un gesto teatral, Rose se puso las manos en el pecho—. Tiene el cabello castaño y los ojos de color marrón. Sí, tiene el aspecto de los franceses que viven en el oeste. Y tiene unos modales impecables.

—Me alegro por ti. —Marie le tomó la mano—. Pero ten mucho cuidado, Rose, ¿me lo prometes?

—Pero ¿por qué? —preguntó Rose sorprendida.

—No todos los hombres son honrados. Los hay que solo quieren seducir a una chica guapa y después ponen pies en polvorosa.

—¡Pero Chester no es así!

—Ni yo lo he afirmado. Seguro que es un joven muy honorable y si tiene intención de casarse contigo, no deberías hacerte rogar demasiado.

—¡No lo haré! —replicó Rose, y efectivamente eso fue todo lo que quiso comunicarle a Marie—. Pero has de prometerme que no le dirás nada a mi madre.

Marie asintió.

—¡Sé guardar un secreto!

—Bien.

Rose se levantó con una sonrisa pensativa y regresó a su habitación, seguramente para soñar con su Chester.

Marie cerró los ojos, pero no fue en Jeremy en quien pensó. Sus pensamientos se encaminaron a la escuela, a la pequeña habitación en la que Philipp estaría ocupado en cualquier cosa y tal vez le dedicase también a ella algún pequeño pensamiento.

Capítulo 32

POR fin llegó el anhelado lunes. Tras un fin de semana con baile como este, debería estar animada, pero solo se sentía cansada y decepcionada.

Abandonó la casa de Stella más temprano que de costumbre y atravesó a toda prisa las calles, aún desiertas. El sol estaba asomando tras el horizonte rosa y la bruma que envolvía las casas se estaba disipando poco a poco.

«Tal vez sean realmente las pequeñas cosas las que conmueven nuestro corazón más hondamente», pensó Marie que, ante la salida del sol, se sentía extrañamente ligera mientras se dirigía al colegio.

—¡Buenos días, señorita Blumfeld! ¡Ha venido muy pronto hoy!

Carter le dirigió una amplia sonrisa mientras le abría la puerta.

—Tras este fin de semana estaba realmente impaciente por volver al fin aquí. Puede creérmelo.

—¿Acaso hubo algún otro incidente o incluso... discurso?

La sonrisa irónica de Philipp hizo sentir un calor a Marie que echaba siempre en falta cuando estaba con Jeremy.

—No, pero reina un ambiente extraño en casa. Me han tomado muy a mal mi huida.

Carter se encogió de hombros.

—Ya se les pasará. Al fin y al cabo, desde entonces usted no ha hecho nada inmoral.

«¿Realmente no? —pensó Marie—. Al fin y al cabo he pasado la noche, por así decirlo, con un desconocido. No, con un desconocido no», se corrigió inmediatamente, pues Philipp había llegado a resultar mucho más familiar para ella que Jeremy.

—Si usted lo dice... —replicó, poco convencida.

—Además, en definitiva, la velada no estuvo tan mal —prosiguió Philipp—. Ahora sabe a qué atenerse con su prometido, conoce a su especial amigo y... también ha llegado a conocer algunos de mis secretos. ¿Qué más quiere? Las verdades son dolorosas, pero conocerlas trae, en última instancia, solo beneficio, ¿verdad?

La sabiduría de sus palabras hizo sonreír a Marie.

—Ninguno de nuestros poetas lo habría podido decir mejor.

—¡Bien, pues, entonces a trabajar! En seguida le traeré todo lo que necesita para hoy.

Poco después Philipp apareció con su carrito lleno de libros. Al lado humeaba el café negro en una taza de cerámica.

—¡Los que madrugan necesitan algo para despertarse! —explicó, mientras le

pasaba la bebida—. Le garantizo que con eso seguro que mejorará su humor.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Mrs. Isbel me lo ha dado. Se levanta expresamente a estas horas tan tempranas para prepararme una jarra para que me despierte. Y como puede ver, estoy siempre de buen humor desde que empecé a trabajar aquí.

—Pues entonces no me queda más remedio que probar este café mágico. — Cuando Marie cogió la taza, su mano rozó superficialmente la de Philipp, pero era como si saltaran chispas. Se miraron desconcertados y Marie se hundió tan profundamente en los ojos de Philipp que no notó ni siquiera el calor de la taza de café.

—Yo... yo creo que debería continuar.

Pese a que su mirada delataba que habría podido seguir mirándola todo el tiempo, se retiró. Marie le siguió con la mirada y solo cuando volvió a sentir la taza en su mano, apartó la vista de la puerta por la que Philipp había desaparecido hacía ya un buen rato.

Al cabo de una hora bajó Mr. Isbel, que pareció sorprenderse también al ver que Marie ya estaba lista para la clase.

—¡Tiene que contármelo todo sobre el baile! —exclamó entusiasmado—. Por lo visto le ha dado un exceso de energía.

—¡Más bien fue el café de su mujer! —replicó Marie, y a continuación le informó breve y escuetamente de los incidentes durante el baile.

Poco a poco iban llegando los alumnos. Como todas las mañanas, permaneció de pie a la entrada del aula para saludarlos. Pero de repente sintió que se iba apoderando de ella un impulso que la obligaba a hacer algo que en realidad ya no quería hacer, o, mejor dicho, que no debería hacer.

Vas a tener muchos problemas, pensó mientras cogía aire, pero extrañamente no sentía miedo.

—Hoy vamos a dedicarnos a los Cree, a los indios que viven a unas millas de aquí.

Después de la clase, todo el cuerpo de Marie temblaba. Con toda su pasión había explicado a los niños la forma de vida y, en la medida en que ella misma la había entendido, también la religión de los Cree. Los niños siguieron su exposición boquiabiertos y abriendo mucho los ojos, pero nadie formuló ninguna objeción por el hecho de que en casa sus padres les hubiesen explicado algo distinto.

Con un suspiro, se dejó caer sobre la silla. A pesar de que sentía retortijones de estómago, ¡era una sensación tan buena haber dicho por una vez la verdad!

—Estuvo realmente bien —dijo Philipp mientras se apartaba de la puerta.

—¿Qué? —preguntó Marie sorprendida.

—Su clase. Todo lo que ha contado sobre los Cree.

—¿Usted lo ha oído?

—No pude evitarlo. Su charla hasta me ha llevado a descuidar mi trabajo. Deseaba entrar en clase y ayudarla, pero usted lo captó todo muy bien, y entonces me quedé ante la puerta.

Pese a que Marie se alegró por el elogio, de repente se sintió apenada como si aquella magia desconocida que se había apoderado de ella por la mañana, se desprendiese ahora de su persona.

—Se lo dirán a sus padres —murmuró abatida.

—¡Eso espero. A ver si entonces despiertan de una vez! —dijo Carter risueño.

Marie negó angustiada con la cabeza.

—Mr. Isbel me advirtió de que no lo hiciera, pero no he podido evitarlo. Fue como si de repente algo hubiese reventado dentro de mí. Quería enderezar las mentiras que gente como ese Corrigan o aquella Mrs. Blake meten en la cabeza de los niños.

—Y lo habrá conseguido. No tema a Mr. Isbel, es un buen tipo. Solo que, como todos los demás, tiene miedo de Corrigan. Pero le digo que solo mantendrá el poder mientras pueda propagar miedo y terror. Si alguien en la ciudad le reprocha lo que ha hecho, límitese a reír.

Como si fuese tan fácil, pensó Marie, pero Philipp le sonreía tan alegremente que en aquel momento le habría creído cualquier cosa.

Reconfortada por la sonrisa de Philipp y el té vespertino en casa de los Isbel, Marie dejó de temer el regreso a la casa silenciosa de Stella. En el camino hasta le vino a la mente una antigua canción que solía cantar con su hermano. En voz baja tarareaba la melodía y se metió en una calle lateral sin prestar atención a lo que la rodeaba.

—¡Eh, señorita!

Marie se detuvo y se volvió. Apenas había notado la presencia del hombre que, por lo visto, la estuvo esperando, cuando este la agarró rudamente y la empujó contra la pared de una casa. Una enorme manaza le cerró la boca y le impidió que gritase. Asustada miró la cara del hombre: ¡Era el individuo que había atacado a Carter!

—¡Vaya, apuesto a que es aquella pájara que me deslomó con la pala!

Los ojos de Marie se convirtieron en unas rajadas estrechas. Después clavó los dientes en la palma de la mano del hombre.

—¡Maldita sea! —gruñó, la cogió por el cuello y la apretó de nuevo brutalmente contra la pared de piedra. Pero no volvió a taponarle la boca.

—¡Suélteme! —gritó Marie intentando darle una patada. El agresor la esquivó hábilmente y después se apretó con toda su cara contra ella.

—¡Yo en su lugar me estaría callada, señorita maestra! —El hombre se echó a reír

al ver el espanto en la cara de Marie—. ¡Sí, sé quién es usted! Y también sé lo que usted hace, pese a que se le prohibió hacerlo.

—No sé de qué está hablando. —Mientras todo empezó a dar vueltas ante sus ojos a causa del miedo y su estómago se rebelaba, intentó desesperadamente encontrar algún ancla de salvación. Por lo visto los transeúntes no habían oído su grito. ¿O no habían querido oírlo? ¿De qué otro modo podía intentar llamar la atención o librarse de su agresor?

—¡Sabes perfectamente de qué estoy hablando! ¿O acaso Mr. Corrigan no te dijo con suficiente claridad que en el colegio no debes volver a hablar de tus amigos indios?

«Mrs. Blake —se le pasó por la cabeza a Marie—. Claro que su hijo le habrá hablado de la clase y ella habrá ido corriendo a contárselo al alcalde».

Cuando un cuchillo centelleó ante su rostro, creyó que había llegado su hora.

—¿Ves este cuchillo? Te podría rajar tu bonita cara. Entonces tampoco el reverendo te querrá tener ya por esposa.

Marie gimió cuando sintió el metal en su piel. En un gesto defensivo levantó la mano y se clavó en ella la afilada hoja.

—¡Tira el cuchillo! —sonó una voz junto a ellos.

El agresor miró de reojo y también Marie se dio cuenta de que alguien había aparecido. Y lo había hecho tan silenciosamente como un guerrero Cree que se desliza furtivamente hasta donde se encuentra el enemigo.

—¡Philipp! —exclamó Marie incrédula. ¿Cómo había podido encontrarla?

Con semblante decidido, Carter apuntó con un revolver a la cabeza del agresor.

—He dicho que tires el cuchillo al suelo. ¿O quieres que Mr. Corrigan se busque otro esbirro?

El matón dirigió una mirada furiosa a Carter, pero finalmente siguió su orden.

—Te vas a arrepentir de eso.

—Más te vale cuidarte de que luego no te tengas que arrepentir tú. Como soldado he matado a tanta gente que no me importa uno más. Además estoy seguro de que la señorita Blumfeld va a presentar denuncia contra ti.

Esta amenaza solo arrancó al matón una sonrisa socarrona.

—¿Una denuncia? ¿Y dónde pretende denunciarme? ¡Aquí Corrigan es la ley! Pero tú no puedes saberlo ya que no eres de aquí.

—Siempre existe una instancia más alta, también para tu jefe. Y ahora lárgate. Y no te atrevas a volver a molestar a la señorita. No me importaría nada marcharme de aquí si antes puedo matar a un hijo de puta como tú.

El agresor se retiró. Carter empujó con el pie el cuchillo hacia él, pero seguía apuntándole con el arma. Solo cuando el individuo había salido de su campo visual, volvió a bajar el revólver.

—¿Está bien, señorita?

Marie asintió temblorosa. Después miró la palma de su mano. La sangre ya estaba empezando a formar una costra, pero como ahora cedió la tensión, notó el dolor.

—¡Venga, larguémonos de aquí!

Antes de que Carter pudiese tocarle el brazo, Marie le abrazó. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras rodeaba firmemente su cuello con los brazos.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Cuando se marchó, me di cuenta de que alguien la seguía. Llevaba ya un buen rato merodeando alrededor de la escuela. Lamentablemente no fue hasta ahora cuando vi que se trataba de mi especial amigo. De lo contrario, me habría enfrentado enseguida a él.

—No sé cómo agradecerse.

—No es necesario. Es lo lógico, pues no la he traído aquí para que le corten la cara.

Suavemente se libró de sus brazos y miró la mano de Marie.

—Habría que vendarlo. Venga conmigo. En el colegio hay un botiquín.

Después de haberse asegurado de que no había nadie más acechando a Marie, la tomó de la mano sana y la arrastró consigo.

—Realmente debería presentar una denuncia contra este tipo —observó Philipp después de haber hecho sentar a Marie en uno de los bancos. Después fue a buscar la cajita de madera, que seguramente habría adquirido él personalmente, y sacó una venda y una botellita con yodo.

—Quiero darle las gracias una vez más, Mr. Carter. Quién sabe qué me habría llegado a hacer este tipo —dijo Marie mientras se remangaba para que el yodo no cayera por descuido en el paño.

Philipp empapó un trapo mientras movía negativamente la cabeza.

—No sirve de nada pensar en lo que habría podido ocurrir, señorita Blumfeld.

—Lámeme Marie —dijo suavemente, mientras Philipp le limpiaba la mano con tanto cuidado como si sostuviese un pajarito recién nacido.

—Pero solo si usted me llama Philipp.

—De acuerdo, Philipp.

Se sonrieron. Después Marie hizo una mueca de dolor.

—Perdone, ¿he sido demasiado rudo?

—No, es el yodo. Ahora despliega todo su efecto.

Philipp siguió sosteniendo la mano de ella con la suya hasta que pasó el dolor. Después empezó a ponerle cuidadosamente una venda.

—Ya ve, no ha sido para tanto. Y mañana podrá contar algo a los niños. Tal vez debería transformar un poco la historia y contarles que fue usted sola quien ahuyentó a ese agresor con su cuchillo.

—Pero eso ya no sería la verdad.

Marie miraba la venda con una sonrisa amarga. ¿Por qué demonios le dio por hablar de los Cree en clase? ¿Por qué no se callaría?

«Porque nunca he sabido hacerlo —se contestó a sí misma—. También a padre le dije a la cara lo que pensaba, aunque me costara perder parte de mi capacidad auditiva».

Cuando levantó la vista, notó que Philipp llevaba un buen rato contemplándola.

—Temo que a partir de ahora los dos ya no estaremos seguros aquí —empezó a decir. Algo parecía preocuparle.

—Corrigan no podrá seguir así eternamente —replicó Marie convencida—. También a él le pondrán freno algún día.

Philipp negó con la cabeza. ¿Acaso no creía que también Corrigan podría ser castigado? ¿O su gesto se refería a otra cosa?

—¿Sabe?, el verdadero motivo por el que vine aquí fue... —Se detuvo, respiró hondo y cruzó las manos ante las rodillas como si quisiese rezar.

«¡Oh Dios mío!», pensó Marie cuando él la miró, pues en sus ojos ya podía leer el resto de la frase. Abrió la boca, pero no fue capaz de articular palabra.

Carter se burló de sí mismo.

—Realmente no soy muy bueno en este tipo de cosas. Pero quiero que sepa... que vine por usted. No me la he podido quitar de la cabeza. Los otros hombres ya me tomaban el pelo. Entonces decidí abandonar a Jennings y buscarla.

Marie se quedó sin habla. También ella había encontrado simpático a Carter, pero tras su despedida no creyó volver a verle nunca más. El hecho de que él hubiese forzado la casualidad hizo latir su corazón con fuerza.

—Jamás habría imaginado que una mujer me causaría tantos trastornos, pero tampoco habría imaginado jamás que pudiese sentir algo tan profundo por una mujer.

Marie volvió a acordarse de lo que exclamó en la consulta médica. «Ahora o nunca», se dijo a sí misma.

—¿Y qué pasa con su Rachel?

Carter enarcó las cejas.

—¿Rachel?

—En la camilla en la consulta del doctor Duval usted pronunció su nombre. Di por supuesto que se trata de su prometida.

—No, Rachel no es mi prometida. Es mi hermana. O mejor dicho, hermanastra, pues mi padre no fue capaz de decidirse por una mujer. Tanto mi madre como su amante tuvieron un hijo. La muerte libró a mi padre de tener que tomar la decisión. Rachel vino a vivir con nosotros. Es la única familia que tengo. Pero desde que huí del ejército, no la he vuelto a ver.

Marie miraba en silencio su vendaje. ¡Así que Carter era libre! Por una parte se

alegraba pero, por otra, también le causaba tristeza. ¿Qué sería ahora del compromiso con Jeremy? No había modo de volverse atrás. O al menos no si pretendía quedarse aquí.

Cuando Philipp le pasó suavemente la mano por el brazo, le miró directamente a los ojos. Ahora sus rostros estaban tan próximos que un mínimo movimiento hubiese bastado para besarse.

—Dígame, ¿siente usted algo por su prometido? Sé que estaba bastante enojada con él, pero ¿puede imaginarse pasar toda su vida con ese hombre?

«¿Por qué le habré hecho esta pregunta?».

—No me quedará más remedio que casarme con él. Al fin y al cabo ha pagado la travesía.

—Pero nadie puede ser comprado por otro ser humano. ¿Y sabe usted en realidad si él aún la quiere? ¿O tal vez el aplazamiento de la boda tuvo otro motivo?

—Él... yo...

Marie estaba tan confusa que casi se mareaba. Si comparaba a los dos hombres, sentía mucho más por Philipp que por Jeremy. Pero no debía ser así, se decía a sí misma. Sería deshonesto.

—Marie, dígame, ¿siente usted algo por él? Si es así, no volveré a molestarla.

—No —soltó Marie—. Tal vez gratitud, eso sí, pero no son sentimientos íntimos. También siento gratitud hacia algunas otras personas.

—¿Hacia mí, por ejemplo?

—Usted...

De repente se le secó la boca a Marie. «¿Qué es lo que siento por Philipp?». Gratitud, ciertamente, pero había otros sentimientos que se superponían a ese.

—Desde el primer momento usted me cayó simpático. Y me gusta estar cerca de usted.

Marie tiraba nerviosa de los puños de su blusa.

—Entonces le llevo bastante ventaja a su prometido. ¿No le parece?

Suavemente Philipp abrazó a Marie, como si temiera resistencia por su parte. Pero ella apartó cualquier reparo y se apoyó en su pecho. Cuando sus labios se encontraron fue como si unos fuegos artificiales estallaran en su cabeza. Dispuesta abrió la boca y recibió su lengua, que se deslizó escrutadora sobre la suya. Cuando volvieron a separarse, Marie tuvo la sensación de que le estaban arrancando algo.

—Deberías ir a casa —dijo Philipp en tono áspero. Su mirada delataba cuánto le costaba no perder el dominio sobre sí mismo.

—Philipp, yo...

—Mañana seguiré aquí. Ahora deberías ir a casa lo más rápidamente posible. Te acompañaré un trozo para garantizar que no tengas otro encuentro con aquel individuo.

A partir de aquel momento yo evitaba la glorieta y me busqué otro lugar para escribir mis cartas. No le conté a nadie lo que había observado, ni siquiera a Peter. Rodeada por las hojas de los saúcos junto a la escalera, conseguí dejar de pensar en Zenker y volver a concentrarme en lo que antes había sido importante para mí.

Casi había recuperado del todo mi autocontrol cuando un día, sentada bajo el saúco, oí una voz:

—Ah, señorita Blumfeld, así que es aquí donde está.

Mirando su rostro sonriente, me quedé un momento sin respiración. Me invadió una sensación de pánico. Tanteé hasta encontrar mi carta y solo cuando noté el papel bajo mis dedos, empecé a sentirme mejor.

—Señor Zenker —dije entre dientes. Debí de haberme puesto bastante pálida, pues mi maestro dijo con expresión sorprendida:

—¿Qué le ocurre, señorita Blumfeld? Parece usted muy pálida.

Me inventé la excusa de que, tras un resfriado, me sentía aún algo débil. En realidad se me contrajeron las entrañas como si fuesen de piedra. Ante mis ojos volví a verle, desnudo en la glorieta.

—La he echado de menos en la glorieta. Su presencia resulta muy tranquilizadora.

—Actualmente no me es posible venir a la glorieta. Después de las clases acabo bastante agotada.

La sonrisa de Zenker aumentó aún más mi sensación de pánico. ¿Qué quería de mí? ¿Los mismos servicios que le prestaba Charlotte?

Con los brazos cruzados tras la espalda, se plantó ante mí, y no logré quitarme de la cabeza la sensación de que intentaba averiguar lo que yo estaba pensando.

Afortunadamente lo llamó la directora del colegio, de modo que se vio obligado a dejarme.

—Le deseo que se restablezca pronto —dijo rígidamente. Después se despidió. Aliviada, me apoyé contra el respaldo del banco. ¿Durante cuánto tiempo debía guardar para mí lo que había visto? ¿No sería mejor informar a alguien? Me despreciaba por mi cobardía.

Pero el secreto se reveló también sin que yo interviniese.

Después de que Charlotte hubiese tenido varios fuertes accesos de vómito, se consultó a un médico. Recuerdo aún perfectamente el llanto intenso de Charlotte que se oía desde su habitación después de la partida del médico. Durante la cena se susurraba por todo el comedor: Charlotte estaba embarazada. Embarazada de Zenker, como sabía yo. Naturalmente, Charlotte se calló el nombre del padre, pero fue al mismo Zenker a quien sus remordimientos de conciencia se lo hicieron confesar a la directora del internado, y aquel mismo día Zenker hizo las maletas.

También Charlotte tuvo que abandonar el instituto. Sus padres vinieron a buscarla en un carruaje.

Aunque ahora la glorieta estaba de nuevo a mi entera disposición, nunca más entré en ella, pues no quería permanecer en un lugar que trajo una desgracia tan terrible a dos seres humanos.

Capítulo 33

TAMBALEÁNDOSE y sintiéndose aturdida, Marie regresó a casa de Stella. Solo de pasada percibía las pulsaciones de la mano. Mucho más intenso era el fuego que sentía en su alma. ¡Había besado a Philipp! No había sido un beso áspero y lleno de deseo, sino un beso pasional y lleno de cariño. Un beso que, en secreto, había anhelado ya cuando Philipp estaba tumbado en la camilla ante ella en la consulta del doctor Duval.

Una voz masculina, que le resultaba familiar la devolvió a la realidad. A Marie se le heló la sangre en las venas.

—Nuestra parte de la línea del ferrocarril llevará de Selkirk a Saskatoon, pasando por Brandon.

Un dedo se deslizó sobre un mapa.

—Pero es territorio indio —contestó el segundo hombre en quien Marie reconoció a Jeremy. ¿De qué tenían que hablar él y Corrigan?

—Soy consciente de ello. Y también sé que tendremos que eliminar ese problema antes de que se pueda empezar con la construcción.

—¿Eliminar el problema? —Marie jadeó asustada y se tapó la boca con la mano.

—Dentro de tres semanas llegarán unos representantes de la Canadian Pacific que quieren informarse sobre la situación. Si se encuentran con unas condiciones ideales, seguramente firmarán enseguida un contrato con nosotros. En caso contrario, la línea pasará lejos de Selkirk, y eso sería la sentencia de muerte para nuestro municipio.

Jeremy suspiró. Después, por lo visto, se puso a reflexionar.

—¿Y cómo piensa arreglar el asunto con los indios? ¿No cree que podrán surgir problemas con el Gobierno? Al fin y al cabo les asignó el territorio a los Cree.

—El Gobierno está muy lejos y al gobernador le importa un bledo lo que hagamos aquí. El progreso es imparable, Plummer, y aquí nosotros podemos escribir la historia.

—Sin embargo, no acabo de entender para qué necesita mi ayuda.

—Usted comprometerá desde el púlpito a la gente de aquí con el progreso. Tengo entendido que la mayoría de los habitantes mayores de la ciudad están de mi parte, pero necesito también el acuerdo de los jóvenes. Influya en ellos, explíqueles que lo que hacemos aquí complace a Dios. Necesitamos esta línea de ferrocarril. ¡Sin ella en pocos meses la gente de aquí lo pasará muy mal y el trabajo de años se habrá arruinado!

—Está bien. ¡Haré todo lo que me sea posible!

—¡Estupendo! —Corrigan dio unas palmadas—. Sabía que con usted sí se puede hablar. Por desgracia no puedo decir lo mismo de su prometida. Tal vez convendría

que la metiera un poco en cintura.

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó Jeremy sorprendido.

—Pese a mi bien intencionado consejo sigue difundiendo en el colegio que los indios son seres humanos como usted y yo. Parece que usted se ha encaprichado de una fémina bastante cabezota.

—Pero señor, ella...

—Y además ¿por qué permite que ella trabaje? ¡Usted es su prometido y puede prohibírselo!

—Quería financiar su ajuar por sus propios medios.

—Tendría que haberse casado con ella en el acto y sin ajuar. Entonces las cosas no habrían llegado hasta donde han llegado.

—Como usted sabe, hace poco que murió mi madre. ¿Qué impresión hubiese causado yo si en tales circunstancias me decido a celebrar alegremente mi boda?

—Bien, pero podrá hacerlo en breve. Después de tres meses seguro que su madre no tendrá inconveniente en que se case. A no ser que ya no quiera a la novia.

—¿Sabe qué ingente cantidad de dinero me ha costado hacerla traer aquí? —dijo Jeremy, dándose importancia.

Marie cerró los puños. ¿Acaso solo seguía adelante con los planes de boda porque ella le había costado dinero?

—Debería haber elegido a una mujer de la región —prosiguió Corrigan—. Seguro que mi gente le habría proporcionado una novia con la que sería más fácil entenderse.

Jeremy no contestó. Marie no sabía qué era peor: el que solo quisiera casarse con ella por lo que le había costado o que no contestara a la descarada propuesta de Corrigan.

—Además, uno de mis hombres la vio con aquel vagabundo. ¿Cómo era su nombre? —Tras una pausa efectista, Corrigan añadió—: Ah sí, Carter. Es una lástima que la paliza que le dio uno de mis hombres no haya servido de nada. Por lo visto, su prometida le ayudó y le ha conseguido un empleo en el colegio.

Marie se mordió la mano para no gemir. ¿Acaso aquel maldito alcalde estaba enterado de todo?

En vez de defenderla y de señalarle la puerta al alcalde, Jeremy se limitó a decir:

—Hablaré con ella. Después ya no interferirá en su camino. Se lo prometo.

—Bien. Habría sido una pena que hubiese tenido que tomar el mismo camino que los Cree.

—¿Y qué es lo que planea con relación a los Cree?

—Simplemente me encargaré de que ninguno de ellos siga causando problemas. Déjelo de mi cuenta.

Marie oyó el ruido de unas sillas en el suelo y se alejó de la pared de la casa. Su

corazón latía más fuerte que todos los sonidos a su alrededor. ¿Qué debía hacer? ¿Entrar como si nada hubiese pasado?

De repente tuvo otra idea. ¡Tenía que advertir a Onawah! Si Corrigan planeaba realmente tomar medidas contra los Cree, ellos debían saber lo que se les avecinaba.

Pero ¿cuándo podría hacerlo? ¿Y cómo? ¿Debía representar durante un día más el papel de la novia que nada sospechaba? ¿Transformaría Jeremy esta misma noche en hechos la exigencia de Corrigan?

La fuerte lucha interna de Marie se vio interrumpida por el batir de una puerta. ¡Corrigan estaba saliendo de la casa!

Rápidamente dio la vuelta a la esquina, corrió hacia la casa vecina y se escondió tras ella. No hizo caso a los furiosos ladridos del perro del vecino y se asomó cuidadosamente tras la esquina.

Jeremy salió junto con Corrigan de la puerta que Marie podía ver perfectamente desde su escondrijo. Los dos se dieron la mano. Después el alcalde se marchó visiblemente satisfecho.

Marie se apoyó en la pared tras ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No le importaba que Jeremy no la quisiera. Al fin y al cabo tampoco ella sentía amor por él. Pero que se mostrase tan dispuesto a ayudar al alcalde a expulsar a unos seres humanos y, tal vez, incluso a matarlos, eso era demasiado para ella.

Tras mirar durante un rato al vacío, tomó una decisión. Ignorando las miradas de los pocos transeúntes en la calle mayor de Selkirk, corrió por la acera, recogiendo la falda. Le parecía oír ya la voz acusadora de Stella, pero esta vez su decisión era firme: no haría lo que se esperaba de ella sino lo que le exigía su conciencia.

Llegó al colegio completamente sin aliento. Abrió la puerta con manos temblorosas y de puntillas se dirigió a la habitación de Philipp. En el piso superior oía a Mrs. Isbel trajinar en la cocina y por un instante pensó en la posibilidad de hacerla partícipe de sus intenciones. Pero antes de llegar a la escalera, desechó la idea. El único capaz de entenderla realmente era Carter, nadie más.

Se detuvo ante la puerta de Philipp y llamó con la mayor suavidad posible. Carter la miró desconcertado cuando ella abrió.

—Marie, ¿qué haces aquí?

—Philipp, necesito tu ayuda.

—¿Te ha vuelto a atacar alguien?

Marie negó con la cabeza.

—Cuando iba a entrar en casa, Corrigan estaba con Jeremy. Hablaron de los planes del ferrocarril. Jeremy está dispuesto a convertirse en la herramienta dócil de Corrigan.

—Casi no esperaba otra cosa, después de todo lo que me contaste de él.

—Tenemos que advertir a Onawah y a los Cree. Han de saber lo que planea

Corrigan.

—Pero no entenderán gran cosa.

—Quizá no sepan lo que comporta la construcción del ferrocarril. Pero Corrigan planea expulsarlos sin la menor consideración. Habrá muertos, Philipp. Será igual de terrible que aquello por lo que tuviste que pasar tú.

Philipp la estrechó entre sus brazos y le acarició tranquilizador la espalda.

—No te precipites. Dudo que el Gobierno envíe al ejército por la construcción del ferrocarril. Seguro que habrá contratos, pues los indios ya viven aquí en reservas.

—¡No es el Gobierno! —replicó Marie—. Corrigan opina que lo que sucede aquí no interesa al Gobierno. Quiere proceder contra los Cree conjuntamente con la compañía del ferrocarril. Al menos tenemos que advertirles.

Philipp suspiró.

—Siempre ocurre lo mismo con los seres humanos. —La siguió abrazando y luego la miró—. ¿Sabes que habrá consecuencias si ahora partimos a caballo?

Marie asintió. Jeremy y Stella reventarían de rabia y de su compromiso podría seguramente olvidarse. Pero su conciencia le decía que estaba haciendo lo correcto. ¡Además estaba más que harta de la sociedad hipócrita de Selkirk!

—¡Salgamos a caballo!

—¿Y tu prometido?

—Corrigan le ha propuesto buscarle otra novia. Una que sea más dócil que yo. Jeremy solo sigue aferrándose a mí porque le he costado dinero.

Philipp asintió. Después se dirigió a la puerta.

—Necesitas un caballo. Quédate aquí hasta que vuelva de la cuadra donde alquilan caballos.

Una idea repentina pasó por la mente de Marie.

—¡Philipp, espera!

Carter se volvió y le dirigió una mirada sorprendida.

—Ya que te marchas, ¿sería posible que pusieras un telegrama?

—¿Un telegrama? ¿Para quién?

—Para el gobernador. Corrigan opina que el Gobierno no se interesa por lo que sucede aquí. Pero el Gobierno les ha dado el territorio a los Cree. Por lo tanto no puede tolerar así, por las buenas, semejante intromisión.

Philipp asintió con la cabeza.

—¡En seguida volveré!

Capítulo 34

LA yegua alazana resopló levemente cuando Philipp ayudó a Marie a subir a la silla de montar.

—Tranquila —murmuró Philipp—. La dama a la que llevas auestas es un peso pluma.

Marie tomó las riendas algo inquieta, pues notaba claramente el nerviosismo del animal. ¿O era solo su propia inquietud la que se transmitía?

—¿Está todo bien? —preguntó Philipp después de haber comprobado los estribos.

—Sí, creo que sí.

—Bien. ¡En marcha entonces!

Cuando poco después subieron por la calle mayor, Marie empezó a sentir algo de miedo. Estaba ya anocheciendo, y seguro que su ausencia ya habría llamado la atención.

¿Enviaría Jeremy un pelotón a buscarla? ¿O se alegraría tal vez de su desaparición?

—Si avanzamos a buen ritmo, podríamos llegar en dos días —anunció Philipp cuando habían dejado atrás el límite de la ciudad—. Espero que tengamos víveres suficientes.

Mientras Philipp fue a buscar un caballo, Marie reunió todo lo comestible que encontró en la vivienda de Philipp. Algunas cosas databan aún de su época como tratante de pieles, pero al tratarse de galletas y de carne seca, se conservaban durante mucho tiempo.

—Ya nos arreglaremos —replicó Marie con optimismo—. Además seguro que habrá bayas en la selva. Y podremos coger agua del río.

Philipp le dirigió una cariñosa sonrisa.

Montaron durante toda la noche y solo al amanecer se detuvieron junto a una charca que a Marie le resultó muy familiar. Los tratantes de pieles no habían parado aquí, pero este rincón idílico con sus nogales de flores amarillas y el agua bordeada por cañas se había grabado en su memoria. Su llegada espantó a unos patos que se alejaron sobrevolando sus cabezas entre fuertes graznidos.

—No están precisamente encantados de que les molestemos —observó Marie riendo. Pese a no haber pegado ojo en toda la noche, se sentía despierta, incluso animada. El bosque parecía dar nuevas fuerzas a su cuerpo.

—Dan dos o tres vueltas y después regresan. A menudo los pájaros levantan el

vuelo de su nido para convencer a los enemigos de que no hay ningún botín que valga la pena.

—Pero así exponen aún más a sus crías.

—Y créeme, muchos cazadores aprovechan precisamente esta ocasión. Pero me parece que no te apetecen huevos de pato, ¿verdad?

Después de que ataran los caballos a un árbol, Philipp se fue a buscar leña. Marie aprovechó el momento para lavarse las manos y la cara. Casi se asustó al ver su propia imagen reflejada en el espejo. No es que pareciese cansada. Pero encontraba que había cambiado completamente. En sus ojos se reflejaba una resolución que nunca antes había visto en sí misma. Siempre había sido voluntariosa. También su hermano opinaba que lo era, pero ahora veía a una mujer dispuesta a luchar con todos los medios por sus metas.

—Mira qué se me ha cruzado en el camino.

Marie se volvió. Philipp levantó una liebre que agarraba de las patas traseras.

—¡Pobre animalillo!

—Esa noche ya no dirás lo mismo.

Philipp depositó la liebre junto a la pila de leña que ya había amontonado.

—Pero ahora deberías acostarte un rato.

—¿Y tú?

—Asaré la liebre. Cuando te despiertes, comeremos y después seguiremos camino.

Philipp desató el saco de dormir de la silla de montar y lo desenrolló en un lugar algo apartado de la hoguera.

—¡La cama está preparada, *madame!*

—¿Y qué harás tú entretanto?

—Me sentaré un poco junto al fuego y contemplaré cómo la liebre se va tostando. Y mantendré los osos alejados de ti.

—Ya la última vez no vimos ninguno.

—Y puedes darle gracias a Dios. Un encuentro con uno de esta especie puede resultar bastante desagradable. Solo llevo un revólver conmigo. Si no apunto bien se abalanzará sobre nosotros o sobre nuestros caballos.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando fuimos a Selkirk?

Philipp esbozó una ancha sonrisa.

—Porque, a decir verdad, yo tampoco he visto aún ningún oso en esta región, pero eso no quiere decir que no existan. Pero no te preocupes, que te protegeré.

Cuando Marie se acostó sobre el saco de dormir, rodeada de musgo aromático y hierba, sonreía feliz. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan segura. Aunque en el bosque moraran osos y lobos, ella confiaba en que Philipp sabría protegerla. Más que cualquiera en la ciudad tras unas sólidas paredes.

Tras unas horas de descanso y una deliciosa comida, prosiguieron su cabalgada. Gracias a algunos atajos que Philipp conocía, avanzaron mucho más deprisa, y gracias a lo que le contaba sobre la fauna y la flora, ella logró reprimir el vago presentimiento de que seguramente en Selkirk ya se habría armado un lío de todos los demonios.

Se detuvieron finalmente en un claro del bosque. En las copas de los árboles flotaba la niebla crepuscular. Unos últimos rayos de sol se filtraban a través de las ramas oscuras. Las extrañas figuras formadas por la maleza recordaban a Marie el cuento de la Bella Durmiente en el que los príncipes se perdieron entre unos impenetrables zarzales llenos de espinas.

—Este es uno de los lugares sagrados para los Cree. O al menos lo fue hasta que los obligaron a marcharse de aquí.

Marie cerró los ojos y aspiró el olor a resina, musgo y flores silvestres. En las copas de los árboles trinaban los pájaros, las hojas crepitaban bajo sus pies y las ráfagas de viento barrían la hojarasca.

—Un lugar maravilloso —murmuró Marie con lágrimas en los ojos cuando volvió a pensar en Onawah. ¡Ojalá su telegrama llegase a tiempo a su destinatario en el Gobierno!

—¡Marie!

La voz de Philipp no fue más que un susurro.

Marie abrió los ojos. A unos pasos de ellos había un lobo. ¡Un lobo blanco! El corazón de Marie dejó de latir por un instante.

—¡Ese es el animal que vi entonces desde la caravana! —contestó ella susurrando también.

—¿Viste un lobo blanco?

—Sí, unos días antes del asalto. Apareció una noche.

No le dijo a Philipp que Onawah creía que este animal era un mensajero del reino de los muertos.

—Los lobos se mueven por territorios bastante amplios.

—¿Crees que se trata del mismo lobo?

—Hay pocos lobos blancos. La mayoría de ellos son muy viejos, pero este parece aún bastante joven.

Ahora su recuerdo del animal se agudizó. Sí, tenía que tratarse sin duda del mismo lobo. ¡De su lobo! ¡Del animal que le daba fuerzas!

Cuando el lobo alzó la cabeza creyó que iba a quedar petrificada. Los ojos del animal la miraban centelleantes; después el lobo se puso sobre las patas traseras y jadeó como un perro.

—Parece que le gustamos a ella.

—¿A ella?

—Es una loba.

—¿Cómo lo sabes?

Philipp esbozó una sonrisa.

—Tengo experiencia. Este animal es claramente una loba. Para saberlo no me hace falta siquiera ver su parte trasera.

Marie se estremeció cuando volvió a oír en su interior la voz de la curandera. Precisamente en este lugar, antaño sagrado, volvió a encontrarse con la loba a la que casi había olvidado. Si eso no era una señal...

—Onawah pensaba que es una especie de ángel de la guarda.

—Y ahora te ha encontrado.

—Si son acertadas las creencias de los Cree, ¿entonces por qué no se presentó en la ciudad?

No, no era del todo cierto. Fue a verla. Ahora Marie volvió a acordarse del sueño de la mujer loba. Ella entonces no lo relacionó con el lobo, pero ahora que Philipp afirmaba que era una loba, empezó a entender algunas cosas.

—¿Y ahora qué hacemos?

A Marie le sorprendió ver que la loba se quedaba tranquilamente sentada. ¿No buscaba una presa?

—Podemos seguir como hasta ahora —propuso Philipp—. No creo que represente un peligro para nosotros.

—Pero seguramente no habrá venido sin un motivo.

—Seguro que no. Tal vez quiera disfrutar simplemente del silencio de este lugar.

—O quizá sea cierto que es un mensajero de los dioses.

—Posiblemente.

De repente Marie notó lo cerca que Philipp se encontraba de ella. Su olor le producía un cosquilleo en el estómago y sus manos empezaron a temblar levemente. Todo en ella anhelaba volver a ser besada por él. Y otras cosas que solo había imaginado en secreto.

¿Le indicaban los dioses de Onawah que cediera al fin a sus sentimientos?

Súbitamente el animal volvió a levantarse. Como si hubiese visto algo tras ellos, empezó a correr. Philipp echó mano a su revólver, pero el animal pasó corriendo ante ellos. Marie se abrazó, asustada, a Philipp.

—¿Qué le sucede?

Un instante después la loba gruñía furiosa. Cuando se volvió, Marie se dio cuenta de que la loba se echaba contra un gigantesco animal de piel negra. No se dejó asustar ni siquiera por los rugidos del oso.

Philipp se soltó bruscamente de Marie y desenfundó su revólver.

—¡Qué oso tan magnífico!

Apuntó brevemente y disparó. El oso, que acababa de levantar una de sus zarpas

para golpear a la loba, se encogió y emitió un nuevo rugido furioso. Después se dejó caer sobre las cuatro patas y se volvió. De este modo pudo escapar de los disparos de Philipp, pero no de la loba, que le persiguió hasta que ambos desaparecieron entre los árboles.

Tras un breve instante de pasmo, Marie fue al lugar en el que había aparecido el oso. Había gotas de sangre en la hierba. Una ola de preocupación traspasó a Marie pero, recordando la breve lucha, entendió que el oso no había podido hacerle daño a la loba.

—Creo que le has dado al oso.

—Eso espero. —Philipp se acercó a ella y quitó un poco de sangre de los tallos de hierba—. El oso fue tremendamente silencioso. Tendremos que darle las gracias a nuestra amiga blanca cuando la veamos la próxima vez.

—Espero que no le haya pasado nada.

Marie oteó entre los troncos de los árboles, pero todo estaba a oscuras.

—No te preocupes. Los lobos son extremadamente valientes y más rápidos que los osos. Seguramente le habrá hecho subirse a un árbol.

—O él la ha despedazado.

—No lo creo.

—¿Por qué atacó al oso? ¿No lo habrá hecho por nosotros?

Philipp negó con la cabeza.

—Mi sentido común me dice que no. Seguramente tendrá sus crías cerca o ha sentido amenazado su territorio. Pero Onawah lo vería de otro modo. Deberías comentarlo con ella.

—Lo haré.

Marie apartó la mirada de la sangre del oso y siguió a Philipp hasta donde estaban los caballos.

Como no quisieron montar su campamento nocturno en aquel suelo sagrado, cabalgaron un poco más hasta que aparecieron ante ellos las aguas del Red River. Como una cinta de cobre, el río se deslizaba entre las praderas quemadas por el sol. La suave brisa vespertina traía hacia ellos un olor a pescado. Sobre las cañas danzaban libélulas resplandecientes.

—¿Y estás seguro de que aquí no nos va a sorprender ningún oso? —preguntó Marie, protegiéndose los ojos del resplandor del agua y siguiendo con la mirada a una bandada de patos que pedaleaban pacíficamente en el agua.

—Nunca se puede estar seguro con estas fieras negras —replicó Philipp mientras se apeaba del caballo—. Pero si realmente se acerca un oso hasta aquí, lo hará por los peces. De nuestra presencia ni se dará cuenta.

Marie lo dudaba, pero no sentía miedo, lo que se debía por una parte a la proximidad de Philipp y, por otra, a la idea de que la loba blanca realmente era para

ella algo así como un ángel de la guarda. Durante la cabalgada había decidido creerlo. ¿Además, qué remedio le quedaba?

Mientras Philipp apilaba leña y cañas secas, Marie preparaba el campamento nocturno lo mejor que podía. Sería la última noche aquí, antes de llegar al campamento de los Cree. Marie lo pensó casi con pena, pues en presencia de Philipp se sentía tan a gusto que hasta era capaz de imaginar que viajaba con él durante meses o años enteros.

Sin embargo, lamentaba un poco que desde el beso en el colegio no hubiese vuelto a intentar acercarse a ella. Al fin y al cabo, ella le había dado a entender que no se lo tomaba a mal.

Poco después estaban sentados uno al lado del otro junto a la orilla del río. Finalmente se vieron coronados por el éxito los intentos de Philipp de pescar con una improvisada caña hecha de varas y un cordón. Las dos enjutas percas ensartadas en sendos espetos daban una impresión un poco triste, pero el delicioso sabor de la carne tierna les compensó del hecho de no poder llenar sus estómagos.

Cuando al fin se acostaron, Marie dirigió la mirada a las estrellas que se hacían cada vez más numerosas a medida que iba oscureciendo, hasta que se extendían sobre ellos como una manta adornada con diamantes. De nuevo Marie se preguntaba por qué Philipp no intentaba besarla de nuevo. ¿Lo hizo entonces solo para consolarla? ¿Y su confesión?

—¡Marie! —Los susurros de Philipp rozaron su mejilla. Solo ahora se dio cuenta de que él se había vuelto hacia ella—. ¿Qué será de nosotros cuando regresemos?

—¿Qué quieres decir?

—Querrás volver a la ciudad, ¿no?

Marie se volvió hacia él, con la cabeza apoyada en su brazo.

—Tendré que regresar. No tengo otro hogar que el de Selkirk.

—¿Y qué pasará con Jeremy? ¿Vas a romper el compromiso?

—Tengo una obligación con él.

—¿Una obligación? —Philipp resopló indignado—. Cree haberte comprado, pero hasta en Estados Unidos ya se ha prohibido el comercio de esclavos.

—Philipp, yo...

Marie se mordió los labios. ¿Realmente no había ninguna otra posibilidad? ¿Y si el mismo Jeremy cambiaba de opinión? Y, en caso contrario, siempre podría huir. ¿Por qué su conciencia seguía atándola a un hombre que no la amaba en absoluto y cuya forma de pensar era totalmente ajena a la suya?

—Ahora deberíamos dormir —observó Philipp. Después se dio la vuelta. En el tono de su voz se notaba claramente la decepción que sentía.

Poco antes de que Marie se quedara dormida con lágrimas en los ojos, creyó oír a lo lejos el aullido de un lobo.

Cuando se aproximaban las Navidades del año 1876, Peter y yo regresamos a nuestro pueblo de origen. Para entonces Peter estudiaba en Hamburgo, pues había tomado la decisión de ser también profesor.

—Entonces podremos dar clase los dos juntos en el viejo colegio del pueblo. Si me contratan a mí primero será más fácil para ti encontrar un empleo —escribió en una de sus cartas poco después de haber sido aceptado.

Yo estaba en el último curso del instituto y aspiraba a estudiar magisterio, una meta en la que me apoyaba nuestra directora. Ella decía que tal vez yo no era la alumna más sociable, pero que tenía muchos conocimientos, que era trabajadora y que tenía talento para conseguir ser escuchada por los demás, unas cualidades todas excelentes para una futura maestra.

Pero como estaba convencida de que nuestro padre no estaría de acuerdo con la carrera que yo quería estudiar, mi regreso no fue ningún motivo de alegría. Además, Peter me había informado de que se comportaba de un modo extraño. A veces permanecía durante días en su gabinete de trabajo si no se presentaban visitas o tenía que echar un sermón.

Entretanto una nueva ama de llaves había tomado el mando después de que Marianne se casara. Peter conoció a aquella mujer reservada y sombría durante una de sus estancias de fin de semana y decidió evitarla en la medida de lo posible para no contagiarse de su aura adusta.

Afortunadamente, Peter llegó antes que yo, de modo que no tuve que enfrentarme a nuestro padre yo sola.

—¡Marie, deja que te vea! —exclamó alegremente después de que yo depositara mi bolsa en el pasillo. Me cogió de los hombros, me hizo dar vueltas para verme desde todos los lados e hizo un gesto lleno de admiración.

—¡Hay que ver, la pequeña! ¡Estás hecha toda una mujer!

—¡Y tú sigues siendo el mismo de siempre!

Nos fundimos en un abrazo que duró un par de minutos hasta que apareció el ama de llaves.

—Usted es la hija, ¿verdad?

Realmente tenía un aire bastante sombrío: una viuda que no tenía otra posibilidad de financiarse el sustento.

—Sí, esa soy yo —contesté, pese a todo, esbozando una sonrisa y tendiéndole la mano—. Y usted debe de ser la nueva ama de llaves.

—Su habitación está preparada y su padre la está esperando —replicó en vez de presentarse. A continuación regresó a la cocina.

—Sí, es realmente un sol —se burló Peter en un susurro. Después me arrastró consigo al estudio de nuestro padre. Todo ahí parecía estar como siempre. En el

transcurso de los años ni un solo mueble había sido cambiado de sitio. Yo, acostumbrada a los recintos llenos de luz del instituto, me sentía en esta habitación como si me hubiesen encerrado en una tumba.

—Buenos días, padre —dije en tono reconciliador al hombre que, inclinado sobre su escritorio, estaba redactando algún documento.

—Buenos días, Marie —dijo sin levantar la vista—. Así que has vuelto.

Eso fue toda la atención que me dedicó. Cuando, al cabo de un rato, aquel silencio se nos hizo demasiado pesado, abandonamos la habitación sin que me hubiese mirado ni una sola vez. Peter rechinó los dientes, pero no hizo ningún comentario. Me acompañó a mi habitación donde nos pusimos a contarnos las novedades de nuestros respectivos institutos.

Cuando en la comida de Navidad le hablé a nuestro padre de mis planes de convertirme en maestra, el corazón me latía con fuerza. Seguro que enseguida empezará a despotricar, diciendo que semejante trabajo no es el destino de una mujer. Pero de nuevo no coseché más que indiferencia.

—Haz lo que quieras —dijo al fin y, con un vaso de ponche, se retiró a su habitación.

—Supongo que eso es lo que has de hacer —observó Peter, cuando padre había cerrado la puerta tras de sí. Como sentí hervir la ira en el fuero interno de mi hermano, le tomé de la mano y salimos al exterior los dos juntos para contemplar el cielo estrellado cuyos destellos eran especialmente magníficos por Navidad.

—Padre debería estar tan orgulloso de ti, Marie... —dijo amargamente, mientras observaba a Orión con sus tres estrellas—. Eres la mejor de tu curso. La directora de tu instituto te propone para que estudies magisterio. Y todo lo que se le ocurre decir es: «Haz lo que quieras».

—Ya sabes que, a causa de aquel incidente hace ya tiempo que ha dejado de quererme.

—¿A causa de aquel incidente? ¡Fue él quien infringió los mandamientos! ¡Él, Marie, no tú! ¡Lo que pasó entonces no es culpa tuya! Y él no puede echarle ninguna culpa.

—No se trata de eso —repliqué—. Durante todos estos años en el instituto he tenido tiempo suficiente para reflexionar. No se trata de quién tiene la culpa. Yo le sorprendí en un acto de debilidad. Sé que es débil, como muchos otros hombres. Pese a ser un siervo de Dios, es débil. Eso es lo que no puede soportar.

—Eso no le da derecho a tratarte así. Te lo digo en serio, acepta la oferta de tu directora. Estudia para maestra, como te has propuesto. Y entonces nos haremos cargo los dos del colegio de aquí, viviremos al otro lado del pueblo y seremos felices. Sin padre.

Cerré los ojos. ¡Qué hermoso sería ser libre, poder llevar una vida sin las

lúgubres sombras del pasado! Con un suspiro melancólico ceñí más fuertemente mi abrigo a los hombros.

—Sabes perfectamente que esto no es posible. Siempre será parte de nosotros. Al fin y al cabo, es nuestro padre.

—Pero eso no quiere decir que tengamos que dejarle formar parte siempre de nuestras vidas. Algún día los dos nos casaremos y tendremos nuestras propias familias. Nosotros no haremos a nuestros hijos lo que él nos ha hecho a nosotros.

Mientras miraba las estrellas, intentaba imaginar cómo sería tener una familia propia. Un marido que me quisiera, e hijos, quizás un niño y una niña que jugasen en el jardín o que se acurrucasen bajo un saúco, como Peter y yo, contándose historias y secretos.

Pero esta imagen se difuminó rápidamente en el gélido aire de invierno, y lo que quedó fue el ardiente deseo en mi corazón: sería maestra. Aunque eso significase abandonar para siempre mi lugar de origen y llevar una vida independiente.

Capítulo 35

A su llegada al campamento de los Cree, Marie y Philipp fueron recibidos por una ruidosa algarabía infantil. Por lo visto, los tomaban por tratantes de pieles. Cuando los niños reconocieron a Marie, se quedaron parados ante ella.

—¡Señorita maestra! —exclamó una de las niñas. Después se dio la vuelta y corrió a toda prisa al campamento. El resto del ruidoso grupo la siguió poco después.

—Parece que les has dado un buen susto a los niños —observó Philipp en tono burlón. Fueron las primeras palabras que le dirigió desde la mañana.

El comentario no fue motivo de alegría para Marie. Notaba claramente la distancia entre ellos y le daba rabia no haberse quedado dormida más rápidamente para eludir aquella nefasta pregunta.

—No, creo que solo quieren avisar a Onawah. Les prometí volver.

Nada más pasar ante los primeros tipis, la curandera vino a su encuentro, acompañada de una pequeña delegación de mujeres y hombres.

—¡Mari, has vuelto! Has cumplido tu promesa.

Marie se deslizó de la silla de montar y se dejó abrazar por Onawah. Solo ahora se dio cuenta de hasta qué punto le había faltado la voz de la curandera. ¡Y el olor a hierbas que la envolvía!

—Temo no tener buenas noticias para vosotros —dijo Marie cuando se soltó del abrazo de Onawah.

El surco entre las cejas de Onawah se hizo más profundo.

—¿Malas noticias? ¿Te ha ocurrido algo?

—No, a mí no. Pero vosotros estáis en peligro. El alcalde de Selkirk quiere construir una línea de ferrocarril en vuestro territorio.

Como tuvo la impresión de que no habían entendido bien sus palabras, Philipp las repitió en el idioma de los Cree.

—Deberíamos decírselo al jefe de la tribu —dijo entonces Onawah, tomando de la mano a Marie—. Él sabrá lo que hay que hacer.

La tienda del jefe seguía siendo la más grande de todo el campamento. Unos meses atrás Marie apenas se atrevía a entrar ahí, y también ahora las pieles de búfalo y los trofeos de caza seguían imponiéndole respeto cuando entró.

Onawah se había adelantado a ellos y había informado ya al jefe del motivo de su visita. Ahora estaba sentada junto a él sobre una piel de búfalo. El fuego en el centro propagaba un extraño aroma. Seguramente la curandera había mezclado algunas hierbas con la leña.

—Sed bienvenidos, Mari y Carter —les saludó dignamente el jefe, señalando la piel—. Sentaos con nosotros.

El corazón de Marie latía aceleradamente cuando se sentó ante el fuego. Por lo visto, no se trataba de una sencilla conversación con el jefe. Uno tras otro fueron llegando algunos guerreros que se sentaron en silencio junto a ellos. Cuando estaban reunidos todos aquellos a los que concernía la noticia, el jefe levantó las manos y dijo algo en lengua Cree, tan rápido que, pese a sus conocimientos del idioma, Marie no entendió ni una palabra. La curandera echó unas plantas secas al fuego, lo que hizo que, por un instante, la llama se tiñera de color verde. Después Onawah hizo una señal a Marie invitándola a hablar.

Esforzándose para que su voz sonara lo más firme posible, informó de lo que había podido escuchar. Mientras hablaba, dirigía una y otra vez recelosas miradas a los guerreros de mirada feroz. Por lo visto, Tanawah les había enseñado inglés, pues durante la alocución de Marie no dieron señales de no entenderla.

A su discurso siguió un silencio fantasmal. Los guerreros permanecían sentados, ensimismados, y nadie se atrevía a alzar la voz. Fue el jefe el primero en decir algo.

—Gracias, Mari, por compartir saber. Nosotros ahora deliberar.

Eso significaba que ahora las mujeres debían abandonar la tienda, pues el oficio de la guerra era cosa de hombres. Ni siquiera Onawah estaría presente durante la deliberación.

—¿Tú quedarte con nosotros? —preguntó la curandera cuando salieron de la tienda.

Marie negó con la cabeza.

—No puedo, tengo que... arreglar cosas. Muchas cosas.

La curandera asintió levemente con la cabeza. Marie notaba que se preguntaba de qué cosas podría tratarse.

—¿Por qué no te acompaña tu marido? Carter es un tratante. ¿Por qué te acompaña él?

—Es una larga historia —murmuró Marie suspirando.

—Cuéntame. Ahora los hombres deliberan sobre lo que hay que hacer. Tenemos tiempo.

Descendieron hasta el lago que, a la luz del día, parecía completamente transformado. Seguía irradiando una gran calma, pero había desaparecido aquel misticismo que había fascinado tanto a Marie aquella noche. Un pájaro emitió una llamada triste entre los sauces, y ellas se detuvieron ante las cañas que se mecían movidas por el viento.

—Ahora puedes contarme tu historia.

Cuando Marie le contó que su prometido pertenecía a los hombres que no sentían simpatía por su tribu, la mirada de Onawah se ensombreció.

—Tu padre no ha hecho una buena elección para ti. Será un mal esposo. Si habla así, no te tratará bien.

—No fue mi padre quien lo eligió para mí. Me fue asignado. Pero si te soy sincera, no sé si debo casarme con él. Yo...

—Tú haber entregado tu corazón a otro hombre. —Una sonrisa sabia iluminó el rostro de la curandera—. A Carter, que te acompaña.

Ruborizándose, Marie dirigió la mirada al agua donde descubrió unos niños Cree que se deslizaban entre las cañas y se sumergieron finalmente en el agua.

—Sí, pero tengo un compromiso con el otro. Pagó mucho dinero para que yo pudiese venir a este país.

Onawah resopló llena de desprecio.

—¡Dinero! Los blancos solo piensan en el dinero. Tú eres diferente. El dinero no es ninguna cadena que pueda atar a un ser humano como a un caballo. El ser humano solo está comprometido con los dioses. Dime, ¿fue el lobo nuevamente a verte?

El cambio de tema sorprendió a Marie.

—Sí, lo hizo.

Para dominar sus nervios, Marie arrancó un largo tallo de hierba.

—¿Solo en sueños o en realidad?

—En realidad. Nos salvó a Philipp y a mí de un oso.

Onawah enarcó sorprendida las cejas.

—¿Carter lo vio?

—Sí. Y él opina que se trata de una loba. Valientemente se abalanzó contra aquel oso. Philipp piensa que seguramente tendría crías a las que quiere proteger.

La curandera se sumergió en un reflexivo silencio. Mantuvo la mirada clavada en el lago, como si quisiese pedirle una explicación.

Marie luchaba consigo misma. ¿Debía contarle además que el lobo no volvió a aparecer hasta que ella salió de la ciudad? ¿Qué significado podía tener este hecho?

—Creo que deberías escuchar tu corazón y lo que el lobo te indica —empezó Onawah tras un largo silencio—. Que haya ido y se le haya mostrado a Carter es una señal de los dioses.

—¿Qué quieres decir?

—El tótem es solo tuyo. No se deja ver jamás por otros que no sean tú. Si el lobo aparece estando Carter contigo, entonces él es el hombre a quien los dioses han elegido para ti.

—¿Y por qué el lobo solo se me aparece cuando estoy en peligro? En la ciudad no lo vi.

—¿Fuiste feliz en la ciudad?

—Sí, en cierto modo sí. Encontré un empleo en el colegio y me han permitido dar clases. Pero también en la ciudad estuve expuesta a peligros. Philipp me salvó de alguien que quería darme una paliza, y el alcalde me ha amenazado cuando quise enseñar a mis niños en el colegio que vosotros sois buenas personas.

Onawah le puso la mano en el brazo.

—El lobo aparece cuando tu vida corre peligro de verdad. Si no aparece no estás en peligro.

Marie lo dudaba. Si Carter no hubiese intervenido cuando el matón la amenazaba, seguro que le habría causado graves lesiones.

—Pregúntale a tu corazón a qué hombre quiere. No mires el dinero. Tú serás desgraciada si tú preguntar a razón. No querrás vivir así, ¿verdad?

Marie negó con la cabeza, suspirando. ¡Si fuese tan fácil escuchar a su corazón!

Cuando regresaron al campamento, la reunión había finalizado. Un par de guerreros estaban aún conversando junto a la tienda del jefe, pero la entrada estaba abierta de par en par.

—Han tomado una decisión —observó Marie. Onawah asintió.

—¿Significa eso que habrá guerra?

—No lo sé, pero no creo. Aún no ha llegado el ferrocarril. No es sensato luchar contra un enemigo que todavía no se ha mostrado.

—Eso es cierto.

Cuando Philipp se unió a ellas, Marie enmudeció.

—Parece que los guerreros quieren prepararse para la lucha. Eso si lo he entendido todo correctamente. Pero el jefe insiste en que esperen.

Onawah, que vio confirmada su suposición, esbozó una sonrisa.

—Es una decisión sensata la que ha tomado. No es bueno precipitarse. Pero tampoco es bueno esperar demasiado.

Al decir esto, dirigió la mirada a Philipp y Marie. ¿Quería decirles algo con eso?

Esa noche Marie permaneció mucho tiempo despierta clavando la mirada en las tiras de lona del tipi. «¿Y ahora cómo va a continuar todo? —se preguntaba—. ¿Qué pasará cuando volvamos a Selkirk?».

Pese a que todo en ella se resistía a regresar a la ciudad, sabía que difícilmente podría evitarlo, pues debía aclarar algunas cosas.

Tal vez existiese alguna manera para que ella devolviese a Jeremy el dinero que había pagado por su travesía y sus papeles. Una manera de comprar su libertad.

Para ella era un hecho decidido el que no se convertiría en Mrs. Plummer. Miró con cariño a Philipp que roncaba suavemente a su lado. Él era su futuro. Ahora lo tenía claro. Lo sería aunque tuviese que vivir con él en cualquier lugar salvaje.

Pero antes tenía que cuidarse de que los Cree pudiesen seguir viviendo en paz. No debía esperar ningún apoyo de la ciudad, pero tal vez el gobernador había recibido ya su telegrama. Si le importaban los Cree, aunque fuese muy poco, enviaría ayuda, de alguna manera.

Cuando la luna estaba situada directamente sobre su tienda, le pareció a Marie oír

el aullido de un lobo. Podría haber salido del tipi para comprobar si realmente se trataba de su animal protector. Pero se acurrucó contra Philipp que, como siempre, mantuvo la caballerosidad y, pese al beso que ella le dio, no intentó convencerla para que fuesen más lejos. Y después llegó un momento en que se le cerraron los ojos.

Recuerdo perfectamente la noche en que vi por última vez en mi vida a mi padre. Peter y yo acabábamos de dar por concluido un buen día de clase. Yo tenía que revisar exámenes del segundo curso. Además sobre mi escritorio había redacciones del cuarto, pero estas no corrían tanta prisa. Peter se pasaba el rato hablándome con enorme entusiasmo de Lilian, con la que pensaba casarse unos meses más tarde.

—Entonces faltará espacio en la casa de los maestros —conjeturé un poco temerosa—. Tres no vamos a caber.

—¡Ni hablar! —Peter hizo un gesto como para quitar importancia a mis palabras—. Sabes que en la escuela habrá siempre sitio para ti mientras no te enamores tú también.

Me dirigió un guiño cómplice, pero no me sonrojé porque no tenía motivos para hacerlo. Mi amor se centraba en mi trabajo y en mis alumnos. En todo el pueblo no había hombre alguno de quien hubiese podido enamorarme.

Desde que vi a Zenker con Charlotte, desde que le vi abandonar el instituto, estaba segura de no poder enamorarme nunca más, ni de quererlo. Lo único a lo que llevaba el amor era a sentir dolor, un dolor terrible. En mis niños, en cambio, aunque algún día abandonarían el colegio y algunos tal vez me odiasen por las notas, podía invertir sentimientos sin experimentar grandes decepciones.

Peter lo veía de manera diferente. Su corazón pertenecía totalmente a Lilian y no temía ser herido. Me alegraba de todo corazón por él, pues sabía que este amor le arrancararía de la atmósfera de nuestro padre, de la que yo escapé ya en mi época en el instituto.

Cuando estaba revisando los cuadernos y me alegraba de un dictado escrito con una letra muy hermosa, alguien llamó abajo a la puerta del colegio. Peter me dirigió una mirada llena de sorpresa, después miró el reloj. Eran casi las nueve de la noche. Seguro que a estas horas ningún niño se extraviaría hasta aquí. Y también los padres se presentaban más bien por la tarde si querían comentar algo o formular una queja. ¿Quién podía ser? ¿Le habría ocurrido tal vez algo a Lilian? ¿Era tan grande la añoranza que sentía de Peter que atravesó sola y a oscuras el pueblo para venir hasta aquí?

—Voy a ver quién es —se ofreció Peter para que yo no tuviera que dejar mis dictados, y bajó la escalera.

Al poco rato volvió, con la cara blanca como la tiza. En el primer momento temí que le hubiesen dado una mala noticia, pero después apareció otra persona en la

puerta. Nuestro padre.

Llevaba, como siempre, su sotana luterana y, también como siempre, me examinaba con frialdad en su mirada. Solo que esta vez sus ojos eran vidriosos.

—Buenas noches, padre —empecé a decir prudentemente, levantándome tras mi escritorio. El semblante de Peter me hacía entender con claridad que había venido por mí, únicamente por mí.

—Te voy a casar —anunció, plantándose ante nosotros, como solía hacer cuando éramos niños y nos echaba un sermón.

—¡Padre!

La sorpresa me impidió decir nada más.

—No lo dirás en serio —dijo Peter, que había comprendido con mayor rapidez que yo que no se trataba de una broma.

—Se casará. Todas las mujeres tienen que casarse en vez de malgastar su tiempo con un trabajo. Todas las mujeres tienen que tener niños, y ella tendrá niños.

Peter se volvió hacia mí. Me sentía como si la tierra se abriese bajo mis pies y fuese a tragarme.

—¡Ya es demasiado mayor! ¡Una vieja solterona! —tronaba mi padre—. Dentro de uno o dos años ya no conseguiré encontrarle marido.

—¿Pero es absolutamente necesario que me cases? —me atreví a decir—. ¡Soy maestra! No querrás haber gastado en vano todo el dinero de mi formación, ¿verdad que no?

La mirada de mi padre echaba chispas. Mantenía la cabeza inclinada como un perro que se va a abalanzar en cualquier momento sobre su adversario.

—Las Sagradas Escrituras dicen que una mujer ha de someterse al hombre. Y eso es lo que harás. Te he buscado marido y con él te casarás.

—¿Y con quién ha de casarse? —preguntó Peter, esforzándose, como siempre, por debilitar la tormenta que se estaba formando sobre nosotros.

—Con el pastor Breuer del pueblo vecino. Su mujer ha fallecido y necesita una nueva esposa.

—¡No! —se me escapó, pues el «elegido» tenía la misma edad que nuestro padre—. No me casaré con él. Seguiré trabajando de maestra.

—¡Harás lo que yo te digo!

La voz de padre sonaba tan amenazadora que se me heló la sangre en las venas.

Sabía que la tozudez no lleva a nada, por lo que intenté otra cosa.

—Padre, ¿qué te he hecho para que me trates así? ¿Para que quieras arruinar mi felicidad? ¿Es por Luise? ¿Porque os vi en aquella ocasión? No soy yo quien la echó de casa sino tú. Si la querías, ¿por qué la echaste?

Con un furioso alarido se vino hacia mí. Al principio solo vi sus manos tendidas, después las sentí alrededor de mi cuello.

—¡Padre, no! —gritó Peter y se abalanzó sobre él. La presión en torno a mi cuello fue cediendo, pero ahora los dos hombres estaban luchando uno con otro.

Jadeando, intenté separarlos, pues vi venir la desgracia, y entonces ocurrió. Peter cayó hacia atrás, tropezó, después se oyó un estruendo.

Todo ocurrió con tanta rapidez que me costó comprenderlo.

Peter había sido empujado por nuestro padre. ¿Y después?

Solo cuando vi la sangre en el canto del pesado escritorio entendí que se habría golpeado contra él. Con la sensación de que los pulmones se me habían quedado sin aire, me eché sobre el cuerpo inmóvil de Peter, miré sus ojos muy abiertos.

—¡Peter! —susurré, sin prestar atención a lo que pudiese hacer mi padre. ¡Ojalá me hubiese estrangulado un momento antes, como fue su intención! Pero se mantuvo alejado de mí, como si aquel estruendo hubiese tejido un hechizo en torno a Peter y a mí, que no le permitía acercarse a nosotros.

Cuando levanté cuidadosamente la cabeza de Peter para acomodarla en mi regazo, como habíamos hecho a veces de niños bajo el saúco, noté que se había desnucado. De su nariz salía un hilito de sangre, pero la luz de sus ojos se había apagado.

—¡No! —grité tan alto que los vecinos pudieron oírlo. Mi padre retrocedió. Habría pensado que huiría, pero se quedó allí, como clavado en el suelo. La boca se le contraía como formulando palabras que no pronunciaría jamás.

Ni me enteré de que unos pasos subieron ruidosamente por la escalera. Cogí entre mis manos la cara de mi hermano y la besaba como si así pudiese volver a insuflarle vida. Pero por mucho que lo acariciase y meciese, no se movía. Nunca más despertaría a la vida.

Cuando apareció el gendarme, mi padre se dejó detener sin resistencia. Fue lo único de lo que me enteré. Las voces a mi alrededor, los roces, todo esto no existía para mí como algo real. Eran algo que yo observaba desde lejos mientras mi interior era desgarrado por el dolor. Nunca más estaría sentada bajo el saúco con Peter, nunca más me reiría con él. «¡Y la culpa la tengo yo!». Provoqué de tal modo a mi padre que me agredió y Peter se vio obligado a intervenir.

Mi vida estaba destrozada...

Capítulo 36

TRES días después volvieron a traspasar el límite de Selkirk. Como la noche estaba cayendo sobre la ciudad, no había mucha gente en las calles. Aun así, se apoderó de Marie la sensación de que todas las miradas se posaban en ella. Seguramente su desaparición había provocado un escándalo en la ciudad. ¿Pero acaso no era precisamente esto lo que la gente de aquí esperaba de ella?

—Primero deberíamos decirle a Isbel que estamos de vuelta —propuso Philipp, pues el colegio quedaba en el camino.

Marie negó con la cabeza.

—Ve tú a decírselo a Isbel. Yo iré primero a recoger mis cosas de la casa de Auntie.

—Prefiero acompañarte.

—No, quédate aquí y apacigua a Mr. Isbel. Explícaselo todo. Esto funciona mejor de hombre a hombre, creo yo.

—Sí, a no ser que piense que yo te secuestré y que me quiera romper la cara por ello.

—Mr. Isbel es profesor. Así que tienes todas las de ganar —replicó Marie con un guiño de los ojos, aunque, en realidad, no estaba de humor para bromas. Iba a ser muy duro explicar todo lo ocurrido a Stella, Rose y Jeremy.

Philipp la examinó con la mirada.

—No es absolutamente necesario que abandones a Jeremy por mí. Puedo marcharme yo y dejar de molestarte.

Marie lanzó un gemido desesperado.

—¡Deja de decir tonterías! ¡Maldita sea! He tomado una decisión, Philipp Carter. Voy a anular la boda con Jeremy y romper el compromiso. Pero primero tengo que volver y explicarlo todo.

Carter la miró con una amplia sonrisa.

—Has utilizado la palabra «maldita».

—Sí, ¿y qué hay de tan extraño en ello?

—Nada, pero hasta ahora no te había oído utilizar esta palabra. Suena bien, encuentro yo.

Marie le dio un beso y le pasó la mano por el cabello.

—¡Hasta pronto, Philipp!

Después se apeó del caballo y bajó por la calle Mayor.

Cuando Marie regresó a la casa de Auntie, todo estaba en silencio, pero ya había

aprendido a no darle importancia. Rose y Stella podían aparecer en cualquier momento cuando una menos lo esperaba y hacer preguntas incómodas. Con manos heladas y piernas temblorosas, Marie subió por la escalera.

Seguía sin aparecer nadie ni oírse ningún ruido. ¿Acaso estarían rezando por ella en la iglesia? ¿O estarían comentando qué podían hacer contra los Cree para que los señores de la Canadian Pacific Railway no renunciasen a sus planes? ¿Estaría Corrigan formando un ejército para expulsar a los indios?

«Me da igual —pensó—. Al menos en este momento me da igual. Cuando me haya marchado de aquí, puede que entonces encuentre una solución».

Nada más abrir la puerta de su cuarto, retrocedió sobresaltada. No esperaba un caos tan tremendo. Su colcha había sido arrancada, los cojines estaban esparcidos por el suelo. Ante el armario abierto de par en par estaba desplegado en el suelo el vestido de Allison Isbel, manchado por la huella de un pie. El contenido de su bolsa de tela estaba diseminado por toda la habitación.

¿Quién había actuado aquí con tanta furia?

Cuando encontró su diario en el suelo, entendió que Rose o Stella, tal vez también Jeremy, habían intentado leerlo. Seguramente buscaban algo que les diese una pista sobre el lugar al que podía haber huido.

Los sentimientos de culpa que podía sentir frente a Stella y Jeremy quedaron anulados por la rabia de que hubiesen rebuscado entre sus objetos personales. Podía estar comprometida con Jeremy, pero eso no les daba derecho a meter las narices y rebuscar en su habitación.

Marie se volvió sobresaltada al oír un crujido a sus espaldas. Jeremy se encontraba en la puerta, en mangas de camisa. Su cabello revuelto y la mirada vidriosa indicaban que había bebido. Marie notó cómo se le iba haciendo un nudo en la garganta. Le recordaba a su padre poco antes de que causara la muerte de Peter.

Apretando el diario como un escudo protector contra su pecho, Marie retrocedió, luchando contra el pánico que se iba apoderando de ella.

—¿Dónde has estado? —gruñó Plummer.

Marie apretó los labios. ¿Podía decirle la verdad a Jeremy? ¡Al fin y al cabo hacía causa común con Corrigan!

—¿Te fuiste con él, verdad? ¡Con aquel vagabundo!

—¡Carter no es ningún vagabundo! —le espetó Marie—. Es un hombre honesto, al contrario de algunos aquí en Selkirk.

—Me estás engañando con él.

Amenazador, Jeremy se acercó. Marie tuvo que hacer un enorme esfuerzo de autocontrol para no abofetearle con su diario, y ello a pesar de que de repente sintió unas imperiosas ganas de hacerlo, unas ganas más fuertes que cualquier otra cosa, porque en este instante se parecía muchísimo a su padre.

—¡Cómo puedo engañarte si ni siquiera estamos casados! —lanzó Marie furiosa—. Será mejor que tú me expliques por qué has revuelto mis cosas.

—No fui yo —replicó Jeremy—. Fue Stella. Y tiene derecho a hacerlo. Al fin y al cabo eres un huésped en su casa. Desapareciste sin decir palabra. Pensábamos que te habías fugado con aquel individuo.

Cuando Plummer se detuvo directamente ante ella, Marie percibió el olor a whisky. El pánico le hizo sentir un nudo en la garganta. Era como entonces, cuando Peter se enfrentó con su padre. Cuando se produjo aquel golpe fatídico.

«¿Dónde estás ahora, mi espíritu protector?», pensó Marie, intentando encontrar una salida, temblando de miedo.

—Como puedes ver, no me he fugado con él. Y tampoco te he engañado con él. Jeremy parecía no escucharla.

—¿Tienes idea de lo que me ha costado traerte aquí? Corrigan tiene razón, debería haberme buscado una chica de la región.

Marie contuvo la respiración cuando Jeremy se adelantó y la cogió rudamente de los brazos.

—No permitiré que se burlen de mí por tu culpa, ¿me oyes? ¡Ninguna mujer me pondrá en ridículo!

—¡Pues entonces dile a Corrigan que te busque esposa! —soltó Marie.

Una bofetada la lanzó violentamente contra la estructura de la cama. La mitad derecha de su cara le dolía a rabiar, y en la boca notaba el sabor a sangre.

Jeremy estaba de pie ante ella, jadeando. Aturdida, Marie levantó la vista hacia él. Después le pareció súbitamente oír algo. No el aullido de un lobo, sino la voz de su hermano que le gritaba que debía huir de ahí. Como entonces, poco antes de que su padre lo empujase y lo hiciese caer. Poco antes de que...

Pese a sentirse casi inconsciente de dolor, se levantó de un salto. Jeremy le echó una mirada furiosa y retrocedió un palmo. Entonces Marie se echó a correr. Cuando Jeremy intentó retenerla, lo apartó. Mientras bajaba por la escalera, oyó el ruido de una silla caer tras ella, pero Marie no se volvió. Con un fuerte dolor en la mejilla y la respiración entrecortada por la rabia, salió afuera y después echó a correr. Pese a que las lágrimas le velaban la vista, encontró el camino al colegio, donde, al traspasar la puerta, fue a parar directamente a los brazos de James Isbel.

—¡Dios mío, señorita Blumfeld! ¿Qué ha ocurrido?

Marie se echó a llorar y se dejó caer de rodillas. Se retorció, entre sollozos.

—¡Marie! —se oyó una voz.

Carter corrió hacia ella, le acarició suavemente la espalda, pero sus caricias no eran capaces de mitigar su rabia y su dolor.

—Acaba de entrar por la puerta —informó Isbel, acurrucándose ante Marie—. Dios mío, ¿es esto sangre?

Loco de preocupación, Philipp la cogió por los hombros y la hizo levantarse con mucho cuidado. Cuando vio la sangre en su labio, se sobresaltó. Después sacó un pañuelo.

—¿Quién te ha hecho esto?

Marie no contestó.

—Cariño, dime quién fue. ¿Te atrapó uno de aquellos matones?

Isbel dirigió una mirada interrogativa a Carter.

—¿A qué matones se refiere?

—Antes de que nos fuéramos de la ciudad, Marie fue amenazada. Por los hombres de Corrigan.

—¿Corrigan?

Carter asintió.

—Piensa que las opiniones de la señorita Blumfeld son excesivamente amistosas para con los indios, como usted tal vez ya sepa. Mandó tras ella al mismo individuo que envió también para que me diera la paliza a mí.

—No fue ninguno de aquellos —sollozó Marie cuando alzó la vista—. Fue Jeremy.

—¿Tu prometido te ha pegado?

James y Philipp intercambiaron unas breves miradas.

Marie asintió.

—Me sorprendió en casa de Stella. Lo revolviaron todo en mi habitación, y de repente apareció él en la puerta.

—Increíble —murmuró James—. Y yo siempre pensaba que el reverendo era incapaz de hacer daño a una mosca.

—Por lo visto, es muy capaz de hacerlo. ¡Y yo debería darle una buena paliza a este cerdo por lo que ha hecho!

—¡No! —La mano de Marie se aferró a su brazo—. No vayas. Entonces todo será aún peor. ¡No quiero que acabes en la cárcel!

—¡Quien debería estar en la cárcel es ese Plummer! ¡Nadie más!

Philipp miró afuera con rabia en la mirada, pero después puso su mano sobre la de Marie y la acarició suavemente, mientras volvió a arrodillarse ante ella y le apartaba el cabello de la cara.

—Todo irá bien, Marie. No te volverá a tocar, te lo prometo.

—¿Desde cuándo hay esta relación entre ustedes? —preguntó Isbel mientras le servía un whisky a Philipp. Marie dormía plácidamente en el sofá. La hinchazón de su labio había bajado un poco.

—Por mi parte, desde que la vi por primera vez. Deseaba tanto que mandara a paseo a ese Plummer. Un hombre como él no es adecuado para ella.

La sonrisa que pasó por la cara de Isbel indicaba que él pensaba lo mismo.

Ambos tomaron su whisky en silenciosa armonía. Después se dirigieron miradas interrogativas.

—¿Y qué piensan hacer ahora?

—Me la llevaré de aquí. En realidad quería hacerlo ya cuando fuimos al campamento de los Cree. Pero entonces ella se mostraba aún indecisa. Consideraba que estaba obligada a seguir con Plummer.

—No hay que olvidar que le pagó la travesía.

—Eso también lo dijo ella. Pero algo pasó en el campamento. Creo que la curandera habló con ella. En cualquier caso, en el camino de vuelta me dijo que quería romper el compromiso.

—Esa curandera parece ser una persona fascinante. La señorita Blumfeld me ha hablado mucho de ella.

—Tras el jefe es la persona que tiene el rango más alto en aquella tribu. Si recuerdo bien, es la hija del antiguo chamán. Incluso los guerreros más rudos la veneran.

—Esperemos que también tenga el valor de hacer entrar en razón a sus guerreros.

—¿Qué quiere decir con esto? —se sorprendió Philipp.

—No son buenas las perspectivas para los Cree. Plummer y Corrigan despotrican todo lo que pueden contra ellos. Dicen que en el *saloon* ya se han reunido unos matones dispuestos a acabar con la tribu.

Philipp lanzó un suspiro.

—¡Y todo eso por un tramo de vía férrea! ¿Y quién dice que los indios no la aceptan?

—La gente de la compañía del ferrocarril tiene experiencia con los indios, y las historias que se cuentan de Estados Unidos no son muy positivas. Por lo visto, allí vuelven a estar en guerra con los indios.

—Sí, sí, Estados Unidos siempre está metido en alguna guerra. Y la mayoría de las veces contra ellos mismos —murmuró Carter, con un movimiento resignado de la cabeza.

Cuando Marie despertó, se prepararon para partir. Philipp la informó sobre lo que había hablado con James. Después empezaron a recoger sus cosas.

Consternados ante el comportamiento del reverendo, los Isbel les ayudaron a reunir víveres y mantas y a repartir el equipaje entre los dos caballos. Incluso James tenía aún una vieja tienda de sus primeros tiempos en Selkirk.

—Huele bastante mal —comprobó cuando olfateó la tela— pero estoy seguro de que les va a ser muy útil.

—Muchas gracias —dijo Marie colocando la tela de la tienda junto al resto del equipaje.

—Y aquí traigo algunas cosas prácticas que tal vez necesiten.

Allison entregó a Marie un fardo cuyo contenido no podía adivinar. Al tacto resultaba blando, pero también duro.

—Espero que algún día vuelvan —dijo Allison después de dar un abrazo a Marie—. Realmente con la presencia de los dos el colegio ganó enormemente, ¿verdad?

James asintió frunciendo el ceño.

—Y no sé cómo sustituirla ni cómo continuar con las clases, pero tampoco quiero correr el riesgo de que alguien pueda dispararle durante una clase. Así que lo primero que han de hacer es buscarse algún lugar seguro y si más adelante quieren regresar, intentaré crear un puesto para cada uno.

—Les agradecemos todo lo que han hecho.

Cuando Marie abrazó a Isbel, las lágrimas rodaban por sus mejillas. También ella echaría de menos a aquel bondadoso matrimonio y esperaba que no les complicasen demasiado la vida en la ciudad.

Acababan de salir del colegio cuando se les acercaron tres jinetes. Marie, que reconoció al hombre que la había atacado con el cuchillo, agarró con la mano derecha el brazo de Philipp mientras que, con la izquierda, apretaba su corpiño donde guardaba su diario. No quería que nunca más nadie pudiese echarle un vistazo, salvo Philipp, a quien se lo contaría todo si lograban salir sanos y salvos de esta ciudad.

—Queremos a la maestra —gruñó el matón—. Corrigan quiere hablar con ella.

—No tengo nada que hablar con él.

—¿Tampoco si se trata de su prometido?

«Con ese aún quiero hablar menos», pensó Marie, mirando a Philipp en busca de ayuda. Él seguía con la mano en el revólver que llevaba a un lado.

—Ella os ha dicho que no quiere hablar con Corrigan. ¡Largaos y decídselo a vuestro jefe!

Los hombres se miraron.

—No creo que tú seas quién para darnos órdenes, vagabundo.

De repente algo hizo clic junto a ellos.

—Pero yo sí soy quién para daros órdenes.

Súbitamente James Isbel apareció tras ellos, con un gran rifle en el brazo con el que apuntaba a los hombres.

—¡El maestro! —exclamaron los hombres en tono burlón—. ¿Desde cuándo usted sabe manejar un arma?

—¡Desde que estuve en el ejército de Estados Unidos! —replicó Isbel—. Y créanme, tenía buena puntería.

Marie dirigió una mirada incrédula a Isbel. Por lo visto, también él tenía sus secretos.

—Márchense a sus casas, entonces nadie les hará nada.

—¿Qué podrá hacer usted solo con su arma contra nosotros tres?

—Bien, a uno lo mataré pegándole un tiro, al segundo se lo pegará Mr. Carter y el tercero recibirá la bala de mi mujer, que está arriba tras la ventana. No piensen que no sabemos defendernos. Si hiciese falta, es así como protegeríamos también a nuestros hijos.

El matón miró desconfiado hacia arriba. No se veía a Allison Isbel, pero una de las ventanas estaba entreabierta.

Los matones reflexionaron un rato, mirándose unos a otros, como si pudieran comunicarse mediante la transmisión de sus pensamientos.

Después el matachín escupió enérgicamente ante Isbel.

Marie se encogió sobresaltada.

—¡Vale, pues, marchémonos de aquí! —Enrolló las riendas de su caballo alrededor de su mano—. ¡Nos volveremos a ver!

—¡Lo dudo! —contestó Philipp. A continuación dio las gracias a Isbel con un gesto de la cabeza. Este se sintió visiblemente aliviado de no haber tenido que disparar su arma.

—Pónganse en marcha antes de que estos individuos vuelvan con más matones de la taberna.

Siete días tras la detención de mi padre y el entierro de mi hermano reanudé mi trabajo de maestra. Las clases alejaban un poco mis sombríos pensamientos. Mientras estaba con los niños, todo era como si nada hubiese cambiado.

Pero tan pronto las clases finalizaban, yo caía en un agujero negro. Todos los días iba a la tumba de mi hermano y después me escondía en mi pequeño piso para regresar en mis pensamientos a los felices días de mi infancia. Empecé a descuidar mi aspecto, solo remendaba superficialmente mis vestidos, no me compraba nada nuevo. El mundo de allá fuera había dejado de interesarme.

Entonces llegó un nuevo pastor a nuestro pueblo. Como le informaron de mi caso, se presentó una tarde en mi casa. Noté por su expresión que se asustó al ver la figura enflaquecida en que me había convertido. Aguanté lo mejor que pude sus intentos de consolarme, sabiendo que no servían de nada. Ninguna palabra, ningún Dios podían devolverme a mi hermano. Y ningún castigo me pareció suficiente para mi padre, que había sido obligado por Dios a respetar los mandamientos y que los había incumplido por segunda vez de manera tan cruel.

Unos días después apareció la petición de Canadá en la puerta de la iglesia y el periódico publicó el anuncio. Al principio me lo tomaba a risa, pero cuando al cabo de poco tiempo apareció el terrateniente para anunciarme que mi estado ya no resultaba soportable para las clases, cambié de opinión. El día en que me despidieron de mi empleo como maestra del colegio del pueblo fui a ver al pastor

Feldten para ofrecerme como voluntaria. Debido a mis antecedentes, Feldten me asignó a un reverendo del que pensaba que era una persona tranquila y amable. Firmé el contrato aceptando que me casaría inmediatamente tras mi llegada con el hombre que pagaba mi travesía. Además solo se me permitía llevar de equipaje lo más necesario. Como nuestra familia no era propietaria ni del piso ni de la casa parroquial, vendí los escasos enseres que no podía llevarme y preparé una bolsa con la que subí dos meses más tarde, junto con otras mujeres, al barco que debía llevarme a Canadá.

Capítulo 37

CONTRARIAMENTE a lo que Philipp temía, los hombres de Corrigan no les siguieron. Solo cuando estaban lejos de la ciudad, pararon en la espesura del bosque para montar su campamento.

Cuando contemplaban el chisporroteo de las llamas, Marie cobró consciencia de la suerte que habían tenido. Lo que sucedió en el límite de la ciudad habría podido acabar de otro modo.

En busca de protección, se acurrucó contra el hombro de Philipp. Su aroma y su calor tranquilizaban un poco sus sentidos y le quitaban el miedo. Posiblemente no era el hombre más fuerte de la tierra, pero cuando estaba cerca de él, se sentía tranquila y protegida.

—¿Adónde iremos ahora? —preguntó besándole la raya de su cabello—. Podríamos ir al Sur, a Estados Unidos.

—¿No te buscan allí?

—Sí, pero no creo que me reconozca nadie.

—¿Y si fuésemos más al norte?

—Allí hace aún más frío que aquí. Y hay todavía más lobos.

—Los lobos no me dan miedo.

—Es cierto. Casi me había olvidado de tu animal protector. Muy arriba en el norte hay muchos lobos blancos. Lobos polares.

Marie negó con la cabeza.

—No, no tengo mucho interés por ver más. Aquella loba me basta. ¿Sabías que los Cree me llamaban así a mí? Loba blanca.

—No me enteré cuando estuvimos con ellos.

—Es que entonces no utilizaron el nombre.

Marie enmudeció cuando una idea pasó de repente por su cabeza. Era como si la voz de su hermano le estuviera susurrando:

—Ya sabes a donde has de ir.

—Podríamos unirnos a los Cree.

—¿Para siempre? —preguntó Philipp sorprendido.

—¿Por qué no? —Marie esbozó una sonrisa soñadora—. Seguro que allí el Veranillo de San Martín ha de ser precioso.

—Pero el invierno será duro —objetó Philipp—. Al menos deberíamos levantar una cabaña en el bosque. Puede que los tipis de los Cree no estén nada mal, pero en invierno prefiero unas paredes sólidas y un buen fuego chisporroteando.

Tendremos tiempo suficiente para construirnos un hogar. —Marie se levantó y le tendió las manos—. Ahora acostémonos.

Cuando protegidos por los toldos de la tienda se encontraron sus labios, Marie tenía la sensación de que una vieja maldición desaparecía de su alma. Se desvaneció toda la falta de amor, y también todas las decepciones e incluso el luto. Todo había quedado desterrado en el desván de su corazón. Cuando ella y Philipp se dejaron caer desnudos sobre la manta, con sus cuerpos enlazados por la pasión y sus almas sumergidas una en la otra, no existía ningún peligro ni ninguna amenaza, solo existían ellos dos.

Más tarde, cuando, agotados, estaban tendidos uno al lado del otro, Marie sacó el cuadernillo de debajo del fardo de su ropa. Le resultaba desagradable la idea de que lo hubiesen podido leer Stella y Jeremy, pero quizá podía limpiarlo si contaba la historia anotada en él a alguien a quien amaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Philipp sorprendido mientras le acariciaba los hombros y las mejillas—. No tendrás intención de darme ahora una clase, ¿verdad?

—No, seguro que no. Solo quiero que tú tengas todo lo mío. Realmente todo.

—¿No lo acabo de tener?

Jugueteadando, le besó el lóbulo de la oreja.

—Has tenido mi cuerpo. Y mi alma. Pero eso de aquí es mi pasado y quiero que lo conozcas para que sepas la pieza que has cazado al estar conmigo.

Marie se inclinó sobre él y lo besó apasionadamente.

—¡Te quiero, Philipp Carter!

Onawah los examinó incrédula cuando entraron a caballo en el campamento y se detuvieron finalmente ante su tienda.

—¿Otra vez malas noticias? —preguntó escéptica, después de abrazar a Marie.

—No, esta vez hemos venido porque nos queremos quedar con vosotros.

La curandera enarcó sorprendida las cejas.

—¿Os queréis quedar? ¿Aquí?

—No tenemos otro lugar adonde ir —explicó Philipp—. Por eso queríamos pedirnos que nos acogáis. En la ciudad nos amenaza Corrigan. Y Marie ha roto su compromiso.

—¿Compromiso?

—Me he separado del hombre con quien tenía que casarme. —Marie tomó la mano de Philipp—. Porque ese es el hombre a quien quiero de verdad.

Una sonrisa distendió la expresión seria de Onawah. Les dijo algo en lengua Cree a los demás y, al oírlo, algunas mujeres estallaron en júbilo.

—Tenéis que hablar con el jefe. Os dará pieles para un tipi.

—Más bien queríamos pedir permiso para construir una cabaña en vuestros bosques —dijo Philipp.

—¿Por qué queréis encerrar vuestro aire entre paredes de madera?

Marie la miró esbozando una ancha sonrisa.

—Así de raros somos los blancos. Pero sería bonito si pudiésemos establecernos cerca de vosotros. A cambio yo os enseñaría mi idioma.

—Pero nos lo está enseñando Tahawah. Por cierto, tiene un niño en la barriga, poco después de la boda.

—En seguida iré a felicitarla. Pero puedo enseñaros más cosas si me lo permitís.

—Lo comentaremos mañana. Hoy vamos a celebrar primero que estáis aquí.

Con estas palabras Onawah arrastró a los dos a su tienda.

Pasaron tres meses hasta que finalizó la construcción de la cabaña. Afortunadamente este año se retrasó el invierno, de modo que no tuvieron que pasar a través de la nieve cuando venían al campamento de los Cree.

Philipp y Marie solían pasar los anocheceres sentados en la piel de oso, a menudo abrazándose apasionadamente. Ninguno de los dos podía imaginar una vida mejor que la que estaban viviendo en aquellos momentos.

Pero un día alguien llamó golpeando fuertemente la puerta. Cuando Philipp abrió, apareció la cara de Nahi, una prima de Tahawah que daría a luz dentro de dos meses.

—¡Vosotros venir! —exclamó la joven muy nerviosa—. ¡Jinetes!

Marie miró asustada a Philipp. ¿Serían los hombres de la ciudad? ¿Habría Corrigan formado al fin su tropa?

Antes de que pudiesen preguntar, la mujer se marchó corriendo.

Philipp, que pensaba lo mismo que ella, cogió su arma. Solo no conseguiría nada con el rifle, pero sabía que también los Cree tenían fusiles.

—Mejor que te quedes aquí —le dijo a Marie, que ya se estaba echando su piel de búfalo sobre los hombros—. Puede ser peligroso.

—Precisamente por eso es mejor que te acompañe —replicó Marie decidida—. Tal vez pueda apelar a su conciencia.

—Más bien los vas a provocar y conseguir que disparen —contestó Philipp con una sonrisa algo forzada—. Tienes talento para eso.

—Intentaré ser diplomática. Y si la cosa se pone realmente peligrosa volveré al bosque.

Philipp, que sabía que no lo haría, se dio por vencido.

—Bien, entonces ven. Pero te quedarás detrás de mí.

En vez de protestar, Marie le dio un beso; después abandonaron la cabaña a toda prisa.

Mientras se deslizaban entre los troncos de los árboles, aguzaban el oído atentos a cualquier ruido sospechoso o voces.

De repente Marie creyó ver un movimiento entre los árboles. Cuando miró a su lado vio que era algo de color blanco.

—¡La loba! —balbuceó sobresaltada.

Philipp, que no acababa de creer en los espíritus protectores de los indios, dijo, quitándole importancia:

—Que va a ser peligroso, eso ya te lo puedo decir yo. Aún estás a tiempo de volver.

—No, me quedo contigo —insistió Marie observando a la loba que, entretanto, se había sentado junto al tronco de un árbol. «Ya que estás aquí, ¡protégenos!», le dijo mentalmente.

Tampoco oyeron tiros al llegar al borde del bosque, pero ambos sabían que esta paz podía ser engañosa. Tal vez Corrigan y su gente intentaban primero ahuyentar a los Cree con palabras. Philipp aceleró un poco el paso porque quería estar en condiciones de disparar antes de que las balas del adversario pudiesen alcanzar a Marie.

De repente se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Marie cuyo corazón latía con fuerza. En vez de toda una banda de jinetes, Marie solo divisó dos caballos. ¿Serían de los tratantes de pieles?

—Vamos a comprobarlo —dijo Philipp que, como medida de precaución, mantenía su arma en la mano.

Llegados al campamento, avistaron primero a una multitud de Cree que, con pieles en los hombros, contemplaban a los recién llegados. Entonces vieron a los dos jinetes.

—¡No es posible! —Marie se tapó la boca con la mano—. ¡Allison! ¡James!

Los Isbel, que estaban enfrascados en una conversación con Onawah, se volvieron al oír su llamada.

—¡Marie! ¡Philipp! —Allison fue la primera en correr hacia ellos y en abrazarlos—. Hacía tanto que no dabais señales de vida que decidimos venir a ver cómo os ha ido.

—¡Y también tenemos novedades para vosotros! —añadió James Isbel antes de darles la mano.

—Entonces acompañadnos y veréis nuestro nuevo hogar —dijo Philipp mientras Marie saludaba con la mano a Onawah. Y se pusieron en marcha hacia la cabaña con los Isbel siguiéndoles.

Naturalmente, entretanto la loba blanca había desaparecido. «¿Será posible que no solo indique cosas malas?», se preguntó Marie, mientras iba señalando a Allison dónde debía poner el pie para no torcerse el tobillo.

—Es una vivienda muy acogedora —observó James mientras con la mano comprobaba la calidad de las vigas rústicas.

—Y sobre todo estamos calentitos —añadió Philipp—. Los Cree consideran que estamos locos, pero de vez en cuando vienen a contemplar nuestro extraño tipi.

Mientras Philipp echaba unos leños al fuego de la chimenea, Marie preparaba el té.

—Lo siento, no es un Earl Grey, sino un té hecho de hierbas que hemos recogido aquí en el bosque —explicó Marie—. Pero tiene un sabor excelente.

—Dijisteis algo de novedades. ¿Qué ha pasado entretanto en Selkirk?

Philipp se mostró inquieto.

Pero Isbel esbozó una ancha sonrisa.

—Son novedades que os interesarán. Ya se las he comunicado a esa Onawah. Es realmente una mujer fascinante.

—¿Y de qué se trata? —Marie apretaba nerviosamente entre las manos una de las toallas para secar platos que Allison le había dado unos meses antes—. ¿Es que Corrigan ya ha acabado de formar su ejército?

—Temo que Mr. Corrigan ya no podrá formar ningún ejército. Hace dos semanas una delegación gubernamental se presentó porque habían recibido un telegrama que informaba de desmanes contra los Cree. Resulta que el gobernador no es precisamente amigo de los Cree, pero tampoco lo es de Corrigan. Detuvieron al alcalde, aunque no por el ataque que planeaba contra los Cree sino por desfalco y prevaricación. Por lo visto ya había provocado disturbios en otros lugares.

—¡Qué suerte para nosotros!

Marie respiró aliviada aunque no estaba contenta. Le habría gustado más que hubiesen declarado responsable a Corrigan de la expulsión y el planeado asesinato de los Cree, pero seguro que no se habría encontrado ningún juez dispuesto a juzgarlo.

—Pese a todo, temo que traerán la línea de ferrocarril —observó Isbel—. La gente de la Canadian Pacific Railway ya está negociando con Mr. Bellamy, nuestro nuevo alcalde. No os preocupéis —añadió al ver que Marie fruncía el ceño—. Es cierto que Bellamy permitió que se honrara de aquella extraña manera a Corrigan en su casa, pero a diferencia de él, es una persona moderada que no busca una solución violenta.

—Espero realmente que sea capaz de conseguir que todo se desarrolle sin que se vierta sangre —añadió Allison Isbel—. Y tal vez vosotros podáis contribuir a que todo transcurra de forma pacífica sin que se emplee violencia ni de un lado ni de otro. Seguro que vuestra relación con los Cree resultará muy valiosa.

—Con mucho gusto haremos de intermediarios y nos alegraremos de poder ser útiles —contestó Philipp—. Pero los guerreros llevan las ganas de luchar en la sangre. Eso lo sabes tú tan bien como yo, James.

James asintió.

—Lo sé, pero no quiero perder la esperanza de que, al fin, los seres humanos sean capaces de conseguir algo sin tener que recurrir a las armas.

Mientras tomaban la infusión de hierbas y Philipp lograba ensartar al fin un muslo

de ciervo en el espeto, comentaban cosas de la ciudad. Cuando se aludió a los antiguos alumnos de Marie, naturalmente Isbel formuló inmediatamente otra pregunta:

—¿Y estás segura de no querer volver? Tus clases eran muy buenas y se echan de menos en mi colegio.

—Eres muy amable, pero creo que mis metas están en otro lugar. —Marie dirigió una cariñosa mirada a Philipp—. Aquí nos hemos construido una casa e intentaremos compartir algunos de nuestros conocimientos con los Cree. Quizá llegue un día en que las relaciones que los blancos tenemos con los Cree sean menos complicadas.

—Es una meta muy noble, Marie —replicó Isbel con admiración en la voz—. Espero que tengas claro que eso no solo os traerá reconocimiento y amigos. Hay muchos blancos que no quieren que los indios tengan cultura, pues entonces se les podría ocurrir pedir que les devuelvan su territorio. Aunque hayan detenido a Corrigan, no se han producido grandes cambios en Selkirk.

—Pues con más motivo vamos a quedarnos aquí. —Philipp rodeó a Marie con el brazo—. Pero tú y tu mujer seréis siempre bienvenidos en nuestra casa si en algún momento volvéis a estar hartos de lo que ocurre en la ciudad.

Allison Isbel dijo con una sonrisa:

—Segurísimo que haremos uso de esta oferta.

Cuando al fin los Isbel se quedaron dormidos tras una cena de tortas de pan y carne de ciervo, Philipp y Marie se acurrucaron sobre su piel de oso ante la chimenea. Él le acariciaba suavemente los brazos y le besaba cariñosamente las sienes mientras ella disfrutaba del calor de su cuerpo y de su olor. Las llamas crepitantes envolvían sus cuerpos en una luz cálida.

—Ni siquiera has preguntado por ellos —susurró Philipp, pues no quería despertar a los Isbel.

Marie, que sabía a quién se refería, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No quiero saber nada de ellos.

—¿Ni siquiera de Rose? Creía que era la mejor de todos ellos.

—Espero que se dé cuenta de que ya es hora de que se independice de la madre que tiene. Y de su primo. Le deseo de corazón que llegue a ser feliz con el hombre a quien adora y que se ahorre muchas penas.

A medida que iba hablando, Marie se dio cuenta de que sí le interesaba saber qué había sido de Rose. Pero no era nada de lo que tuviese que preocuparse este mismo día.

—Ahora que Corrigan ya no está, podríamos volver —dijo a pensar Philipp.

—No me apetece —contestó Marie, dándose la vuelta entre sus brazos—. ¿En qué lugar se podría estar mejor que en este?

—Pero aquí no puedes ser realmente maestra. Sé que es tu pasión. Y ya has oído

que Isabel volvería a darte trabajo en cualquier momento.

—Todavía no soy maestra aquí, pero esto puede cambiar. Y tal vez cambie también mi opinión referente a la vuelta a Selkirk. —Marie enmudeció y miró profundamente a los ojos de Philipp—: Pero una cosa es segura, Philipp Carter.

—¿Y de qué se trata?

—Que te llevaré conmigo, vaya a donde vaya. Y tanto si quieres como si no quieres.

—¿De verdad?

Philipp sonrió en silencio.

Cuando Marie asintió, sus labios se encontraron en un apasionado beso. «La loba blanca —se le pasó por la cabeza—, ha encontrado su lugar».